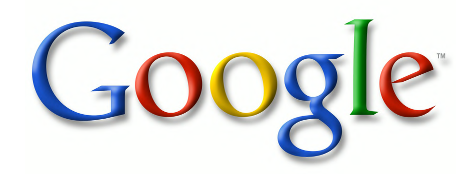
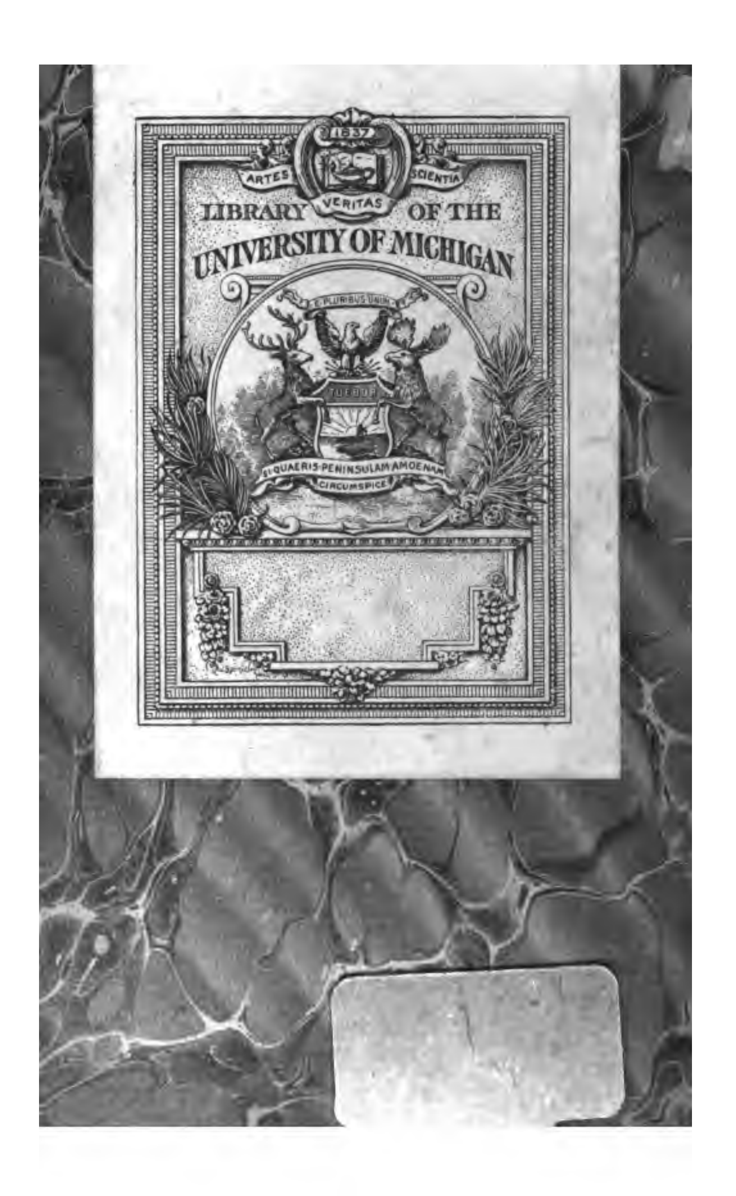
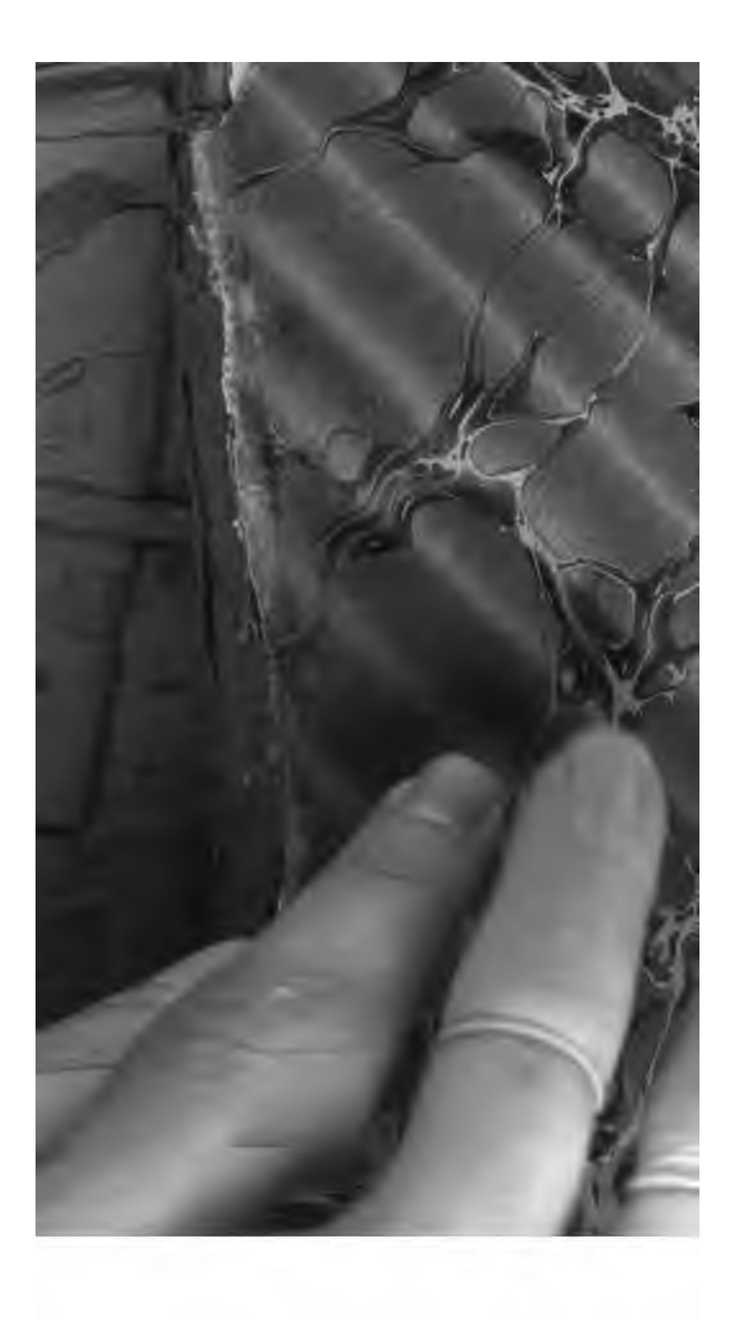



A 465211 DUPL



1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



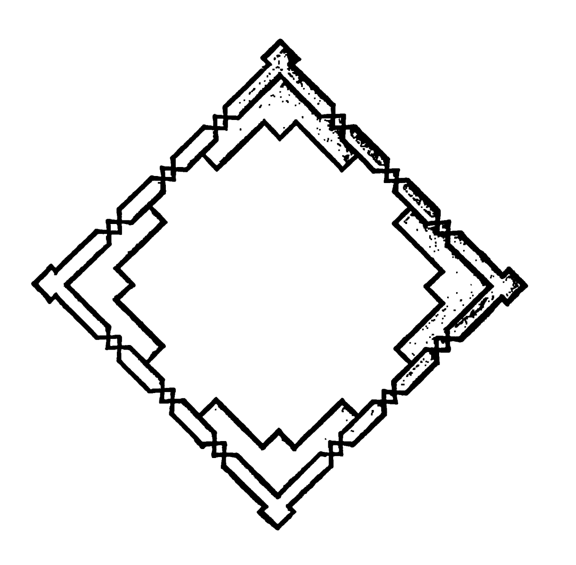
COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LIRÍCOS.

CV





OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVE

DUQUE DE RIVAS.

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares en papel de hilo, del................
10 » en papel China, del.................







OBRAS COMPLETAS
DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

Director que fué de la Real Academia Española
Presidente de la de Bellas Artes
de San Fernando é Individuo de número
de la de la Historia

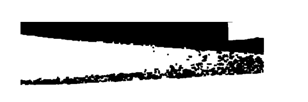
Coleccionadas de nuevo por su hijo

D. ENRIQUE R. DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS

TOMO I

Prólogo—Biografía—Poesías varias—*El Paso honroso*
poema caballeresco

MADRID
EST. TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
Paseo de San Vicente, 20
—
1894





PRÓLOGO.

ESTA es la tercera vez que salen á luz, con el calificativo de completas, las obras de D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas. La edición de 1854 y 55, aunque llena de erratas, hecha con los materiales que el Duque había proporcionado y en el orden que él mismo los dispuso, contiene, á la verdad, con leves omisiones, cuanto produjo de notable su excelso numen.

Llegado á la madurez de juicio que dan el estudio y los años, no era ya Rivas en aquella época el apasionado secuaz de ninguno de los dos sistemas que sucesivamente habían cautivado su alma, contribuyendo ambos á hermosear y engrandecer su nativo ingenio. Y depuesta la infundada ojeriza (verdad que los tiempos eran muy otros) con que en 1833 miraba las composiciones poéticas de su juventud,

por haberse en ellas sujetado al entonces llamado gusto clásico, tuvo el buen acuerdo de incluir la mejor parte de las mismas en la referida publicación. De no haber obrado tan discretamente, nosotros, en quien serían hoy verdadero anacronismo tales prevenciones de escuela, las hubiéramos comprendido sin vacilar en la presente colección; que á un poeta, como el nuestro, que florece en una época de transición y representa mudanzas de gusto y de doctrina estética, hay que presentarlo á la posteridad completo, tal como fué en vida, para que pueda formarse idea cabal de su personalidad literaria.

Aparte de esa consideración, entre aquellas poesías las hay muy dignas de aprecio y que fuera por demás injusto relegar al olvido. En las amatorias, y particularmente en las dedicadas á *Olimpia*, como dice el ilustre aca démico Sr. Valera: «todo es verdad, todo est vivamente sentido y primorosa y fácilmen expresado» (1).

Las odas que le inspiró la guerra de la Inc pendencia bastarían por sí solas para acre tarle de poeta; y si no logró en ellas, co observan sus críticos, el vuelo de Quintan el cincel de Gallego, ya dejó ver las peregr

(1) Estudio biográfico, publicado en la revista *A* *neo* en Diciembre de 1888 y en Enero y Febrero d

dotes que, por diverso rumbo, habían de conquistarle igual ó mayor renombre. Acrece el interés de esos cantos la juvenil edad del autor y el haber nacido en el bullicio de los campamentos, bajo la móvil tienda, y hasta en los hospitales de sangre, pues, como es sabido, D. Ángel derramó la suya en aquella gloriosa epopeya.

Por lo que toca al teatro, no quiso el Duque de Rivas que figurase en la citada edición ninguna de las tragedias que compuso en la juventud, cuando seguía las huellas de Alfieri y de los clásicos franceses. De igual preterición fué objeto *El Parador de Bailén*, juguete cómico, escrito en posteriores tiempos, recibido con poca benevolencia por la crítica, y no tenido por el propio autor en grande estima. En nuestro sentir, el Duque se juzgó con demasiada severidad. Seguramente la mayor parte de aquellas tragedias, ensayos de su mocedad, no se pueden poner en parangón con el teatro de su segunda época; pero entre ellas hay dos, *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, que por consideraciones diversas deben figurar en una colección como la presente. La primera, si bien obra de circunstancias y de poco valor como poema histórico, no carece de situaciones de efecto, ni su estilo, aunque á veces algo declamatorio, de rasgos de sincera inspiración. Además, y no es su menor aliciente para el crítico y el

biógrafo, nos descubre la fiebre de liber: que agitaba al joven poeta, cuando m miso parecía á los estrechos cánones (preceptistas; así como cuando se hizo r tico, y se desenvolvió su espíritu en la a fera de la libertad literaria, sus ideas pc cambiaron en dirección opuesta, conv dose el fogoso liberal del año 20 en el conservador del Estamento de Próceres las otras asambleas á que perteneció : vamente. *Lanuza*, por la índole de su mento y las pasiones políticas que halaga sus invectivas contra los tiranos y sus a patrióticos, se representó con éxito r en todos los teatros, y alcanzó por aq tiempos inmensa popularidad.

Muy superior es *Arias Gonzalo*, y en tro concepto la mejor de las tragedias d que. Escrita en la Isla de Malta, cuar autor empezaba á sentir el influjo de la vas ideas, y ya en la madurez de su ta nótase en ella más brío, más arranque personalidad que en las anteriores. El a está bien concebido, y la acción dran aunque tal vez poca para cinco actos, rrada con habilidad dentro de las un clásicas, marcha naturalmente á su dese despertando á cada paso creciente inter sabemos el efecto que produciría en las (tenemos entendido que no llegó á rej

tarse); pero no es posible leerla, especialmente los dos actos últimos, sin profunda emoción. ¡Qué pasiones tan nobles! ¡Qué lucha de afectos tan bien sentida y tan bien expresada! Y ¡qué soplo de heroísmo y de grandeza medioeval en toda la obra! Los caracteres, particularmente el del protagonista, vigorosamente trazados: la versificación, en general, sobria y robusta: el estilo, lleno de viveza y de fuerza expresiva.

No acertamos á comprender por qué su autor trató esta obra con tanto desdén, y cómo ha yacido hasta aquí ignorada, pudiendo, en su género, figurar con honor entre las mejores del Duque de Rivas.

En cuanto á *El Parador de Bailén*, comedia ligera y festiva, si no de muy subido valor, tampoco es despreciable; y como no le faltan situaciones cómicas, y el diálogo es chispeante y fácil, y la lengua está manejada con maestría, no opinamos que sea «una farsa poco digna de la pluma de tan gran poeta» (1), ni que deba, por lo tanto, segregarse del resto de sus obras.

La edición de Barcelona, hecha en 1885, fuera de las bellas ilustraciones que la decoran, y de la inclusión, entre las poesías, del roman-

(1) Cañete en su estudio biográfico; tomo XVI de la *Colección de escritores castellanos.*

ce *La Nochebuena en París y Madrid el a* 1857, no publicado hasta entonces, fué só una reproducción de la de 1854 y 55, aunq todavía más incorrecta; y á pesar de las exc naciones y lujo aparente, en realidad pobre mezquina. Pocas son las páginas en que texto no se halle desfigurado con alguna ó v rias erratas, siendo frecuente hallar versos e tropeados y pasajes que no se entienden ó r sultan ridículos. Y por encerrar en dos tom con la única mira de ahorrar papel, el mat rial que en la anterior edición ocupaba cinc la parte de versos está impresa á dos colu nas, y la de prosa á tres, con tipo de letra t diminuto, esta última, que pocos podrán lee sin cristales de aumento; en suma, una e ción de pacotilla.

La que ahora ofrecemos al público en la *lección de escritores castellanos* no va or mentada con los primores del lápiz y del ril; pero en cambio hemos procurado salga más limpia y correcta que las anterio y pueda servir de modelo á las que ver después.

Además de la pureza del texto, el q compare con las antecedentes hallará nuestra notables diferencias. La hemos rado de dos prólogos, que nos ha pareci útil reproducir, y, por otra parte, la l enriquecido con valiosos aumentos; tale

una reseña de la vida del Duque, desde el año de 1842 (donde termina la biografía que escribió de él Pastor Díaz) hasta su fallecimiento, ocurrido en 1865; la inclusión, en la parte lírica, de un lindo madrigal dedicado á su esposa, y de alguna otra poesía, que no figuraban antes en sus obras; la mayor amplitud dada á su teatro con la publicación de las olvidadas tragedias *Lanuza* y *Arias Gonzalo*, y de la comedia *El Parador de Bailén;* y, por último, la inserción, al lado de los discursos académicos, de las más notables de sus arengas políticas. El proceder que hemos seguido requiere alguna explicación.

En la referida edición de 1854 y 55 se incluyeron varios prefacios: uno general y comprensivo de todas las obras del Duque, debido á la pluma del ilustre académico Sr. Cañete; y ciñéndose á alguno de los géneros en que se ejercitó el poeta, ó bien á algún escrito en particular, otros de Galiano, Ochoa, Hartzenbusch, Pacheco (sin contar el muy erudito y elegante con que el mismo Duque ilustró sus *Romances históricos*). Todos son dignos de los esclarecidos nombres que los suscriben; pero el tiempo no pasa en vano, y por diversas circunstancias hay dos de ellos que en esta Colección carecerían de oportunidad. El del señor Cañete, corregido, reformado y agrandado hasta convertirse en el excelente estudio bio-

gráfico publicado en 1884 (1), quedó de
tonces obscurecido y virtualmente de:
por su mismo autor; y el muy notable
Antonio Alcalá Galiano (2), con que
luz en París *El Moro expósito*, en 1834,
bien una sabrosa lección de elevada cr
teraria acerca de la debatida cuestión c
cos y románticos, sin interés de actı
que un análisis del poema, del cual
habla. Ambos quedan, pues, suprimid
demás, aunque no alcancen gran nov
sus juicios, y aun contengan apreci
muy controvertibles, los hemos respetac
testimonio de afecto y admiración al p

También hemos reproducido, una v
la animada biografía del Duque escrit
Sr. Pastor Díaz. Pero como ésta fué pu
el año 1842, y el Duque no falleció has
abarcando esas fechas un largo perí
veintitrés años, durante el cual se v
clado en importantes acontecimientos
nuevos servicios á su patria y llegó al
de su gloria literaria; nosotros, reunie
tos, evocando recuerdos, y apoyándon
autoridad de renombrados críticos, par

---

(1) *Colección de escritores castellanos*, ya citad

(2) Aparenta estar escrito por el Duque de Ri
su autor, como es sabido, fué Alcalá Galiano, en
obras tiene su natural asiento tan erudita disert

tachados de parcialidad al apreciar sus obras, hemos tratado, no de competir con su esclarecido biógrafo, sino meramente de reseñar el último tercio de su noble vida.

Después de la biografía citada, otras se han escrito, y no de escaso mérito, á la verdad: la ya mencionada del Sr. Cañete; la del Sr. Valera, interesantísima por el íntimo conocimiento que tenía del Duque, con quien había vivido varios años en Nápoles, y también por el genial estilo con que el autor de *Pepita Jiménez* lo describe y caracteriza; la del erudito Sr. Vidart, estudio discreto y bien hablado, como todos los suyos, en que no faltan personales recuerdos, ni oportunas reflexiones políticas y literarias. Sin contar otros trabajos de poca entidad, hay además el muy apreciable del distinguido crítico francés Mr. Charles de Mazade (1), y los discursos necrológicos que los Sres. Marqués de Valmar y Amador de los Ríos leyeron en sus respectivas Academias, la Española y la de Nobles Artes de San Fernando.

En medio de esta riqueza crítica y biográfica, no hemos vacilado en escoger desde luego la obra de Pastor Díaz, la cual hemos considerado siempre, en cuanto á los hechos que en ella se narran, como una especie de autobiografía. Vamos á explicarnos. El Duque no dejó, como

(1) *Revue des Deux Mondes*, 15 Janvier 1846.

algunos sin fundamento suponen,
escritas, por más que hablase algu
escribirlas. Además de que su natu
pendía al misterio, y al que traza
glones no se lo hubiera tenido ocu
examinado escrupulosamente todos
les, y no hemos hallado nada que ju
creencia. Sí recordamos, á pesar c
transcurrido, que allá por los año
cuando el Sr. Pastor Díaz se dirigió
pidiéndole noticias y datos para
biografía, éste le envió un volumino
crito, especie de libro de memorias,
de las vicisitudes de su azarosa vida
manuscrito contenía, embebido está
de su biógrafo, de quien son natura
juicios políticos y la crítica literar
echa de ver la mano del Duque en
narración de ciertos episodios. Es p
á uno le hayan sucedido las cosas
tarlas de manera tan expresiva. P
entonces, no sabemos que se cuidase
notas sobre nada de lo que presen
acontecía. Eso sí, en su feliz memor
daba todo, hechos, imágenes, fecha
impresiones; de aquí el encanto de su
ción, á que tanto interés prestaban l
y el recuerdo.

Por los motivos expuestos, así co
los otros estudios más bien sembla

peculaciones críticas que biografías verdaderas, nos hemos decidido por el trabajo del Sr. Pastor Díaz. Sin que esto quiera decir que aceptamos en todo sus puntos de vista, ó nos parezcan siempre acertadas las opiniones que emite, y aun contraponiéndoles alguna vez, en notas, los juicios de otros escritores.

¡Cosa extraña! Conviniendo todos en su mérito sobresaliente, no hay entre los biógrafos del Duque dos que aprecien del mismo modo sus obras.

A tal extremo llegan las divergencias, que donde unos encuentran defectos, otros descubren bellezas de primer orden. Tal sucede con el desenlace de la épica leyenda, *El Moro expósito*, motivo de censura para el Sr. Pastor Díaz y otros críticos, y de extremado elogio para el Sr. Cañete. *Don Álvaro*, el más celebrado de los dramas del Duque, es objeto de iguales diferencias. Pastor Díaz, Cañete, Valera, conviniendo todos en que es la obra más importante del moderno teatro español, y encomiando con entusiasmo las bellezas que lo avaloran, difieren completamente al apreciar su tendencia moral y fundamento filosófico. Donde Pastor Díaz, Mazade y otros, sólo ven la reproducción del fatalismo griego, no siendo á sus ojos Don Álvaro más que un nuevo Edipo, predestinado para hacer la desgracia de una familia, Cañete halla una idea profun-

damente cristiana, desarrollada con singula acierto en una acción grandiosa, producida po el choque de pasiones violentas, pero huma nas y verdaderas, en que las desgracias son ló gica consecuencia de nuestros voluntarios erro res (1).

Valera no se acomoda con tal explicación La falta de Don Álvaro tratando de robar á s novia, cuya mano (á juicio del genial escritor tan sin razón le niega el Marqués de Calatrava es á sus ojos pecado venial, y no halla en culp tan leve motivo para que el cielo se desenca dene contra aquellos infelices. «Todo caballer (dice) no siendo un mandria, y estando tan fin y entrañablemente enamorado, hubiera hech lo mismo en iguales circustancias, salvo el cas de una virtud sublime, que se puede pone como modelo ideal y no como precepto c rriente.....Todas las desventuras de Don Álv no ocurrieron, ni tuvo el poeta intención que ocurriesen, sino de resultas de un funesto; el disparo de la pistola que da r al Marqués de Calatrava. Lo demás es u denamiento de consecuencias natura

En efecto, nada tiene que ver con determinismo que lleva inexorabler héroes de los dramas y novelas

(1) *Colección de escritores castellanos*;
(2) Estudio biográfico citado.

hoy en boga, á todo linaje de crímenes y abominaciones. En medio de las desgracias y horrores que forman la trama del poema, el alma humana, como observa el Sr. Valera, queda limpia, grande y hermosa.

No es de extrañar que un drama como el *Don Álvaro*, cuyo argumento entraña el arduo problema de la libertad moral de los actos humanos, dé margen á las varias especulaciones de los críticos, según el punto de vista en que cada cual se coloca. El público, ese no se mete en filosofías, ni le importan, y aplaude la obra con furor, porque le gustan sus cuadros populares, le embelesan sus versos, y las terribles desventuras de Don Álvaro y D.ª Leonor le interesan y le conmueven profundamente.

En esto de la diversidad de opiniones acerca de sus tendencias y alcance moral, el *Don Álvaro* ha corrido la suerte de otros famosos dramas, y aun de obras de otra especie, honor del ingenio humano. ¿Cuánto no se ha dicho sobre el *Hamlet*? ¿A qué diversos juicios y explicaciones no ha dado lugar el *Fausto* de Goethe, sobre todo en su segunda parte? Y ciñéndonos á nuestra patria, la historia del *ingenioso hidalgo*, tan comprensible para todo el mundo, ¿de cuántas sutiles lucubraciones y especiosos comentos no ha sido objeto entre propios y extraños? Con las creaciones del ingenio que sorprenden y cautivan nuestro áni-

mo, y cuyo fondo psicológico nos afanamos en sondear, nos suele suceder lo que en la contemplación nocturna, á la trémula llama de las bujías, de ciertos retratos antiguos que excitan nuestra curiosidad, ó nos atraen por la belleza artística: á poco de fijar con alguna insistencia la vista en ellos, parécenos que las figuras se mueven, que sus ojos nos observan malignos, que sus bocas se contraen con sardónica risa, y nuestra ofuscada imaginación encuentra efectos, actitudes y expresiones, en que ni siquiera soñó el pintor al copiar el modelo y dar á su tabla el vigor de la vida.

No cumple á nuestro propósito hacer un juicio crítico sobre el *Don Álvaro*, ni en ningún caso lo intentaríamos, temerosos de que se nos tachase de parciales. Mas prescindiendo de las encontradas opiniones de que hemos hecho mención, y creyendo que no faltaba razón al Sr. Cañete al afirmar que las intuiciones del genio son superiores á los propósitos mismos del hombre (1), opinamos que si hay lección moral en el drama, cualquiera que ella sea, proviene naturalmente de la esencia del argumento elegido por el poeta, y de la verdad con que pone en lucha las pasiones humanas; pero sin que se propusiese, *à priori*, llevar al teatro problemas psicológicos ó sociales, como es hoy

(1) *Colección de escritores castellanos;* tomo XVI.

frecuente en la dramaturgia al uso, donde tantas extravagancias y tantos ripios acumula el afán de lo hondo. ¡Cuántas veces le oimos burlarse con su natural gracejo de las reconditeces y trascendencias que algunos descubrían en su famoso drama! Esta hermosa creación fué hija del movimiento literario que avasallaba entonces los espíritus en toda Europa. Saavedra quiso escribir un drama romántico, y al romper con la escuela pseudo-clásica, cuyos cánones tanto tiempo le sirvieron de guía, poeta esencialmente español, no quiso dejarse arrastrar por un extranjerismo exagerado, convirtiéndose, al abandonar la imitación de Racine ó de Alfieri, en humilde secuaz de Alfredo de Vigny ó de Víctor Hugo; y buscando el venero de la inspiración dramática en sus propias afecciones y creencias, en los recuerdos de la patria y de los lugares frecuentados por él en sus juveniles años, fijóse al cabo en una tradición andaluza, que había oído referir de niño á una antigua criada de su madre, y forjando sobre aquella base la trágica fábula del *Don Álvaro*, y revistiéndola de los esplendores de la musa calderoniana, formó, sin duda, un drama romántico; pero el más español y también el más popular de cuantos hemos visto en la escena.

No ya sólo en cuestiones de doctrina, sino hasta en puntos de hecho difieren los mencio-

nados críticos del *Don Álvaro*. El Marqués de Valmar, en su discurso necrológico ya citado, tratando de investigar cuáles fueron los impulsos generadores del drama en el alma del poeta, sentó no ser casi dudoso que el Duque de Rivas se había inspirado en la novela de Próspero Mérimée, *Les âmes du Purgatoire*, publicada más de un año antes de la representación del *Don Alvaro*, tomando de ella particularmente «el pensamiento de emplear la afrenta de una bofetada, como medio de exasperar á un monje, hasta el extremo de hacerle olvidar la mansedumbre evangélica y pelear con el hermano de la mujer que había amado». El Sr. Cañete, en un curioso apéndice á su estudio biográfico del Duque, demuestra de un modo concluyente la falta de base de la afirmación del Marqués. Mérimée empezó á pu blicar su novela en *La Revue des Deux Mo*
des del 15 de Agosto de 1834, y el *D*
Álvaro, aunque es verdad que se estre
en Madrid el 22 de Marzo de 1835, no lo
menos que su autor lo compuso durante s
sidencia en Tours, hacia el año de 183
un modo análogo se expresa el Sr. Vale
y aun asegura que Próspero Mérimée
su poder algún tiempo el manuscrito
Álvaro antes de publicar su novel

(1) Estudio biográfico citado.

replicarse, sin embargo, que el Duque hizo importantes alteraciones en su drama para darlo al teatro. Es verdad lo enmendó ó retocó en algunos puntos. Además, todo él estaba escrito en prosa, y lo versificó en parte; pero no puede admitirse, cualesquiera que fuesen las reformas realizadas por el autor, que, antes de intentarlas, su drama careciese de la escena capital, justamente de aquella en que estriba el desenlace, y que se le ocurriese añadirla sólo por haber leído la novela de Mérimée. Fuera de que el lance en sí no era nuevo, ni había para qué ir á pedirlo prestado á una novela extranjera. En buena crítica la cuestión vale poco, pero justo es dar á cada cual lo suyo.

Si de tan encontrados juicios ha sido objeto el *Don Álvaro*, ¿qué diremos de *El Desengaño en un sueño?* Según Cañete es «la más original y encumbrada obra poética del Duque», en la cual ha logrado realizar «el drama filosófico del Mediodía, profundo en su esencia, como el del Norte, brillante y lozano en su aspecto, como el sol ardiente que nos ilumina». Abundando en este modo de sentir, dice el Marqués de Valmar: «Esta obra es la que tiene carácter más universal entre todas las del Duque de Rivas..... *El Desengaño en un sueño*, con ser su entonación calderoniana, no está lejos de la inspiración septentrional, y no

desdeciría, por cierto, entre las mejores producciones de Goethe y de Lord Byron.» (1).

Oigamos ahora á D. Juan Valera:

«Es un dolor que este mismo Duque de Rivas que escribe el *Don Álvaro*, escriba en 1842 un drama que lo contradice, lleno de espíritu sofístico y verdaderamente pesimista y fatalista, hablo de *El Desengaño en un sueño*..... El Duque quiso hacer algo como una comedia de magia y de grande aparato, por lo serio; pero mientras que en *Don Álvaro* se dejó llevar de su instinto natural sano, é hizo una obra simpática, aquí se dejó llevar, sin caer en la cuenta, de teorías pesimistas á la moda de entonces, de un catolicismo viciado que humilla al ser humano más de lo que prescribe la ortodoxia, é hizo una obra falsa que no puede interesar.»

No ocultaremos que nos parecen más ajustados á la verdad los juicios de los señores Cañete y Valmar. El Sr. Valera, que tanto sabe y con tanta gracia y color escribe, olvida en su crítica extremada aquella máxima de las escuelas: *qui nimis probat*, *nihil probat*, y prescinde de que en esta obra singular del Duque de Rivas, lo de menos es lo real, y lo importante el sueño, grandiosa alegoría, en magníficos cuadros, de las pasiones del hombre y

---

(1) Discurso necrológico sobre el Duque de Rivas.

sus insaciables deseos. Es claro que mirado todo á la fría luz de la razón, lo de la Astrología judiciaria es un desatino que no comprendemos hoy cómo ha podido sostenerse tanto tiempo en el mundo, y otro lo de la magia, en que ya nadie cree; y que Marcolán, en vez de entregarse á sus artes diabólicas y tener á su hijo aburriéndose en un islote desierto, por miedo de lo que había leído en las estrellas, debió haberle educado en la sociedad de sus semejantes, enseñándole á moderar el ímpetu de sus pasiones, á refrenar sus torpes instintos; y defendiéndole contra sí propio y contra los demás, guiarle con paternal solicitud por entre las sirtes y escollos del mar de la vida. Pero el lector, ó el espectador, no lo considera bajo ese aspecto, ni busca, como dicen nuestros vecinos, los franceses, *midi à quatorze heures:* comprende, desde luego, que se trata de una leyenda fantástica, y sin esfuerzo se pone en la situación de los personajes y en el punto de vista del poeta. Ni creemos que el Duque se dejó arrastrar por la moda, ni menos influir por «un catolicismo viciado». Encontró el asunto, lo halló bueno para una alegoría dramática de las pasiones humanas, y sin prejuicio ni extraño influjo, por natural impulso y amor al arte emprendió su obra, prodigando en ella, cual en ninguna, los tesoros de su rica vena. No es aventurado afirmar que como

poeta esplendoroso y castizo, no rayó nunca á mayor altura. Y todo esto sin que padeciese lo más mínimo su ser moral é intelectual, ni dejase de ser *the healthiest of men*, que Carlyle aplicaba á Walter Scott y Valera al Duque. Ni nos parece justo tampoco tacharle de poco sincero al escribir *El Desengaño en un sueño*. No parece sino que no pueden pintarse las desgracias ajenas, porque uno posea un temperamento risueño, goce de buena salud y no le maltrate la fortuna. La observación, la reflexión y el sentimiento pertenecen á todos, y, además, el mundo de los pcetas es el mundo de las ficciones.

Ya hemos dicho, al señalar las contrapuestas opiniones á que ha dado margen *El Desengaño*, que nos inclinábamos á las manifestadas por los señores Marqués de Valmar y Cañete, muy semejantes.

Lo que no nos parece bastante motivado la gran extrañeza que muestra el Marqués que el Duque de Rivas hubiera tenido inspiración filosófica, asegurando con insi cia que la facultad de filosofar había e hasta entonces dormida en su mente (1). N es lícito dudar del alto concepto en que ñor de Cueto tenía á su cuñado como

(1) Carta al Sr. Conde de Morphi.—*Ilust ñola y Americana.* Diciembre de 1875.

pero la especie se ha repetido sin atenuación por los que gustan de encontrarse los juicios hechos, en lugar de formarlos por sí propios; y como es susceptible de interpretaciones que seguramente no estuvieron en la mente del Marqués, vamos á dedicarle algunas palabras.

Ciertamente el Duque no se proponía en sus dramas probar tesis, como es hoy costumbre hacerlo, ni le ofuscaban, según observa discretamente el Sr. Valera, un filosofismo racionalista ni una exagerada piedad (1); pero declarar en absoluto que la facultad filosófica estaba escondida en su mente, es extremar demasiado las cosas y sentar una aseveración muy poco conforme con la realidad.

Al presentarlo como un poeta completamente divorciado de la filosofía, parece como que se hace de él un versificador huero, sin elevación, profundidad ni substancia. Nada menos exacto. No hay más que fijarse en *El Moro expósito*, la más importante de sus leyendas épicas, donde la intención moral y filosófica es evidente; ó en el *Don Álvaro*, donde el hombre está tan profundamente estudiado y comprendido; es decir, en sus dos obras capitales, escritas antes de *El Desengaño en un sueño*, ó en la leyenda, *El Aniversario*, escrita después; ó en el romance, *El solemne desen-*

(1) Estudio biográfico citado.

raño, ó en algunas de sus poesías líricas, por
ejemplo, *El canto de la vejez*, para conven-
cerse de lo infundado de semejante aserción.

El Sr. Valera, defendiendo el poema del
Duque, *El Paso honroso*, del calificativo de «in-
significante», aplicado por algún crítico á su
argumento, dice, con oportuno humorismo, qu
«para los que buscan siempre en la poesía n
sabe qué trascendencias filosóficas, la *Analíti*
de Sanz del Río, las *proposiciones* de Euclide
el *Deuteronomio*, puestos en verso, serían r
á propósito y hasta más amenos (1).»

No necesitamos decir que el Marqué
Valmar, cuyo buen gusto todos conocen,
tiene de común con esos amigos de lo tra
dente á que alude el Sr. Valera. En los m
elogios que prodiga al Duque, en qui
llaba sin razón dormida la facultad fil
demuestra que para él es poeta, sea ó
sofo, el que sabe en sus versos realiz
lleza, en lo cual estamos conformes co
tre académico.

No idéntica, pero sí parecida á la
que nos ha movido á la leve protesta
cede, es la que hallamos consignada
Nuestro siglo, de Otto von Leixn
mal vertida al castellano; si bie
en lo concerniente á España po

(1) Estudio biográfico citado.

pluma del Sr. Menéndez y Pelayo, á quien los editores confiaron cuerdamente esta parte del libro, por ser pobrísima, casi nula, en el original. El insigne crítico bosqueja con el brío que le es peculiar la figura literaria del Duque de Rivas, y después de proclamarle gran poeta, genuinamente español, y de caracterizar con notable acierto la índole de su numen, afirma, á vuelta de justas y espontáneas alabanzas, que sus versos carecen de sentimiento: «brillantes siempre, pero siempre exteriores», sin lo cual podría conferírsele, sin restricciones, el primer puesto en el moderno Parnaso español. Mucho respetamos las opiniones del sabio catedrático, honor de las letras españolas; pero aunque sea tímidamente, como aquel que en algún punto se desvía del maestro, hemos de exponer nuestra disconformidad con semejante afirmación, contradicha implícitamente por el juicio que poco después arranca á su sinceridad la serena consideración del *Don Álvaro:* «Inmenso como la vida humana, rompe los moldes comunes de nuestro teatro, aun en la época de su mayor esplendor, y alcanza un desarrollo tan vasto, como el que tiene el drama en manos de Shakespeare y de Schiller.» Un autor que de esa manera concibe y desarrolla un drama, no es verosímil que carezca de sentimiento, hasta el punto de ser simplemente un poeta «externo». La razón

r que *Don Álvaro* no ha envejec
; haber pasado la moda de los
ıánticos, no es otra que el espírit
amente humano que vivifica el
aondamente sentidas y vigorosam
sadas que están las pasiones puesta
Es verdad que el Duque no convert
en escalpelo, metiéndose, de caso
obscuros problemas psicológicos, ni
la manía de los modernos novelad
listas de hacer de sus héroes docu
manos, para que los historiógra
venir puedan reconstituir lo pre
cuando el asunto, por su índole
quería en su desempeño profundi
ción, á fe que entonces ahondaba, y
como lo prueban *Don Álvaro*, *El*
y entre otras composiciones, a
romance en que con tanta ver
la escondida pasión del Marqu
por la Emperatriz Isabel, y las
laciones que acongojaban su esp
que lea *El desterrado*, *El fa*
sombrero, *La vuelta deseada*
composiciones carecen de se
nos fijamos en la parte épica
romances y las leyendas, ¿c
posteridad un poeta merar
el que supo infundir en su
la patria?

Tocante al mérito respectivo de los poemas y leyendas, se observan también notables discrepancias entre los críticos: Valera cree de valor más subido *El Paso honroso* y *La Florinda* que las leyendas, por supuesto, exceptuando *El Moro expósito*. Valmar y Cañete opinan lo contrario. Don Eugenio Ochoa, en el prólogo que escribió á dichas leyendas, para la edición de 1854 y 55, estima como la más bella y la más importante la que lleva por título *Maldonado*, y como la de menos gala y esmero en la forma, aunque le admire el sublime cuadro de la misa *El Aniversario*. El Sr. Valera es de opuesto sentir: pone la última por las nubes, y le complace poco la que tanto entusiasma al Sr. Ochoa. Todos esos disentimientos me confirman en la creencia de que, no obstante los veintisiete años transcurridos desde su fallecimiento, la posteridad no ha llegado aun para el Duque de Rivas. Faltan todavía aquel desinterés, aquella integridad de espíritu y serenidad de juicio, tan necesarios para dictar sentencia definitiva sobre el mérito de las obras de un autor.

Los contemporáneos no son buenos jueces. ¡Es tan difícil despojarse de preocupaciones y sentimientos personales! En una cosa están todos acordes: en que era un gran poeta.

A la reseña biográfica con que hemos continuado, sin tratar de igualarla, la obra del

Sr. Pastor Díaz, hemos añadido un artículo que titulamos: *Notas póstumas*. Desde que le perdieron las letras patrias ha crecido la fama del Duque, cuando la de otros que gozaron en vida mayor popularidad ha disminuído. El estreno de *El Desengaño en un sueño* en el Teatro de Apolo, bajo los auspicios del malogrado é inolvidable rey D. Alfonso XII; la especie de resurrección del *Don Álvaro* y su inmensa boga, sosteniéndose gallardamente en los teatros, sin que logren obscurecerlo las producciones dramáticas de la moderna escuela naturalista; las ovaciones tributadas á la memoria del poeta; los certámenes abiertos para ensalzar su nombre, hechos son cuyo glorioso recuerdo hemos querido conservar en el mencionado artículo, seguros de que su lectura ha de ser grata á los admiradores del Duque.

Por último, en los apéndices hemos reunido algunas curiosidades literarias referentes al preclaro escritor.

E.....



VIDA DEL AUTOR



VIDA DEL AUTOR

ESCRITA Y PUBLICADA POR EL

EXCMO. SR. D. NICOMEDES PASTOR DÍAZ

HASTA EL AÑO DE 1842.

No es siempre la vida de los hombres, conocidos en el mundo por la fama de sus escritos y el mérito literario de sus obras, la relación tranquila de los estudios de su gabinete, la observación lenta de los progresos del arte que cultivan, ó del vuelo de su imaginación por las regiones que pueblan ó conquistan con el poder creador de su fantasía. No están exentos los privilegiados ingenios de las tristes vicisitudes de la vida material, y frecuentemente suele cebarse en ellos, como en más sabroso pasto, la desventura y el infortunio. Desde muy antiguo fué azarosa la existencia de los poetas, y mezclados por su voluntad unas veces, otras mal de su grado, en el torbellino de los acontecimientos públicos, ha solido tocarles mayor parte en los rudos golpes de la fortuna que en los costosos favores de la gloria. Turbulenta, agitada, borrascosa, aparece en los períodos de la his-

toria griega y romana la vida de sus poetas y de sus filósofos; más animada y combatida aún en las épocas tempestuosas de la Edad Media. Los Dantes, los Tassos, los Petrarcas, los Milton, no pasaron su existencia en la elaboración tranquila de sus obras inmortales. Su vida fué, por lo general, y desgraciadamente para ellos, un variado é interesante drama, un poema no menos lleno de incidentes y portentosos episodios que los que se deben á su pluma. Solamente en siglos más avanzados y en períodos de estabilidad y consistencia, alcanzó á veces al talento la calma que disfrutaba la sociedad entera; y los poetas y escritores del siglo de Luis XIV, y de la reina Ana, pudieron atravesar tranquilos los años dichosos de sus pacíficos tiempos, sin dejar huellas en la historia de sus desgracias y privadas vicisitudes.

Los ingenios españoles rara vez gozaron de este favorable privilegio. El cultivo de las artes y de las letras no ha sido jamás en España una tarea única y una profesión exclusiva. Desde Carlos I hasta nuestros días, los escritores han figurado como hombres públicos, ora en la guerra, ora en la política, desde que la política ha sustituído á la guerra. Garcilaso muriendo al escalar una torre; Ercilla cantando sus propias hazañas; Cervantes mutilado en Lepanto y cautivo en Argel, son altos y memorables ejemplos de esta verdad. Lope de Vega, Calderón, Quevedo y otros autores, que alcanzaron más prósperos y bonancibles tiempos, no se eximieron, sin embargo, de correr gran espacio de su vida por entre notables alternativas, y no siempre prósperas aventuras. Pero debían venir siglos más azarosos y turbulentos, y en el huracán de las conmo-

ciones espantosas que nuestra edad y nuestra patria había de presenciar, más mezclada y revuelta había de andar la vida de los hombres distinguidos con los extraordinarios sucesos, que conmovieron tan profundamente la sociedad española desde los primeros años de la centuria que vamos recorriendo. Pocos se han eximido de las grandes penalidades que ha dejado caer la Providencia sobre este pueblo tan sin ventura. Pocos han dejado de verse contrariados en su carrera, abatidos en su prosperidad, privados de su riqueza, condenados al destierro, á la muerte quizá, y á la abyección de la pobreza. Personas que habían nacido con inclinaciones pacíficas; que se habían educado con costumbres blandas y suaves; que parecían exclusivamente destinadas á cultivar las artes de la paz en la calma de la vida doméstica, viéronse á sus más tiernos años transportadas al seno de los ejércitos, y se criaron entre la sangre y estrépito de los campamentos militares. Hombres virtuosos, en cuyo corazón no hubiera podido penetrar jamás el pensamiento del crimen, llenaron en diversas épocas los calabozos y treparon los escalones del patíbulo. Las discordias civiles no han dejado de lanzar sobre el suelo extranjero millares de proscriptos, y una generación entera se ha visto más de una vez expuesta á diseminarse por el mundo, cual nuevo pueblo de Judá, maldito del cielo por algún delito horrendo. La vida de cada español notable puede ofrecer, en sus páginas íntimas, fecunda materia para la novela y para el romance. A veces pudieran sacarse de estos sucesos, perdidos, sin embargo, entre la inmensidad de tantas desventuras, y eclipsados entre la varie-

dad de tan grandes vicisitudes, tragedias espantosas ó caprichosos y fantásticos dramas. Nuestras memorias individuales podrán acaso parecer imaginarios cuentos á los ojos de una generación á quien el cielo permita vivir más tranquila sobre el suelo regado por las lágrimas de sus padres; y á la cual ahorre la Divina clemencia el espectáculo espantable y desconsolador de las revoluciones.

Aun si pudiéramos consolarnos de este mal con la idea de que los infortunios, atormentando el individuo, redundaban en pro de la sociedad, aguijoneando el talento y acrisolando la virtud, no nos afligiría tanto la triste reflexión con que hemos dado principio á estas páginas; pero hasta la desgracia nos cabe de profesar una opinión contraria á la bárbara teoría que quiere extraer la virtud por la presión del martirio, y que no ve las lumbreras del ingenio sino en las tinieblas del infortunio. Nosotros tenemos otra convicción; creemos que la desgracia nunca hace mejores á los hombres; creemos que los que en la miseria cultivan las artes, en la prosperidad harían maravillas; creemos, en fin, que los que en medio de tantos azares y de tantos contratiempos han podido arrojar todavía destellos de luz sobre el horizonte de su patria, más espléndidamente la hubieran iluminado, si no les hubieran envuelto por muchos años tan densas nubes de polvo, de obscuridad y de vapor de lágrimas. La mayor parte de los hombres distinguidos que conocemos acaso han sido en el infortunio medianías; y sólo desde que han podido desplegar en las creaciones de la fantasía, ó en acciones útiles á su patria, las fuerzas que antes empleaban para luchar

con la adversidad, se han elevado á la altura á que desde el principio eran llamados. No llamamos nosotros, no, tiempo de aprendizaje á los días de dolor y de amargura: para el saber y para el arte, no menos que para la vida, les llamamos tiempo perdido.

La existencia del ilustre personaje, cuya interesante biografía vamos á bosquejar, nos ha sugerido, naturalmente, estas reflexiones. Acaso las desgracias de su país han rectificado sus ideas, y le han servido de viva lección y de provechoso escarmiento; pero las suyas propias y sus propias penalidades no le habían escarmentado en años ya muy avanzados. Su edad actual ha pasado más allá de la juventud, y sin embargo, literariamente hablando, es un joven, y á la escuela de nuestros días pertenece. En los años del 20 al 23 era ya conocido como literato y como hombre público, y para nosotros, sus verdaderos progresos, su justa nombradía, su original talento, su brillante imaginación, y el mérito que realza y distingue las producciones de este escritor, pertenecen más principalmente á los últimos años, á la parte de su vida que no tiene tantas aventuras y contratiempos, y no tendríamos inconveniente en poner una línea divisoria entre don Ángel de Saavedra y el Duque de Rivas.

Pero cabalmente nuestra tarea es lo contrario: tenemos que enlazar esos dos períodos, soldar esas dos existencias, empezar la vida del poeta con la del soldado; la del Grande de España con la del imprevisor y un si es no es calavera mozalbete; la del ministro conservador por la del fogoso y entusiasta revolucionario; la del poeta romántico, del galano romanceador, la del cómico fantástico y cal-

ieroniano por el clásico imitador de Herrera, ó el humilde discípulo de Racine ó de Alfieri. Acaso no hay existencia alguna en que estén más exactamente personificadas las mudanzas políticas y las vicisitudes literarias de nuestros días. Y así debía suceder, atendida la cualidad que principalmente descuella en nuestro protagonista. Los grandes talentos especulativos, los caracteres fijos y tenaces, son los que imprimen dirección y crean las circunstancias de su época. Pero el Duque de Rivas no nació para ser un filósofo, no nació para ser un político sistemático. Imaginación florida, vivísima, ardiente y fecunda, carácter móvil é impresionable, su destino era ser un gran poeta, un poeta meridional; recibir y reflejar las impresiones de su país y de su época, no dominarlas ni resistirlas, ni tal vez modificarlas.

Córdoba, ciudad de tantos recuerdos y de tantas glorias; Córdoba, magnífico mosaico donde han engastado brillantes piedras los períodos más poéticos de nuestra historia; Córdoba, la ciudad de los emperadores romanos y de los califas orientales, de los Nowas y los Abderhamen; Córdoba, la de los magníficos campos, la del paisaje más bello que puede ofrecerse á los ojos del hombre; Córdoba, la de las alamedas de naranjos, la de los campos de rosas, con su sierra entapizada de jazmines y que refleja en las aguas del Guadalquivir las casas de placer morunas entre las modernas ermitas; Córdoba, la patria de tantos ingenios y de tantos hombres grandes; cuna de Séneca y de Lucano, Averroes y Aviara, de Juan de Mena y de Góngora; Córdoba es también la ciudad donde nació D. Ángel de Saavedra, y Córdoba debe ser una

tria muy bella y muy querida para el que nace bajo las alas de sus ángeles de oro (1), cuando su memoria es indeleble para quien, como el autor de estas líneas, la ha visto sólo un rápido momento de una hermosa mañana de Abril, y la volvió á mirar con ojos amortiguados en el paroxismo de una mortal congoja, otro día de harto penoso y melancólico recuerdo.

Nació en 10 de Marzo de 1791. Fueron sus padres el Sr. D. Juan Martín de Saavedra y Ramírez, Duque de Rivas, y D.ª María Dominga Remírez de Baquedano y Quiñones, Marquesa de Andía y de Villasinda, grandes de España. Pero D. Ángel, hijo segundo, no era el heredero inmediato de los títulos y grandeza de sus ilustres padres. Criado en Córdoba al cuidado de dos hermanas de su padre, desde los años más tiernos se acumularon en la persona del niño las gracias y favores de la corte, como solía hacerse entonces para compensar en cierto modo el privilegio de los mayorazgos, equilibrar en lo posible la condición de los hermanos, é impedir que mirasen con envidia ó germen de rencor á los que la suerte del nacimiento había favorecido más.

Así, á los seis meses de edad, le pusieron la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta, y poco después la bandolera de guardia de Corps supernumerario.

Su primera educación fué, no sólo correspondiente á su esclarecido nacimiento, sino superior en solici-

---

(1) Es muy común en Córdoba la efigie de piedra ó bronce dorado del arcángel San Rafael, su patrono.

tud y esmero á la que por lo general cuidaban en España los Grandes de dar á hijos, á quienes se consideraba que no habrían menester de los favores de la fortuna, ni de ejercer en la sociedad cargos y empleos que hubiesen de requerir conocimientos demasiado vastos y profundos. Tocóle á nuestro protagonista la buena suerte, que alcanzó entonces á muchos jóvenes, que después fueron hombres ilustres y aventajados. La revolución francesa había lanzado sobre nuestro suelo millares de emigrados virtuosos é instruídos, que buscaban en la generosidad española un abrigo contra la voracidad de la guillotina revolucionaria; y España, que debía dentro de pocos años lanzar de su seno tantos proscritos, pagaba entonces anticipada la triste deuda de la futura hospitalidad. Habíase hecho casi moda y buen tono en todas las casas pudientes recibir para ayos de sus hijos á eclesiásticos franceses, fugitivos de aquella sangrienta carnicería, y ciertamente que no tuvieron motivo para arrepentirse. Los individuos del clero francés estaban entonces á mayor altura de ilustración y de ciencia que los de igual clase en España, y aplicábanse con ahinco á corresponder dignamente á la benévola acogida que e contraban sus talentos, sus virtudes y sus des cias. Tocóle también por ayo á nuestro D. Áng ilustrado canónigo emigrado, llamado Mr. To bajo su dirección estudió, á par de las prime tras, la lengua francesa y elementos de hist de geografía. Desde aquella temprana edad le asimismo revelados los principios de las bel é inoculado el gusto por la pintura, en que ser después tan sobresaliente aficionado, a

do los primeros rudimentos del dibujo bajo la dirección de Mr. Verdiguier, escultor francés establecido en Córdoba.

Pero la primera invasión de la fiebre amarilla, que tan horribles estragos hizo en Andalucía, obligó á sus padres á llevarlo á Madrid, dándole por ayo á un honrado sacerdote, que le enseñó la latinidad, y por maestro para continuar sus estudios de francés, historia y geografía, á Mr. Bordes, también emigrado francés, muy protegido del Duque, su padre.

Los instintos artísticos y literarios brotan en la primera infancia en todos aquellos á quienes la Providencia destina para que cultiven las artes ó conserven vivo sobre la tierra el fuego sagrado del entusiasmo, que están encargados especialmente de eternizar y de transmitir á las generaciones sucesivas los grandes poetas. Don Ángel Saavedra fué pintor y poeta desde la cuna. Aficionadísimo ya en sus más tiernos años á los versos, hubo además circunstancias domésticas que determinaron esta inclinación y fomentaron en gran manera lo que era ya en él efecto del temperamento, espontáneo producto de una imaginación lozana, influencia de la patria y del clima y generoso presente de la naturaleza. El Duque, su padre, hacía también versos, y no malos, en el estilo de Gerardo Lobo, y había en la casa un antiguo mayordomo que los componía con singular facilidad, atestados de retruécanos y equívocos, y que en todas las festividades de familia se creía en la obligación de dar muestras de su festiva y fecunda vena. Eran demasiado inmediatos, si no muy notables y distinguidos, estos ejemplos, para que no obrasen poderosamente sobre la precoz imaginación

del joven D. Ángel, y le estimulasen á probar también fortuna en aquel doméstico certamen. No menor pasión mostró por el dibujo, y el mayor castigo que le podían imponer para reprimir sus juveniles travesuras (en las que cuenta la historia que sobresalía grandemente nuestro protagonista) era recogerle los lápices y prohibirle el dar lección de aquel su arte favorito y su entretenimiento predilecto.

En el año de 1802 perdió D. Ángel al Duque, su padre, que falleció en Barcelona, á donde había ido con la corte á recibir á la princesa napolitana Doña María Antonia, primera esposa de Fernando VII, entonces Príncipe de Asturias, y de la cual estaba nombrado Caballerizo mayor. Distinguíale el rey Carlos IV con singular favor, y en demostración de lo que había sentido su muerte y del aprecio que hacía á su memoria, condecoró al heredero de la casa, hermano mayor de D. Ángel, con los empleos de exento de Guardias de Corps y de gentilhombre de cámara con ejercicio, y con servicio particular cerca de su persona.

Don Ángel había recibido también, á la edad de siete años, la gracia de capitán de caballería, agregado al regimiento del Infante, y al fallecer su padre, la Duquesa viuda, que quedó tutora y curadora de sus hijos, dispuso que entrase en el real Seminario de Nobles de Madrid, para que recibiese la brillante y esmerada educación que en él se daba. Hallábase entonces en efecto aquel establecimiento bajo el pié más brillante, y podía competir con los mejores de la Europa, así por su organización como por el mérito y circunstancias de sus esclarecidos profesores.

Era su director general el brigadier D. Andrés López de Sagastizábal, tanto más notable por sus modales finos y cortesanos, por su varia y escogida erudición y por un talento y tacto particular para el cargo delicado que desempeñaba, cuanto que había empezado su carrera de soldado raso. El laborioso y conocido humanista D. Manuel de Valbuena era regente de estudios, y eran asimismo hombres notables y escogidos en todas las carreras los catedráticos y directores de sala, encargados de dar á los niños de las familias ilustres una educación, que por cierto no encontrarán en el día, después de tantos adelantos y progresos, en ningún establecimiento público.

Estudió D. Ángel latinidad con D. Antonio Salas, poética y retórica con D. Demetrio Ortiz, hoy ministro del Tribunal Supremo de Justicia, y que ha conservado el más tierno cariño á su discípulo predilecto; matemáticas con D. Agustín de Sojo, y geografía é historia con el célebre D. Isidoro de Antillón. Cultivaba al mismo tiempo el dibujo y el idioma francés, y se ejercitaba en la esgrima, en la que salió notablemente aventajado. No sobresalía don Ángel ciertamente por su aplicación, ni mostraba la tenacidad necesaria para adelantar con grandes progresos en estudios profundos y en especulaciones científicas; pero era notablemente distinguida la vivacidad de su ingenio, la facilidad de su comprensión y su felicísima memoria, debiéndose á estas aventajadas disposiciones el lucimiento con que en todos los exámenes y actos públicos solía brillar más que otros compañeros suyos de esmerada aplicación é infatigables en el trabajo. La poesía y la

historia eran sus estudios favoritos, las ciencias exactas inspirábanle tedio y aversión profunda, como suele acontecer en todos aquellos en quienes predominan las facultades de la imaginación; y en aquella época componía versos de bastante mérito, ya en traducciones de los clásicos latinos, ya en composiciones originales en que se proponía seguir las huellas de Herrera, autor que él creía, ó que le hicieron creer, y no por cierto sin razón sobrada, que era el modelo mejor que podía imitar su naciente musa.

Otras tareas, empero, y otras ocupaciones debían atajar el vuelo de su lozana fantasía y los progresos de su afición literaria. La época no era entonces de letras: era de armas. Abrasábase la Europa en guerras. Las portentosas y sangrientas campañas del emperador Napoleón absorbían la atención del mundo entero y amenazaban la existencia de todos los pueblos y naciones. De un extremo al otro de la Europa crujía el estruendo de las armas y tronaba por todos los campos el cañón de las batallas. Todavía no se había dado en nuestra península la señal de combatir; pero todas las imaginaciones estaban preocupadas por la guerra, que se avanzaba como una necesidad fatal. Su instinto fermentaba inquieto y vago, pero poderoso y amenazador, en los corazones de todos, y con más ardor en la sangre de la juventud. Era entonces España aliada de Bonaparte, y aquel cometa de guerra arrastraba en su órbita sangrienta, no menos á los que no eran sus contrarios, que á sus declarados enemigos. Dispúsose para marchar al Norte la famosa expedición auxiliar confiada á las órdenes del Marqués de la Romana. Don

Ángel, á fines del año de 1806, cumplidos apenas los diez y seis de edad, había salido del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnición en Zamora, y fué aquel cuerpo uno de los de caballería que debían marchar á hacer la guerra más allá del Rhin á nombre del ambicioso Emperador. Pero la Duquesa viuda, vivamente apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras, por una causa que no era la de su patria, y deseosa, como tierna madre, de que adelantase más rápidamente en su carrera sin exponerse á tantas fatigas, consiguió que pasara á empezar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real persona, dejando su empleo de capitán efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.

No era ciertamente aquel cuerpo una escuela de literatura, ni el cuartel de Guardias de Corps el sitio más á propósito para perfeccionar la esmerada educación de un joven ilustre. Pero por fortuna de D. Ángel, tocóle en suerte tomar plaza en la compañía flamenca, compuesta de caballeros extranjeros, la mayor parte belgas, que, ó por gozar de menos bienes de fortuna ó por estar más lejos del mimo y amparo de sus familias, ó por haber recibido en sus primeros años una educación más esmerada, vivían en el cuartel con más disciplina y compostura. Fué su compañero de cuarto un Mr. Bouchelet, joven fino, moderado é instruído, que pasaba los días leyendo, pintando con primor en miniatura ó tocando la flauta con singular habilidad, y el nuevo guardia, trabando con su camarada estrecha amistad, y estimulado de noble emulación, pintaba también y leía

á su lado. Empezaron asimismo sus relaciones de afecto con el Conde de Haro, hoy Duque de Frías, desde su edad más tierna aficionadísimo á las musas, y con D. José y D. Mariano Carnerero, y D. Cristóbal de Beña, jóvenes literatos que, bajo la dirección de Luzuriaga y del famoso Capmany, redactaban un periódico literario. Don Ángel empezó también á ensayar en él sus fuerzas y á buscar en sus páginas los primeros desahogos de la publicidad, que tanto halagan al talento naciente, que tanto alientan y dilatan en la juventud primera el corazón entusiasta, que necesita para respirar y vivir la brisa vivificante del aplauso y de la gloria. Don Ángel escribió para aquella publicación varios versos y algunos artículos en prosa; y solícito no menos de cultivar el arte de la pintura, para el cual había mostrado tan felices disposiciones, había tomado por maestro al pintor de cámara D. José López Enguídanos. Ciertamente que la conducta de nuestro protagonista podrá parecer ejemplar, comparada con el proverbial desarreglo que caracterizaba al privilegiado cuerpo en que servía.

Tocóle empezar á servir como guardia, después de algunos meses de aprendizaje, en las jornadas de los reales sitios de 1807, primero en Aranjuez, y en el Escorial en seguida. Ya entonces hirió su atención la primera escena del espectáculo político, que después había de desenvolverse á los ojos de la nación y del mundo en cuadros tan variados como sorprendentes y espantosos. En el Escorial vió don Ángel levantarse el telón del drama revolucionario. Allí empezó, con los famosos sucesos del Escorial, con el alto escándalo de la causa formada al Prín-

cipe de Asturias, y con la prisión del primogénito de los Reyes. La revolución empezaba, y empezaba desgraciadamente, antes que en las plazas públicas, en el palacio de los Monarcas. Tremenda expiación debía venir después sobre los autores y cómplices de tales escándalos; grandes plagas de calamidades y de infortunios sin cuento debían llover á poco sobre las elevadas personas, que así faltaban, ellas las primeras, al respeto debido á su carácter augusto; grave baldón, y menosprecio y descrédito sobre el sagrario del trono, cuyas cortinas ellos descorrían, para que viesen los pueblos en él las miserias y flaquezas de la humanidad. Aquel prestigio conservador de la monarquía recibía su primer golpe, pero golpe ya de muerte y en el corazón, primera hendidura del vetusto edificio que debía conocerse más tarde, cuando el vaivén del terremoto lo sacudiese; fermento y levadura primera de la revolución que insensiblemente se inoculaba en la sangre del pueblo. Acaso este espectáculo no dejó de influir en el carácter político de nuestro D. Ángel y en el sesgo de sus ideas, quizá sin que él mismo lo percibiera. Cuando años más adelante contribuyó él á trasladar preso á un monarca de una ciudad á otra de la Península, ni él tal vez, ni los jueces que le condenaron se acordaban sin duda de que había empezado su vida viendo á aquel rey preso é infamado por sus propios padres, reyes también, y reyes españoles.

Poco después de aquellos ruidosos sucesos se verificó la reforma del cuerpo de Guardias. Quedaron suprimidas las compañías extranjeras, se declaró jefe supremo del cuerpo al *Príncipe de la Paz*, y las esperanzas de D. Ángel de hacer pronta carrera se

desvanecieron, así por el gran número de jefes que quedaron supernumerarios, como porque aquel poderoso personaje no miraba con ojos muy favorables á la familia de Rivas, y estaba particularmente indispuesto con el Duque, hermano mayor de don Ángel.

Pero entretanto se aproximaban á más andar lo extraordinarios sucesos de 1808. Los ejércitos de N poleón atravesaban los Pirineos, y bajo pretexto pasar á Portugal se apoderaban de las plazas fuer de España. La corte de Aranjuez, conocidos ya verdaderos intentos de los invasores, aunque atreverse á revelarlos, andaba aturdida y desaten Quiso reunir en derredor de sí el mayor núme tropas posible, y á mediados de Marzo llamó tinamente á toda la guarnición de Madrid. En la dad que produjo esta medida, formábanse mil turas á cual más temerosas y extrañas sobre el que la impulsaba. Como quiera, los suceso preparaban eran extraordinarios, y el deseo parte en ellos de tal manera aguijoneaba y su ánimo, que habiéndose dispuesto la sal escuadrones de guardias, y que no habiend te número de caballos, quedasen en Madri dias más jóvenes, entre los cuales se co y le fué concedido marchar en un potro última remonta. Entonces fué testigo los sucesos memorables de Aranjuez e la caída de un privado, la destitución abdicación de un padre, y el alzamie en brazos del ímpetu popular, y en Madrid, en la escolta del nuevo rey F día que con tanto júbilo y entusiasmo

y aclamaciones, le recibió, enloquecida de placer y de esperanzas, la capital de la monarquía, ocupada ó invadida ya por los ejércitos franceses.

La fermentación iba cundiendo: la situación se complicaba cada día; la familia real abandonó la capital de sus dominios, dejándose á la espalda el antemural que le ofrecía la entusiasta lealtad de sus súbditos: el descontento contra los franceses se revelaba por todas partes en síntomas inequívocos, presagios de más violentas demostraciones. El terrible dos de Mayo estalló al fin, amenazadora é imponente, aunque vencida, la indignación del pueblo de Madrid. No presenció D. Ángel aquellas escenas de sangre, porque al amanecer de aquel mismo memorable día había salido á Guadalajara con un escuadrón, que la junta de gobierno, dominada por el Duque de Berg, envió á dicho punto, y que regresó á los pocos días. Pero el cuerpo de Guardias, ya por la parte inmediata que había tenido en los sucesos de Aranjuez, ya por la influencia que ejercían entonces en el ánimo del pueblo sus individuos, era mirado con gran desconfianza por los franceses; y aunque reducido en la capital á menos de la mitad de su fuerza, por los gruesos destacamentos que habían acompañado hasta la frontera á las personas reales, todavía el príncipe Murat deseaba sacarle de Madrid, y empeñarle en seguir á alguna de sus divisiones destinada á invadir las provincias. Mas sabiendo que en el cuartel se celebraban reuniones clandestinas de jefes, oficiales y guardias para tomar un partido decisivo, y que habían salido disfrazados varios individuos del cuerpo á fomentar el levantamiento de las provincias, mandó que marchase al Escorial con

sus estandartes, y con toda la fuerza disponible.

Causó grande agitación y alarma esta orden. Muchos jefes, exentos, oficiales y guardias pidieron en el acto su retiro ó su licencia absoluta. Procuró tranquilizarlos el ministro convocando á su despacho á los jefes é individuos más influyentes, entre los que se contaban nuestro D. Ángel y su hermano el Duque. Hiciéronseles promesas, ofreciéronseles seguridades, y se les prometió que no encontrarían un solo francés en el camino, ni en El Escorial. Pero salido el escuadrón de Madrid, y apenas había pasado de Galapagar, se encontró con dos escuadrones franceses de dragones y un batallón de infantería ligera, que dejando pasar á los guardias, siguieron detrás de ellos, como á un cuarto de legua, entrando casi á un tiempo en El Escorial, donde estaba acantonada la división francesa del general Frére.

Allí pasaron ocho días en la mayor ansiedad, alarmados de continuo con los avisos confidenciales que recibían de los parientes y amigos de Madrid, anunciándoles cada día peligros y asechanzas. Quién escribía que iban á ser pasados á cuchillo á m noche en sus alojamientos: quién que los frar trataban de provocar, por medio de una quere ticular, una refriega en que exterminarlos: qı iban á ser desarmados y llevados en re Francia cargados de cadenas: voces y rum denotan el estado de exaltación y de zoz quietud en que se hallaban entonces los á los que en cierto modo podía prestar p la manera irregular con que habían sid dos, y con que eran tratados en El Esco angustiosa posición, llegó una tarde al

oficial de guardias españolas Quintano, con pliegos para el general Frére. A su recibo hizo que sigilosamente tomaran sus tropas las armas en sus cuarteles y que con disimulo se reforzasen los puestos; y convocó á su casa al general Perellós con los exentos, oficiales y algunos guardias, entre los que fué don Ángel con su hermano el Duque. Recibiólos el francés con la más atenta urbanidad, y rogando al mensajero que expusiese el objeto de su viaje. Quintano, después de un diestro preámbulo, manifestó que el colegio de artillería de Segovia estaba en insurrección, que iban á marchar fuerzas francesas á sujetarlo, y que el príncipe Murat deseaba que el escuadrón de guardias las acompañara, para procurar con su prestigio calmar la efervescencia de aquella ciudad, y evitar que se llegase al último extremo. Reinaba mientras este discurso gran inquietud en la asamblea, sin embargo de que el oficial enviado, persona tan sagaz como cortés y discreta, no omitió ninguno de aquellos primores que disfrazaban la orden, presentándola sólo con el carácter de una insinuación y de un buen deseo. Mas finalizada apenas su arenga, levantóse nuestro D. Ángel de su asiento y con impetuoso ademán, y con todo el calor de los diez y ocho años, empezó á contestar á nombre de todos, negándose á marchar sobre Segovia, y manifestando alta y resueltamente que ningún guardia pensaba en hacer traición á su patria, ni contribuir como instrumento de extraña tiranía á la opresión y castigo de sus compañeros de armas. En esta primera arenga y estreno de nuestro personaje, era tan noble y patriótica la atrevida resolución, cuanto fueron acaloradas y descompuestas sus razones. Aplaudieron, sin

embargo, todos su arranque de osadía y elocuencia, quedóse perplejo el general francés, y prudente el oficial, para atajar los resultados desagradables de una resolución estrepitosa, se limitó á echar en cara del arrojado mozo su poca edad, y la inconveniencia de tomar el primero la palabra delante de tanta personas de respetabilidad y de servicios. Per contra su propósito, sus palabras produjeron el efec de irritar más los ánimos, y de que todos levantas tumultuosamente la voz en favor de D. Ángel. C mólos en fin el general francés, accediendo á qu escuadrón quedaría en El Escorial, ó regresar Madrid, ya que se negaba á cooperar á los bu deseos del Duque de Berg, y regresó en posta tano á Madrid, portador de la nueva de sus in esfuerzos.

Pasaron aquella noche con ansiedad y en v guardias, preparados sus caballos y sus arn amanecer advirtieron que la división france evacuado el pueblo; y á media mañana re la orden de regresar inmediatamente á Mad prendieron la marcha tarde, y pernoctar lapagar. Deliberaron allí sobre tomar un fueron varios y discordes, como acontec los pareceres. Opinaban unos porque e dispersara, esparciéndose sus individuos vincias para fomentar y organizar su tamiento: creían otros más convenie reunidos, y aprovechar la ocasión o char al punto en que se formase el español. Eran de esta última opinió Duque su hermano; mas como no ridad que decidiera, cada cual aq

su resolución y su camino; dispersándose los primeros y quedándose los últimos con el general Perellós y con sus estandartes. El mermado escuadrón, reducido á menos de la mitad de su fuerza, recibió en la Puerta de Hierro la orden de ir á Pinto sin detenerse ni entrar en la corte. Siguió D. Ángel á sus compañeros, y su hermano entró en Madrid para ver y tomar datos más seguros, á fin de adoptar una determinación conveniente y decisiva.

En Pinto conocieron cuán pocos eran para permanecer reunidos y abrazar como cuerpo la causa de la nación, no pudiendo abrirse paso á través de tantas tropas francesas como circunvalaban la capital. Fuéronse unos tras otros ausentando todos los que habían llegado allí; y D. Ángel Saavedra entróse de oculto en Madrid á reunirse con su hermano. Era de opinión de irse á Castilla, donde se decía que se habían incorporado á las tropas del general Cuesta los destacamentos de guardias que habían acompañado á las personas reales, y que representaban todo el cuerpo, teniendo allí dos estandartes; pero el Duque, entusiasmado con las noticias de Zaragoza, y con el nombre de Palafox, de quien era compañero y particular amigo, decidió que emprendiesen el camino de aquella ciudad. Salieron los dos hermanos á Guadalajara, y en pocos días preparado su viaje, y escondidos sus papeles y sus armas en los tercios de una acémila, disfrazados y provistos de buenos caballos, tomaron la ruta de Zaragoza, evitando el camino real.

Iban encontrando alarmada toda la tierra; y avizoradas todas las gentes de los pueblos, miraban con recelo á los transeuntes. En un lugar de los prime-

s de Aragón á que llegaron nuestros viajeros, se
ieron rodeados de gran muchedumbre de personas
ue les preguntaban con avidez noticias, y que que-
rían indagar sus nombres y los intentos en que cami-
naban. Manifestáronles D. Ángel y su hermano sus
pasaportes, firmados por autoridades españolas, si
bien con nombres supuestos, cuando tropezando
desgraciadamente en la plaza la acémila, rompióse
el lio en que llevaban ocultas las armas. Los luga-
reños, que vieron rodar por el suelo espadas, pistolas
y carabinas, gritaron *traición*, palabra de muerte
entonces, y querían en tumulto dársela pronta á los
viajeros. El alcalde los salvó del primer ímpetu de la
cólera de las turbas, encerrándolos en la cárcel, á
cuya puerta se agrupaba bramando el enfurecido pai-
sanaje, que decía haber visto entre las armas grillos
y esposas para *atar españoles y venderlos á Napoleón*.
Pero por gran fortuna para los dos presos, estaba en
el pueblo aquel uno de los guardias de Corps que se
habían dispersado en Galapagar, y que gozaba en él
de mucha influencia y popularidad. Acudió al luga
del desorden, penetró en la cárcel, y reconocien
en el Duque á un estimado jefe, y en D. Ángel á
compañero querido, publicó sus nombres, a
rando que eran leales patriotas y amigos del g
Palafox. Trocóse luego al punto el furor por
rendidos agasajos; la prisión en obsequioso
daje, y los gritos de muerte en vivas y aclan
de entusiasmo, con que por toda la durac
noche quisieron aquellas gentes compen
guna manera á nuestros caminantes el m
á su recibimiento habían debido pasar.
Pero escarmentados éstos con este

informados de que antes de llegar á Zaragoza hallarían nuevas dificultades, y de que era verdad que había con el general Cuesta un escuadrón de su cuerpo, mudaron de plan y de dirección, encaminándose á Castilla, buscando la sombra de sus estandartes. Hubo de ser penosa, tarda y rodeada su marcha para no topar con franceses, y no pudieron llegar á los reales españoles hasta después de las jornadas de Cabezón y de Rioseco, encontrando al fin al ejército recobrándose de aquellos gloriosos desastres en las inmediaciones de Salamanca.

Fueron muy bien recibidos en San Muñoz por el general en jefe, y marcharon seguidamente á Tamames. Hallábase allí un escuadrón de guardias compuesto de los destacamentos que habían acompañado á la familia real á Francia, y de los dispersos de Madrid, Galapagar y Pinto, componiendo una fuerza de 200 hombres, mandados por el exento Marqués de Palacios, y muy acreditados ya por la bizarría con que habían peleado en Rioseco. Uniéronse á ellos los hermanos Saavedras, como quien después de muchos peligros arriba á los lugares domésticos; que en aquella guerra santa y pura eran para los españoles la familia sus camaradas, y su paterno solar el campamento.

Ganada en las vertientes meridionales de Sierra Morena la gloriosa batalla de *Bailén*, marchó el ejército de Castilla sobre Madrid á incorporarse con el del general Castaños, y en esta marcha combatió D. Ángel por la primera vez, saliendo en guerrilla á picar la retaguardia de un destacamento francés rezagado en Sepúlveda. Incorporado entonces á un escuadrón de guardias de la división que mandaba

el Conde de Gante, marchó con ella á Logr fué atacado á los pocos días por tropas fi Los guardias hicieron entonces important cios, y las orillas del Ebro los vieron comb tanta bizarría como los habían visto las m del Orbigo y las llanuras de León. Don Án partió los peligros y la gloria de sus compa todos aquellos sucesos, y pasó poco despu nueva organización al ejército, á reunirse escuadrón del mismo cuerpo que se había r zado en Madrid, y que formando parte de la en la desgraciada jornada de Tudela, fué n dísimo en la voladura del repuesto de mu de Tarazona. Perdió en aquella noche el D caballo, y recibió una fuerte contusión, t que hacer la penosa marcha de la retirada cas del caballo de su hermano D. Ángel.

Retiráronse sobre Madrid, y en una refrie de Alcalá sacó D. Ángel el caballo muy mal Perdido Madrid, hizo la retirada á Cuenca pués del desastre de Uclés, en que se hal ordenanza del General en jefe, marchó co cuadrón á la Mancha. Pero adoleció grave Duque de calenturas pútridas, y tuvo que re convalecer, acompañándole su hermano, á l de Córdoba, donde tenían á su madre. Resta el enfermo, y marchando ambos á Extre donde se hallaba su cuerpo, pelearon co memorable batalla de Talavera. Regresó cha el escuadrón, cuyo mando había r Duque, y formó parte de la división que mandaba el general Bernuy, la c de sorprender y arrollar impetuosame

migos en Camuñas, Madridejos y Herencia, habiendo avanzado hasta Mora, se vió atacada súbitamente por mayores fuerzas y obligada á retirarse precipitadamente por el puerto de la Jara. Empeñada ya en aquel estrecho, apretóla el enemigo de tal manera, que se pronunció en completo desorden, abandonando la artillería. Pero el Duque de Rivas, que era bizarrísimo y entendido oficial, logró mantener firme su escuadrón, y corriendo de uno al otro lado con su hermano D. Ángel y otros valientes, logró restablecer el orden, contener, reunir y rehacer á los fugitivos, y dar por último una carga tan oportuna y denodada, que salvó las piezas de que era ya casi dueño el enemigo.

Después de otras correrías por la Mancha retiróse la división á la Carolina, donde organizado de nuevo el ejército al mando del general Areizaga, marchó decidido sobre Madrid. Preparábansele á nuestro don Ángel en esta campaña más graves peligros y más lastimosos desastres que los que hasta entonces había corrido y presenciado.

Tocaba á su fin el año de 1809, y el 18 de Noviembre, víspera de la desgraciada batalla de Ocaña, avanzó por la tarde la división de Bernuy sobre Ontígola, donde sostuvo un duro choque contra duplicadas fuerzas francesas mandadas por el general París. Hicieron los guardias, al mando del Duque de Rivas, prodigios de valor en aquel reencuentro. Cargaron como desesperados, cuando ya estaba deshecha el ala izquierda de la división, rehaciéndose y volviendo caras tres veces sobre el enemigo, con pérdida de más de la tercera parte de su fuerza. Tuvo D. Ángel herido el caballo desde los primeros

momentos de aquella acción tan desgraciada; pero continuó peleando con indecible denuedo cuerpo á cuerpo y á cuchilladas con los enemigos que le rodeaban. Recibió dos muy peligrosas en la cabeza y una estocada en el pecho, y todavía cerraba firme y desesperado con sus contrarios; pero cercado al fin de enemigos, y atravesado de un bote de lanza, cayó á tierra entre los muertos, y pasó por sobre su cuerpo desangrado, aumentando sus heridas, el tropel de los combatientes. Su hermano el Duque, que á lo lejos entre el humo y la confusión de la pelea lo había visto en tan peligroso empeño, volaba á toda brida á su socorro, cuando lo vió caer y desaparecer entre la muchedumbre, que no podía atravesar. Cerró triste y negra la noche: los nuestros, en confuso desorden, se retiraron á Ocaña, donde estaba ya el grueso del ejército; y los franceses, con pérdida de su general, se replegaron sobre Ontígola, quedando por unos y otros abandonado el campo de batalla, cubierto de cadáveres. Reunía el Duque de Rivas junto á las tapias de Ocaña los destrozados restos de su gallardo escuadrón, y á la siniestra luz de un hacha de viento pasaba lista para cerciorarse de su pérdida. Su hermano no estaba allí. Cien veces repitió su nombre con el acento de la desesperación, y nadie respondía. Por último, y con las lágrimas en los ojos, rogó á algunos guardias que saliesen en busca de su cadáver. Hiciéronlo así varios que amaban mucho á su comandante y que conocían toda la intensidad de su gran dolor, pero fué vana su fatiga. La Providencia envió por otros medios socorro al joven moribundo.

Era más de media noche cuando volvió en sí don Ángel. Sintióse rodeado de cadáveres de hombres y caballos, y oía en derredor los quejidos de los moribundos. Estaba casi desnudo, porque había sido despojado. Divisaba por uno y otro lado lejanas fogatas, y probó con angustiosos esfuerzos á caminar por entre rotas armas y sobre charcos de sangre. A pocos pasos sintióse desfallecer, turbó su cabeza el vértigo de la agonía, y se preparaba á morir. Pero entre las tinieblas de la obscurísima noche, creyendo divisar el bulto de un hombre que llevaba detrás de sí un caballo, le gritó para que viniese á socorrerle. Era un soldado español del regimiento del Infante; su nombre ha quedado en la agradecida memoria de nuestro protagonista, de cuyos labios lo hemos oído alguna vez. Llamábase Buendía, y había venido al campo á recoger despojos. Acercándose y enterado de quién era el herido, con gran trabajo lo levantó del suelo, y terciándolo sobre el caballo lo mejor que pudo, lo condujo á Ocaña.

Estaban los hospitales tan atestados de heridos y moribundos, que ya no hubo para éste cabida. Buendía consiguió, á fuerza de ruegos, que lo admitiesen en una casa particular, donde le fueron prodigados todo género de socorros, y corrió en seguida á media legua de allí, donde con los restos de su escuadrón vivaqueaba el Duque. Voló éste á abrazar á su hermano, después de recompensar largamente al soldado libertador, é hizo traer, casi á la fuerza, un cirujano de hospital. Vino, y halló al herido moribundo. El frío de la noche, contrayendo las heridas y coagulando su sangre, había contenido su pérdida; pero al calor del lecho y de una atmósfera más tem-

la sobrevino una espantosa hemorragia. No ha- el cirujano otra cosa que recetarle que la Extre- unción, y salió á prestar sus auxilios á quienes diesen aprovechar. Traspasado de dolor el Du- ue, demandaba en vano otro facultativo, y las gen- es de la casa trajeron un barbero del pueblo, que hizo diestramente la primera cura, y que dió muy buenas esperanzas.

En esto amanecía: los tambores batían generala por todas partes; los enemigos estaban encima. El Duque, dando un doloroso abrazo á su hermano moribundo, dispuso que trajeran un carro del país para alejarle de allí, con otros siete guardias heridos, sobre cuya suerte velaba con no menos ternura que sobre la de su hermano. Y para ir más descuidado á donde le llamaban los clarines, rogó al subbrigadier D. Julián Pobeda y al guardia Mendinueta que acompañasen y custodiasen, hasta ponerle en salvo, su para él tan precioso depósito.

Marchó el carro lentamente, y á poco empezó á oirse á su espalda el gran rumor de la espantos batalla. Cuando á media tarde llegó á Temblequ ya los fugitivos y dispersos anunciaron la infaus nueva de aquella infelicísima jornada. Los s guardias que acompañaban á D. Ángel, uno otro se habían ido muriendo por el camino: só continuaba firme y animoso en situación tan h ble. La confusión crecía por momentos. Po Mendinueta entráronse con él en el carro pa tirle más de cerca, y apresuraron la fuga. camino real se puso á poco intransitable mero de fugitivos, carros, cañones y h llegaban precipitados, y ya perseguidos

cer aparecieron los franceses, deteniendo y acuchillando aquellas apiñadas turbas. Oíanse sus voces y el estruendo de los pistoletazos: los criados de Pobeda y Mendinueta, que seguían el carro con los caballos de sus amos, les rogaron que se pusiesen en salvo y abandonasen al herido; pero aquellos pundonorosos caballeros y leales amigos, con heroica resolución mandaron á sus criados que escapasen como pudiesen, quedándose ellos con su compañero para perecer con él. Era Pobeda de Daimiel, conocía la tierra, y dispuso tomar otro rumbo. Con ruegos, amenazas y ofertas obligó al carretero á dejar el camino real y á seguir á campo atraviesa la dirección de aquella villa. La misma confusión favoreció sus intentos, y después de vencer mil obstáculos para atravesar aquellas llanuras, llegaron al amanecer á Villacañas, donde descansando el herido, y hecha la segunda cura, se halló más repuesto y animoso. A su estada en aquel pueblo compuso después aquel bello romance que empieza:

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,

que anda impreso en sus poesías, y que saben muchos de memoria. Pasados allí tres días, prosiguió su viaje con más seguridad por el camino de Montirón. Mendinueta regresó en busca de sus estandartes á meterse en nuevos peligros y á anunciar al Duque que su hermano quedaba en salvo; y después de once días de penosísimo viaje, llegó Pobeda con el herido á Baeza.

Halló en aquella ciudad la más esmerada asistencia, y al cabo de veinte días hallóse muy repuesto,

menos de la lanzada en el pecho, y otra en la cadera, que le tuvo cojo algunos años; y sintiéndose con fuerzas, pasó á Córdoba, donde estaba la Duquesa su madre. Su recibimiento en aquella ciudad debió satisfacerle y lisonjearle en gran manera. Muchas gentes salieron á esperarle al camino, y en las calles fué detenido varias veces su carruaje por la muchedumbre, que se agolpaba á verle y vitorearle. El entusiasmo popular recompensaba largamente, en aquella época de verdadero patriotismo, los servicios militares y la sangre derramada en las batallas.

El regalo de la casa paterna apresuró su convalecencia, aunque por la frecuencia con que vomitaba sangre temiesen los facultativos que á la larga produjesen algún funesto resultado sus peligrosas heridas, algo precipitadamente cicatrizadas. Pero á principios del año 1810 forzaron los franceses e
paso de Sierra Morena, y se derramaron por Anda
lucía. Retiróse D. Ángel con su madre á Málag
detúvole allí arbitrariamente Abello, que había s
blevado la población contra las autoridades leg
mas so pretexto de defenderla: entraron de pro
los enemigos, no pudo embarcarse, y despué
perder sus caballos, equipajes y dinero, tuvo
esconderse con su afligida madre, disfrazado
bos y faltos absolutamente de recursos, en la
rable barraca de un pescador del Perchel.
de esta angustiadísima posición un ofici
pasado á los franceses, que algunos meses
bía estado en Córdoba alojado y obsequ
opulenta casa de los entonces ocultos y
Éste hombre generoso los descubrió po

lidad, y facilitó á D. Ángel y á la afligida Duquesa pasaportes con nombres supuestos, caballerías y dinero con que dirigirse por la costa á Gibraltar, á donde llegaron felizmente. Pasó desde allí á Cádiz, acabado de sitiar por los franceses, y volvió á ver á su amado hermano, que acababa de llegar, siempre al frente de su escuadrón de Guardias. La Regencia del reino, instalada en la isla de León, y presidida por el general Castaños, colmó á D. Ángel de honras y elogios, y le concedió en premio de sus servicios el grado y sueldo de capitán de Caballería ligera, quedando agregado al cuerpo de Guardias, y otra vez á las órdenes de su hermano. Y formado á poco por el general Blake el estado mayor de los ejércitos, entró D. Ángel como adicto en el estado mayor general, que se estableció cerca del Gobierno, y tres meses después con plaza efectiva de ayudante segundo.

Agitada y azarosa había sido la vida de nuestro protagonista en las fatigas y vicisitudes de aquella campaña. Había, ciertamente, en los trabajos de la guerra de sobra con que absorber y ocupar toda la actividad, ardor y entusiasmo de la juventud primera. La dirección belicosa que debían haber tomado todos los espíritus y todas las pasiones; los temores continuos; los frecuentes reveses; las largas marchas y penosas fatigas corporales, poco espacio podían dejar á los vuelos de la imaginación y al estudio de aquellas artes, para cuyo cultivo ha necesitado siempre el ingenio recogimiento, ocio y regalo. Sin embargo, nuestro D. Ángel no había dejado, en medio de los trabajos de la campaña, sus ocupaciones favoritas, y los mismos extraordinarios

sucesos, ó los variados cuadros que á su vista se desarrollaban, acaloraban á veces su fantasía. El entusiasmo es más que la sensibilidad. Es esta una cualidad meramente pasiva; la otra fecunda, expansiva y creadora. Los hombres muy sensibles y delicadamente impresionables sienten mucho, gozan ó padecen mucho, viven más vida que los otros hombres; pero pueden absorber en sí mismos esa vida, y como los cuerpos negros la luz, guardar en su propio corazón sus impresiones. El entusiasmo las recibe para reflejarlas, para comunicar á todos los demás lo que en sí no cabe y rebosa. El entusiasmo no siente sólo, se inspira; no sólo vibra, suena; no sólo arde, quema; no sólo escucha, canta; y después de mirar pinta. Don Ángel Saavedra, primero que militar, había nacido entusiasta, porque había nacido poeta. Necesitaba cantar lo que sentía, pintar lo que miraba. No había dejado de hacer versos y cuadros. Ni los unos ni los otros eran entonces buenos; pero no importaba. No era la época de la perfección, era la del estudio, la del progreso. Las artes son también una especie de guerra, y sólo los que han combatido en esa liza saben cuán dura es á veces. En las batallas del genio, la lucha no es el triunfo, y también en sus reveses hay mérito y gloria. Muchos grandes talentos, como muchos grandes capitanes, han empezado por derrotas que no dejan de ser hazañas. Nuestro poeta no podía hacer entonces obras maestras; pero sus producciones mantenían y atizaban el fuego sagrado de las musas, que á veces, si no se remueve, se apaga. Compuso entonces una oda al alzamiento de la nación española, otras piezas líricas que se imprimie

ron después entre sus poesías, y canciones patrióticas; versos de circunstancias, que él mismo no ha querido que sobreviviesen á los sucesos que los inspiraban. Y también en los campamentos y cuarteles dibujaba siempre que podía, ya haciendo ligeros retratos de sus compañeros, y alguna vez de sus patronas, ya tomando apuntaciones de grupos de soldados, caballos y cañones; de escenas militares, ó de vistas y paisajes; todo, si no con gran maestría, con mucha inteligencia, animación y verdad.

Esta facilidad de escribir y práctica de dibujar le hicieron singularmente apreciado en el estado mayor, en que sus jefes le encomendaron el Negociado de topografía é historia militar. Y sus heridas, su vivacidad, su carácter blando, y su trato jovial y ameno le granjearon el cariño de todos sus compañeros. Escribió entonces con mucho acierto los resúmenes históricos formados sobre los partes oficiales de los ejércitos, que se presentaban mensualmente al Gobierno: documentos preciosos para la historia de la guerra de la Independencia, que habrán desaparecido ó yacerán sepultados en algún archivo; publicó una defensa larga y razonada del estado mayor, contestando á un folleto que pareció en Cádiz contra aquel establecimiento; redactó varias exposiciones y memorias al Gobierno sobre la organización del cuerpo; y fué el redactor y director del periódico militar del estado mayor, que se publicó semanalmente en Cádiz con general aceptación en todo el año de 1811.

Por estas ocupaciones facultativas no abandonaba sus predilectos estudios. La amistad que entonces contrajo con el Conde de Noroña, Gobernador de

Cádiz, con D. Juan Nicasio Gallego, y el trato frecuente con D. Manuel José Quintana, D. Juan Bautista de Arriaza, D. Francisco Martínez de la Rosa y otros esclarecidos literatos, avivaron su pasión por la poesía, haciéndole progresar cada día, si no en la inventiva y originalidad, hasta donde no se atrevía á lanzarse entonces, sí en la corrección y pureza del lenguaje, en la fluidez y sonoridad de la versificación, en la profundidad y elevación de los pensamientos. Distínguese ya por estas dotes el *Paso honroso*, poema en cuatro cantos, en buenas octavas, que fué muy leído y aplaudido, y siguiendo al mismo tiempo su inclinación al dibujo, no sólo ejecutaba planos y croquis por obligación de su empleo, sino que concurría todas las noches á la Academia de Cádiz á estudiar el modelo vivo y á copiar algunas buenas estampas de la escogida colección que aquel establecimiento posee.

Nuestro D. Ángel había nacido artista, poeta, caballero; pero á pesar del papel que le ha tocado hacer, y que no ha desempeñado mal, en la escena de los negocios públicos, creemos que á esta fecha él mismo pensará que no había nacido para ocuparse en materias políticas, y que fué como una aberración en el destino de su vida la parte de hombre público que le ha cabido en suerte. El cometa fatal de la revolución debía lanzar á todos de su órbita y arrebatarlos por un momento en su excéntrica y fatídica carrera. La política ha sido para los talentos de esta época el genio malo que los ha perdido, el epidémic influjo que ha tenido por largos años paralizadas en postración sus fuerzas más vitales, que ha abati contra la tierra las alas de su vuelo generoso. Afc

tunadamente ese cometa maléfico se aleja. El talento y la juventud se han desprendido de su órbita en sus postreras violentas sacudidas. Las letras y las artes, las ciencias y las musas, han dejado á ese funesto meteoro marchar solo, y ahora, cuando más arrebatado parece que camina, gira ya sin los brillantes satélites que otro tiempo arrastraba, y su sulfurosa lumbre ilumina sólo las regiones de la ignorancia y de la vanidosa presunción. Pero en la época de que vamos hablando, los hombres de más ilustración estaban preocupados de los sentimientos que habían despertado en todo los corazones los sucesos de la guerra, los desórdenes del reinado anterior y la catástrofe de la familia reinante, amalgamado todo con las ideas y teorías que la Revolución francesa había esparcido en la sociedad. Don Ángel había respirado el aire de guerra de los campamentos; respiraba ahora la atmósfera de la isla gaditana y de la sociedad allí reunida, y sin notarlo él mismo, la revolución se inoculaba en sus venas. Había mirado la independencia como el mayor bien de su patria, y la vuelta de Fernando al trono de sus mayores, como el remedio de todos los males pasados, como el principio de una nueva época de regeneración y ventura. Pero tras de los nombres y de los sentimientos de monarquía é independencia habían venido los nombres y las esperanzas de Constitución y de Libertad. Creía, como todos, que los Gobiernos que se habían sucedido desde el alzamiento, eran la causa de los desastres de la duración de aquella guerra desoladora. Las Cortes era la palabra mágica, que simbolizaba el único remedio de los males y desaciertos que lamentaban, y participó na-

turalmente del entusiasmo unánime que excitaba su reunión. Las sesiones de aquel Congreso, á que asistía constantemente, fueron su primera escuela de política. La ardiente fantasía del poeta simpatizaba naturalmente con los fogosos arranques de los nuevos tribunos. Todo lo que se le figuraba reformas merecía sus aplausos, y abrazó con calor las más exageradas ideas del partido liberal. Las doctrinas, como el cólera morbo, son más fulminantes y vehementes en el punto que empieza y cuando tienen una esfera reducida de acción. Cádiz fué entonces el foco generador del cólera político, y adoleció de él gravemente nuestro D. Ángel. Varios versos satíricos y algunos artículos que publicó en el *Redactor General*, fueron el desahogo de aquel entusiasmo. La Constitución del año de 12 fué á sus ojos la obra más perfecta de la inteligencia humana, el monumento más grande de su sabiduría, y el cimiento más sólido de la grandeza y prosperidad nacional. Pero prueba del extravío de estos sentimentos, es que aquellos artículos y aquellos versos no han sobrevivido á los días de vértigo en que nacieron. El cantor de Mudarra, el poeta de los bellos romances, y que celebró después en versos inmortales los caballerosos recuerdos y las glorias tradicionales de la nación española, se burlaría tal vez hoy si pasara la vista por las producciones que le inspiraron sus primeros amores con la revolución y con la libertad: mejores eran sir duda los que, más mozo todavía, había compuesto su primer querida.

No cesaron en Cádiz sus tareas militares. Asce dido á ayudante primero de estado mayor (tenier coronel efectivo), desempeñó varias comisiones i

portantes; se halló eventualmente en la batalla de Chiclana, á donde fué de orden de la Regencia para traer noticias; pero su ardor le llevó á mezclarse activamente en la pelea, antes que atender al inmediato objeto de su comisión. Habiendo entrado el Gobierno en algunos recelos del general Ballesteros, pasó á su cuartel general comisionado para averiguar sus intenciones; y cuando, levantado el sitio de Cádiz y perseguidos los franceses, se amotinó en Córdoba la división del general Merino, so pretexto de sostener la resistencia de Ballesteros á reconocer al lord Wellington por general en jefe de los ejércitos españoles, envió la Regencia á D. Ángel con plenas facultades para atajar aquel desorden. El éxito coronó sus esfuerzos. Por su cooperación y consejo, el general Chevarri resumió el mando, restableció la severidad de la disciplina, y se logró sacar de Córdoba en buen orden la división, después de deponer al general y de prender á los oficiales, principales cabezas y promovedores de la insurrección. La guerra tocaba á su fin. El triunfo importante de Vitoria aseguraba la evacuación inmediata de la Península. Don Ángel pretendió ser destinado á la sección de estado mayor que servía á las órdenes de lord Wellington; pero no pudo conseguirlo, y resintiéndose de nuevo de la herida del pecho, que le hacía arrojar sangre por la boca, y aconsejándole los médicos quietud y reposo en el templado clima de Andalucía, pasó á Sevilla destinado al ejército de reserva; y fué á poco comisionado á Córdoba, á mandar y organizar un nuevo regimiento de caballería. Recibida la noticia de la victoria de San Marcial, y de que no quedaba ya un solo francés en el territorio español,

e retiró del servicio militar, con la consideración de teniente coronel que por su empleo le correspondía.

A la vuelta del rey Fernando, y abolida por el decreto de Valencia la Constitución de Cádiz, tuvo D. Ángel la rara suerte de no ser perseguido por sus ideas liberales, como al principio se lo había temido. Lejos de eso, el Rey dispensó á ambos hermanos la más cordial acogida, elogió en pública corte sus servicios militares, y concedió á D. Ángel el empleo de coronel efectivo de caballería con el sueldo correspondiente, consignado como retiro en la plaza de Sevilla. Establecido en la hermosa capital de Andalucía, pudo aprovechar los ocios de la paz y consagrarse de lleno á las tareas literarias y al cultivo de la pintura. Las amistades que contrajo con el respetable anciano D. Francisco Saavedra, con el erudito, aunque extravagante, Vargas Ponce, con el ilustrado Ranz Romanillos y con el poeta D. Manuel María de Arjona, avivaban su afición á la literatura, inspiraban nuevas ideas en su entendimiento, y dirigían sus estudios ó moderaban la fogosidad de su fantasía. Acaso las mismas inclinaciones de su juventud recibían saludables correctivos de aquellos sesudos varones. Sabemos, por ejemplo, que era D. Ángel un tanto aficionado á torear, y Vargas Ponce le dedicaba con tal motivo un romance que empieza cor este requiebro:

«Bárbaro, que así desluces
Los presentes de natura...
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda.

Empero esta dirección, que sin duda era un l
para formar el gusto de nuestro poeta, contribuí

menos poderosamente á cortar los vuelos de su originalidad, y á sujetarle demasiadamente á seguir el camino trillado de nuestros antiguos clásicos y de sus manoseados asuntos; camino á cuyas orillas ya no quedaban entonces flores que pudieran recoger los nuevos peregrinos. Lo menos que podían temer los severos preceptistas de aquella época, eran innovaciones literarias que estaban muy lejos todavía. Los que se llamaron restauradores de nuestra poesía á fines del pasado siglo y á principio del actual, hubieran podido, con más razón y con pretensiones más modestas, llamarse restauradores del buen gusto poético. Eran sin duda un gran progreso, un inmenso progreso después del siglo de decadencia en que yació postrada la literatura española desde el advenimiento de la casa de Borbón al trono de Castilla. Meléndez, Jovellanos, Quintana, Arjona, Gallego y Lista, eran ciertamente poetas. Ellos volvieron á versificar con la robustez, la resonancia y el vigor, la dulzura y la armonía de Garcilaso, de Quevedo, de León, de Villegas, de los Argensolas, de Rioja y Herrera. Pero, demasiado desdeñosos de la antigua poesía nacional, demasiado amantes de la belleza de las formas, y sacrificando á ella sin duda la grandeza de los asuntos, parecióles que no podía haber sin extravío novedad en los pensamientos y en la manera de sentir; y no puede negarse, por muy reconciliadas que ahora nos hayan puesto con la antigua escuela los excesos de la actual anarquía, que era algún tanto académica é imitativa, y no muy rica de originalidad y de jugo la literatura que recomendaban por modelo. Nunca había sido muy original, muy profunda ni muy elevada la poesía que se llamó andaluza. Le-

jos de tener el carácter de espontaneidad, que debía darle aquel clima tan poético de suyo y donde brotan los versos como las flores, sus principales y más celebrados maestros habían cerrado los ojos, y no sabemos si el corazón, á las bellezas de aquella naturaleza grande, magnífica, todavía más que risueña, para ir á beber sus inspiraciones en los poetas de la moderna Italia ó de la antigua Roma. El mismo Herrera y Rioja son notables por no tener color local. Sus imitadores fueron áridos é insípidos. Eternos amores y pálidas galanterías, tratados á la manera antigua, sin idealismo, sin profundidad, muchas veces sin pasión y sin ternura, eran el tema obligado de sus versos. Respecto de la naturaleza y de sus escenas y de sus pinturas, aparecen más pobres todavía. Los colores de la aurora y las plateadas linfas de los ríos, los jazmines y las rosas de sus campos, son el repuesto de sus galas y el arsenal de sus descripciones. Los poetas del Guadalquivir no habían bajado nunca por sus aguas al mar inmenso que ciñe sus playas; jamás se habían extasiado ante los grandiosos é imponentes cuadros de Sierra Morena, ó de las perpetuamente nevadas cumbres que circundan á Granada; jamás se habían inspirado con la impresión honda y melancólica de aquellas llanuras que se despliegan dilatadas y monótonas bajo un cielo purísimo sin celaje como sin nubes; jamás habían evocado las sombra de las generaciones que cultivaron en otros tiemp aquel riquísimo suelo; jamás habían oído las voc que suenan todavía en los monumentos romanos, los palacios árabes, en las ruinas de los vándalo en los castillos y torres de los conquistadores go jamás habían reflejado en sus amanerados ve

aquel sentimiento de languidez y de voluptuosidad que hasta el pueblo, más poético allí que sus poetas, exhala en sus romances, en sus *cañas* y en sus *playeras*. La historia en sus diversos períodos no les había dicho nada. Los conquistadores del Nuevo Mundo no habían encontrado ninguna riqueza poética en las alturas de los Andes, en las palmeras de las Antillas, en los inmensos bosques de aquellos ríos más grandes todavía, ni en los palacios de Moctezuma y de los hijos del sol. La religión que elevó la maravillosa catedral de Sevilla, y que decoró sus naves con los mágicos lienzos de Murillo, no había hablado al corazón de los poetas el mismo idioma que á sus colosales arquitectos y á sus divinos pintores. El mismo Herrera, para celebrar á D. Juan de Austria, pone sus loores en boca de Apòlo, é introduce todas las deidades de la mitología, escuchando las alabanzas de aquel que en las sangrientas aguas de Lepanto tremolaba el estandarte de la Virgen del Rosario. Toda la poesía española se había resentido del carácter académico de la imitación clásica. Los romances, principal tesoro de la poesía nacional; los romances, en que se han conservado todas las glorias tradicionales de nuestro país, y en los que han compuesto los mismos siglos y las generaciones mismas las magníficas epopeyas de los Bernardos y de los Cides, de los Guzmanes y Almanzores, eran desdeñados por los grandes maestros, y crítico ha habido entre nosotros que los declaró incapaces de servir para asuntos heróicos y graves. Porque era trivial y popular su forma, porque no se ajustaban bien á su tono y á su estado las Venus y los Cupidos, Palas Atenea, y el Bistonio Marte, habíanse creído

igualmente triviales y no á propósito para calzar el alto coturno poético los asuntos que en ellos habían sido tratados; y por el contrario, las estrofas y las liras del verso endecasílabo no podían prescindir del acompañamiento obligado de las imágenes mitológicas y emanciparse del yugo de la imitación pagana. Los mismos poetas que poco há mencionamos y que tanto ensancharon el campo, y con tan nuevos pensamientos aumentaron la riqueza de la poesía, trabajaban por coartar su propia tendencia, y si eran á veces atrevidos y originales en sus producciones, mostrábanse duramente severos é intolerantes en sus críticas, y no eran para abrir nuevos caminos sus lecciones, en oposición tal vez con sus ejemplos. Don Ángel Saavedra empezó á escribir bajo la influencia de estas ideas y de esta escuela. Los amores vestidos de ninfas y de faunos; la historia de los siglos medios, pintada con los colores y las costumbres de los griegos y de los romanos; la política de las revoluciones modernas transportada al foro de Roma, ó á las repúblicas griegas: tal era el fondo de la poesía que había cultivado; tal era el carácter distintivo de las composiciones de nuestro Autor. A fines de 1813 había publicado un tomo de poesías, que tuvieron entonces bastante boga, pero que no son leídas hoy. Don Ángel añadía un volumen más de poesías académicas, de imitaciones de Herrera de Petrarca, á los muchos que habían salido. E una maceta más en el recortado jardín de la lite tura imitativa y convencional; eran plantas de est sin calor propio, sin raíces en la tierra (1), y

(1) No es el Sr. D. Juan Valera de la misma op

Ángel Saavedra había nacido para ser árbol pomposo y lozano al aire libre, y bajo el sol fecundo de su propia inspiración y fantasía.

Su inclinación le arrastraba á escribir para el teatro, y en el teatro siguió la misma senda y la misma escuela literaria y filosófica. A fines del año de 1814 compuso la tragedia de *Ataulfo*, que si no le valió coronas escénicas, mereció la señalada honra de ser prohibida por la censura. No era para desalentarle un contratiempo que podía lisonjear su amor propio, y dió á poco otra tragedia titulada *Aliatar*, de éxito prodigioso en el teatro de Sevilla, y que obtuvo mayores aplausos y excitó más entusiasmo que otras obras posteriores del autor, trabajadas con más estudio, pensadas con más intención y detenimiento, y versificadas con más corrección y esmero. Siguió á éstas *Doña Blanca*, aplaudida también, aunque no tanto como la anterior. Escribió luego, aunque no dió al público, *El Duque de Aquitania*, descolorida imitación del Orestes de Alfieri, y *Malech-Hadhel*, obra escrita con más juicio, y pensada con más filosofía. Con estas dos tragedias, con el *El Paso honroso*, y con otras producciones líricas nuevas, pensó hacer en 1819 la segunda

«El ningún favor, ó mejor diré, la cruel injusticia con que los críticos, contagiados aún de romanticismo, han tratado las poesías de Saavedra hasta el año de 1823, se explica y no agravia al Duque, cuando se advierte que en la misma censura envolvían á toda obra poética lírica española, ó por lo menos andaluza.»—*Estudio biográfico*, publicado en la revista *El Ateneo* en Diciembre de 1888 y en Enero y Febrero de 1889.

edición de sus poesías, sujetándolas para ello á la censura y corrección de D. Juan Nicasio Gallego, confinado entonces en la Cartuja de Jerez, y que conociendo ya, en medio de la incorrección de sus primeras obras, las grandes cualidades de poeta que adornaban á D. Ángel, hacía grande aprecio de sus versos y de su talento (1).

Y merecíanlo sin duda. Nosotros, al lamentarnos de alguna manera de la influencia que pesaba sobre su ingenio, que no tenía acaso las dotes necesarias para elevarse á más altura que sus modelos en el campo de la imitación clásica, estamos muy distantes de creer que Saavedra no fuera ya entonces y en aquella literatura un poeta muy distinguido, y que podía serlo más todavía. Su versificación era ya sonora, rica y armoniosa, y siempre fácil, si á veces no igualmente elevada y vigorosa. Sus produc-

---

(1) He aquí un soneto en que le daba los días aquel año:

Tú, á quien afable concedió el destino,
Digna ofrenda á tu ingenio soberano,
Manejar del Aminta castellano
La dulce lira y el pincel divino,
Vibrando el plectro, y animando el lino
Logres, Saavedra, con dichosa mano,
Vencer las glorias del cantor troyano,
Robar las gracias del pintor de Urbino.
Lógralo, y logre yo, si más clemente
Se muestra acaso la áspera fortuna,
Que hoy no me deja en blando son loarte,
Tejer nuevas coronas á tu frente,
Ya esclarecida por tu ilustre cuna,
Ya decorada del laurel de Marte.

No fué sólo Gallego el que cantó las excelencias del poeta. Véase el apéndice núm. 1.

ciones dramáticas pertenecían á la escuela francesa, y alguna vez se recuerda en sus escenas la lectura de Alfieri; escuelas que Cienfuegos y Quintana habían introducido, no sin gloria y sin éxito, en el teatro español, y que, tanto como el talento de estos poetas, había contribuído á poner en boga el genio trágico del ilustre Máiquez. Las tragedias con que había enriquecido nuestro D. Ángel la escena española, no eran obras maestras; pero no seremos nosotros los que neguemos que de haber continuado por aquella senda, no hubiera llegado en el género de CORNEILLE y VOLTAIRE al mismo grado de perfección y de belleza que en el de Calderón y de Moreto.

Pero la edición de estas poesías no tuvo efecto hasta dos años después. Entretanto había ocurrido la revolución política que tuvo por resultado el restablecimiento de la Constitución de 1812. Hallábase en Madrid D. Ángel cuando estalló aquel suceso, que aplaudió entusiasmado, como todos los liberales españoles: júbilo desinteresado, en el que no entraban miras personales. Aquel cambio político no despertó ambición alguna en su pecho. Aunque todos sus amigos volvieran á ejercer influencia y á ocupar los primeros puestos del poder, nada pretendió, nada quiso para sí. Aprovechó sólo aquel acontecimiento para realizar sus vehementes deseos de viajar y de recorrer la Europa. Había solicitado en vano la competente licencia de los ministros de la Guerra del régimen absoluto. Se la concedió por seis años, y con todo su sueldo, el Marqués de las Amarillas, después Duque de Ahumada, encargándole al mismo tiempo recorrer y

examinar los establecimientos militares de los países extranjeros, dando al Gobierno noticias de sus adelantos y mejoras, conforme á un pliego de instrucciones dignas de aquel entendido é ilustrado personaje. La impresión de sus poesías le detuvo aún algunos meses en España; pero publicado en Madrid, en Enero de 1821, el segundo tomo de aquella colección, partió D. Ángel á Francia á principios de Mayo del mismo año, después de haber ido por algunos días á Córdoba á despedirse de su familia. Llegado á París, procuró realizar el objeto para que el Gobierno le había comisionado, sin olvidar su propia instrucción y las artes que le eran más queridas. Visitó los establecimientos militares: frecuentó las bibliotecas y museos: trató con intimidad al ilustre lord Holland, al anciano Desttut-Tracy, y al célebre pintor Horacio Vernet; y preparábase en el mes de Diciembre á continuar sus viajes por la pintoresca Italia, cuando la revolución política, que iba recorriendo en España una de sus más violentas fases, le llamó estrepitosamente á su país para lanzarle por una nueva carrera, en que los riesgos, los infortunios y los errores debían pesar más que la gloria, y serle tan fatales para su suerte personal, como para la de las artes y las letras que estaba llamado á cultivar.

Durante su última mansión en Córdoba había contraído D. Ángel amistad, que aun dura tierna y estrechísima, con D. Antonio Alcalá Galiano, entonces Intendente en aquella ciudad. No sabemos si era ya el Sr. Galiano, como lo es hoy, un prodigio de saber y de erudición; pero era ya seguramente una maravilla de elocuencia. Por desgracia, las opi

niones que profesaba eran á la sazón las más ardientes y exageradas; y el poder con que el elocuentísimo tribuno arrastraba la convicción y las voluntades del partido democrático, no se ejerció menos fascinador y poderoso sobre la imaginación móvil y ardiente y el carácter apasionado de D. Ángel. El talento subyuga con más fuerzas todavía al talento que á la ignorancia, y Galiano arrastró á Saavedra en el torbellino de sus opiniones y en la carrera de su partido. En las elecciones para la legislatura de 1822 ocurriósele á D. Antonio que un amigo suyo de tanto mérito, y ligado además con el país por las consideraciones debidas á su ilustre familia, y por el buen afecto con que sus paisanos generalmente le distinguían, sería un digno representante de aquella provincia. Don Ángel Saavedra fué elegido diputado á Cortes, y aunque vió con pena desbaratado su plan de viajes, sin duda hubo de lisonjearle grandemente esta muestra de aprecio de sus compatriotas, más que asustarle las eventualidades de una revolución que ya entonces se presentaba amenazadora y embravecida.

Su conducta en el Congreso fué la que debía esperarse de las circunstancias de su elección. Unido estrechamente con Galiano y con D. Javier Istúriz, á quien había tratado de joven en Cádiz, se colocó como ellos en lo más extremo de la oposición al Ministerio que presidía Martínez de la Rosa, en lo más culminante del partido exaltado. Chocaba tanto más su conducta, é incurrió por ella en tanta mayor animadversión de la corte, cuanto que su educación, sus conexiones de familia y sus maneras aristocráticas le hacían extraño por demás á las

exageraciones é intereses de los demagogos. Sin embargo, jamás fueron móvil de su conducta política, ni estímulos de su ardor tribunicio, los bastardos intereses que, principalmente en estos últimos tiempos, se ocultaron bajo la máscara de las pasio nes políticas de los nuevos patriotas. El entusiasmo de los exaltados de entonces era, sin duda, más sincero y más desinteresado. Jamás D. Ángel Saavedra llevó en su virulenta oposición miras personales, deseos de engrandecimiento. Jamás pidió mercedes para sí ni para sus allegados: jamás se prosternó bajamente ante los mismos poderes á quienes desafiaba en la tribuna. Los recuerdos de Cádiz obraban de lleno en su fantasía; aguijábale el estímulo de imitar á los oradores que había admirado entonces; y el odio de una corte que era la primera á conspirar por indecorosos medios contra un sistema que no se atrevía á contrarrestar frente á frente, no podía, en verdad, hacer en él la misma impresión que en otra época más próxima el amor ó la gratitud de la Reina, que había abierto las puertas de su patria á los que lejos de ella gemían desterrados. Las teorías políticas no estaban entonces tan ensayadas por la experiencia, ni en nuestra nación, ni en las extrañas, para que no subsistiesen muy vivas y halagüeñas ilusiones, que en el transcurso de veinte años se han desvanecido. Don Ángel las abrigaba. ¿Á quién de nosotros no le ha sucedido otro tanto? Don Ángel creyó que eran verdadera popularidad los aplausos que las galerías daban á sus discursos. Parecíale, sin duda, que eran tan desinteresados y tan sinceros como los que pudiera arrancar una buena tragedia ó la vista de un buen cuadro; y

cuando improvisaba sus breves arengas, acaso se le figuraba que leía bellos versos. Don Ángel no podía entonces profundizar las cuestiones políticas, que ni aun otros hombres, más exclusivamente consagrados á su estudio, habían examinado sino muy superficialmente. El sistema representativo no era conocido en España. Aquel período no era gobierno: era revolución nada más, y todos los hombres políticos de entonces, con más ó menos generosas intenciones, con más ó menos ilustrados instintos, eran, sin embargo, revolucionarios. ¿Nos atreveremos á asegurar si todavía no lo somos, si profesamos ahora principios capaces de organizar un gobierno que pueda durar una generación?.....

Don Ángel fué secretario en las Cortes del 22, y desempeñaba su cargo con facilidad y expedición. No hablaba muchas veces, y era siempre breve. Después del 7 de Julio, en el cual se halló con otros diputados en el Parque de Artillería, y reunidas las Cortes extraordinarias, apoyó al Ministerio presidido por San Miguel en favor de las medidas excepcionales que propuso, y abogó por ellas con calor en un vehemente discurso, de dimensiones más extensas que los que hasta entonces había pronunciado. Pero su mayor fama parlamentaria de aquella época se funda en la célebre sesión de..... Marzo de 1823, en que se aprobó la conducta del Gobierno por la contestación dada á las amenazadoras notas de los Gabinetes de la Santa Alianza. Nosotros sí, porque hemos visto recientemente mayores extravíos y aberraciones; pero la posteridad dificultosamente podrá formarse idea del vértigo que desvaneció las cabezas de los que osaron en aquellas

circunstancias creerse hombres de Estado. La Europa entera se conjuraba contra ellos, y ellos se atrevieron á desafiar á la Europa. Presumieron contar con la nación, y estaban solos. La cuestión no era de independencia como en 1808; era de libertad política, y el pueblo, ó desdeñaba, ó no comprendía este principio abstracto. Ardía embravecida en su seno la discordia civil; un partido peleaba contra el otro partido, y en balanza de tan iguales pesos, la menor fuerza que al uno se añadiera, le daba irremisiblemente la victoria. Sin embargo, el Gobierno del Sr. San Miguel arrostró la cólera de todas las potencias, y los diputados que debían pedirle cuenta de su conducta, que podían acaso haber modificado el desenlace de aquella catástrofe, hicieron en público Parlamento la apoteosis del insigne desacuerdo que había sido ya sancionado con la aprobación y aplauso de las sociedades secretas, tan influyentes y autorizadas entonces. Tocóle en aquella discusión hablar el primero á nuestro protagonista, y en una arenga acaloradísima, que acaso dió temple y tono al debate de aquel día, fué el intérprete fiel de las opiniones que embriagaban, por decirlo así, la delirante fantasía de los patriotas exaltados. Retó con ardor belicoso á la Europa y al mundo entero, y sus declamaciones y apasionadas frases rayaron en los límites de la demencia. El salón y las galerías se desplomaban en prolongados y estrepitosos aplausos, y su discurso, con los de Argüelles y Galiano, y de los demás oradores que tomaron parte en tan famoso debate, se imprimió y circuló profusamente dentro y fuera de España como un monumento notable; en el juicio de unos de temeraria arrogancia;

en el de otros, más atentos á las circunstancias y al infelicísimo resultado de aquellas amenazas, de extravagante é inexplicable ceguedad. Consecuente á sus principios y opinión, influyó el diputado por Córdoba en la traslación de la Corte á Sevilla; y en la memorable y borrascosa sesión del 11 de Junio en dicha ciudad, fué de los que votaron la suspensión del Rey, propuesta por Galiano, y su traslación á Cádiz. El lastimoso desenlace de aquellos sucesos le encontró en su puesto. La víspera de la entrada de los franceses ocupaba su asiento de diputado. Al amanecer del día 1.º de Octubre, en que el rey Fernando el VII recobraba la plenitud de su poder, emprendió D. Ángel desde Cádiz á Gibraltar su peregrinación de proscrito y su carrera de emigrado.

Condújole, en compañía de su amigo Galiano, una barca catalana, y sufrió en aquella plaza los amargos sinsabores que experimentaron entonces todos los refugiados españoles. El mal estado de su salud le detuvo allí, sin embargo, hasta que en Mayo del año siguiente se trasladó con próspera navegación á Inglaterra, centro entonces y refugio de todos los emigrados, y donde encontró á sus principales amigos Istúriz y Galiano, y al respetable D. Cayetano Valdés, y á Argüelles, y á Gil de la Cuadra, con quienes corría entonces en la mejor armonía.

El torbellino de la política le había apartado de la literatura y de las artes. Sin embargo, en el intervalo de la legislatura de 1822 á 1823, en que fué D. Ángel á Córdoba á visitar á su hermano el Duque, que acababa de enviudar, había compuesto en pocos días la tragedia titulada *Lanuza*, obra más bien inspirada por los sentimientos políticos de la

época, que por los recuerdos históricos del Justicia aragonés. No carecía, en medio de un plan poco meditado, de algunas situaciones dramáticas: era robusta, aunque declamatoria y vacía, su versificación; y sus diálogos, más que para expresar las pasiones y caracteres de los interlocutores, estaban hechos para poner en su boca peroraciones tribunicias y arengas revolucionarias. Se puso en escena en Madrid en el teatro del Príncipe, y por efecto de las circunstancias se repitió por espacio de muchos días con un éxito prodigioso. Reprodujéronla todos los teatros de provincia, y llegó á ser la función obligada en todos los aniversarios y celebridades patrióticas de entonces. Pero la emigración le llamaba de nuevo con más tranquilidad y conciencia á sus ocupaciones favoritas. En la travesía á Inglaterra había escrito *La despedida*, composición lírica de alguna extensión, y en que ya se vislumbraba un nuevo rumbo, y se separaba de la imitación servil de los poetas clásicos. El horizonte de la literatura se agrandó á sus ojos en la tierra extranjera, y la pintura volvió á ser el recreo de sus ocios en la amargura del destierro: que debe ser sin duda muy dulce consuelo para un proscrito el poder reproducir, á lo menos con el pincel, la imagen de las personas y lugares de que la desgracia le aleja. Hizo entonces D. Ángel varios retratos, escribió una sátira en prosa titulada *El peso duro*, llena de cuadros de costumbres de no escaso mérito y mucha frescura y viveza de colorido. Compuso un poema en octavas titulado *Florinda*, y la composición titulada *El sueño del proscrito*, y otras de menos fama.

Entretanto la audiencia de Sevilla había fulmi-

nado contra D. Ángel, por la votación del 11 de Junio, la sentencia de muerte y la confiscación de todos sus bienes. Su hermano el Duque, por haber ido á Cádiz al frente de una columna de nacionales de Córdoba, sufría una dura persecución: el Rey le había quitado la llave de gentilhombre, y tenía en secuestro sus estados. Don Angel debió los recursos de su subsistencia al tierno cariño y solicitud de su desconsolada madre, que, aunque arruinada por las circunstancias, hizo siempre por el hijo proscrito todos los sacrificios y esfuerzos de que sólo es capaz el corazón maternal. El clima de Inglaterra no era favorable á su salud, por lo que, y deseando perfeccionarse en la pintura, que empezó á mirar como un recurso que podía servirle algún día para hacer frente á su situación, entró en vivísimos deseos de ir á Italia, procurando que se le abriesen las puertas de aquel país, cerradas á todos los emigrados españoles. La Duquesa madre imploró del Nuncio de su Santidad en Madrid un pasaporte para su hijo. Consultó el Nuncio á Roma, recomendando mucho la solicitud; le fué respondido que como D. Ángel se comprometiera á no hablar ni escribir de política en Italia, ni á frecuentar la sociedad inglesa, se le libraría el pasaporte, seguro de que allí encontraría hospitalidad y amparo. Dió D. Ángel, por medio de su madre, las seguridades que la exigían, y provisto del resguardo del Nuncio, en que éste había escrito de su propio puño: «*Dado por orden expresa de S. S.*», dejó el proscrito á Londres á fines de Diciembre de 1824, y con dura navegación llegó á Gibraltar. Permaneció allí hasta Junio del año siguiente, en que verificado su matrimonio, ya de antemano con-

certado, marchó con su joven esposa á Italia, arribó á Liorna después de un largo viaje, y cumplida la rigurosa cuarentena, se presentó al cónsul romano de aquel puerto. Manifestóle aquel agente que á pesar de las seguridades de su pasaporte no podía visarle sin remitirle antes á Roma. Hízolo así, y á correo seguido volvió el pasaporte reconocido por auténtico; pero con la prohibición absoluta de que el portador pusiera los piés en los Estados romanos. A esta repulsa, debida á las exigencias de la diplomacia española, se siguió una orden del Gobierno toscano para que D. Ángel y su esposa salieran de su territorio en el término de tres días. En vano escribió D. Ángel al Gobierno pontificio; en vano reclamó de Florencia un plazo más largo para aguardar en Liorna; en vano le protegió eficazmente el Conde de Bruneti, que residía accidentalmente en Massa-Carrara; la inexorable policía dispuso arrojarlos de allí á la fuerza. Acudió en tal conflicto D. Ángel al cónsul inglés, el cual, apoyado en otro pasaporte que llevaba también nuestro viajero, dado por lord Chatan en Gibraltar, como á comerciante de aquella plaza, le sacó de las garras de los esbirros, le llevó á su casa de campo, y dispuso su embarque en un bergantín maltés que regresaba á su isla, único buque que estaba próximo á marchar á punto donde ondeara el pabellón de Inglaterra. El mal tiempo dilató algunos días el viaje, y D. Ángel y su esposa permanecieron constantemente á bordo, vigilados por la policía, que ni aun desembarcar en el muelle les dejaba; pero fueron allí visitados por todos los extranjeros de distinción que había en Liorna, y por lo más florido

de la ciudad, que á la noticia de aquella irracional y encarnizada persecución, acudieron obsequiosos á prodigar á los desafortunados proscritos las más lisonjeras atenciones y los más cordiales ofrecimientos.

Diéronse, por fin, á la vela y navegaron prósperamente cuatro días. Pero en la tarde del quinto, estando cerca del *Maretimo*, sobre la costa de Sicilia, arreció el viento al sudoeste, y desatóse en la noche un crudo temporal. El barco era viejo, mal pertrechado; su tripulación, compuesta de seis viejos malteses, desconocía la autoridad del capitán, hasta el punto de no obedecerle cuando mandó varias veces tomar rizos. La luz de un relámpago descubrió muy cerca por la proa el *Marctimo*, y al orzar, por no estrellarse en el formidable escollo, se rindió con grande estruendo el trinquete, que, quedando trabado de la jarcia, torció el casco en términos de que los golpes de mar se llevaron la cocina, los gallineros y toda la obra muerta. Los viejos malteses abandonaron aterrados la maniobra, y apiñados en la popa, entonaron la salve, pidiendo á Dios misericordia en el último trance. Don Ángel, con el desesperado aliento que nace del exceso mismo del miedo en los últimos peligros, salió sobre cubierta fuera de sí; reanimó la tripulación con amenazas y golpes, y ayudando al capitán á sujetar la caña del timón, no sin recibir grandes contusiones, logró que se picase la jarcia, que se zafase el roto palo, y que se hiciese de prisa lo que exigían las circunstancias: hecho lo cual, bajó á la cámara todo empapado en el agua del mar y en la del cielo, y cayó y estuvo por largo tiempo desmayado de la gran fatiga y del extraor-

dinario esfuerzo. Al amanecer se hallaron en la costa de Sicilia, y deteniéndose en Girgenti lo absolutamente necesario para hacer los reparos más precisos, siguió su viaje el buque, siempre con el mar embravecido, hasta que después de otros dos días de navegación, como dijo nuestro viajero en su preciosa composición «Al Faro de Malta.....»,

. . . . Los marineros,
Olvidando los votos y plegarias,
Que en las sordas tinieblas se perdían,
Malta, Malta gritaron.

No pensaba D. Ángel detenerse más tiempo en aquella isla que el necesario para encontrar proporción de regresar á Londres. Pero agradóle tanto aquel benigno clima, encontró allí tanta baratura y comodidad para vivir, y tan benévola y hospitalaria acogida, que determinó fijarse en el punto á donde le había llevado la casualidad y el infortunio. El ser caballero de la Orden de San Juan fué una recomendación muy grata á los ojos de los malteses, que conservan mucho apego y religioso respeto á la memoria de sus antiguos señores. Cartas que llevó de Liorna y otras que llegaron de Londres, le procuraron la protección decidida del respetable Marqués de Hastings, Gobernador de la isla, y de su segundo, el general Woodford, que le conserva la más fina amistad, y de la que le dió, andando el tiempo, pruebas muy positivas. Y la bárbara persecución que había experimentado en Italia, los peligros de su viaje, su trato ameno, su imaginación rica, y sus maneras finas y aristocráticas, le hicieron interesante y querido á la benévola sociedad de aquel peñón del Medite-

rráneo. Cinco años pasó D. Ángel en tan agradable residencia, frecuentada entonces de extranjeros con motivo de la guerra de Grecia. Y cierto que aquellos años no fueron acaso los menos venturosos de su vida, ni los menos útiles para la literatura de su patria; pero entonces ya el campo de las bellas letras se presentó á sus ojos en más dilatado horizonte que cuando con tan estrechos límites le circundaban en dobladas hileras los antiguos modelos y los modernos críticos. Don Ángel no conocía antes más que la literatura clásica española, francesa, italiana ó latina. Todos los hombres de reputación á quienes había podido consultar, no le presentaban otros modelos ni otros principios, extraños como eran absolutamente al movimiento que fermentaba entonces en toda Europa, sordo y latente, por emanciparse de las antiguas trabas y abrirse nuevos caminos en el campo de la imaginación y de la inventiva. En aquella época, empero, tomó D. Ángel conocimiento de las nuevas tendencias, y vió autorizado por hombres de gran saber y de inmensa reputación lo que, según la austeridad de sus antiguos principios, le hubieran parecido extravíos. Vivía en Malta, por ser clima á propósito para la salud de su esposa, la Condesa de Erol, el respetable anciano Mr. Frére, que habiendo sido Embajador de Inglaterra en España en tiempo de la Junta Central, tenía en gran aprecio y estima el noble carácter de los españoles, y muchísima afición á las cosas de España, poseyendo con perfección nuestro idioma, siendo muy entendido en nuestra literatura, y reuniendo en su biblioteca muchos, muy escogidos y muy raros libros españoles. Honró desde luego este sabio y respetable inglés á Saavedra con

el más tierno y paternal cariño; le hizo leer y conocer á Shakespeare, á lord Byron y á Walter Scott; le reconcilió con la antigua literatura nacional española, tan desdeñada por la crítica del siglo XVIII; le regaló la antigua edición completa de Lope de Vega y una colección de nuestras crónicas, y le exhortó á escribir con brío y originalidad sus propios afectos y sus propias sensaciones. Prendieron desde luego estos combustibles en la ardiente imaginación de D. Ángel. Hubo de pasmarse al ver tantas bellezas y primores en lo que hasta entonces había mirado con desdeñoso menosprecio: hubo de presentársele la historia nacional como un tesoro soterrado, como una mina no beneficiada todavía, y en que había oro y pedrería á montones, y púsose con ahinco á explotarla, dejando á un lado las fajas de su infancia literaria, y rotas las trabas de la escuela. ¿Quién sabe? Acaso también el estar ausente de su querida patria contribuyó á que procurase dar á sus obras un colorido local más pronunciado del que hasta entonces habían tenido. Los recuerdos y las esperanzas son más poéticos siempre, que la inmediación á la posesión de las cosas. La ausencia y la distancia aumentan la belleza á los ojos de la imaginación. La antigüedad, sólo por serlo, es poética como lo son las regiones desconocidas, ó los climas remoto Ha dicho Juan Jacobo Rousseau que para pin las delicias del campo y los encantos de la prir vera, no hay como estar encerrado entre cuatro redes, y que en un calabozo estrecho es don puede describir con ricos colores la libertad un abrasador desierto, las orillas encantadoras río. ¿Quién sabe, decimos, si algo de esto, sin

mo percibirlo, aconteció á nuestro poeta? En España parecíanle sólo grandes y poéticas las cosas antiguas y las escenas de otros tiempos y países. En las playas lejanas de Malta, á donde sólo *de tarde en tarde le llegaban de su patria nuevas amargas, y renglones con lágrimas escritos,* ¡qué interesantes y qué llenos de poesía no debían presentarse á su imaginación todos los lugares de su país, las más leves circunstancias de localidad! ¡Cuánto no debían halagarle y parecerle bellos y dignos de contarse, los hechos históricos de los siglos caballerescos, en que tan viva y animada se le parecía la imagen de los héroes castellanos! Entonces ciertamente debieron presentársele, no vestidos á la griega y á la romana, sino con el traje nacional, con el carácter hidalgo y religioso, con las rudas virtudes, ó con las pasiones feroces y desmandadas de los siglos de lucha y de conquista, de los tiempos de guerras y caballerías, de moros y cristianos, de cañas y torneos y fiestas de toros, ó de tumultuosas y ensangrentadas revueltas. Entonces debían ofrecerse á sus ojos, vistos por el microscopio de la proscripción, todos los bellos accidentes, todas las más leves circunstancias de su tierra natal, de la poética España. No eran ya sólo las rosas y los jazmines, sino el cielo azul y las sierras majestuosas, el mar bravío, y las ruinas y los templos, y los cantares del pueblo y sus festejos y procesiones, y su culto, y sus lugares y sus ciudades morunas ó góticas, y hasta el *arcángel dorado que corona de Córdoba la torre,* y que se le presenta como un faro resplandeciente mirado desde la tormenta del destierro.....

No entró sin embargo en esta nueva senda, rom-

piendo de una vez todos sus hábitos. Desde luego comprendió como debía lo que después se llamó escuela romántica, y tenía ya demasiado ilustrada su razón, demasiadamente perfeccionado el gusto para no ver y sentir que con el carácter y con la tendencia, con los pensamientos y las descripciones y los fines, y el plan y el tono y colorido de la nueva poesía, eran compatibles la belleza, corrección y pureza de las antiguas formas. El tránsito del uno al otro género se hizo en él con lentitud, y acaso creía que se había emancipado ya de las antiguas trabas, cuando todavía, y á pesar suyo, le ligaban. Así, después de concluir la *Florinda,* compuso el *Arias Gonzalo,* tragedia clásica en la forma, de versificación por lo general robusta y fácil, y la comedia *Tanto vales cuanto tienes,* clásica también, aunque escrita en variedad de metros, y que después hemos visto representada en los teatros de la capital. Su primera composición en que decididamente toma otro rumbo, así en la sustancia como en la forma, es la que ya hemos citado «Al faro de Malta», y que copiaríamos íntegra si la extensión de este artículo nos lo permitiera, y si no fuera tan conocida ya; notable ciertamente, no menos por su mérito artístico, que por ser de la nueva serie de producciones que emprendía el Autor. Pero donde más resueltamente alzó la bandera de la literatura, que él debía tremolar el primero en su país, fué en *El Moro expósito ó Córdoba y Burgos en el siglo* x, que después se publicó en París con un brillante prólogo. No haremos mérito de éste al autor del poema, porque tenemos entendido que se debe á la elocuente pluma del Sr. Alcalá Galiano; pero en él se asientan con profunda

filosofía, y con elevación y miras hasta entonces desconocidas, los fundamentos de la nueva escuela literaria, y las altas razones que presidían á la reforma que entonces para nosotros empezaba: en él se vuelve por la nacionalidad de nuestra literatura, y en él se marca la senda que deben seguir los ingenios en la nueva regeneración á que con esta obra se abría la puerta. Es el asunto de este poema la historia lastimosa, la popular tradición de los siete infantes de Lara: obra de esta clase no tenía modelo en nuestra literatura. Está muy distante de parecerse á las composiciones épicas de Balbuena, de Lope, de Ercilla y de Ojeda, y no se puede decir tampoco que se parezca á los romanceros, en que descosidamente y á la ventura aparece tejida en composiciones de autores y de épocas distintas, la historia y las hazañas de nuestros personajes y de nuestras guerras. *El Moro Expósito* tiene su plan: *El Moro expósito* es verdaderamente un romance de alguna extensión. Mayor analogía se le encuentra con producciones extranjeras, especialmente con las novelas en verso de Walter Scott. No es nuestra intención hacer aquí un juicio crítico de esta obra. Sería preciso dar una extensión inmensa á nuestra biografía y copiar trozos enteros de una producción que asegurará para siempre á su autor un alto y privilegiado lugar en la literatura nacional. Sin embargo, el poema del señor Saavedra no es perfecto en su conjunto, y su desenlace no aparece demasiadamente preparado ni bien traído (1). Las trabas mismas de que su autor pen-

(1) Esta afirmación la combate el Sr. Cañete en su interesante estudio, *El Duque de Rivas*, en estos términos:

saba sacudir el yugo le sujetaban á su pesar, y se ven á través de todo en el poema los esfuerzos con que lucha, y el temor de entregarse con demasiado abandono al vuelo de su fantasía; pero cuando el autor lo despliega sin reparo, entonces es difícil pedir más riqueza y más valentía á los cuadros que nos describe. Hay bellezas de detalle incomparables, hay trozos descriptivos de inimitable verdad; hay figuras vivas, hay pinturas de relieve que se mueven y que se palpan; hay ternura, hay sentimiento, y hay gala oriental, y lozanía andaluza y valentía española. Si no hay demasiada individualidad en los caracteres principales, esos mismos perfiles y fisonomías comunes están dibujados con gran naturalidad y franqueza. Nada más tierno que los recuerdos de Córdoba en la invocación ó entrada del poema. Nada más brillante y galano que la descripción de las fiestas de Almanzor. Nada más cómico y animado que el cuadro de la cocina del Arcipreste de Salas, y que la gresca y algazara que se mueve en el banquete de los criados moros y del populacho cristiano. Nada más sombrío y altamente poético que el incendio de Barbadillo, ó que el salón lúgubre de Rui Velázquez. Nada más magnífico que la descripción de Zahara. Para hacer

---

«Al analizar este poema han dicho algunos en son de censura, que el desenlace está poco meditado y *mal traído.....* Pienso que se engañan. La rapidísima catástrofe con que concluye *El Moro expósito* es complemento racional de su idea generadora, reducida á patentizar simbólicamente que la maldad y los excesos de la pasión nunca se libran del usticiero castigo de la Providencia, etc.»—*Colección de Escritores castellanos*, tomo XVI.

sentir ó recordar todas las bellezas de este libro, sería menester un libro muy extenso, y bien pueden compensar sus defectos, sin embargo de que á veces las mismas bellezas que el autor sabe producir nos hagan ver cuán á poca costa hubiera salido su obra más acabada. Por ejemplo: no se concibe cómo haciendo con tanta facilidad sonoros y robustísimos versos, se encuentran á veces trozos lánguidos, expresiones triviales, que desdicen bastante del tono general del diálogo ó de la narración, dado que no llevemos nuestra severidad á censurar el empleo del romance endecasílabo, que se hace á la larga tan monótono como el martilleo de la octava, que el autor creyó evitar. De todos modos, esta obra, que no tenía modelo, ni ha tenido hasta ahora imitadores, es una de las joyas más preciosas de nuestra literatura, y á nuestros ojos el más bello florón de la corona poética de D. Ángel Saavedra.

No sólo consagró su tiempo al cultivo de la poesía; la pintura fué también objeto de sus tareas, haciendo en ella profundos estudios y notables adelantos bajo la dirección del profesor Hyrler, llegado á Malta desde Roma pocos meses antes que nuestro proscrito.

A pesar de la tranquilidad que gozaba en aquella isla, luego que el Ministerio francés presidido por Martignac aflojó algún tanto el odio á los emigrados españoles, quiso D. Ángel acercarse á su patria, y consiguió pasaporte para trasladarse á París con su mujer é hijos. El general Ponsomby, Gobernador entonces de Malta, le facilitó una goleta de guerra para transportarle á Marsella. Pero á su llegada Martignac había caído, y su sucesor volvía á la misma política

intolerante. Obligado á detenerse en aquel puerto, ordenáronle á poco que se internara con su familia hasta Orleans, donde precisamente debía fijar su domicilio. Tuvo que resignarse á esta dura condición, y allí, arruinado por sus viajes, y consumidos todos los recursos que su tierna madre de continuo le enviaba, estableció una escuela de pintura, á que no faltaron discípulos; pintó con buen éxito varios retratos, y le compró en alto precio el museo de Orleans, donde existe, un cuadrito de *natura muerta*, que estudió con acierto del natural.

Acaeció á los cuatro meses de su residencia en aquel punto la revolución de Julio: trocóse la suerte de los emigrados, y se trasladó al punto á París con su familia. Encontró allí á sus amigos Istúriz y Galiano, y se comunicaron sus opiniones literarias y sus doctrinas políticas. Las antiguas ideas de estos tres amigos se habían templado mucho con la observación inmediata de países tan bien gobernados como Francia é Inglaterra. La experiencia había desvanecido en D. Ángel muchos errores, y no creía ya en la sinceridad de las intenciones. No quiso tomar parte en los descabellados planes de los emigrados, ni en los bandos de Torrijos y de Mina con que, aun en la desgracia, los dividían encarnizados odios. Sus estudios y su pintura eran sus planes y sus conspiraciones. Varios retratos suyos fueron admitidos en la Exposición del Louvre de 1831, y el nombre de D. Ángel Saavedra se halla en el anuario de artistas establecidos en París en aquel año. Los estragos del cólera le obligaron á retirarse á Tours. Siguió allí pintando, dió su última mano á *El moro expósito*, y escribió en prosa el *Don Álvaro*, que Ga-

liano tradujo al francés, con ánimo de que se representara en algún teatro de París.

La primera amnistía del rey Fernando VII en 1833 no comprendía á D. Ángel, como ni á los demás diputados que votaron en Sevilla la deposición momentánea del Rey; pero se aprovechó de ella para enviar á Madrid su familia, regresando él solo á la capital de Francia. Entonces fué cuando D. Vicente Salvá publicó *El Moro expósito* con la *Florinda*, y otras composiciones, entre ellas, algunos romances históricos, primeros ensayos en que el poeta había empezado á cultivar un género en que fué el primero en esta época, y en que con tanto lustre debía sobresalir después. Pero la inmortal reina Cristina extendió, muerto Fernando VII, los beneficios de la amnistía hasta un punto donde habían impedido que llegara, durante la vida del Rey, graves consideraciones de política. Abriéronse al fin para D. Ángel, como para todos los españoles, las puertas de la patria, y el día 1.º de Enero de 1834, á los diez años y tres meses de ausencia y de lágrimas vertidas por la memoria de este tan amigo suelo, volvió á derramar las que la vista de la patria deseada arranca, entrando en España por Perpiñán y la Junquera. Apresuróse á jurar á la Reina en manos del Gobernador de Figueras, y de Barcelona llegó á Madrid á los brazos de su familia, y de la tierna madre á quien tantos suspiros y llantos había costado su ausencia y su desgracia.

Era ya á su llegada presidente del Consejo de Ministros D. Francisco Martínez de la Rosa, con el cual, á pesar de la oposición que le había hecho el año 22, había contraído cordial y estrechísima amis-

tad. Publicado á poco el Estatuto Real, D. Ángel no participó del odio tenaz que le declararon en su mayor parte los malcontentos emigrados, que llegaban con la presunción de conquistadores á un país que los recibía como hijos; pero por cuya felicidad nada habían hecho, no teniendo siquiera la gloria de haber contribuído al restablecimiento de las instituciones liberales que era llamado á dar al país el Sr. Martínez. Don Ángel aplaudió sinceramente la publicación del Estatuto, y le pareció un buen principio y sólido fundamento de mayores adelantos y progresos. No estaba curado del todo todavía de sus antiguas ideas, y en el periódico que entonces fundó, con D. Gabriel José García y D. José de Álvaro, titulado *Mensajero de las Cortes*, defendió opiniones más avanzadas de lo que convenía en la primera época de la revolución, si bien, comparadas con sus antiguas doctrinas, no merecían el dictado de anárquicas ni revolucionarias. Como quiera, la política volvía á apoderarse de su espíritu, y un suceso doméstico, próspero á la par y desgraciado, vino á arrebatarle más decididamente en su agitado torbellino. El 12 de Mayo de 1834 falleció en Madrid de una pulmonía aguda el Duque de Rivas, su hermano mayor, y no dejando sucesión, hallóse don Ángel heredero de su grandeza de España, títulos y bienes. Vióse el nuevo Duque de Rivas llamado, como Grande, á ocupar un puesto en el Estamento de Próceres; y abiertas las Cortes en 24 de Julio, fué elegido segundo secretario del Estamento, quedando al día siguiente de primero, por la repentina muerte de D. Diego Clemencín. Conocióse desde las primeras sesiones cuánto había madurado

su juicio en materias políticas, y el notable discurso que pronunció en el debate de contestación al discurso de la Corona, de oposición, sí, pero comedida y templada, le valió un lugar distinguido en el aprecio del alto Estamento.

Las tareas parlamentarias no le distrajeron de la literatura. Hemos dicho ya cuándo había escrito el *Don Álvaro ó la fuerza del sino*. Entonces le corrigió; hizo en él notables variaciones; lo versificó en quince días, y lo puso en escena en el teatro del Príncipe. Recibióle el público, primero con asombro, después con largos y estrepitosos aplausos. Todos los teatros de España reprodujeron este drama singular, que sigue representándose y excitando siempre la admiración, el interés y la sorpresa. No juzgaremos esta obra. Se resiste á la crítica. Pueden hallársele defectos, errores, extravagancias, hasta ridiculeces; pero todo esto desaparece cuando se la ve representar. Todo el mundo la ha visto. ¿Qué diríamos nosotros de esa producción? Fué, sin duda, una revolución en el arte dramático de nuestros días. Su éxito alentó á los autores que han ilustrado y enriquecido últimamente nuestro teatro á separarse de la senda trillada por los dramáticos del último siglo. Sin embargo, nadie se atrevió á seguir la trazada por Saavedra, ni él mismo sin duda. El *Don Álvaro* es el único drama verdaderamente romántico del moderno teatro español. Se han censurado sus formas, sus contrastes, sus caracteres incoherentes, sus demasiado fuertes pinceladas. Nosotros no le censuramos por nada de esto. Esto es lo que él quiso hacer: eso es un género como otro cualquiera, y las intenciones que al hacer esta obra tuvo están

realizadas con singular talento, con inimitable verdad, con vigoroso y fuerte colorido, con imaginación sorprendente y arrebatadora, con versificación maravillosa á veces, casi siempre rica y sonora, y digna de los mejores tiempos de Moreto y Calderón. Acaso el principal defecto que para nosotros tiene la creación del *Don Álvaro*, no está en sus formas, ni en su estructura, ni en sus accidentes. Está en el pensamiento que en él domina. El objeto del drama del Duque de Rivas es el mismo que el de la antigua tragedia griega, la fatalidad. *Don Álvaro* es un *Edipo* destinado por el cielo para hacer la desgracia de una familia, como el *Edipo* griego la de la suya (1). Ni la religión salva á Don Álvaro de su misión sangrienta, de su destino de crimen. Hubié-

---

(1) Las opiniones de los señores Cañete y Valera, aunque desemejantes entre sí, difieren igualmente de la del Sr. Pastor Díaz. Dice el primero: «Lejos de aparecer informado por el fatalismo griego, *Don Álvaro* es como viva demostración del fin que tienen los errores de la humanidad; de las angustias á que nuestras faltas nos condenan; de que para salvarnos de la perdición á que nos arrastran las propias culpas, queda siempre á la Divinidad el gran poder de la misericordia.» «Las desventuras de *Don Álvaro*, dice Valera, ocurren de resultas de un acaso funesto: el disparo de la pistola que da muerte al Marqués de Calatrava. Lo demás es un eneadenamiento de consecuencias naturales.....; el acaso ó la fortuna que produce estas catástrofes, no vicia las almas, y no fuerza el libre albedrío de ellas para faltar á la ley moral, dentro del límite que marcan á esta misma ley las costumbres, ó preocupaciones, si se quiere, de una época determinada.»—Estudios biográficos citados.

ramos querido en el nuevo drama otro objeto, otra intención más acomodada á las costumbres, á los caracteres de nuestro siglo y de nuestra religión, una tendencia más moral y más cristiana. Don Ángel creó un carácter que no pertenece á época ninguna determinada, acaso más universal en esto, porque pertenece á todas, como los héroes de Shakespeare. El Duque de Rivas se elevó con esta producción á su mayor altura de gloria literaria. El brillo de *Don Álvaro* eclipsó del todo sus anteriores producciones dramáticas, pálidas de todo punto é insignificantes ante el nuevo drama. No hay mayor rival para un poeta que el poeta mismo. Una grande obra de un autor hunde y sepulta más que la de otro cualquiera sus obras anteriores de menos mérito y de menos alcance.

Después de la excisión revolucionaria contra el Ministerio Toreno, durante la cual se hallaba el Duque en Andalucía, abriéronse las sesiones de los Estamentos, y el Duque de Rivas, influyente en el suyo, y que debía por sus ideas políticas no ser desfavorable al Gabinete nombrado después de aquellos sucesos, fué elegido por la Corona vicepresidente del Estamento de Próceres, y condecorado con la gran cruz de Carlos III. Á estos honores en el orden político, correspondieron otros en el orden literario. La Academia Española le recibió en su seno, y al crearse el Ateneo de Madrid, le nombró por unanimidad su presidente.

Había conocido nuestro Duque en el año 20 al ministro Mendizábal, y le había tratado después en Londres y París. No podía por consiguiente creerle un hombre de Estado; pero participaba de aquella

ilusión popular con que en los grandes peligros los hombres que aparecen en la escena son mirados, no como son, sino con todas las calidades y circunstancias que la situación requiere. En el gran conflicto del año 1835, amenazada por todas partes la causa de la Reina, y estremecido hasta los cimientos el edificio social, la opinión pública había de alguna manera idealizado á Mendizábal, tanto más cuanto que absolutamente no le conocía. Don Angel participó algún tanto de este vértigo; le creyó un entendido hacendista, y le parecía aun en aquel tiempo un buen instrumento para avanzar por el camino de las instituciones políticas. Sin embargo, la tendencia del partido en que figuraba nuestro Prócer, más que política, era gubernativa. Su exaltación no era estimulada por los temores de que el Gobierno de la Reina fuera opresor y despótico, sino por los peligros de que la causa de D. Carlos triunfara. Exigíanse del poder, no tanto instituciones, como medidas fuertes y vigorosas para concluir la guerra. El error consistía en creer la amplitud de las instituciones como una de estas medidas. Hubo desde el principio hombres ambiciosos, interesados en extraviar la opinión amalgamando, confundiendo estas dos ideas, y sobre personas de la mejor buena fe llegaron á conseguir su objeto con tanta más facilidad, cuanto que la administración del partido moderado, y menos adicto al demasiado ensanche de las reformas liberales, había sido desafortunada en la dirección de las cosas de la guerra. Pero subidos al poder los hombres del otro partido en 1835, y visto que en sus manos todavía se embravecía más la lucha, y que á la par se desataba la

revolución amenazadora, hubieron muchos de comtemplar con espanto la suerte del país, y los peligros á que la precipitaban los charlatanes de la política, ó los que hicieron infame mercadería de promesas estériles de libertad. La experiencia, más rápida en su enseñanza indeleble que las teorías todas, hizo volver en su acuerdo á muchos hombres extraviados. La necesidad de dar fuerza y vigor al poder empezó á sentirse viva y perentoria; los héroes de 1812 cayeron á poco en vergonzoso descrédito, y separáronse de las filas del partido exaltado casi todos los hombres de ilustración y saber, y la juventud toda, que conoció desde luego que no era de los antiguos revolucionarios la sociedad ni el porvenir. Refundióse entonces el partido moderado, ó se creó, por mejor decir, un nuevo partido, al que convino mejor el dictado de monárquico constitucional. No fueron la parte menos vital y robusta de sus filas los que habían pertenecido antes al partido exaltado. Contábanse á su frente á dos corifeos notables de las antiguas opiniones demagógicas, Istúriz y Galiano. El Duque de Rivas acompañó á sus antiguos colegas en lo que sus antagonistas llamaron necia y despechadamente defección y apostasía, y contribuyó á preparar por los medios constitucionales un cambio ministerial, que las circunstancias hacían necesario, y en que debían estar representadas las fuerzas y las tendencias, las doctrinas y las personas de un nuevo partido conservador. Para esto, en la legislatura de 1836 se presentó en oposición al ministerio Mendizábal: empezaron á ejercer verdadera influencia en el alto Cuerpo colegislador sus discursos, que eran escuchados con aten-

ción y agrado sumo, y formuló á pocos días una proposición, que otros Próceres firmaron, y que aprobó el Estamento, poniendo coto al uso qué se hacía del célebre voto de confianza. Fué este un golpe mortal para aquel Ministerio, aunque contara con el apoyo del Cuerpo popular. Su posición se hizo cada vez más crítica: los ministros presentaron su dimisión, y S. M. confirió en 15 de Mayo al señor Istúriz la presidencia y la formación del nuevo Gabinete.

No es esta biografía el lugar competente para juzgar al Ministerio de 15 de Mayo. Su turno le llegará en alguna de nuestras noticias. Aquí sólo debemos referir cómo Istúriz, atento sin duda á que el Duque de Rivas era el representante de su pensamiento en el Estamento de Próceres, le designó por uno de sus colegas, y S. M. le confirió el Ministerio de la Gobernación del Reino. Sabemos que D. Ángel se sorprendió sobremanera al verse nombrado Ministro, y que recibió con sumo desagrado un poder que jamás había ambicionado: un cargo para cuyo desempeño no se reconocía con suficientes fuerzas en tan difíciles circunstancias. Tentó en vano todos los medios honrosos de evadir su compromiso; pero sus amigos Istúriz y Galiano le arrastraron en su suerte común, y unióse al fin con ellos, decidido á arrostrar los riesgos de una administración desde sus principios tan combatida. Presentóse con sus colegas en el Estamento de Procuradores en la célebre sesión de 16 de Mayo, y el Estamento, so pretexto de no haberse recibido la comunicación oficial de su nombramiento, y estimulado por la peroración violentísima y apasionada del Sr. Olózaga,

hizo dejar su asiento á los nuevos Ministros, con gran aplauso de la tribuna pública. Mortificó á nuestro Duque aquella demostración. Los silbidos de las turbas llevadas á aquel recinto no sonaban en sus oídos todavía como alabanzas y gritos de triunfo. No le parecía aún gloriosa la impopularidad de la pagada plebe. Don Ángel, primero que Ministro, era poeta dramático: antojábansele acaso aquellas vociferaciones los silbidos de una comedia, y decía con muestras de pesar á uno de nuestros amigos que presenciaba aquella farsa: «¡Es posible! ¡Silbarme á mí!» Nuestro Duque se habrá reído más de una vez de aquellos improperios, cuando vuelto de su natural sorpresa haya podido apreciarlos en su valor verdadero.

No había pensado jamás en ser Ministro: no tenía pretensiones de administrador, ni funda hoy su gloria en sus tareas de Ministro. Sin embargo, en el corto período de aquel Gabinete desempeñó su parte, si no con extraordinario mérito, con dignidad, decoro y conciencia. Abrazó con decisión y entusiasmo el pensamiento de sus colegas, y demostró en todos sus actos su anhelo de concluir á toda costa la guerra, de establecer sólidamente la monarquía constitucional y de combatir los esfuerzos de la revolución amenazadora. Los nombramientos de sus agentes y funcionarios fueron dignos y acertados, y para los pormenores de administración y gobierno, á que no podía descender, tuvo el acierto de nombrar un subsecretario que valía por muchos Ministros. Durante su administración se redactó un plan general de estudios que honrará para siempre su memoria, y que la revolución ignorante y retró-

grada condenó después á la nulidad y al olvido. Convocadas las Cortes llamadas revisoras, ejercióse por primera vez la elección directa, y el Ministro de la Gobernación dirigió con sumo tino aquellas elecciones, las más solemnes y más tranquilas de cuantas tuvieron lugar en España, y en que sin acusaciones de corrupción ni violencia se reunió lo más ilustrado y respetable de la nación, llamada á discutir una nueva ley fundamental de la monarquía.

Pero aquellas Cortes no llegaron á reunirse. El partido revolucionario las condenó de antemano. Vencido en el campo de la legalidad, invadió el terreno de la fuerza. La nación había elegido Cortes: la revolución nombró Juntas. Dióse la señal del alzamiento asesinando en Málaga un jefe político. En Zaragoza el Capitán general proclamó la Constitución de 1812. Un batallón embriagado sitió en la Granja el palacio de la Reina y la obligó á adoptar el Código de Cádiz. El Ministerio resistió en Madrid valerosamente; pero recibidos los decretos de destitución y envalentonados los vencedores con su triunfo, nuestro Ministro se vió precisado á ocultarse en un barrio extraviado para no ser víctima de la sed de sangre que se cebó en el valiente y benemérito general Quesada. Pasó algunos días el Duque en la mayor ansiedad: halló refugio en la casa del Ministro de Inglaterra Mr. Villiers, hoy Lord Clarendon, y allí permaneció veinticuatro días, rehusando siempre el emigrar como la última desgracia. Pero como las pasiones no se calmaran ni se diese término á una época de inseguridad y peligro para los hombres que habían figurado en el caído Gabinete, resolvió al fin dejar por segunda vez el

suelo de que le lanzaban sus amigos, los liberales, como antes le habían expulsado lós absolutistas, sus adversarios.

No era esta resolución tan fácil de verificar como de concebir. Los pasaportes extranjeros no ofrecían garantías suficientes. Los caminos no estaban seguros. Casi todos los pueblos por donde se podía transitar se hallaban dominados por la sedición. El camino de Zaragoza, único entonces que comunicaba con Francia, estaba interceptado por la facción. En el de Portugal, por Extremadura, había suma vigilancia después que se supo que Istúriz había pasado por Badajoz disfrazado y con grave riesgo de su persona. Acudió entonces el Duque de Rivas al general Seoane, con quien le ligaban relaciones de antigua amistad, y correspondiendo caballerosamente á la confianza del Duque, le proporcionó pasaporte y un bizarro oficial de coraceros de la Guardia que le acompañase hasta Gata. De aquel punto, D. Pedro Ontiveros le introdujo en Portugal con nuevo disfraz y precauciones, dándole por guía un contrabandista del país. Ya en Portugal y en la ciudad de la Guarda, corrió un nuevo inesperado peligro. Su conductor dijo en una taberna que aquel caballero era un alto personaje, y corriendo este rumor de boca en boca, alarmóse la ciudad toda con la noticia de que había llegado un agente de D. Miguel. El Gobernador civil le llamó á su casa, le participó el desorden, que tomaba cuerpo, y le exigió que le dijera la verdad. Descubrióse el Duque sinceramente, y aquel digno caballero desplegó la mayor eficacia para salvarle del peligro. Hizo traer los caballos del Duque, y por la puerta falsa de su propia casa le

sacaron al campo seis hombres armados y de su confianza, que le alejaron de la ciudad y de su término. Llegó el Duque á Lisboa, donde acababa de publicarse la Constitución del año 20, y allí supo que le habían secuestrado los bienes (á pesar de prohibirlo expresamente la Constitución restablecida), por el delito de haber salido de España sin permiso del Gobierno, delito tan capital á los ojos de los liberales. Con la mira de acercarse á su familia, establecida en Sevilla, resolvió pasar á Gibraltar, y lo verificó no sin riesgo y precaución, por la circunstancia de que los vapores que salían de aquel puerto se detenían en la bahía de Cádiz. En Gibraltar encontró y fué obsequiadísimo por su antiguo amigo Sir A. Woodford, con quien había tenido en Malta tan estrecha amistad. Allí pasó un año; allí contribuyó, por el influjo de que gozaba con el Gobernador inglés, al alivio y socorro de las familias españolas de aquellos contornos, que se refugiaron aterradas al Peñón cuando apareció la expedición de Gómez. Allí se dedicó de nuevo á la pintura y á la poesía, y escribió muchos de sus romances.

Promulgada la Constitución de 1837 y aceptada por la Reina, la juró el Duque en manos del Cónsul español, y el día 1.º de Agosto se trasladó á Cádiz y volvió de su segunda emigración á los brazos de su familia.

En las elecciones de aquel año figuró su nombre como candidato para senador por varias provincias. Propuesto en terna por la de Cádiz, le nombró la Corona. Consecuente á sus principios, apoyó al ministerio Ofalia, y pronunció un largo y vehemente discurso en favor de la proposición del senador Sán-

chez para que se le devolviesen sus bienes á las monjas, uno de los mejores sin duda de su larga carrera parlamentaria. En las siguientes legislaturas, y tomando siempre parte en los debates del Senado, defendió los principios conservadores, apoyó con buenas razones el convenio de Vergara y la necesidad de conservar sus fueros á las Provincias, y sostuvo, en fin, todos los planes y proyectos que tenían por objeto dar unidad y fuerza al poder. Defendió el establecimiento de un Consejo de Estado, la ley de Ayuntamientos y la de imprenta. Verificado el viaje de S. M. á Barcelona, se retiró á Sevilla; y el cambio político conocido con el nombre de pronunciamiento de Septiembre le alejó, acaso por mucho tiempo, de trabajos y tareas en que ya no debe conservar fe ni esperanza alguna para el porvenir y ventura de su patria.

El desaliento de la política no le retrajo del entusiasmo de la literatura. La gloria estéril, problemática y disputada del Parlamento, al rebajarse ó desvanecerse á sus ojos, dejó más vivo y más ardiente en su alma el sentimiento de la gloria literaria, sentimiento inmortal y siempre generoso. El literato tiene siempre elevada la tribuna en su gabinete, un parlamento en las creaciones de su fantasía, un auditorio inmenso en el mundo entero. El Duque de Rivas no abandonó, ni creemos que abandone jamás sus artes queridas, sus primeras inclinaciones, que fueron como la religión de su alma. Desde la publicación de *Don Álvaro* nada había vuelto á componer para el teatro. En este último período la escena le llamó de nuevo á su palenque glorioso. No se atrevió á seguir en el género de que

había dado tan insigne muestra. Arredráronle sin duda los peligros de incurrir en exageraciones, y sintió que sin trepar á tan altas y tempestuosas regiones, envueltas á veces, como las crestas de las altas montañas, en nubes, y surcadas del rayo, había á menor distancia no tan terribles y más despejadas eminencias. Nuestra patria había tenido un teatro nacional, rico y glorioso, como ningún teatro del mundo. Cuando la Europa no tenía más que un autor dramático, España los contaba por docenas. Cuando la poesía había perdido toda su vida propia y su jugo natural, y no acertaba el genio poético á formular un género, toda la originalidad y la fecundidad inmensa del ingenio español se había refugiado al teatro. Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Rojas, y el grande Calderón, se elevan todavía en medio de la literatura europea, como se alzan en una extensa cordillera las cumbres más eminentes, de donde descienden los ríos y manantiales que han de fecundar la llanura tendida á sus pies. Originales y espontáneos siempre estos poetas, porque bebieron sus inspiraciones en el carácter y las costumbres de su patria; quedan todavía las mismas dotes para sus imitadores, como quiera que el carácter nacional y las costumbres del pueblo no hayan sufrido aun modificaciones tan absolutas, que le tornen otro carácter y otro pueblo distinto. La parte de sociedád española que se confunde con la sociedad francesa y con la de todas las naciones de Europa, es una capa bastante superficial y somera; y los mismos que la componen sienten aún renovarse los antiguos sentimientos, no borradas del todo en su corazón las huellas de las

antiguas costumbres, cuando al escuchar en el teatro los acentos de Calderón y de Moreto, simpatiza desde luego con ellas el alma, como se descubren las letras de una tinta simpática al contacto del reactivo que las colora. El género y la poesía de aquellos grandes maestros es aún, con las modificaciones del tiempo trascurrido y de las costumbres alteradas, el género cuya poesía pertenece á nuestro teatro moderno. Don Ángel volvió á él; su imaginación tiene más puntos de contacto con nuestros antiguos dramáticos que con la de autores más modernos. Las tres comedias tituladas *Solaces de un prisionero*, *El Crisol de la lealtad* y *La Morisca de Alajuar*, han sido el fruto de esta nueva dirección. El público ha recibido con aplauso estas producciones, y la crítica sólo ha tenido acaso que censurar el sabor demasiado fuerte á la comedia antigua, la rehabilitación inoportuna quizá del carácter gracioso, que ya no puede ser tolerado en nuestros teatros por un público distinto del que los frecuentaba en tiempo de Felipe IV, y alguna vez lo precipitado y no siempre interesante del desenlace. La crítica ha sido más severa con *La Morisca de Alajuar;* ha visto en esta obra demasiada complicación, muchos y atropellados incidentes, materia en fin para dos dramas distintos, ora ligados, ora independientes. El autor de este artículo, no habiendo logrado verla representar, no puede juzgar de su efecto en el teatro; pero cuando en días de que conservará siempre tiernísima y grata recordación, escuchó de los labios mismos de su autor la lectura de aquella composición, formó un juicio que no se ha conciliado todavía con la severidad de esta censura. A sus ojos

La Morisca de Alajuar es la producción más acabada y más bella del Duque de Rivas, la más interesante, la de más movimiento y de más preparado desenlace. Los caracteres están de relieve y sostenidos sin desmentirse jamás, sin decaer nunca. El Conde de Salazar es un tipo de los más bellos que puede ofrecer ninguna producción dramática, y hasta la versificación nos parece más igual y más esmeradamente correcta que en las demás obras de su fecunda, pero á veces demasiado fácil y suelta vena.

Por último, ha coronado sus trabajos con la publicación de sus romances históricos, obra en que, según nos manifiesta en el elocuente y erudito prólogo que le precede, se propone reivindicar el romance del magistral anatema que contra él había fulminado la crítica de nuestros días, volviéndole á su primer objeto y á su primitivo vigor y enérgica sencillez, sin olvidar los adelantos del lenguaje, del gusto y de la filosofía. Ya hemos manifestado en qué tiempo y por qué circunstancias había vuelto á cultivar este género tan rico como abandonado de nuestra literatura. Ya se habían impreso con *El Moro expósito*, *La Vuelta deseada*, *El Sombrero*, *El Conde de Villamediana* y *El Alcázar de Sevilla*, muestra de la profundidad con que el autor sentía la poesía histórica de su país, y de la verdad con que sabía pintarla. Los romances posteriormente publicados, no han desmentido las esperanzas que habían hecho concebir sus primeras inspiraciones. No nos es dado recorrer todos los cuadros de esta magnífica galería Remitimos á su lectura á todos los que quieran senti las originales bellezas de nuestras grandezas hist' ricas y reposar sus ojos en la viva y animada pintu

de una naturaleza engalanada por un pincel de tanto fuego, de tanta vida. Encontrarán atesorados en esa colección argumentos hábilmente conducidos, caracteres soberbiamente delineados, figuras vivas, ricas descripciones, afectos verdaderos y vehementes, rasgos atrevidos, entonación poética, locución castiza, y grande inteligencia histórica. A veces, como en *El Solemne desengaño, El Cuento de un veterano*, *Amor*, *honor y valor, La Noche de Montiel* y otros; estas composiciones son unos verdaderos dramas llenos de animación, de progresivo interés en su plan, de escenas brillantes, á veces de cuadros siniestros y sombríos. Otros, empero, se distinguen por su mayor sencillez, por su mayor regularidad: son apacibles historias, agradables cuentos, llenos de candor y dulzura, como tiernas bucólicas, como campestres baladas, galanas y bellas, aunque más monótonas, como el curso de un arroyo, ó como una dilatada pradera; y sentimos que las dimensiones obligadas de nuestro artículo no nos permitan para prueba de esta verdad trasladar, ora las estrofas en que describe las angustiosas agonías del rey Don Pedro en su noche postrimera; ora la pintoresca descripción del Guadalquivir, cuando Hernán Cortés se embarca en él en busca de la corona de Moctezuma; ora las dulces y melancólicas meditaciones á que se entregaba en su triste prisión el Marqués de Lombay; ora la animada pintura, las pinceladas de franco y vigoroso estilo, con que retrata los tres ilustres misteriosos galanes de la bellísima Princesa de Évoli. El Duque de Rivas ha levantado en este libro á la literatura nacional un monumento que durará más que otras obras en que libran acaso al-

gunos muy altas pretensiones y esperanzas. En la amanerada y anárquica literatura de nuestros días nuestro poeta ha trazado un vivísimo surco de luz por las regiones de la belleza y de la originalidad. A los defectos de su época, y á las particulares circunstancias de su azarosa vida, ha pagado más de una vez tributo; pero sus defectos quedarán obscurecidos en el olvido de sus obras medianas, bastándole para una aureola muy espléndida de gloria el mérito de las muchas que pasarán á la posteridad.

Y su gloria literaria será la única que de él quede. Los hombres que la obtienen obscurecen todas las demás con su brillo. La gloria de los destinos públicos, la reputación política pasa con las circunstancias, aun en los más eminentes hombres de Estado. ¿Quién se acuerda ya de que Petrarca fué un negociador y un estadista? ¿Quién une al nombre de Ariosto su carácter de embajador en Venecia? ¿De qué le sirve á Milton haber sido secretario de Cromwell? ¿Quién dentro de pocos años sabrá que Chateaubriand ha sido ministro y Lamartine diputado? Creemos, pues, que el Sr. Duque de Rivas no librará su fama póstuma en sus recuerdos de orador, de Prócer, de Senador y de Secretario del Despacho, por más que para sus contemporáneos sean gratos ó censurables su exageración en un período, su medianía en algún puesto, y sus brillantes cualidades en otro. La política, que tanto ha influído en su vida, no influirá para su fama. Y, sin embargo, todavía en las elecciones de 1840 la provincia de Vizcaya le propuso para Senador en segundo lugar, y la de Álava en primero. El Gobierno de Septiembre no tuvo por conveniente elegir á quien sin duda

hubiera unido su elocuente palabra á las que en el Senado fueron la última protesta, si bien severa y terrible contra los nuevos poderes. No le pesó de tan honroso desaire, y vive en Sevilla contento, satisfecho y desengañado en el seno de su numerosa familia, ocupada toda su atención en los placeres y trabajos de la vida doméstica, en la composición de sus comedias, en la publicación de sus obras, y en el trato de sus amigos. El autor de este escrito ha sido testigo de esta vida deliciosa en días á cuyo recuerdo puede consagrar aquí una línea, siquiera le tachen por ella de parcialidad ó de impertinencia. Cuando desfallecido y enfermo fué á buscar aire de salud y de vida en las perfumadas riberas del Guadalquivir, bajo el sol vivificante de la bella Andalucía, allí donde acaso más que la benignidad de la atmósfera, calmaron sus dolencias los consuelos y ternura de sus solícitos amigos, no fué entre ellos el menos tierno y cariñoso el ilustre escritor, cuya biografía le ha cabido en suerte. De sus labios mismos oyó alguna vez la interesante narración de algunas de sus vicisitudes y desgracias, en aquellas deliciosas noches de que sólo pueden formar idea los que las hayan pasado en los encantados patios de Sevilla, entre columnas de mármol y macetas de flores, y árboles y fuente, y en la sociedad de amigos y de hermosas, tan amena como aquellos jardines. Los recuerdos que de esto nos quedan, van unidos á la grata memoria del Duque. Por eso quizá nos hayamos detenido alguna vez en circunstancias minuciosas, cediendo sin querer al recuerdo de nuestras conversaciones, y repitiendo acaso las reflexiones mismas que entonces se nos ocurrían. Complacido,

como el que cuenta sus propias adversidades, acaso hemos creído á veces que tendrían para todos la importancia que para nuestro corazón. La amistad puede habernos hecho prolijos; un consuelo nos queda, y es que el temor de parecer por ella parciales, nos ha hecho ser constantemente severos.

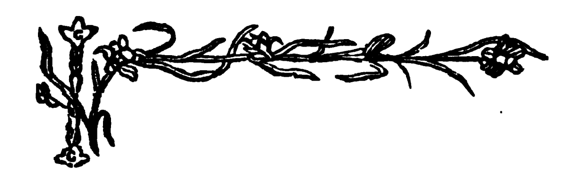


RESEÑA BIOGRAFICA

DEL

DUQUE DE RIVAS

DESDE 1842 HASTA 1865.



RESEÑA BIOGRÁFICA

DEL

DUQUE DE RIVAS

DESDE 1842 HASTA 1865.

CUANDO en 1842 publicó el Sr. D. Nicomedes Pastor Díaz la elegante biografía que precede, el Duque de Rivas, sin ser ya joven, hallábase lejos todavía del término de su carrera. La parte de su vida que empieza entonces y vamos á reseñar, no es ciertamente tan varia y novelesca como aquella otra en que derramaba su sangre en los combates, ó vagaba proscrito de playa en playa; pero ofrece no menor interés, enlazándose á importantísimos sucesos, y habiendo en ella, como poeta, y también como prosista, llegado á su mayor altura.

No le faltaba razón á su ilustre biógrafo al motejar de bárbara la teoría que sólo ve las lumbreras del ingenio en las tinieblas del infortunio. El Duque de Rivas, que, vuelto á la patria, ya en días prósperos y felices, escribía sus *Romances históricos* y sus mejores obras dramáticas, si se exceptúa el

Don Álvaro, ocupando más tarde un encumbrado puesto diplomático en la capital más bella de Europa, y con dulces ocios que emplear en sus artes favoritas, alcanzaba como lírico inmarcesibles palmas, y entrando también en arduos y severos estudios, añadía á su renombre de poeta, el de concienzudo y gallardo historiador.

Pero era destino de aquella existencia el ser por la política constantemente disputada á las letras; y aunque creamos fundada la opinión de que era el Duque, antes que todo, poeta y artista, fuerza es confesar que la flexibilidad de su talento, su gran experiencia, su don de gentes, y hasta el encanto de su fácil palabra, le daban particular aptitud para los cargos públicos. No es extraño, pues, que con tanta discreción y acierto desempeñase los diplomáticos, en que los intereses egoístas de partido ceden por lo común el puesto á más amplias y levantadas miras, y donde no hay, por otra parte, que descender á embarazosos pormenores administrativos, con que no se avenía bien la libre condición de su espíritu.

Muy aventajadas pruebas dió el Duque de semejante idoneidad. Y la interesantísima correspondencia que, siendo Embajador en Nápoles, mantuvo con el Gobierno español, desde Agosto de 1847 hasta Junio del 49 (y de la cual, si bien incompleta, hemos hallado copia entre sus papeles), es elocuente testimonio del tacto, celo é inteligente iniciativa con que se condujo, en medio de los azares y turbulencias que durante dos años tuvieron el trono de Fernando II al borde del abismo.

Sin que sea nuestro objeto historiar aquel período

memorable, primer acto de un drama, cuyo desenlace, no sabemos si final todavía, habíamos de presenciar veintiún años después, algo de lo más concerniente á la persona y misión de nuestro representante en aquella corte, habremos de recoger de los preciosos documentos citados. Por lo mismo que el Duque no dejó memorias escritas, aunque por alguno se haya creído lo contrario, no estará demás que demos á conocer, siquiera sea ligeramente, esa curiosa fase de su vida pública, en que su elevado carácter, su clara razón, sus nobles convicciones aparecen con singular realce.

Mas cada cosa á su tiempo, y empecemos nuestra narración allí donde el Sr. Pastor Díaz dejó suspensa la suya.

Permaneció el Duque en Sevilla el año de 1842 y parte del 43; y continuando sus tareas literarias y artísticas, compuso la festiva comedia de costumbres *El parador de Bailèn*, y el drama fantástico *El desengaño en un sueño*, obras de distinto mérito y muy diversa índole, con las cuales, haciendo un alarde de sus ricas dotes y felices aptitudes para los géneros más opuestos, se despidió para siempre del teatro.

Por razones que comprenderán nuestros lectores, hemos de ser muy parcos en apreciaciones literarias; tal vez, además del talento, nos faltase la imparcialidad debida; y en caso de no faltarnos, los elogios, por justos que fuesen, en nuestra pluma podrían parecer apasionados. Así, habremos de contentarnos, por punto general, con el sencillo papel de narradores, recurriendo, para estimar las obras del Duque, á la autoridad de los ilustres escritores

que de ellas han tratado, y cuyos juicios, cuando más, confirmaremos con ligeras amplificaciones.

No se mostró la crítica muy benévola con *El parador de Bailén*, ni tampoco su autor debía de tenerla en mucho aprecio, cuando se abstuvo de incluirla en la edición de sus obras completas de 1854-55. La comedia no es, en verdad, de gran importancia, y peca, tal vez, por la crudeza de algunos efectos; más no le faltan, ciertamente, vida, movimiento, alegría y fáciles diálogos, salpicados de chistes y agudezas. Sea cualquiera su valor intrínseco, no deja de ser curioso que pertenezca á la misma época en que el autor creó su drama fantástico, *El desengaño en un sueño*, y que sean ambas obras como las dos notas extremas del extenso diapasón que podía recorrer su privilegiada musa.

Á esa flexibilidad de ingenio juntaba el Duque la grande espontaneidad con que escribía, la cual era causa de que no siempre madurase lo suficiente sus planes. Ni, por otra parte, se proponía sistemáticamente desarrollar tesis en el teatro, como es hoy costumbre hacerlo: buscaba pasiones, caracteres, lances cómicos ó dramáticos; y si sus producciones escénicas encierran, á veces, un alto pensamiento que las domina, ó se deduce de ellas moral enseñanza, más bien que efecto de una idea preconcebida, ó consecuencia de afanosas meditaciones, es hijo del asunto elegido con objeto de divertir ó conmover, más que de instruir ó reformar, y del natural y lógico desarrollo de los caracteres y de la acción. Sin que por ello se entienda que no comprendiese la verdadera importancia de sus obras, escritas algunas con marcada intención filosófica, y

todo en ellas conspirando á determinado fin; pero no daba tormento á la historia, á las costumbres, ó á su propia fantasía, con la mira de aparecer trascendental y profundo. En esto semejábase también á nuestros grandes dramáticos de los siglos XVI y XVII, con quienes tantas analogías guardaba, los cuales, si creaban comedias como *El condenado por desconfiado* ó *La vida es sueño*, otras muchas compusieron, atentos sólo á divertir honestamente á los espectadores con fábulas interesantes, sin objeto moral determinado.

De todas las concepciones dramáticas del Duque, *El desengaño en un sueño*, si no la más original, es sin duda la de más alcance filosófico y mayor vuelo poético. Lisardo personifica la humanidad: su corazón insaciable busca la dicha en la satisfacción de sus codiciosos deseos y arrebatadas pasiones; mientras más logra, más anhela; y á medida que avanza, en vez de hallar la felicidad, va labrando su irremediable desventura. Llega un punto en que espantado de su mísera situación quisiera retroceder; pero detrás no ha dejado más que ruinas, lágrimas y sangre. ¿Quién puede desandar el camino de la vida? Tal es la idea capital del poema, que el autor desenvuelve en una serie de admirables cuadros, llenos de verdad, de sentimiento y de alta poesía.

Por dificultades, que no lo hubieran sido en país más próspero ó de más amor al arte que el nuestro, y acaso también por falta de actores, *El desengaño en un sueño* no llegó nunca á representarse, y ¿quién sabe, si alcanzará un día los honores de la escena? (1).

(1) Los alcanzó al fin, cinco años después de escrita esta

También por aquella época, el Duque de Rivas, que siempre encontró sumo placer en el cultivo de la pintura (arte en el cual, si mero aficionado, no dejó ciertamente de distinguirse), pintó cuatro cuadros de asunto religioso, muy dignos de aprecio, para el coro de la Catedral de Sevilla, y algunos retratos.

A mediados del año 1843, intereses particulares le obligaron á dejar la Andalucía, y trasladarse á Madrid, cuando volviéndose á obscurecer el horizonte político amenazaba nuevas borrascas. Sabidos son los sucesos que turbaron muy luego la tranquilidad pública, y el estado lastimoso en que se vió la capital de la monarquía.

El Duque, durante aquellas angustiosas circunstancias, como leal y buen caballero, se consagró al servicio personal de la Reina niña, y se estableció en Palacio con otros Grandes, que no querían perder de vista á S. M. en aquellos días de tribulación é incertidumbre.

Triunfó la coalición de los partidos progresista y moderado (que de largo viene la costumbre de unirse en España opuestas banderías para derrocar los poderes existentes), y concluída de hecho la regencia del Duque de la Victoria, el Gobierno provisional creyó conveniente rehacer de real orden el Ayunta miento de Madrid, y nombró decano del mismo al Duque de Rivas.

Resistióse éste á ocupar un puesto que debía legalmente obtenerse por elección popular; pero en

---

reseña, en el *teatro de Apolo*, con las circunstancias que referimos en el artículo: *Notas póstumas*.

atención á lo grave de las circustancias lo aceptó al fin, desempeñándolo con patriótico celo y general aprobación.

Disueltas las Cortes y el Senado en su totalidad, fué en las nuevas elecciones propuesto para el cargo de senador por varias provincias. El Gobierno lo nombró por la de Córdoba, su ciudad natal, y al mismo tiempo Vicepresidente del alto Cuerpo, donde sostuvo con un excelente dircurso la ley declarando la mayoría de la Reina.

Por aquel tiempo reconoció el Rey de las Dos Sicilias la legitimidad de D.ª Isabel II, enviando á Madrid un ministro plenipotenciario. Y la Reina, siendo Presidente del Consejo el Sr. González Brabo, se dignó conferir al Duque la legación de Nápoles.

Deseoso el Gobierno de realzar la misión del nuevo diplomático, mandó aprestar la fragata de guerra *Cristina*, para que lo transportase al lugar de su empleo. Pero las ocurrencias de Alicante obligaron al Gobierno á echar mano de aquella nave, y el Duque tuvo que hacer el viaje en un vapor inglés que, tocando en Malta, le proporcionó el gusto de volver á pisar aquel suelo hospitalario, donde tan afectuosamente se había visto tratado en tiempos de persecución é infortunio, y de abrazar á sus antiguos y constantes amigos, que lo recibieron con grandes obsequios.

Llegó á Nápoles el 4 de Marzo, y presentó sus credenciales el 11 del mismo, siendo desde el primer momento muy bien acogido por aquel soberano, por el Cuerpo diplomático y por la aristocracia del país.

Pronto se hizo amigo de sabios y artistas; y los

poetas Campagna y Duque de Ventignano, y los eruditos Carlo Troja, Blanch y Volpicella, y el escultor Angelini, y los pintores Morani y Smarguiazzi no eran por cierto de los que menos frecuentaban su elegante palacio, centro brillante de la mejor sociedad napolitana.

Bajo tales auspicios, en tan suave clima y tan hermosa tierra, y no teniendo por otra parte intrincados negocios que exigieran grandes desvelos, ni trabajo material y contínuo, se dedicó el Duque con más ardor que nunca á las dulces tareas que tanto amaba, y que en la fortuna como en la adversidad parecían el fin primordial de su existencia.

Cogiendo de nuevo los olvidados pinceles, produjo algunos cuadros, no faltos de mérito ciertamente; entre otros, una *Judit* que, por su calorosa entonación y elevado estilo, es acaso el mejor de sus lienzos. En una de las Exposiciones de la Academia de San Fernando la vimos figurar con honor entre las obras de nuestros primeros artistas, mereciendo justos elogios de las personas competentes.

También por entonces compuso, en nuestro sentir, sus mejores poesías líricas. *El sol poniente*, *La aparición de la Mergelina*, *Fantasia nocturna* y el *Canto de la vejez*, pueden sin recelo ponerse en parangón con las más excelsas de los Hugo, los Lamartine y los de Vigny, llevándoles la ventaja de la armoniosa lengua en que están escritas.

Pero la obra que particularmente señala esta época de la vida del Duque, es la historia de la *Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo*, interesante y dramático cuadro de nuestra dominación en aquel reino, bajo el cetro decadente de Felipe IV.

Dado había anteriormente el Duque, en artículos de costumbres escritos con singular gracejo, en animadas relaciones de sus viajes, en académicos discursos y en el erudito proemio de sus *Romances históricos*, notable muestra de galano, correcto y amenísimo prosador. Pero su corona de poeta era tan brillante, que á su lado todo lo demás palidecía. *La historia de la sublevación*, escrita con imparcial criterio, gran copia de datos, atinados juicios, excelente método, y, según el Sr. Hartzenbusch (1), en un estilo «fácil, claro, familiar, pero á veces elevado, enérgico y pintoresco, conforme al asunto conviene», vino á acreditar al Duque de prosista eximio, y á probar que su talento de historiador no desmerecía de su ingenio de poeta.

Y ¡cuánta enseñanza encierra para nosotros su interesante libro! El verídico, sangriento drama que con tanta vida, color y relieve nos presenta, es, en pequeño cuadro, la sempiterna historia de las revoluciones: cuadro en que vemos obcecados poderes que mina y pierde el abuso de la propia fuerza; rebeliones populares que tuercen y manchan con espantosos crímenes las causas más justas, y los ímprobos afanes y nuevas desgracias que cuesta volver á su equilibrio y natural armonía los varios elementos sociales, una vez trastornados y confundidos.

El Duque de Rivas, para acabar con las autorizadas palabras del sabio escritor antes citado, «sin

(1) En el prólogo con que acompañó el quinto tomo de las *Obras completas*, del Duque de Rivas, publicadas en 1854 y 1855.

empeño en remedar á Tácito, ni á Salustio, ni á Mendoza, ni á ningún otro autor español ni extranjero, nos ha dado un libro de los mejores que en su línea tenemos en el idioma de Mariana y de Solís».

Verificado el matrimonio de la Reina con su primo el infante D. Francisco de Asís, creyó el Duque de su deber venir á España á felicitar personalmente á SS. MM., y obtenida licencia, se puso en camino el 1.º de Noviembre de 1846, deteniéndose un mes en Roma, donde tuvo la honra de ser afectuosamente recibido por el bondadoso Pío IX, poco después de su elevación al pontificado.

Llegó á Madrid en el momento de la caída del Ministerio Istúriz, combatido por la fracción puritana, en la que ya se descubrían los gérmenes y tendencias del bando que más tarde, con el nombre de *Unión liberal*, había de causar tan graves y peligrosas mudanzas en el estado político de la nación española. Fuéronle ofrecidas al Duque la Presidencia del nuevo Gabinete y la cartera de Estado, con grande empeño de que las aceptara. Pero el Duque, en cuyo corazón el amor á la gloria no se mezclaba con la codicia del mando, y que sabía, además, por experiencia, las amarguras y contrariedades que trae el poder en pueblos como España, rehusó el ofrecimiento con resolución, logrando no sin esfuerzo eludir el compromiso. Y los sucesos no tardaron en demostrar con cuánta sensatez había obrado. Entre la azarosa vida de aquel Ministerio, y la alegre y pacífica de las letras y de las artes en un hermoso palacio de la Ribera de Chiaja con vis-

tas al poético golfo, era en verdad notable el contraste. Por fortuna suya no fué ministro de la Corona, y después de una corta temporada en Sevilla, donde á la sazón se hallaba su familia, volvió el Duque, no cumplida aún la licencia que disfrutaba, á su legación de Nápoles. Aunque allí no hiciera más que escribir versos ó prosa, servía con ello mejor á su patria, que hubiera podido hacerlo en Madrid, aceptando en aquellas circunstancias la jefatura ministerial con que sus amigos le brindaron.

De regreso en la capital de las Dos Sicilias, dió la última mano á su historia de Masanielo, de que ya hemos hablado, y escribió la preciosa leyenda, *La azucena milagrosa*, dedicada á su caro amigo, el famoso poeta D. José Zorrilla, en obsequiosa correspondencia de la que éste le dedicó, titulada *La azucena silvestre*.

El Duque imagina un argumento enteramente fantástico, sin valerse de tradición ni conseja alguna, ni buscar sus elementos en ninguna crónica; pero sabe, siguiendo en esto el ejemplo de Walter Scott, enlazarlo con arte suma á los más grandes hechos de la historia nacional. Y el sitio de Granada oportunamente traído para arrancar á Garcerán de los brazos de su esposa, y de su pingüe estado; y el descubrimiento de América, y la conquista de Méjico, adonde va el infortunado Nuño, como aventurero obscuro y con nombre supuesto, en busca de la muerte, al modo que iba D. Álvaro á las guerras de Italia, dan lugar á magníficas descripciones, que suelen tomar el vuelo y arrebato de la oda, cuando el poeta conmemora enardecido los héroes y las hazañas de los tiempos de la primera

Isabel y de su glorioso nieto. ¡Con qué vivo entusiasmo exclama!

«¡Hernán Cortés!.... Coloso que descuella
Entre los héroes que la fama adula,
Como gigante pino en los jardines
Se alza soberbio entre la humilde murta.
¡Hernán Cortés!..... cuyo glorioso nombre
El primer puesto de la historia ocupa.....

Al considerar después en lo que vinieron á parar aquellas famosas conquistas, ¡con qué amarga tristeza

«De tanta gloria *sus* ardientes ojos
En aquella región el templo buscan!»,

y ¡con qué indignación generosa ve consumirse en estériles discordias aquellos pueblos

«Que niños son y adultos se figuran!»

La Azucena, por su índole fantástico-religiosa, el interés de su argumento, las galas del estilo, y hasta por cierto aire de arrogancia española, lleva en sí, más que otras producciones de su autor, aquel carácter popular que generalmente las distingue.

No es, pues, de extrañar que á pocos meses de publicada *La Azucena* en la *Biblioteca Universal* de D. Ángel Fernández de los Ríos, el autor, que era muy aficionado á vagar por calles y plazas observándolo todo, y á pararse en los puestos al aire libre de coplas y romances, hallara en aquellos su propia obra, si bien con título diferente, aunque análogo, y desfigurada por una mano inhábil, con objeto, sin duda, de encubrir la falsificación. Únicamente por estas circunstancias hizo el Duque perseguir judicialmente á los autores del plagio, pues si sólo de

una reproducción se hubiese tratado, de seguro no entablara nada contra ellos, como jamás dió paso alguno contra los editores que en España, Francia y Bélgica, sin contar con su voluntad, reimprimieron sus obras. Para el Duque no eran las letras motivo de granjería; solamente buscaba en ellas la gloria y el aplauso.

Por desgracia, los serenos horizontes del tranquilo reino de ambas Sicilias empezaban á obscurecerse. La nueva política inaugurada en Roma, y la fiebre de libertad é independencia que empezó á manifestarse en otros Estados de Italia, no podían menos de producir viva excitación en el más rico, poblado é importante de todos ellos, donde las pasiones de sus habitantes son tan ardientes como el sol que los vivifica, y donde la impresionable muchedumbre pasa inopinadamente, como sus famosos volcanes, de la calma más apacible á las más violentas conmociones.

Acercábase, pues, el momento en que el Duque arrinconase su lira, abandonase los pinceles, y en vez de recrear el ánimo en el estudio de revoluciones pasadas, se le angustiase con el horror de las presentes, viendo á cada paso escenas de devastación y de sangre, y al borde del precipicio un trono, que era su anhelo salvar, sin que los medios de que podía disponer guardasen proporción con sus nobles deseos.

Ya desde 1846, con motivo de la reunión en Nápoles del llamado *Congreso de Sabios*, que cada año se juntaba en una de las capitales de Italia, y que con pretexto de la ciencia, se proponía sólo propagar ideas de emancipación y de reforma, el Duque, en

un despacho muy curioso y discreto, había dado la voz de alarma al Gobierno, llamando su atención sobre los graves síntomas que advertía, y emitiendo oportunísimos juicios sobre las aspiraciones y tendencias de los patriotas italianos.

No es posible volver la vista á aquellos sucesos, sin recordar el grande influjo que, en los albores de la revolución, ejerció en los ánimos la escuela católica liberal, donde figuraban hombres de tanto prestigio como Balbo, Cantú, Azeglio, el P. Ventura; sin hacer memoria, particularmente, del célebre abate Gioberti cuya famosa obra, *Primado moral y político de los italianos*, ejerció verdadera fascinación en todas las clases. Los que no acertaban á concertar en su corazón la fe religiosa y las exigencias del patriotismo, la tomaron por bandera. Hallaban en ella calor todas las aspiraciones y se armonizaban todos los intereses. La Iglesia misma parecía contenta del caracter providencial que se reconocía en el Pontificado, y de la alta misión que se adjudicaba al Papa, resolviendo por medio de su arbitraje las más arduas cuestiones, y poniéndolo como poder moderador al frente de una confederación de estados. Gioberti creía con su utopia remediarlo todo. Desgraciadamente su obra sólo fué útil para avivar el incendio y dar alas á la revolución.

Preparado estaba, pues, de largo tiempo atrás el terreno, cuando Pío IX, con mejor intención que fortuna, rompiendo con las tradiciones de la Curia romana, emprendió el azaroso camino de las reformas, pareciendo asumir el papel que en el *Primado* le adjudicaba Gioberti. Á su generosa iniciativa se conmueve la Península entera, y la ambiciosa casa

de Saboya, y hasta el mismo gran Duque de la feliz Toscana se disponen muy luego á seguir su ejemplo.

En el reino de Nápoles no es menos viva, particularmente en la nobleza y la clase media, el ansia de libertad. El Rey, sin embargo, fiando más de lo que debiera de su propia fuerza, empéñase en desoir el público clamoreo, mostrándose adverso al voto general del país. ¡Desacertado proceder, origen, tal vez, de no pequeñas desventuras!

Para el Duque de Rivas era insostenible la situación de Fernando II, en pugna con la Italia entera, y no se cansaba de repetir á los más fieles amigos del Rey que la prudencia y la buena política aconsejaban no irritar la opinión con sistemática resistencia, siendo preferible otorgar oportunamente moderadas concesiones, á tener que hacerlas mucho mayores, arrancadas por la violencia en un día de conflicto, con mengua de la autoridad real. Creía, además, que adelantándose el Soberano al deseo de sus pueblos, adquiriría la popularidad y la fuerza que más que nunca le eran entonces necesarias para contrarrestar ambiciosas miras de otros Estados.

Mas al par que el Duque se lamentaba en sus comunicaciones oficiales de la obcecación del Monarca, cuidaba de hacer cumplida justicia á sus nobles cualidades, encomiando sinceramente sus rectas intenciones, su incansable celo en promover el bien público, sus sencillas costumbres y humanos sentimientos.

Los motines de Messina y de Reggio en Septiembre de 1847 fueron las primeras chispas del previsto incendio. Todavía en aquellos alborotos se gritaba: «¡Viva el Papa! ¡Viva el Rey!»; todavía otorgando

una Constitución, juzgaba nuestro Ministro que era posible encauzar el torrente. Más la tenacidad del Soberano parecía invencible.

Falsas noticias ó pavorosas especies que á cada paso circulan, acrecen en tanto la común ansiedad; las sociedades secretas no descansan, y sus emisarios recorren el Reino, concitando los ánimos á la rebelión. De día en día se agrava el peligro, es menor el prestigio del trono, mayor el ímpetu revolucionario.

Bajo tan adversos auspicios empieza para aquella Monarquía el año 1848 (de triste recordación en los fastos de Europa); y el 12 de Enero estalla en Palermo una pujante insurrección, siendo rechazadas las tropas reales. Al mismo tiempo se notan síntomas alarmantes en las provincias de Salerno y de Reggio.

Los sucesos de Sicilia, cuya gravedad se aumenta por la sospechosa actitud del Encargado de Negocios de la Gran Bretaña, producen honda sensación en la corte.

Honrado el Duque por la Reina Madre de Nápoles con gran confianza y amistad, y sabiendo el ascendiente que esta señora ejercía en su hijo, acudió á ella, y le explicó con sentido acento la verdadera situación del Reino y los graves peligros á que se exponía la Corona con el sistema adoptado, insistiendo una y otra vez con la augusta señora, en que no había ya otro medio de salir de aquella terrible crisis, que otorgar cuanto antes una Constitución. La venerable viuda, abundando en las opiniones del Duque, y viendo con espanto el extremo á que habían llegado las cosas, corrió á buscar á su hijo, y

con lágrimas y exhortaciones logró quebrantar su pertinaz resistencia. Perplejo ya el Rey, un intimo amigo del Duque, á quien S. M. tenía grande afecto y escuchaba con suma deferencia, Mr. Dupont, caballero francés de edad avanzada, naturalizado hacía muchos años en el país, acabó de convencer al Monarca, el cual, si algo tardíamente, entró por fin en el camino de las concesiones.

Fórmase un nuevo Ministerio de personas muy conocidas por sus ideas liberales, y el 29 de Enero de 1848 ven los napolitanos, con vivas muestras de satisfacción, que se habia fijado en las esquinas un Real decreto, ofreciendo la suspirada Constitución y las reformas que tanto deseaban. La buena nueva cunde por la ciudad; el Rey es ardorosamente aclamado, y en aquella población que antes parecía, unas veces consternada, otras amenazadora, todo es plácemes y alborozo.

Andaba el Duque por las calles viendo el súbito cambio, producido por aquella hoja de papel impreso (hoja que en breve había de barrer el viento de las revoluciones), y al pasar por la calle de Toledo el pueblo le reconoce, le rodea, y saluda al Ministro de España con una salva de aplausos. Él dice modestamente en uno de sus despachos «por ser el representante de una Reina constitucional»; más acaso fuera también, porque no faltase en aquella muchedumbre, en que se mezclaban y confundían todas las clases, quien supiera y comunicase á los demás la noble conducta del Duque y sus buenos consejos en favor de oportunas concesiones al sentimiento público.

Pocos días después de promulgada la Constitu-

ción, que fué recibida con loco entusiasmo y febril alegría, llega á Nápoles el Ministro de Cerdeña, con la noticia de haber Carlos Alberto concedido igualmente un Código político á sus Estados. Y con tal motivo, el pueblo, que se iba aficionando á ruidosas manifestaciones, vuelve á reunirse, y precedido de un piquete de Guardia nacional acude á la plaza de Palacio, donde victorea al Rey, encaminándose luego á las casas de algunos representantes extranjeros, con objeto de darles públicas muestras de simpatía. Después de haber recibido la bendición del Nuncio, y de ser arengada por los Ministros sardo y británico, dirígese la multitud á la Legación de España, y apiñándose en frente del Palacio que ocupa en la ribera de Chiaja, prorrumpe en gritos de «¡Viva la reina Isabel! ¡Viva su representante! ¡Viva la España constitucional!» Salió el Duque al balcón y, continuando las aclamaciones, contestó con expresivos saludos. Pero invitado á hablar, una y otra vez, por los manifestantes, les dirigió un breve discurso en italiano (que poseía como el español), en el cual, al mismo tiempo que les felicitaba por las libertades obtenidas, ensalzaba al benéfico Soberano que las había otorgado, acabando con un triple viva, al Rey, á la Constitución y al pueblo napolitano, vítores que repitió la muchedumbre entusiasmada con la arenga del Duque.

Sin duda eran sinceras las palabras del Ministro español, pero estaba muy lejos de dejarse alucinar por aquellos efímeros arrebatos. Y al ver á poco de promulgada la Constitución producirse nuevas exigencias, y llenarse la capital de aventureros y agitadores; y al observar las maquinaciones de los *clubs*,

el estado anárquico de Sicilia, la amenazadora actitud de Austria y las intrigas de la diplomacia inglesa, desfallecía su ánimo, y previendo los mayores conflictos, dudaba de la solidez y eficacia de las nuevas instituciones. Conocía, no obstante, el amor que la nobleza, en general, y la plebe tenían á Fernando II, la lealtad de sus tropas, el denuedo y disciplina de sus regimientos suizos; y con tales elementos, manejados con habilidad, el Duque creía que el Rey podía sostenerse y sobrenadar en el revuelto oleaje, esperando tiempos mejores.

Hasta entonces había trabajado para que el Soberano diese instituciones representativas y una prudente libertad á sus pueblos; en adelante, todos sus esfuerzos, conformes con las firmes instrucciones que de Madrid recibía, debían encaminarse á evitar que zozobrase aquel trono de gloriosa fundación española, ó se amenguase su esplendor con la perdida de la Sicilia.

La Reina, para dar mayor autoridad á su Ministro, y más peso á su influencia, desde Febrero de aquel año lo elevó á la categoría de Embajador.

No contaba ciertamente el Duque con los grandes recursos que los representantes de otras naciones más poderosas; no tenía á su disposición amenazadoras escuadras; pero ondeaba en el golfo de Nápoles el pabellón español para darle fuerza y prestigio, representaba á una nación relativamente próspera y tranquila, y encontraba apoyo y calor en un Gobierno inteligente y vigoroso, que supo, en uno de los periodos más difíciles y borrascosos de la era moderna, colocar á España á una altura, que casi parece un sueño comparada á su actual decaden-

cia (1). Favorecía también los intentos del Duque la recelosa actitud de la Rusia ante los graves acontecimientos de que era teatro la península italiana.

Nuestro Embajador, justo es declararlo, sacó todo el partido posible de aquellas circunstancias; y obrando con sumo tacto y destreza, acabó por ser una de las personas más influyentes cerca del Gobierno napolitano; y no ciertamente de las que menos contribuyeron á sacar á salvo de aquella crisis la integridad de la monarquía.

Mientras se encrespa la insurrección de Sicilia, sin que el Rey, con sobrados medios para vencerla, pueda hacer nada, paralizado por la audaz ingerencia del ministro inglés, se rompen las hostilidades en Lombardía; y al saberse en Nápoles las ventajas de Carlos Alberto sobre los austriacos (que luego se convirtieron en derrotas), la exaltación de los ánimos raya en delirio; y las manifestaciones políticas diarias y los continuos alborotos dan al cabo en tierra con el Ministerio autor de la Constitución. Otro le sucede, naturalmente más liberal, cuyas primeras determinaciones son: promover la liga italiana y enviar un contingente de tropas al teatro de la guerra; mas la revolución no se satisface con nada.

El Rey lleva concedido cuanto podía conceder: ya no le queda más que arrojar su corona en medio de las turbas, ó, como rey y caballero, defender sus derechos, los intereses de sus pueblos, la misma Constitución jurada.

La víspera de la solemne apertura de las Cámaras,

(1) Esta reseña está escrita en 1872.

los clubs, arrogándose poder constituyente, se oponen á la reunión de la de los Pares. Parte de los diputados y la milicia nacional hacen causa común con los alborotadores. Cierra la noche, y sin provocación alguna, empiezan los descontentos á levantar en la gran calle de Toledo, y hasta cerca del Alcázar real, formidables barricadas.

Al amanecer del infausto 15 de Mayo, terrible es el aspecto que presenta la ciudad. El Rey todavía procura calmar los ánimos, y trata por medios suaves de que las calles sean despejadas, para poder con su comitiva ir á abrir el Parlamento. ¡Vanas contemplaciones! Un guardia nacional dispara el fusil contra un centinela de palacio, que cae muerto. Sólo la disciplina y el vigor de los jefes contienen á la tropa. Nuevos disparos hieren ó matan á otros soldados: la lucha se hace inevitable, y la hermosa ciudad de Nápoles se ve pronto convertida en revuelto campo de batalla. Las admirables tropas del Rey hacen prodigios de valor: los sublevados se defienden con tenacidad desde sus parapetos y casas contiguas: la pelea es cada vez más encarnizada y sangrienta.

El Duque, venciendo mil dificultades y corriendo serios peligros, después de varias infructuosas tentativas logra penetrar en el regio Alcázar.

Las Reinas y las Princesas están consternadas: el Rey triste, pero sereno. Al ver al Duque, se dirige á él y le dice con sentido acento: «Señor Embajador, bien sabe usted que yo no quería esto: he hecho cuanto he podido por evitarlo. Ni ante Dios, ni ante los hombres, soy responsable de la sangre que se está derramando.»

Á las nueve de la noche llegó un oficial de estado mayor á anunciar á S. M. que todo estaba concluído. El Duque, puesto entonces á la cabeza del Cuerpo diplomático, de que era decano, y estaba ya allí reunido, felicitó al Rey por el éxito de la contienda, acabando con estas palabras, que resonaron con aplauso por todas partes: «Señor, que la clemencia de Vuestra Majestad sea más grande que el triunfo alcanzado.»

No necesitaba el Rey de tan noble exitación; pues de índole muy humana y generosa, era mucho más propenso al perdón que al castigo, como harto lo probó en aquellas circunstancias, dejando impunes á los fautores de tan injustificada rebelión.

Pero acababa de demostrar que era más fuerte de lo que se creía, y la revolución, airada y rencorosa, no podía perdonarle el duro golpe que por su mano había recibido. En la prensa exaltada, dentro y fuera de Italia, y aun en las asambleas políticas, no hubo vil calumnia ni odioso ultraje que, con motivo de aquellos sucesos, no se lanzará contra Fernando II y su dinastía.

Curioso por demás es el despacho que con este motivo escribía el Duque en 8 de Junio de 1848. Permítasenos transcribir algunos sentidos párrafos, no exentos aún de interés, á pesar de los años transcurridos.

«Parece imposible, decía el Duque, que el Soberano que dió generosamente una Constitución á sus pueblos, adelantándose á los demás de esta Península; que el que ha cedido á todo género de exigencias, pudiendo haberlas escarmentado con sus leales tropas; que el que sin atender á la necesidad de su-

jetar á la rebelde Sicilia, envió sus mejores soldados á combatir en Lombardía; que el que fiel á sus juramentos y á sus compromisos de Rey, de caballero y de cristiano, iba de buenísima fe á abrir el Parlamento y á poner en sus manos la suerte de su corona y de su nación; que el Rey, en fin, de leal y bondadoso carácter, ídolo de Nápoles y de Italia toda en los primeros días de Febrero próximo pasado, sea ahora el objeto del odio universal, el blanco de la general sospecha y el causador de todas las calamidades públicas. ¡Tan desencaminada anda la opinión! ¡Tanto y con tan buen éxito han trabajado los que tienen interés en extraviarla!»

. . . .
. . . .

«La escandalosa sesión de la Cámara de Turín, en que hasta se propuso alzar un monumento que fuese padrón de infamia para el Rey de Nápoles, porque defendió su trono en 15 de Mayo; el constante empeño de los periódicos de Milán, Turín, Florencia y Roma de baldonar el nombre de Fernando II y su dinastía; y los emisarios de los clubs de la alta Italia, que de continuo vienen á esta corte y viajan por estos reinos esparciendo las especies más absurdas y las calumnias más torpes contra este Soberano, harto demuestran que hay un meditado plan para lanzar de este reino á la familia de Borbón.»

. . . .
. . . .

«Empieza á tomar cuerpo la creencia de que Carlos Alberto, á favor de la gloria y renombre que le está dando la guerra, hasta ahora feliz, de Lombar-

día, desea verse proclamado rey, no sólo del país por cuya independencia trabaja, sino de la Italia toda, desde los Alpes al cabo Passaro, y que él es quien promueve los desórdenes de Roma y los disturbios de Nápoles.»

. . . .

. . . .

«Si el Padre Santo y el Monarca napolitano llegasen á caer, acaso, acaso, en último resultado, durando la República francesa, pudiera también en toda esta Península ser, al fin, la institución republicana la que prevaleciese.»

Las premisas del hipotético razonamiento del Duque se han realizado. Cayó el Rey de Nápoles y cayó el Papa, como soberano temporal: la república no duró en Francia, pero ha vuelto á parecer al cabo de algunos años. ¡Quién sabe lo que todavía pasará en Italia!

Como se ve por la muestra que hemos dado, en los despachos del Duque, escritos con criterio imparcial y sereno, la figura de Fernando II aparece muy distinta del tirano feroz y sanguinario que, con el nombre de *Rey bomba*, nos pintan los escritores revolucionarios y nos dan generalmente á conocer los diccionarios enciclopédicos.

Sería prolijo seguir paso á paso al Duque en sus comunicaciones oficiales. Aquellos sucesos no pueden ya impresionar á la generación presente, ni es nuestro objeto trazar un cuadro de la revolución italiana, que resultaría mezquino, tomando por punto de vista el interés parcial de un Estado ó de una dinastía. Vamos, no obstante, á dar á conocer, por lo que tiene de personal, otro curioso despacho, rela-

tivo á uno de los acontecimientos más importantes de aquella revolución.

Como si ya no fuesen bastantes de por sí las complicaciones del reino de Nápoles, vienen á aumentarlas los gravísimos sucesos de Roma, que obligan al Papa, no sin riesgo de su sagrada persona, á salir de sus Estados y á buscar un refugio en Gaeta, adonde acude presuroso el Rey con su familia á ofrecerse al venerable Pontífice.

También el Duque se traslada sin dilación á aquella plaza, tanto para tributar el debido homenaje á Su Santidad y confortarle en aquella amargura, como para adquirir noticias de su ilustre amigo don Francisco Martínez de la Rosa, embajador español cerca de la Santa Sede, por cuya suerte estaba muy temeroso é inquieto.

Dejemos referir al mismo Duque la interesante entrevista que, en compañía de Mr. de Rayneval, ministro de Francia en Nápoles, y del almirante Mr. Baudin, con quienes había hecho el viaje, tuvo con el Padre Santo en la fortaleza napolitana.

«Acogiónos, dice, Su Santidad con vivas muestras de agradecimiento; nos hizo sentar y nos contó con suma bondad y sencillez todas las circunstancias de su precipitada fuga, demostrando ánimo firme y sereno, y hallarse decidido á no deber su restablecimiento á tratos con la revolución. El almirante francés se expresó en estos términos, acaso demasiado explícitos: «Cuando se sepa en Francia este »grave acontecimiento, enviará la República un ejér»cito que reponga á Vuestra Santidad en el trono». El ministro Mr. de Rayneval habló más vagamente, aunque siempre en el sentido de que el Papa halla-

ría decidido apoyo en el Gobierno francés. Yo m limité á asegurar á Su Santidad que causarían pro funda sensación en la católica España y en el pia doso corazón de la Reina esta tribulación de la Igle sia y la situación de tan santo Pontífice.

»Su Santidad me preguntó con el mayor interé por el Sr. Martínez de la Rosa, y me encargó qu cuando tuviese noticia de su paradero se lo avisas por telégrafo. Nos dió su bendición apostólica desde allí pasé á ver al Rey, pues cuando me hiz la honra de llevarme en su coche desde el muelle a palacio del Pontífice, me encargó no dejase á Gaet sin verle.

»Encontré á S. M., á la Reina y á los Príncipe acomodados en una modestísima casa, donde me re cibieron con la mayor cordialidad, y permanecí co ellos en familiar conversación más de una hora. Su Majestades y Altezas, aunque muy condolidas de lo trabajos y amarguras del Vicario de Cristo, se mos traban gozosas de tenerlo en su reino y de habe recibido su bendición.

»Á las once de la noche me retiré con Mr. d Rayneval á bordo del vapor de guerra francés *Thé nard*, y á las siete de la mañana siguiente fondeamo en Nápoles, donde tuve el gusto de abrazar al seño Martínez de la Rosa, que llegó á poco en un va por de comercio.»

Sin entrar en las tristes reflexiones á que tant se presta el interesante documento que antecede diremos para concluir con esta parte de nuestra re seña, que después de las gestiones estériles de lo Ministros de Francia y de Inglaterra, y de reba jarse los jefes de sus escuadras hasta el punto d

izar delante de Palermo la bandera rebelde y saludarla como pabellón reconocido; rechazando el poder insurgente todas las proposiciones, se dejó al fin obrar á las tropas del Rey, y de victoria en victoria, al año justo de haber sido sofocada la rebelión de Nápoles, el general Filangieri entró como triunfador en la capital de la isla.

El mismo día que el Rey recibió la noticia oficial de la rendición de Palermo, mandó llamar al Duque, que tanto le había alentado y sostenido en la lucha, y después de abrazarle cordialmente, puso en su pecho la Gran Cruz de San Fernando y del Mérito, primera Orden del reino.

Pocos días más tarde llegó á Italia la expedición española, en cuyo envío tuvo gran parte el Duque. Y abiertas las conferencias de Gaeta, aunque sin participación directa y oficial, contribuyó no poco á sus resoluciones.

El Rey pudo en aquella crisis salvar su corona; pero no asegurar el porvenir de su dinastía contra la ambiciosa política de la Casa de Saboya y el calor y auxilio que prestaron á la revolución los Gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Realizada está la obra de la unidad italiana, y ante ella palidecen las memorias que hemos evocado. ¿Quién se acuerda ya de aquella pobre familia real destronada? Pero cuando se penetra friamente en la obscura trama de aquellos sucesos, y se ven las intrigas, las falsedades y las bastardías (1) que se pusieron en juego para llegar á tal fin, se con-

---

(1) Véanse las *Memorias* del ex almirante Persano.

trista el ánimo al pensar que por semejantes medios puedan engrandecerse y florecer los Estados.

Pasadas aquellas tempestades, volvió el Duque á sus versos y sus pinceles, cuando se vió sorprendido por un negocio inesperado: el proyecto de casamiento del Conde de Montemolín con la princesa Carolina. El Rey de Nápoles y la Duquesa de Berry lo habían concertado con tan sigilosa reserva, que ni los Ministros de la Corona, ni aun los otros príncipes de la familia real pudieron siquiera sospecharlo. Mas el Duque lo supo inmediatamente, y puso en juego todos sus recursos para oponerse á una alianza que tan viva alarma debía causar en el Gobierno que representaba. Se avistó con el Rey, y tuvo fuertes aunque respetuosos altercados con Su Majestad; trabajó con los Ministros, procuró atraerse á los favoritos; pero el negocio estaba concluído, y la llegada del Conde de Montemolín, que se adelantó algunos días, quitó al Duque toda esperanza de impedir ó dilatar el matrimonio.

Transcurridos veintitrés años, apenas podemos hoy comprender la importancia de aquellos sucesos. El Duque, sin embargo, interpretó fielmente los sentimientos del Gabinete español, que al enterarse de lo que ocurría, envió á Nápoles el vapor de guerra *Castilla*, con orden al Embajador de embarcarse en último caso y regresar á España.

Mucho empeño manifestó el Rey, que honraba al Duque con sincera amistad y gran estimación, en que no saliera de su corte, protestando pública y privadamente que el enlace de su hermana era un asunto puramente de familia, que en nada podía afectar las estrechas relaciones entre ambos reinos,

y que en Montemolín no reconocía más que á un príncipe desgraciado, de ningún modo al pretendiente á una corona. El Duque creyó un deber indeclinable el salir de Nápoles, y lo verificó el 10 de Julio de 1850, á las doce del dia (1).

Los príncipes, los diplomáticos, los funcionarios públicos, todo Nápoles visitó aquella mañana al Duque. El bote en que se trasladó al vapor *Castilla* iba seguido de una infinidad de lanchas cargadas de gente. Muchas personas subieron á bordo del buque y abrazaron por última vez al amigo con los

---

(1) Como prueba del sentimiento con que vió el Rey la partida del Duque, copiamos la siguiente curiosa carta, que le dirigió el Conde de Walewski, á la sazón ministro de Francia en Nápoles.

Legation de la République française.— Confidentielle. —Naples le 14 Juillet 1850.— Mon cher Duc : Je crois devoir vous écrire ces deux mots pour vous dire que le Roi est décidé à toutes les démarches qui pourraient amener votre retour ici. S. M. désire que vous ayez connaissance par moi de ses intentions à cet égard; je me suis prêté bien volontiers à ce rôle très officieux de conciliation, et je souhaite très sincèrement qu'il ait pour résultat de vous ramener parmi nous. Vous savez sans doute déja qu'un courrier a été expedié le 7 du courant au Prince Carini, pour lui intimer non seulement de ne pas demander ses passeports, mais encore de tout faire pour rester à Madrid, le Prince Carini est chargé d'offrir au ministère de S. M. C. et à la Reine Christine des explications que l'on espère ici voir bien accueillies. On vous demande d'y contribuer. On est décidé d'ailleurs de ne pas en rester la, etc., etc. (firmada) *Comte de Walewski.*

ojos llenos de lágrimas. La despedida del Duque fué una verdadera ovación.

Él vapor *Castilla* tuvo que arribar á Gaeta por el mal tiempo, y el Duque se trasladó á Roma, donde pasó unos días en el palacio de España con su amigo Martínez de la Rosa. Allí tuvo la honra de ser varias veces recibido por el Papa, y de que Su Santidad, como una prueba de alta estimación, le confiriera la gran cruz de la *Orden Piana.*

Volvió á tomar el *Castilla* en Civitavecchia, y después de penosa navegación desembarcó en Barcelona, partiendo luego para Madrid.

Retiróse á poco del poder el general Narváez, y la nueva administración brindó al Duque con varios elevados puestos que se negó á aceptar, quedándose desde entonces, sin otras funciones que las de Senador, y más entregado á las letras que á la política.

Aunque ya en el ocaso de la vida, haciendo gala de aquella prodigiosa facultad, que el Sr. D. Eugenio Ochoa (1) llamó con feliz expresión: *longevidad del ingenio,* escribió el Duque las preciosas leyendas, *Maldonado* y *El Aniversario,* en las cuales, según el citado crítico, hay «más calor de imaginación, más sentimiento de la belleza, más poesía y más inspiración que en sus primeras obras, incluso *El moro expósito,* que compuso siendo joven, incluso el poema *Florinda,* fruto más temprano de su fecundo estro. El *Maldonado* (es siempre el Sr. Ochoa el que habla) nos parece la mejor ideada de las leyendas del autor; todo es allí natural y verdadero, lo que de ningún modo excluye que todo sea poético; muy

(1) Prólogo á las leyendas del Duque.

al contrario. El almirante Pérez de Aldana es una noble y hermosa figura, tipo excelente de la antigua caballerosidad española.»

Séanos permitido añadir que estas producciones, las últimas de su autor, son como la suma y compendio de todos los dones y facultades que caracterizan su excelso numen, tan castizo siempre y tan nacional.

El Sr. Ochoa prefiere *Maldonado* á las otras leyendas, si bien todas le parecen de relevante mérito. Por nuestra parte, reconociendo las bellezas que las demás atesoran, confesamos que el *El Aniversario* es, por su índole y asunto, la que más nos agrada; así como creemos que no es posible pintar con más imponente sencillez, ni con más expresivos y adecuados tonos, la terrible escena de aquella extraordinaria misa.

Por aquel tiempo de paz y de sosiego en la vida del Duque, reunía semanalmente en su elegante palacio de la plazuela de la Concepción Jerónima, á cuanto Madrid encerraba de notable en literatura, artes y política. De esta última, sin embargo, hablábase poco en aquellos brillantes salones, campo neutral en que los hombres de más opuestas tendencias y opiniones aparecían unidos, siquiera un momento, en el común amor á las letras españolas.

¡Cuán dulces y ligeras se deslizaban las horas en aquellas sabrosas tertulias! Ya alguno de nuestros famosos escritores embargaba la atención del escogido concurso con su elegante y erudita prosa; ya era un poeta, de los muy esclarecidos que allí se juntaban, el que tenía suspensos los ánimos, recitando gallardamente inspirados versos. Allí escu-

chamos chistosísimas composiciones de Bretón, y muy originales y grandiosos cantos de Tassara, y delicadísimas doloras de Campoamor, y..... Mas ¿para qué cansarnos? Baste decir que, si no todos, la mayor parte de nuestros renombrados literatos contribuía al auge y esplendor de aquellas reuniones.

Algunas veces, atraídas por el extraordinario interés de una lectura, ó por la índole amena y festiva de ejercicios de ingenio, que daban á los concurrentes ocasión de lucir el suyo, la noble esposa del Duque y sus bellas hijas asistían también á aquellas pacíficas lides, galardonando con sus aplausos á los justadores.

La presencia de aquellas damas, que con suma gracia y bondad, después de las lecturas, servían el té á los convidados, teniendo para todos expresiones oportunas y amables, daba á los animados salones mayor encanto. Y no sólo las señoras de la casa, otras de fuera, y muy distinguidas por cierto, solían aparecer de improviso en aquellas tertulias. Más de una vez vimos allí á la inolvidable Condesa de Montijo, espejo de aristocráticas damas; tan ilustrada amiga de nuestros más célebres literatos, tan dispuesta siempre á honrar el talento. Y allí también, entre otras beldades, vimos lucir su gentileza y discreción á la hermana del ilustre novelista D. Juan Valera, Sofía Paniega, como entonces la llamábamos, y que fué más tarde, con el título de Duquesa de Malakof, preciado ornamento de la corte de Napoleón III.

Tampoco era extraño hallar en aquellas veladas, mezclados con los españoles, escritores extranjeros de gran valía. Entre otros recordamos al buen amigo

del Duque, el insigne Próspero Merimée, profundo conocedor de nuestra historia y de nuestras costumbres, y cuya muerte lloran aún las letras de su patria.

¡Ay! Otros muchos de los que allí concurrían, orgullo de la nuestra, también se eclipsaron para siempre; unos antes, otros después del afectuoso amigo que tanto los honraba y distinguía.

Aun nos parece estar viendo en un sillón, cerca de la chimenea, y ya agobiado por los achaques y los años (aunque todavía destellase en sus ojos la llama de aquel ingenio peregrino que á cada paso se revelaba en sus dichos y observaciones), al Tirteo español, autor de la elegía *El Dos de Mayo*, al inmortal Gallego; y departiendo aquí y allá, en diferentes grupos, á Galiano, Martínez de la Rosa, Pacheco, Molins, Vega, Ochoa, González Brabo, Pastor Díaz, biógrafo del Duque, y á tantos otros, no menos preclaros, que sería prolijo enumerar. Todos ellos representantes, y en parte iniciadores, de una nueva era política y literaria han desaparecido. No es éste el caso de juzgar la obra común á que más ó menos contribuyeron. La historia dará razón de sus aciertos y de sus errores. Si el éxito no coronó sus generosos esfuerzos, si no lograron hacer próspera y feliz á la patria, legáronle al menos sus libros, sus versos y el brillo de sus nombres, como aquellos padres de familia que, á falta de bienes de fortuna, dejan á su posteridad honrosos pergaminos é ilustres blasones.

Pero volvamos al Duque, y sigámosle en las nuevas vicisitudes que la suerte le reservaba.

Por desgracia de nuestro país, y por razones de varia índole, cuya explicación nos alejaría de nuestro propósito, el partido moderado (de todos los

que se disputaban el poder el de más ilustración y mayores dotes de gobierno) se hallaba trabajado por hondas divisiones, cuando el Gabinete del Conde de San Luis fué llamado á los consejos de la corona.

Hombres notables, y sin duda de recta intención, componían el nuevo Ministerio; mas, sin otro apoyo que los elementos oficiales, érale adversa la opinión pública, y era, además, fuertemente combatido por las diversas fracciones de la parcialidad moderada, que no reconocían en él su genuina representación. No negaremos que hubo falta de prudencia y sobra de pasión en la sistemática pugna de que fué objeto aquel Gabinete, ni seremos nosotros los que defendamos la exagerada hostilidad que le mostró el alto Cuerpo colegislador; pero hoy, como entonces, lamentamos su ciega obstinación en no retirarse oportunamente.

El Duque de Rivas, aunque apreciador imparcial de las altas cualidades de los ministros, y unido con fraternal amistad á alguno de ellos, juzgando peligrosa aquella situación, se colocó desde luego entre los opositores, combatiéndola en el Senado con uno de sus más bellos y elocuentes discursos.

Y por cierto que nos viene á las mientes un peregrino rasgo á que dió motivo aquella elegante oración. No había apenas el Duque acabado de hablar, y aun resonaban los aplausos de las tribunas, cuando un portero le trajo un billete del banco ministerial: abriólo con curiosidad, y vió que era del ministro aludido anteriormente, el cual, olvidándose en aquel momento de la política, y llevado sólo de su amistad y entusiasmo literario, cordialmente felicitaba al Duque por su brillante arenga.

Pero los días de aquel Ministerio estaban contados. Su principal fuerza, como hemos dicho, eran los elementos oficiales, y éstos llegaron también á faltarle. Un general que ocupaba un alto puesto militar, y en quien aquel Gabinete había depositado toda su confianza, so pretexto de pasar una revista de monturas, sacó una mañana la caballería al Campo de Guardias, y pronuncióse con ella en abierta rebelión. Quiso el Gobierno reducir á los sediciosos; pero la estéril jornada de Vicálvaro vino á demostrar lo vano de sus esfuerzos. Entretanto, la sublevación empezó á tomar las proporciones de un gran alzamiento político. El general O'Donnell, cabeza y brazo del movimiento, lanzó el programa de Manzanares; y los pronunciamientos sucesivos de varias ciudades y provincias, y sobre todo la noticia del de Barcelona, recibida oficialmente el 17 de Julio, vencieron al fin la tenacidad de aquel Ministerio, que, ya demasiado tarde, presentó á la Reina su dimisión.

En aquellas difíciles circunstancias, llamó S. M. al teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, á quien dió el espinoso encargo de formar un nuevo Gabinete que, sirviendo de medio de conciliación con los jefes del levantamiento, fuese, por la pureza y prestigio de los hombres que lo compusieran, recibido con aplauso por el país.

Ardua misión echaba el general sobre sus hombros. Antes de lo del Campo de Guardias, un Ministerio compuesto de los elementos disidentes hubiera evitado la revolución; después de aquel acto de violencia, no había más que dos caminos que seguir: ó sofocar la rebelión enérgicamente, si se contaba

con medios para ello, ó entenderse desde luego con sus caudillos, sin derramar sangre en vanos intentos de represión. Por desgracia, no se siguió ninguno de estos caminos, y no era ya posible con un mero cambio de Gabinete atajar el incendio. Ni era, por otra parte, el nombre del general Córdova, á quien los liberales miraban entonces con escaso favor, el más á propósito para calmar las pasiones é inspirar confianza.

Sin que le arredrasen tantas dificultades, y animado de los mejores deseos, el general llamó afanoso á varias puertas; y, en honor de la verdad, halló personas muy importantes y bienquistas en la opinión pública, que se prestasen á compartir con él las amarguras del poder en aquellos angustiosos momentos.

El Duque de Rivas había figurado con brillo en la oposición del Senado; sus antecedentes, su carácter y hasta sus conexiones literarias le hacían simpático á todos los partidos. Era, además, antiguo amigo del general Córdova, al que tenía particular aprecio desde la expedición á Italia, que este jefe militar mandó con honra y acierto, siendo el Duque embajador en Nápoles. No era, pues, extraño que Córdova contara con él para salir airoso de su empeño; y en la tarde del 17 le envió un emisario, rogándole que pasase á la Mayordomía de Palacio, donde el servicio de la Reina exigía su presencia. El Duque acudió á la cita de su amigo; y cuando éste le explicó lo que aquél sospechaba, á saber, que el llamamiento no tenía otro objeto que recurrir á su patriotismo para que aceptase una cartera, llevado de su natural repugnancia al poder, y más en tales circuns-

tancias, trató de rehusar el cargo que se le ofrecía, si bien brindándose á auxiliar al Gobierno en cualquiera otro puesto que se le designase. Pero la Reina intervino en el asunto, y al apelar con lágrimas en los ojos al caballero, para que cooperase á la defensa de su trono en aquellos peligros, al mismo tiempo que llegaba á la real cámara el rumor de las turbas, y desde los abiertos balcones se veía el resplandor del incendio de la casa de la Reina Madre, el Duque no vaciló un momento, y ofreciendo la vida á su soberana, se puso resueltamente á disposición del general Córdova, que al punto lo inscribió en su lista para la cartera de Estado.

¡Terrible noche la del 17 de Julio, y angustiosa situación la del general Córdova! Las autoridades de la anterior administración ocultas ó fugitivas; el Ayuntamiento desorganizado; la ciudad casi desguarnecida de tropas y entregada á miserables turbas, entretenidas impunemente en hacer pesquisas domiciliarias ó prender fuego á las casas que les designaban odiosos instigadores. Y entretanto, el general Córdova, único Ministro, y que apenas acababa de jurar, teniendo por una parte que poner coto á tan criminales excesos, y por otra que negociar con diferentes personas de varios matices políticos para formar su Ministerio. Esto, al fin, pudo conseguirlo; pero cuando estaban ya reunidos todos los individuos que iban á componer el Gabinete, el eminente jurisconsulto D. Pedro Gómez de Laserna, adscrito en la combinación al departamento de Marina, hizo presente que le parecía tan extraño verse ministro de un ramo tan ajeno á sus aficiones, conocimientos y estudios, que, no obstante ser en aquel

momento cuestión muy secundaria la repartición de carteras, no podía menos de rogar que por otra cualquiera se le cambiase la que se le había designado. El Duque manifestó serle lo mismo una que otra, y entonces se convino que D. Luis Mayans pasase á Estado, Laserna á Gracia y Justicia, y el Duque á Marina. Orillada la dificultad, el general Córdova, fuese plausible modestia, ó temor de que su nombre fuera mirado con recelo por la opinión liberal, propuso que el Duque de Rivas asumiese la Presidencia. Rogó éste encarecidamente que se le dejase de mero ministro; pero al cabo tuvo que ceder al unánime insistir de sus compañeros, y todos, sin más dilación, á las seis de la mañana del 18 de Julio de 1854, prestaron juramento en manos de la Reina.

Delibera inmediatamente después el Ministerio, y acuerda rápidamente un programa en que, entre otras cosas, se ofrecía el llamamiento y reposición de los injustamente perseguidos, libertad de imprenta, leyes descentralizadoras, etc., etc. En seguida, envía á dos personas de su confianza (una de ellas el que esto escribe) á la Imprenta Nacional, para que, á toda prisa, se imprimiera una *Gaceta* extraordinaria con los nombramientos de los nuevos ministros, y las oportunas declaraciones sobre los buenos propósitos del Gabinete, y el carácter francamente liberal de la política que inauguraba.

Venciendo mil dificultades para reunir los operarios de la Imprenta Nacional, donde también se había introducido el desorden, que ya reinaba en todos los centros administrativos, logróse al fin que la *Gaceta* se estampase, disponiéndose al punto que se fijara en los sitios públicos, y se repartiese gratis al

pueblo. ¡Inútil tarea! No bien fijada en las esquinas la hoja oficial, era sistemáticamente arrancada, sin dar espacio á que se leyera; y aunque los repartidores por su lado la arrojaban profusamente á la multitud, pocas manos se apoderaban de ella, y la *Gaceta* no llegaba á circular.

Al par que esto sucedía, de las imprentas de ciertos periódicos salían suplementos y papeles volantes, llenos de falsas noticias y de pérfidas sugestiones al pueblo.

El aspecto de Madrid era siniestro y alarmante: todas las casas y tiendas cerradas: grupos de plebe, diversamente armada, en los cuales solía verse algunas personas de levita, recorrían la población, ó se fortificaban en las viviendas que creían estratégicas, ó se ocupaban, ayudados por pilluelos y mujeres de traza vil, en levantar barricadas. Hasta en las cercanías del Palacio Real osaron construirlas. Y de algunas guardillas se hacían disparos, cuyos proyectiles llegaban al mismo Alcázar.

La situación se agravaba por momentos, y el Gobierno carecía absolutamente de los medios de dominarla. Rotos los hilos telegráficos, el general Córdova había despachado correos á las provincias limítrofes, con la orden de que todas las tropas viniesen inmediatamente á la capital; pero aquellas fuerzas no podían llegar en dos ó tres días, y eso en el caso dudoso de que no estuviesen ya pronunciadas. En tan grande apuro, y con 1.800 hombres por toda guarnición en una ciudad de trescientas mil almas, el Gabinete comprendió que su misión estaba reducida á velar por la persona de la Reina, poniendo á cubierto su Palacio de alguna sorpresa, y á tener

del 20 fueron conferidos al general progresista San Miguel los cargos de Ministro de la Guerra interino y Capitán general de Castilla la Nueva.

El Duque había obrado como leal y como caballero: su conciencia estaba tranquila: la sangre derramada no podía caer sobre su cabeza. En la cuestión política siguió su Gabinete la única senda salvadora, dado el giro de los sucesos, traspasando el poder al Duque de la Victoria; en la de orden público cubrió el trono y contrarrestó el motín hasta donde alcanzaron sus fuerzas.

No obstante que la conducta del Duque, para todo espíritu imparcial, fuese más digna de elogio que de censura, sus deudos y amigos le rogaron que se ocultase algunos días, pues en el estado anárquico de Madrid y vivamente excitadas las pasiones, yéndose desde luego á su hogar, se exponía á graves peligros.

Cediendo á tales instancias, se refugió el Duque en la Embajada francesa, donde su amigo el Marqués de Turgot lo recibió con los brazos abiertos. No era solamente el Duque el que se había acogido al pabellón francés, y quiso la caprichosa y á veces maligna fortuna, que allí se encontrase con uno de los ministros de la situación anterior que él contribuyera á derribar, y que en el mismo asilo ambos se contasen sus recíprocas cuitas.

A los dos ó tres días el Duque dejó la Embajada, y descansando en la serenidad de su conciencia, se paseó descuidado por Madrid, sin que nadie le molestase, ni expresión alguna desagradable viniese á herir sus oídos.

La revolución había tomado tal vuelo, que fueron

menester dos años de lamentables excesos é incesantes disturbios para que al fin cayese vencida, más que por la habilidad y perseverancia del Conde de Lucena, por el grave peso de sus propios desaciertos.

Vuelto el general Narváez al poder, la Reina honró de nuevo al Duque, nombrándole su Embajador cerca de Napoleón III. No era Rivas, ciertamente, un extraño en la maravillosa capital francesa. Precedido de su fama, muy apreciado en el mundo de las letras, como lo demuestran notables artículos de famosos críticos, insertos en las más importantes revistas de aquel país (1); antiguo amigo del Emperador y más aún de la Emperatriz, á quien conocía y amaba desde niña, y conservando, además, añejas relaciones con distinguidas familias é ilustres personajes, era natural que el nuevo Embajador alcanzase en París favorable acogida.

Nada diremos de su gestión oficial, por no haber durante su misión ocurrido, que sepamos, cosa que exija particular memoria, y estar ya probado cuán alto rayaba su celo cuando se trataba de la dignidad y de los intereses de su patria.

Sus Majestades Imperiales le colmaron de obsequios y distinciones. La Emperatriz parecía complacerse en tener á un compatriota de tales prendas en aquella espléndida corte, donde, al par de bellas y aristocráticas damas é ilustres representantes de las más altas jerarquías políticas y sociales, reuníanse también sabios eminentes, grandes literatos y preclaros artistas.

---

(1) En *La Revue des Deux Mondes*, entre otras.

Los que hayan tratado al Duque no ignoran cuán viva era su imaginación, qué feliz su memoria, qué fácil, rica y matizada su palabra. Sin duda alguna era notable orador de Parlamento; pero en un salón de escogida sociedad, como ingenioso, ameno y variado conversador, tenía pocos rivales.

Bien lo sabía la Emperatriz. Aun recordamos cuando en las cultas y alegres veladas de Compiegne y de Fontainebleau (1), que en ocasiones revestían cierto carácter íntimo y familiar, y donde solía lucirse el talento literario ó la aptitud artística, la augusta dama, tan amiga del ingenio y de las narraciones dramáticas ó novelescas, pedía á su compatriota que refiriese algún episodio de su azarosa vida, ó bien alguna interesante leyenda ó tradición española. Y el Duque, apelando á su pronta reminiscencia y ayudado también de su fecunda inventiva y de su pintoresca locución, tenía por largo espacio embelesado al selecto concurso.

Y no sólo era obsequiado y distinguido en los salones de la corte imperial. En su calidad de aristócrata fué recibido con igual deferencia por las más encopetadas familias del Faubourg Saint-Germain. Á lo cual contribuyó también la antigua amistad del Duque con algunas de ellas, y ser allí muy estimadas sus obras, particularmente la *Historia de la sublevación de Masanielo*, elegantemente traducida por el legitimista Marqués d'Hervey de Saint Denys, noble de rancio linaje.

---

(1) La corte imperial pasaba, como es sabido, alguna temporadas en estas magníficas residencias.

Allá en los años de su penosa emigración, el Duque, como nos cuenta su biógrafo el Sr. Pastor Díaz, había buscado en el ejercicio de la pintura recursos que le ayudasen á vivir en la penuria á que sus viajes y desgracias lo habían reducido. Y al trasladarse, después de la revolución de Julio de 1830, de Orleans á París, acudió con objeto de perfeccionarse en su arte favorito al estudio del célebre Ary Sheffer, donde pintó algún tiempo bajo su dirección. Cambiaron las circunstancias; el obscuro emigrado, D. Ángel de Saavedra, tornó á su país, y el gran maestro del arte cristiano, ocupándose más en sus obras que en las vicisitudes políticas de España, no volvió á saber de su pobre discípulo.

Habían transcurrido largos años: el desterrado de entonces, ahora Embajador en París, se acordó de su antiguo maestro, y sintiendo vivos deseos de verle, se dirigió una tarde á su domicilio. Ary Sheffer no estaba en casa, y el Duque le dejó una tarjeta. Al recibirla el pintor, no comprendió más, sino que un Duque embajador había estado á visitarle, cosa que no podía causarle extrañeza. Mas el antiguo discípulo, no satisfecho con su inútil paso, dando á los pocos días un banquete, envió para él un convite al esclarecido artista. Llegado el día del festín, presentóse Ary Sheffer, que dió expresivas gracias al Embajador por su fina atención. Querido maestro, le dijo el Duque, hace treinta y tres años, el pobre emigrado D. Ángel de Saavedra halló en usted generosa protección y excelentes consejos; justo es que el Duque de Rivas, ya que no la pueda pagar, reconozca al menos aquella deuda de gratitud. El venerable anciano, visiblemente conmovido,

agradeció mucho al Duque su afectuoso recuerdo.

Pero la movilidad política de España, y el carácter personal de todas las situaciones que en ella crea comunmente el interés egoísta de partido, fueron causa de que, á la subida al poder del general O'Donnell, el Duque resignase su cargo. El Emperador, que sintió sinceramente su partida, como testimonio de amistad y aprecio le confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor.

Al poco tiempo de su regreso á España su salud empezó á alterarse; y aquella robusta constitución, en la cual parecía que no habían hecho mella ni las gloriosas heridas de su juventud, ni las penalidades, ni los años, al fin se vió avasallada y rendida por la terrible enfermedad, que tras largos padecimientos lo llevó al sepulcro.

Al hallarse postrado en un sillón, del que no podía levantarse sin ajeno auxilio, él, para quien el movimiento, el aire libre, el trato de las gentes eran la vida, ¡con qué amargura recitaba melancólicas estrofas de su *Canto de la vejez*, donde con tanta verdad había presentido los tormentos y angustias que entonces le abrumaban!

Los recursos de la ciencia fueron impotentes para curar el mal, aunque á veces lograsen aliviarlo notablemente. Á pesar de lo trabajoso que le era el andar, por tener casi baldadas las piernas, cuando los accesos de dolor cesaban, abría de nuevo su corazón á la esperanza; y galvanizada la materia ruinosa y decadente al influjo de su risueño y siempre juvenil espíritu, volvía á su antigua vida y habituales ocupaciones. Y si bien apoyado en su báculo y cogido al brazo de uno de sus hijos ó de algún

amigo, se le veía en el Senado, en las academias, y hasta en teatros y paseos.

En esta última época de su vida el Duque no volvió á escribir versos; mas como quiera que en *El Romancero de la guerra de África* aparece un romance (por cierto el mejor, ó á lo menos el más aplaudido de la colección) suscrito con su nombre, no estará de más que iniciemos á nuestros lectores en el misterio de esa contradicción.

Era el año de 1860. España acababa de dar larga muestra de lo que pueden aún el valor, la abnegación, la constancia de sus hijos, cuando unidos bajo una sola bandera el amor á la patria los guía. No es esta ocasión de juzgar la política del Gobierno español con motivo de aquella campaña ¡tan gloriosa, y tan poco fecunda en ventajosos resultados! Cualquiera que sea el concepto que de aquellos sucesos se forme, es lo cierto que nuestra importancia militar creció en la opinión de Europa, y que en España todos, sin distinción de clases ni de partidos, pronunciaban con entusiasmo los nombres de Vad-Ras, Tetuán y Castillejos. Por vez primera, desde que nos alumbró la luz de la razón, veíamos á nuestros compatriotas unidos y conformes. La guerra había levantado el espíritu nacional.

El Marqués de Molins, en cuyo noble corazón se mezclan y confunden el amor á la patria y el amor á las letras, deseoso de dar al sentimiento público su más durable y expresiva forma, y añadir el prestigio de la poesía á nuestros lauros militares, concibió la feliz idea de publicar el *Romancero de la guerra de África*. Formando en pocos días el plan de la obra, que debía ser como la historia poética y po-

pular de la campaña, en una de sus brillantes y ya famosas tertulias literarias dió cuenta á sus amigos de tan oportuno proyecto. El pensamiento del Marqués fué acogido con aplauso; y repartidos los asuntos entre los literatos que allí concurrían, cada cual se comprometió á escribir su romance.

Una de las personas que más asiduamente frecuentaban aquellas reuniones, era el Duque de Rivas, y con él contó muy particularmente el Marqués, para que le ayudase á salir airoso de su empresa. Y ¿quién más á propósito que el restaurador de ese género de poesía, esencialmente español, autor insigne de *Los romances históricos*, para realzar con su numen, tan castizo y popular, la obra proyectada? El Duque aceptó el compromiso; pero desgraciadamente se hallaba entonces en uno de los más acerbos períodos de su terrible dolencia. En vano esperaba un intervalo de reposo en que alzar el vuelo de la inspiración, libre de las torturas de su padecimiento.

Varias veces se puso á escribir el romance que había ofrecido; mas apenas la temblorosa mano trazaba algunos vigorosos versos, y su alma de poeta se iba inflamando, venía el dolor á entenebrecer su espíritu, y acababa desesperado por arrojar la pluma. Hubiérase dicho que los ángeles y las furias se disputaban aquella infeliz existencia.

El tiempo corría: casi todos los romances estaban ya escritos, y el infortunado poeta no hallaba momento propicio de dar cima al suyo. El Marqués de Molins (que con afectuosa solicitud diariamente visitaba al enfermo) temeroso de que pasase la oportunidad del *Romancero* con la tardanza en publicarlo,

y viendo que la tarea de su amigo se demoraba indefinidamente, se ofreció con la mejor voluntad, y con sumo placer de parte del Duque, á hacer lo posible por terminarla. Llevóse, en efecto, los borradores que aquél tenía sobre el bufete, y á los dos ó tres días trajo el romance concluído; el cual, con ligeros retoques del Duque, pasó á la imprenta, y de allí á las alabanzas del público.

¿Qué es en este romance del Duque? ¿Qué es lo que pertenece al Marqués de Molins? La mayor parte de los versos son del Marqués. La entrada, el corte, el movimiento y el espíritu, son del Duque. El Marqués, diestro justador en poéticas lides, y autor también de briosos romances, inspirándose en los *históricos* de su amigo, particularmente en el de *Bailén*, se asimiló su manera, y logró hacer un prodigio de imitación. El Duque acabó de ponerle el propio sello con algunos rasgos característicos, y resultó la gallarda composición que todos conocen.

Mas ¿qué importa al público saber qué cantidad de inspiración ó de ejecución corresponde á cada uno de los autores? Ninguno de los dos necesita de ese romance, por subido que sea su precio, para asentar sobre él su fama literaria. Dejemos, pues, pasar á la posteridad, unidos por ese bello lazo que tejieron las musas, á los mismos que por tan estrecha y cariñosa amistad lo estuvieron en vida.

Al fallecimiento del Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa, la Real Academia Española eligió Director al Duque de Rivas en reemplazo de aquel insigne patricio: honra de tal valor para el agraciado, que no la cambiara por otra alguna.

Parecía como si la política y las letras, previendo

que en breve iban á perder á un hijo predilecto, se mostrasen ansiosas por elevarlo á los más altos puestos, por conferirle los más grandes honores. Así, en aquella época, fué nombrado también Presidente del Consejo de Estado, cargo que desempeñó desde Noviembre de 1863 hasta igual mes del siguiente año. Al dimitir tan encumbrada magistratura por no permitirle ya desempeñarla sus crueles padecimientos, la Reina, queriendo poner digno remate á tan noble carrera, le concedió el último galardón que en su bondad podía otorgarle, el Collar del Toisón de Oro.

Terminada en la regia Cámara la solemne ceremonia de la investidura, se acercó la Reina al Duque felicitándole con suma benevolencia.

«Señora (contestó el venerable anciano, sin fuerzas para levantarse de su asiento), esto es como la cena que, deba dársele ó no, se concede á los antojos del enfermo deshauciado, del hombre ya moribundo.» ¡Cuánta melancolía y cuánta amargura en esa festiva respuesta!

Fué en adelante su vida un continuado martirio. La acerba enfermedad, como si fuera impotente para vencer de un golpe aquella fuerte constitución, la iba destruyendo paso á paso, lenta, gradualmente. Su cuerpo se demacraba; el dolor trastornaba las articulaciones de sus enflaquecidas manos, y al mismo tiempo funesta hinchazón deformaba sus pies y entumecía sus piernas.

El lecho le causaba horror, y evitábalo cuanto podía. La mayor parte del tiempo lo pasaba postrado en un sillón, rodeado y asistido con afanosa solicitud por su desconsolada familia.

Cuando el mal daba tregua á sus atormentados miembros, ó por acaso despertaba tranquilo del letárgico sueño que á ratos le abrumaba; todavía, como iluminado por un rayo celeste, se despejaba su rostro, volvía la serenidad á su frente y hasta la sonrisa á su boca; y en aquellas fugaces ocasiones de momentáneo alivio, aun le escuchamos citar versos de Calderón y de Quevedo, y prorrumpir en frases donosas, que formaban amargo contraste con la aflicción profunda de sus parientes y amigos.

¡Ay! Eran aquellas las últimas llamaradas de una luz que se extingue. La ciencia humana confesándose vencida, vino la religión á dar vigor, consuelo y esperanza al alma del enfermo; y el 22 de Junio de 1865 entregó á Dios su espíritu, purificado en el dolor y el sufrimiento.

Era el Duque de los pocos hombres que habiendo empleado su existencia en la política y la literatura, campos los dos de rivalidades y disensiones, llegan al término de sus días sin un solo enemigo. No es, pues, de extrañar el unánime sentimiento con que fué recibida la noticia de su muerte.

Sus exequias, celebradas en la iglesia de Santo Tomás, fueron tan modestas, por no decir humildes, como él mismo lo había prevenido. Pero esto no impidió que, además de las Academias y otras Corporaciones á que el finado pertenecía, un inmenso gentío llenase la anchurosa nave del vasto templo. No, aquella multitud no iba á admirar lujosas colgaduras, ni teatrales catafalcos, ni á deleitarse con profanas músicas: acudía silenciosa y recogida á aquellas honras, cual vivo testimonio del senti-

miento público. España había perdido un gran patriota, un hijo predilecto, su bardo favorito.

Calientes aún sus respetadas cenizas y vivamente impresionados los ánimos, en la prensa periódica y en animadas reuniones de literatos, artistas y otras personas de viso, se discutieron magníficos proyectos, con el patriótico fin de enaltecer su memoria. Como sucede generalmente en nuestro país, se habló mucho y bien, más no se hizo nada.

Sólo las Reales Academias Española y de Nobles Artes de San Fernando, que tan dignamente había presidido, dieron solemne y expresivo testimonio del sentimiento que les causara su muerte.

La primera le dedicó ostentosos funerales en la Real Iglesia de San Isidro, y ambas celebraron en su honor dos juntas públicas que despertaron vivísimo interés y fueron por extremo brillantes y concurridas.

En la segunda de las citadas Corporaciones llevó la palabra uno de sus más doctos miembros, el señor D. José Amador de los Ríos, que leyó con general aplauso un elegante discurso, en el cual ensalzó el ingenio y las singulares prendas del que fué su Presidente y compañero, y además constante amigo.

Pero la sesión de la Española tuvo para el público especial atractivo, por la índole esencialmente literaria de este Cuerpo; por deber hablar á su nombre, quien, á la fama de elevado crítico y pulcro escritor, reunía la cualidad de hermano político del Duque, y últimamente, porque iban á leerse por el ilustre académico Sr. Cañete, que tan bien sabe hacerlo, sublimes versos del egregio poeta que la Academia conmemoraba en aquella solemnidad.

Las más altas damas, la aristocracia, las letras, cuanto Madrid encierra de noble y distinguido acudió al recinto de la calle de Valverde. No es nuestro objeto, ni aquí fuera oportuno, hacer el análisis del discurso del Sr. de Cueto, obra crítica, en la cual hizo resaltar el carácter esencialmente épico que, á su juicio, marca y distingue el numen tan español y popular del Duque de Rivas.

El auditorio oyó complacido los elogios tributados al escritor y al poeta, y con un sentimiento en que se mezclaba á la tristeza el entusiasmo, sus dos composiciones, *El Faro de Malta* y *El Canto de la vejez*, leídas con expresiva emoción por el académico ya citado, Sr. Cañete.

Desde el templo de Santo Tomás los restos mortales del Duque fueron trasladados por su familia al cercano pueblo de Rivas, y enterrados en la iglesia del pintoresco convento de Mercenarios Descalzos, antigua fundación de su casa, del cual, por la expulsión de los frailes, era poseedor el difunto.

El bello y poético santuario (que tiene abierto al culto la piedad de sus dueños) es famoso en la diócesis de Madrid, por venerarse en él la milagrosa imagen del *Cristo de los afligidos*.

E.....

París, Diciembre de 1872.





NOTAS PÓSTUMAS



NOTAS PÓSTUMAS.

ACONTÉCE con el Duque de Rivas un fenómeno digno de ser señalado. Después de muerto, ha reverdecido su popularidad y tomado mayor vuelo su fama. En esto ha sido más afortunado que otros poetas, sus contemporáneos, cuyos nombres, sin dejar de ser ilustres, los va olvidando la presente generación, y cuyas obras, tan aplaudidas ayer, van quedando arrinconadas, fuera del gusto y las tendencias literarias que hoy predominan.

Cosa singular: á esa renovación de celebridad y aumento de gloria del Duque, á más del propio valer, han contribuído eficazmente, con su entusiasmo y amor al arte, un rey y dos reputados actores: él, D. Alfonso XII; ellos, Vico y Calvo.

Desde que el Duque, á mediados del año de 1842, terminó su drama fantástico *El desengaño en un sueño*, deseó, naturalmente, llevarlo á las tablas; mas tropezó con serias difi-

cultades. La mayor de todas, hallar actor de bastante fibra para encargarse del papel de Lisardo. No siendo tampoco leves inconvenientes lo complicado de la tramoya y los considerables gastos que era forzoso hacer para poner la obra en escena con el boato y magnificencia que su argumento exige.

A fines del citado año del 42, hallándose el Duque en Sevilla, estuvo en tratos por medio de su hermano político, el actual Marqués de Valmar, con el ilustrado comediante D. Juan Lombía, Director á la sazón del teatro de la Cruz, quien, á pesar del calor con que acogió la idea de estrenar en él un drama del Duque de Rivas, después de examinar con detención la obra, se dió por vencido, creyendo imposible salvar los inconvenientes materiales de la ejecución.

Análogas gestiones con el teatro del Príncipe no dieron mejor resultado: el notable actor trágico D. Carlos Latorre, alma de aquel coliseo, no obstante lo tentador que para él era un papel de tanto empeño como el de Lisardo, declaró á su vez que no había pulmones que pudieran resistir á cuatro actos de vehemente y casi no interrumpida declamación en la escena.

Pasaron los años; falleció el Duque: luego vinieron los tristes sucesos de 1868, y la ola revolucionaria arrojó al otro lado de los Piri-

neos á la familia reinante. Iba entre ella un despierto y simpático niño, dulce esperanza de los españoles, á quien Dios reservaba para altos destinos. El tierno proscrito había aprendido á leer en los *Romances históricos* del Duque: casi los sabía de memoria, y recitaba gallardamente largos fragmentos de los dedicados á Colón, á Hernán Cortés, á la batalla de Pavía ó á la de Bailén. Dijérase que su noble alma bebía en la inspiración épica del Duque, el valor, la abnegación, el patriotismo, los altos impulsos que tanto realce dieron á su personalidad en su breve, pero glorioso reinado.

El Príncipe se educó en el extranjero; y en medio de los graves estudios á que le dedicó su solícita madre y él emprendió con afán, sabiendo la suerte que le aguardaba, nunca dejó de recrear su ánimo con los poetas españoles. Zorrilla, Espronceda, el Duque de Rivas, éste sobre todo, eran los autores que más le deleitaban, y cuyas obras solían verse sobre su mesa entre libros de matemáticas y de arte militar.

Era el Príncipe muy aficionado á departir de literatura, y un día que nos hallábamos con S. A. en su gabinete de estudio del palacio de Castilla (1), donde acostumbraba á recibir-

(1) Nombre que se dió al hermoso edificio comprado para su morada en París por la reina Isabel.

nos, empezó á hablar de su poeta favorito, y conmemorando sus principales composiciones de una en otra, recayó la conversación sobre *El desengaño en un sueño*. El Príncipe encomió sus versos, y con juvenil entusiasmo nos manifestó su extrañeza de que obra tan notable, escrita para el teatro, nunca se hubiese puesto en escena. Y cuando le exponíamos las dificultades de todo género que lo habían impedido, nos replicaba que en Alemania, Francia ó Inglaterra, se habrían allanado seguramente y no habría quedado ignorada del público. «Si alguna vez, añadió, puedo algo, yo procuraré, en honra de las letras castellanas, que tan hermoso drama se represente.» Esto pasaba poco antes de la restauración. El Príncipe proscrito, aclamado Rey por toda España, ocupó el solio; y no obstante los graves negocios del Estado que en aquellas difíciles circunstancias solicitaban su atención, y á los cuales se consagró, demostrando las altas prendas con que Dios le había dotado, todavía hallaba tiempo de recrearse en las letras; y acordándose del generoso propósito concebido en la expatriación, trató de llevarlo á cabo. Facilitó la empresa el distinguido actor don Antonio Vico, á quien no arredraron dificultades de ningún género, y deseoso de realzar la gloria del poeta y de alcanzar nuevos triunfos en el papel de protagonista, se ofreció á

poner la obra en escena en el teatro de Apolo.

Lo que en treinta y tres años no había podido efectuarse, logró la generación actual, merced á la protección del Monarca y al arranque del noble artista, verlo realizado con inusitada pompa el 10 de Diciembre de 1875.

El desengaño fué muy aplaudido; el público tributó una entusiasta ovación á la memoria del poeta.

La Academia Española se asoció á la solemnidad enviando al teatro de Apolo, para que figurase en la apoteosis con que terminó la función, una elegante y gigantesca corona de laurel verde y dorado, con esta inscripción:

LA ACADEMIA ESPAÑOLA
Á LA GLORIOSA MEMORIA
DE SU ESCLARECIDO DIRECTOR
EL GRAN POETA
DON ANGEL DE SAAVEDRA
DUQUE DE RIVAS.

Que el drama agradó es innegable; pero, no obstante los ruidosos aplausos, seríamos poco sinceros si afirmásemos que obtuvo el gran éxito que se esperaba. La prueba del teatro demostró que la obra, más que verdadero drama, es una espléndida alegoría con admirables cuadros. Como se trata de un sueño, donde los hechos ocurren de improviso, sin la prepara-

ción y encadenamiento humano de una acción real, los lances sorprenden, las decoraciones deslumbran y los versos encantan; pero las ilusorias desgracias de Lisardo conmueven poco. En nuestro sentir, *El desengaño en un sueño*, por su índole de leyenda fantástica, es más á propósito para la lectura que para la representación teatral.

Don Rafael Calvo fué el otro actor, también de grande aliento, que, aumentando la propia fama, contribuyó á mantener viva, y como de actualidad, la del Duque de Rivas. Comprendiendo con certero instinto que el *Don Álvaro* era un drama que no había envejecido, cogió la obra, que estaba casi olvidada (1), como tantas otras que fueron el encanto de nuestra juventud, y la generación presente ya no conoce, y estudiándola á fondo y hallándola apropiada á sus facultades, la puso en escena en el teatro Español, íntegra, como había salido de las manos del poeta, no hallando racional motivo para los cortes ó supresiones que el convencionalismo teatral había exigido anteriormente. Calvo estuvo admirable, y el éxito de *Don Álvaro* superó, si cabe, al que había alcanzado

(1) Antes de Calvo, alguna vez lo había representado Vico; pero el drama, hasta que Calvo lo hizo suyo, tomándolo como cifra de sus dotes geniales, no llegó al apogeo de su popularidad.

durante la época del romanticismo. Este reestreno fué para el público, que no conocía la obra, ó ya no se acordaba de ella, como una revelación. No se ha escrito drama en España que haya obtenido mayor popularidad. En ciertas funciones, extraordinarias y solemnes, en que fué representado, Zorrilla, Echegaray, Palacio y otros poetas dedicaron á su autor entusiastas versos (1), leídos en la escena por los actores. No hay más que el *Don Juan Tenorio*, obra de muy diversa índole, que haya alcanzado en las tablas éxito semejante; pero el insigne Zorrilla vive aún para esplendor de las musas (2), y el creador de *Don Álvaro* pertenece ya á la posteridad.

De otros honores póstumos ha sido también objeto el Duque de Rivas. El Ayuntamiento de Madrid, deseoso de enaltecer su memoria y de hacer alarde, al propio tiempo, de espíritu democrático, dió á una de las calles de la capital el nombre de *Ángel Saavedra*.

Recientemente en Córdoba, su patria, el ilustrado Alcalde, D. Juan Tejón y Marín, por medio de una sentida y patriótica moción (3), propuso al Concejo, y éste aceptó por

(1) Véase el apéndice núm. 2.

(2) Vivía, en efecto, cuando se escribió este artículo: ya no existe tampoco.—N. del E.

(3) Véase el apéndice núm. 3.

unanimidad, que se le erigiese un monumento en el nuevo paseo del Campo de la Victoria, que en adelante debería llamarse del Duque de Rivas.

Algunos años antes la Sociedad económica cordobesa de Amigos del País abrió en su honor un certamen artístico-literario. Y en la noche del 19 de Junio de 1886, en el grandioso salón del Círculo de la Amistad, ante un tribunal compuesto de bellas y elegantes damas, con la asistencia de las corporaciones y las autoridades, de la familia del ilustre poeta representada por sus hijos, el Duque actual y el Marqués de Viana, de la prensa local y numeroso público se celebró con gran solemnidad el acto de la adjudicación de premios.

Á la derecha de la mesa presidencial, sobre un caballete, se ostentaba el retrato del insigne cordobés, entre guirnaldas y coronas.

Empezó la velada por una magnífica sinfonía, ejecutada por numerosa orquesta de excelentes músicos. Apenas terminada, el señor Conde de Torres Cabrera, como Presidente de la Sociedad de Amigos del País, pronunció un elocuente discurso sobre la significación de aquella patriótica fiesta. Luego se leyeron las poesías galardonadas. La de D. Joaquín Barasona y Candau, *Á la memoria de D. Ángel de Saavedra*, que había obtenido el primer premio, fué muy aplaudida. El tema en prosa era

un breve estudio sobre la vida y las obras del Duque de Rivas, triunfando sin competidor D. Juan Marín Fernández. Su trabajo, á la verdad, no vale mucho: aunque bien escrito, no dice nada nuevo, é incurre en el error de incluir entre las obras del Duque alguna que no es de tan preclaro ingenio. Ya estaba para finalizar el acto, cuando en medio de la gegeneral expectación, pidió la palabra el Duque actual, que había asistido con emoción á la apoteosis de su padre; y en una breve oración, recibida con aplauso por el concurso, recordó las grandezas de Córdoba, patria de insignes varones, y no solamente cuna de Ángel de Saavedra, sino objeto de su amoroso culto y sagrada fuente de su castiza inspiración. Acabó expresando su viva gratitud á cuantos habían contribuído á tan brillante solemnidad (1).

Después del fallecimiento del Duque, sus obras han sido varias veces reimpresas: la *Sublevación de Nápoles, capitaneada por Masanielo*, en la *Biblioteca clásica;* el *Don Álvaro*, en los *Autores dramáticos contemporáneos*, hermoso libro publicado por el distinguido marino y literato, Sr. Novo y Colson (2), y juntas

(1) Véase el apéndice núm. 4.

(2) No contamos las ediciones fraudulentas que fuera de España se han hecho de algunas de sus obras; de los *Romances históricos*, por ejemplo, para su venta en la América española.

en colección, más ó menos completa, han sido reproducidas en la biblioteca de *La Correspondencia de España*, y en la edición ilustrada de Barcelona de 1885. Por último, ahora salen de nuevo á luz en la presente, con las particularidades y circunstancias de que se hizo mención en el prólogo.

Madrid, Febrero de 1890.

E.....



APÉNDICES



APÉNDICE NÚM I.

No sólo D. Juan Nicasio Gallego (cuyo bello soneto á D. Ángel de Saavedra va inserto en otro lugar), otros muchos poetas, de más ó menos categoría en el Parnaso, dedicaron igualmente encomiásticos versos al Duque de Rivas. Con sus composiciones podría formarse una voluminosa corona poética. Entre ellas hay dos (que hemos hallado al registrar los papeles del Duque), las cuales, por el renombre de sus autores, y no pertenecer ya éstos al catálogo de los vivos, hemos creído oportuno dar á conocer en este lugar, á título de curiosidad literaria, salvándolas así de perpetuo olvido. Una lleva la firma de D. Antonio Alcalá Galiano, y es un canto lleno de hiel, en que el poeta confía al amigo, á quien admira, sus amarguras y desengaños. La otra, de D. Manuel Bretón de los Herreros, es, por el contrario, una explosión de júbilo: chistosísimo romance familiar, en que el autor agradece vivamente al Duque, entonces ministro, el ventajoso puesto que por su mediación había lo-

grado. Nunca con más verdad que leyendo estas dos composiciones, pudo decirse que el estilo es el hombre.

Á MI AMIGO D. ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

El cisne fabuloso, cuando muere,
Con el postrer aliento
Despide un canto que los aires hiere
Con suavísimo acento;
Y el cisne verdadero, si probara
A halagar el oído,
En vez de dulces sones exhalara
Un hórrido graznido.
Ángel yo así, si acaso en mis tormentos
Suelto la voz al canto,
De broncos sones poblaré los vientos
Que den grima y espanto.
Mas un destino duro me compele
Que mi voz moribunda
Anima, y manda que mi mal revele
Y lejos le difunda,
Y á ti, amigo, dirija mi querella,
Siquier desapacible,
Pero que envuelta lleva un alma en ella,
Siempre ardiente y sensible.
Y tú la atenderás, y lastimado
De mi infelice suerte,
Acogerás de un hombre que has amado
Este canto de muerte.
Tú, sí, de cuyo labio sonoroso
Fácil mana y suave
La corriente de verso numeroso,
Ya festivo, ya grave.

De ingenio agudo y viva fantasía
Ricamente dotado,
Delicia y lustre de la patria mía,
Que tu voz ha ilustrado;
Tú, recordando los pasados días,
Cuando en hados diversos,
Conmigo los sucesos dividías,
Ya prósperos, ya adversos;
Y que juntos reímos y lloramos,
Y en medio de las penas,
Contrastando al destino, disfrutamos
Horas de placer llenas,
Ahora, que la fortuna variable,
Firme sólo conmigo,
Te muestra su semblante favorable,
Y á mí el ceño enemigo,
Oirás mi cuita con afecto fino;
Y aun llorarás acaso
Sobre la tumba cierta á que camino
Ya con rápido paso.
Cierta, sí, y en la rígida sentencia
No hay cosa que me asombre:
De mi vida á la muerte hay diferencia
Solamente en el nombre.
Triste y enfermo, y pobre y despreciado,
Ya no cabe mudanza
En mi destino, que aun me está vedado
El bien de la esperanza.
Cuando penaba de trabajos lleno,
Del patrio suelo ausente,
Un porvenir dichoso, acá en su seno,
Me pintaba la mente,
Y peregrino por la tierra extraña,
Siempre esperaba el día
Que, pisando la tierra de mi España,
Feliz me juzgaría.
Y ahora la huello, y si la vista giro

¡Mísero! á cualquier lado,
En la patria que amé sólo me miro
De nuevo desterrado.
¡Por pago á mis penosos sacrificios,
El desprecio y olvido!
¡Estos, oh patria, son los beneficios
Que mi amor te ha debido!
¿Qué vale que al mirar tu cielo hermoso,
Y al sonar en mi oído
La habla materna, lata bullicioso
Mi pecho conmovido?
¿Qué vale que tu tierra conocida
Mis años juveniles
Recuerde, y al otoño de mi vida
Renueve mis abriles?
Si, alrededor de mí todo trocado,
Hallo madrastra dura
La que madre dejé, y el suelo amado
Abierta sepultura.
Si el desamor helado me rodea,
Y con horror contemplo
Entronizado al vicio, y á la fea
Traición alzado un templo.
Donde aplausos dejé miro despego,
Donde amistad tibieza,
Un yermo de ceniza donde fuego,
Vejez donde belleza.
No es ésta, no, mi España suspirada,
La que adoré constante,
La imagen halagüeña que invocada
Tuve siempre delante.
Yo saludé á la aurora no creyendo
Que me trajese un día
Lóbrego, borrascoso, más tremendo
Que la noche que huía.
Y al ver su horror, clamé porque tomase
La obscuridad pasada,

Y que entre su tiniebla me borrase
Aquella escena odiada.
  Extranjero en mi patria así, tornando
La vista hacia la espalda,
Maldigo el punto en que pisé llorando
De Pirene la falda.

Antonio Alcalá Galiano.

12 de Julio de 1834.

AL EXCMO. SR. D. ÁNGEL DE SAAVEDRA, ETC., ETC.

  Esclarecido ministro,
Digno prócer andaluz,
Ilustre Duque de Rivas;
Tú, cuyo blando laúd
Da gloria al Parnaso ibero
Y á tus timbres nueva luz;
Ángel para mí dos veces,
Porque así te llamas tú
Y porque el nombre te debo
De mi tutelar querúb;
Si en tu elevado destino
(Que por cierto es mucha cruz,
Bien que baste á sustentarla
Tu patriótica virtud);
Si entre los cuidados graves
Que te impone el procomún,
Por la libertad jugando
La noble vida á un albur,
Te dignas de oir propicio
De mi cítara el run run,
Siquiera con largo sueño
Fortalezca tu salud;

Ángel, escucha los votos
Que en versos de tururú,
Alzo por ti agradecido
Hasta el firmamento azul;
Y ya Júpiter los oiga,
Ya los acepte Jesús,
Hijos son del alma mía.....
Que no es alma de gandul.
No diré que te deseo
Remesas de Veracruz,
Ni bienes que contentaran
Á cualquier hombre común.
Deba España á tu gobierno
De la ventura el *non plus*,
Y ría la paz en ella
Desde Cádiz hasta Irún,
Y la enseña de los libres,
Ondulando en Maestú,
Someta á aquellos rebeldes
Que engendrara Belcebú;
Y sobre todo faccioso
Caiga inflexible segur,
Ya á Cárlos llame en el campo
Ya á la anarquía en el club.
Yo, en tanto, para ensalzar
Tu nombre, quisiera..... ¡uh!
Que resonara mi voz
Como el trueno del obús;
Que la voz de la lisonja
Pudiera temer al bu,
No los cordiales acentos
De expansiva gratitud.
Tú, sin que yo te dijera
«Favor te pido: *ego sum*»,
Mano amiga me tendiste
Desde la silla curul.
Por ti al gobierno civil,

Cárcel de mi juventud,
Perdí de vista..... ¡Oh placer!
Lo veo, y lo dudo aún.
Te juro á fe de poeta,
No por la fe del Talmud,
Que vale más ser esclavo
En los baños de Estambul.
Gracias á Cristina excelsa,
Y á ti..... y á Cavo-Reluz,
Que me dejó una vacante
Sin mengua de su baúl,
Soy todo un bibliotecario,
Y ya no envidio á ningún.....
Si no dice el tesorero
Al finar el mes: «No hay mus.»
Ello es verdad que mi jefe,
Que es un buen clérigo astur,
Al monetario me envía
De que no entiendo una Q.
Ya ves, poeta y moneda
Son como el Norte y el Sur:
Nunca habitaron las musas
En las minas del Perú.
Pero, en fin, yo iré aprendiendo,
Que no soy tan avestruz,
Y si no gloso medallas.....
Haré comedias, y ¡abur!

Manuel Bretón de los Herreros.

30 de Julio de 1836.

APÉNDICE NÚM. 2.

Como una muestra de los versos, en loor del Duque de Rivas, leídos por los actores del teatro Español en ciertas representaciones extraordinarias del *Don Álvaro*, damos á continuación una poesía del insigne Zorrilla, que hemos elegido entre otras, primero, por ser suya, y después, por los interesantes recuerdos que encierra.

HOMENAJE Á LA MEMORIA DEL DUQUE DE RIVAS EN LA REPRESENTACIÓN DE SU «DON ÁLVARO», EN EL TEATRO ESPAÑOL, LA NOCHE DEL 27 DE DICIEMBRE DE 1878.

Es de mi sino misterio
Vivir con muertos ligado:
Poeta de lo pasado,
Yo nací en un cementerio;
Y por do quiera que fuí
Tantos muertos enterré,
Tantos túmulos cerré
Y epitafios escribí,
Que entre los vivos no sé
Si como muerto viví,
Y al verme otra vez aquí
No sé si resucité;
Pues con modales esquivos,
De los vivos apartado,

Sólo como hoy evocado
Me aparezco entre los vivos.
  Mas esta noche á brotar
No voy del ducal panteón,
Como torva aparición
Á los vivos á espantar.
  No: voy á tornaros vivas
Las memorias deliciosas
De los hechos y las cosas
Del que fué Duque de Rivas.
  Yo con él viví de niño,
Con él alegré su hogar,
Y de su raza contar
Puedo aún con el cariño.
  En su casa de Sevilla
Y en las noches de un verano,
Mis versos oía ufano
Con admiración sencilla.
  Yo empezaba á hacer de mí
Bien y mal do quier hablar,
Á fuerza de publicar
Los absurdos que escribí:
  Yo excéntrico, audaz y mozo,
Y él por mí con simpatía,
Mis desatinos me oía
Con infantil alborozo;
  Y él era quien me animaba
Á salmodiar los románticos
Y desaforados cánticos
Con que yo al vulgo asombraba.
  Del tiempo aquel la memoria,
Que aunque envejezco no pierdo,
Es el único recuerdo
De placer que hay en mi historia.
  Nuestros versos nos leíamos
En un salón, que ocupado
Por su familia, atestado

De objetos de arte teníamos.
  Cuadros allí en caballetes
Sin concluir; el piano
Lleno de música: á mano
Lápices, plumas, floretes.....
  Todo allí servía: todos
Allí de algo se ocupaban,
Y útiles de varios modos
Todos allí en cuadro estaban.
  En torno de una gran mesa
Que alumbraba luz profusa,
Hada de aquel sitio, y musa
De aquel Pindo la Duquesa,
  Agrupaba y mantenía
Quieta, atenta y respetuosa,
Una prole numerosa,
Un tesoro de alegría.
  Por un balcón que al jardín
Caía, entraba el fulgor
De la luna, y el olor
Del azahar y el jazmín;
  Y á los ecos del piano
Ó del arpa, respondía
Un ruiseñor que tenía
Su nido en árbol cercano.
  Y..... ¡capricho extrañamente
Vulgar! Huéspedas villanas,
Multiplicarse á unas ranas
Dejó el Duque en una fuente,
  De cuya agua cristalina
Se mezclaba á la lectura
La áspera voz de esta impura
Raza anfibia y campesina.
  Y en aquel vasto salón,
En aquel hogar tranquilo,
En aquel íntimo asilo
De la paz del corazón,

El buen Duque me leía,
De su familia en presencia,
Con una grandilocuencia,
Con una fisonomía,
De que imposible dar me es
El bosquejo más lejano,
Su *Don Álvaro* el indiano,
Su *Mudarra* el cordobés.
Y ante su franco entusiasmo
Y su infantil desaliño,
Como á un Titán siempre niño
Le escuchábamos con pasmo:
Y siempre al finalizar
Una de sus grandes cosas,
Que se han hecho tan famosas
Que aun hoy se hacen escuchar,
En un aplauso rompíamos
Con lágrimas en los ojos,
Y en un Edén sin abrojos
Así en su casa vivíamos.
Sencillo y sin arrogancia
Con su corazón sin hiel,
Le llamaban Ángel, y él
Era ángel siempre en la infancia;
Porque llegó á envejecer
En una vida de niño
De pöesía y cariño,
Sin dejar de niño ser.
Tal fué el buen Duque de Rivas,
De quien mi amistad, más fuerte
Que el tiempo y la misma muerte,
Guarda las memorias vivas.
El Duque y yo nos tuvimos
Una afección tan fraterna,
Que no es inmortal ni eterna
Porque los hombres morimos:
Mas mientras vivió le amé,

Y él á mí mientras vivió,
Y nunca se desmintió
De nuestra amistad la fe.
Mientra allende el mar viví
Versos allá me escribió,
Versos le dediqué yo:
¡Dios le mató antes que á mí!
Mas por Dios, que si hoy me gozo
De haberle sobrevivido,
Es por haberle aplaudido
Hoy, como cuando era mozo.

JOSÉ ZORRILLA.

APÉNDICE NÚM. 3.

MOCIÓN DE D. JUAN TEJÓN Y MARÍN, ALCALDE DE CÓRDOBA, PROPONIENDO AL CONCEJO LA ERECCIÓN DE UN MONUMENTO EN HONOR DEL DUQUE DE RIVAS.

«Si la historia, rindiendo homenaje imparcial de admiración y respeto á los que, con su ingenio, su valor ó sus virtudes, dieron días de ventura á la patria, ha laureado sus más brillantes páginas, legando á la posteridad los nombres y los hechos de estos insignes patricios, justo es también que los pueblos en que nacieron honren dignamente su memoria.

»España que venera y enaltece á sus más preclaros

hijos; la nación que siempre llevó por lema la hidalguía é ilustró al mundo con la luz de las verdades científicas, y Córdoba ante todo, la patria de tantos eminentes filósofos é insignes mártires, de célebres historiadores y esforzados guerreros, como de notables artistas é inspirados poetas, dejaría de cumplir el deber que le impone su proverbial nobleza y la gratitud á los altos merecimientos, si no ofreciera este justísimo homenaje de admiración y aprecio á uno de sus más predilectos hijos, al insigne Duque de Rivas.

»No honraron más los timbres nobiliarios de este ilustre título, con serlo tanto, el nombre inmortal de D. Ángel de Saavedra, brillantemente engarzado en la accidentada historia de nuestro siglo, como los inmarcesibles laureles alcanzados en los campos de batalla por este valeroso defensor de su patria, ni los que con su privilegiado ingenio, fecunda imaginación y lozana fantasía supo conquistar justamente levantando con sus bellas producciones el más suntuoso monumento á la literatura nacional.

»Grande de España, Prócer del Reino, Diputado á Cortes, Senador y primer Vicepresidente de este alto Cuerpo, Ministro de la Gobernación y después Presidente del Consejo de Ministros, Embajador extraordinario, cuantos títulos y honores mereció por su amor patrio, su ilustración y sus talentos, las grandes ovaciones que obtuvo ante la representación nacional por sus elocuentísimos discursos, las mercedes que recibió en justo reconocimiento de sus esclarecidos servicios, traducidas en el Toisón de oro y en las grandes cruces de Carlos III, de la Orden Piana, de San Juan de Jerusalén y de San Fer-

nando de Nápoles, ni las honrosísimas presidencias del Ateneo de Madrid, y sobre todo de la Academia Española, le enaltecen tanto ante la consideración pública, ni perpetuar pueden su fama, como los brillantes florones de su triple é inmortal corona de guerrero, de artista y de poeta.

»Si, pues, monumentos de gloria para su patria son esas bellísimas producciones que, como *El moro expósito*, *D. Álvaro ó la fuerza del sino*, *Florinda* y cuantas otras obras dramáticas é inspiradas poesías brotaron galanas y sentidas de su fecundo ingenio, escritas como todas sus composiciones poéticas, ya en inimitables odas y romances ó en armoniosos cantos; si la nación reconoció sus eminentes servicios, cuando en lucha por su independencia y cubierto de heridas estuvo próximo á exhalar por ella su último suspiro; si como historiador cuando escribió la de la sublevación de Nápoles, como literato en sus discursos académicos, como artista, cuyas producciones pictóricas son tan estimadas, muchas de ellas desgraciadamente fuera de España; como hábil diplomático, y como hombre de Estado, en fin, ocupando los más altos puestos representativos y políticos, fué por tantos títulos una honra nacional, y una gloria del Parnaso español, Córdoba, en donde vió la luz por vez primera, cuyos recuerdos canta en sus más sentidas poesías, la Atenas, de Occidente, la que llamó emporio de sabios y de guerreros patria, debe, honrando su memoria, erigirle un monumento digno de su justa fama, y dar al nuevo paseo que se construye en el Campo de la Victoria el nombre esclarecido del Duque de Rivas, de ese genio inmortal que con su pluma, su espada y sus

pinceles ha legado á su patria ejemplos imperecederos de admiración y de gloria.

»Así tiene el honor de proponerlo el Alcalde que suscribe al acuerdo de la Corporación municipal.

»Córdoba, 18 de Enero de 1892.—JUAN TEJÓN.»

APÉNDICE NÚM. 4.

Por la resonancia que tuvo en Córdoba, y también por lo que interesó al público el panegírico del Duque de Rivas, hecho por su propio hijo y sucesor al dar las gracias á los promovedores del brillante certamen artístico-literario, celebrado en honor á la memoria de su ilustre padre, la noche del 19 de Junio de 1886, damos en este apéndice su discurso, que fué como sigue:

«Señoras y señores: Faltaría á los más sencillos deberes de la cortesía, y también á los generosos impulsos de mi alma, profundamente conmovida, si no me levantase á rendiros el homenaje de la inmensa gratitud que os debo por esta brillante y patriótica solemnidad, como hijo y heredero del ilustre cordobés á quien está consagrada.

»Nunca he sentido como en la presente ocasión no poseer la seductora magia de la elocuencia. Sólo entonces podría manifestar los varios afectos que esta noche me agitan y conmueven; los dulces y melancólicos recuerdos que la voz de vuestros lau-

reados poetas ha suscitado en mi alma; las íntimas satisfacciones que en ella ha producido este noble certamen de las letras y de las artes, presidido, como las antiguas cortes de amor, por la discreción y por la hermosura.

»Lo digo sinceramente; nunca sentí más halagado mi corazón que al ver tan brillante y numeroso concurso, aquí congregado y unido con el mismo entusiasmo, por el mismo deseo de glorificar al hijo predilecto de esta ciudad insigne, la cual no fué sólo para él cariñosa madre, sino fecundo manantial de sus más altas inspiraciones.

»Y á la verdad que bien merecía Ángel Saavedra, como le llamáis familiarmente, estos expresivos honores, testimonio de vuestra admiración, no menos que de vuestro cariño; pues si los lauros del escritor son timbres de vuestra gloria, el hombre, puede decirse que os pertenecía en cuerpo y alma.

»La índole de su genio era esencialmente cordobesa, y cualquiera que lea con atención sus obras poéticas, pronto echará de ver que es de la misma patria de Séneca y Lucano, Juan de Mena y Góngora: la misma viveza y esplendor en las imágenes, la misma riqueza en las descripciones, la misma pompa en el lenguaje, llevándoles, sin embargo, de ventaja, merced á su buen gusto ingénito, y también al fundamento verdaderamente clásico de su educación literaria, el no haber incurrido en los errores y extravíos con que afearon sus obras aquellos grandes poetas.

»Córdoba era la ciudad querida de su corazón, la que él ponía sobre todas las demás. Á ella le ligaban los lazos del hogar y de la familia; ella había sido

la encantada región de los más felices días de su juventud; y luego, llegada la hora del infortunio, el rico venero de su inspiración, el mágico alcázar de sus poéticos ensueños, la visión luminosa y consoladora que siempre evocaba en sus tristezas y desventuras.

»Frecuentemente lamentaba su decaimiento y los estragos en ella causados por el tiempo y por la fortuna; pero ¿qué importa? no por eso dejaba de amarla, como no dejamos de amar á nuestra madre, aunque las arrugas surquen su rostro y las canas coronen su frente. Y no era, en verdad, que no conociese otra cosa, como ciertos poetas candorosos que no han salido jamás de su aldea, y creen de buena fe que aquello es lo mejor del mundo. Saavedra había vivido en la grandiosa y opulenta Londres, y residido largo tiempo en la maravillosa capital del Sena, y en la encantadora Nápoles, una de las más bellas ciudades del globo. Pero todas aquellas grandezas, todos aquellos encantos y esplendores no podían borrar en su mente la avasalladora imagen de su ciudad natal, ni entibiar en su pecho el amor que le profesaba: amor que palpita en no pocas de sus producciones poéticas. Hoy mismo ha publicado la prensa de esta capital su oda al *Faro de Malta*, que aunque os sea conocida, no puedo menos de citar, pues ella corrobora mis palabras del modo más elocuente. Los azares de la política habían obligado á Saavedra á abandonar su patria, y después de varios contratiempos y aventuras, y de haberse visto expuesto á perecer en una tormenta del Mediterráneo, como si la tierra y el mar se conjurasen contra el infeliz proscrito, había, al fin, hallado

tranquilo refugio en el hospitalario suelo de la isla de Malta. Tenía la casa que allí habitaba vistas al puerto, y una noche de insomnio, contemplando desde su ventana el eminente faro, *rey invisible con corona de fuego,* se enardece y exalta su imaginación, brotan de su alma armoniosas estancias en que rebosan el sentimiento y la fantasía, y en medio de la emoción que le domina, admirando en las tinieblas aquella visión deslumbradora, surge de improviso en su corazón el recuerdo de su amada Córdoba, y prorrumpe, acabando la poesía, en estos vehementes versos:

«Jamás te olvidaré, jamás; tan sólo
»Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,
»Rey de la noche, y de tu excelsa lumbre
»La benéfica llama,
»Por la llama y los fúlgidos destellos
»Que lanza, reflejando al sol naciente,
»El arcángel dorado que domina
»De Córdoba la torre.»

»Ya veis si tenía razón al deciros que Saavedra os pertenecía en cuerpo y alma.

»Este era el hombre; ahondemos un poco más en el poeta.

»Córdoba, su historia, sus leyendas y tradiciones son el fundamento de sus más bellos poemas, el aliento creador que dió vida á *El moro expósito* y á *Don Álvaro,* acaso sus dos obras más importantes, y seguramente las que le conquistaron el cetro de la poesía romántica española.

»En *El moro expósito* su mágico numen evoca la esplendorosa corte de los Homeyas del siglo x, las

glorias del invicto Almanzor, los maravillosos palacios de Sahara y las zambras y festejos que se celebraban en sus deliciosos jardines; y sobre aquel fondo luminoso, lleno de matices orientales, se goza en presentarnos un tipo celestial de cordobesa, á Kerima, en quien reune y compendia todos los dones y hechizos de sus paisanas: bondad, discreción, gallardía, y con las más acendradas virtudes, el brío del corazón y el encanto de la hermosura. No se dirá que el poeta se quedaba corto cuando se trataba de idealizar á las hijas de su noble tierra.

»Ya comprenderéis que no es mi objeto, ni ahora sería oportuno, entrar en prolijos análisis de sus obras: basta á mi propósito indicaros el sello patrio que las caracteriza.

»Si de *El moro expósito* pasamos á *Don Álvaro,* poema dramático que parece ideado por Shakespeare y sentido y versificado por Calderón, cuya musa dijérase haberle prestado sus más halagüeños colores, sus más brillantes atavíos, una leyenda cordobesa es igualmente móvil y fundamento de tan hermosa creación. Todos la conocéis, y mejor que yo pudierais decir si tienen sabor local los regocijados y característicos cuadros del mesón de Hornachuelos y de la portería del convento de los Ángeles, dignos ambos del pincel flamenco por su pintoresco realismo. A no dudarlo sabéis de memoria los embelesadores versos del drama, y nunca habréis presenciado sin honda ansiedad las terribles y patéticas escenas con que su acción se desenlaza entre los ásperos riscos y medrosas soledades que rodean aquel poético santuario de vuestra tierra. Córdoba es, pues, el origen de los mayores triunfos de Saa-

vedra, y á ella consagraba su genio y su gloria.

»Pero aun bajando á más modestas esferas y considerando bajo otros aspectos aquella brillante personalidad, siempre resulta esencialmente cordobesa. La oportunidad en el decir y la pintoresca locución y gracia nativa para referir sucesos, contar anécdotas, lances y aventuras, en que sobresalen los cordobeses sobre todas las provincias de España, nadie las poseia como él; en este género no tenía rival. Entre sabios ó ignorantes, en familiares tertulias como en elegantes saraos, veíase rodeado igualmente, gozándose todos en su amenísima conversación, llena siempre de agudezas y felices frases, sin dejar un momento de ser natural y sencilla. Porque Saavedra, en quien no había ni asomo de énfasis ó presunción, diferenciándose de otros hombres de talento, no embarazaba jamás á sus oyentes con el peso de su superioridad; más bien poniéndose al nivel de los interlocutores, por humildes que fueran, si dejaba correr su matizada palabra, también oía á los demás con benévola atención y les contestaba con deferencia. Es verdad que nadie como él tenía lo que se llama don de gentes.

»Al hablar de su talento de narrador, me asalta un recuerdo, que tal vez no carece de oportunidad, ya que he entrado en este terreno. Era la época de su Embajada en París. La corte imperial solía trasladarse en el otoño á la magnífica residencia de Compiegne, donde se celebraban suntuosas fiestas y brillantes cacerías. Á ellas era naturalmente invitado el Cuerpo diplomático, y lo eran también, entre otras personas privilegiadas, reputados artistas y famosos literatos. De los convidados, unos lo esta-

ban á pasar varios días en la residencia imperial, otros, la mayor parte, venían de París para asistir á alguna fiesta determinada, y luego se volvían á sus casas, en trenes especiales para el caso dispuestos.

»Los saraos del castillo, en que alternaban los bailes, los conciertos y las representaciones escénicas, eran de lo más espléndido que imaginarse puede. Pero á esas agitadas noches de gran bullicio y concurrencia, sucedían otras, que servían de descanso á la corte, más tranquilas y sosegadas. En ellas eran pocos y escogidos los que formaban la Sociedad del Emperador y su augusta consorte. Siendo el círculo más íntimo y estrecho, prescindíase algún tanto de la etiqueta oficial; y aquellas reuniones, donde no faltaban hechiceras damas y hombres muy distinguidos, tomaban un carácter de elegante familiaridad que les daba especial encanto. Nada, en estas noches, de cómicos ó cantantes asalariados. Entre damas jóvenes y discretas, literatos y hombres de mundo, no habían de faltar recursos para pasar la velada del modo más agradable y divertido. Y, en efecto, todos se prestaban de buen grado á lucir sus aptitudes y habilidades. Se ponían charadas en acción, se declamaban versos, se proponían enigmas y juegos de palabras, y, lo más entretenido, se contaban cuentos graciosos ó espeluznantes. Pero en este género de talento pocos igualaban, y ninguno sobrepujaba al Duque de Rivas. Y eso que en aquellas reuniones solía verse á narradores tan gallardos y agudos como un Próspero Merimée y otros novelistas de no menos crédito (verdad que una cosa es la reflexiva pluma y otra la

palabra improvisada). Y como aquel don de contar que poseía el Duque, era conocido de muchos de los allí presentes, y nuestra esclarecida, cuanto infortunada compatriota, la emperatriz Eugenia, se complacía grandemente en escuchar á su amigo, no era extraño que en aquellas ocasiones se fijasen en él las miradas, ni que alguna aristocrática dama, cuando no la misma Emperatriz, se le acercase y le rogara que, ya que tan bién sabía hacerlo, les refiriese algún lance ó curiosa aventura de su variada existencia, ó bien alguna leyenda ó tradición española. No era posible resistir á tal demanda. Y Saavedra, que hablaba con sumo desembarazo la lengua de Molière, apelando al arsenal de su prodigiosa memoria, y también á su fecunda inventiva, con narraciones fantásticas ó dramáticas, y á veces cómicas, sazonadas, por supuesto, con su sal y su pimienta, aunque sin faltar jamás á la mesura y discreción conveniente, durante horas enteras tenía pendiente de sus labios al selecto concurso.

»El Duque de Rivas no se contentó con ser gran poeta y hombre incomparable de sociedad. Como vuestro inmortal Pablo de Céspedes, á quien llamaron Rafael español en Italia, que al par de pintor egregio, fué notable escultor, distinguido arquitecto, erudito historiador y elegante poeta; Saavedra, dotado de carácter flexible, clara inteligencia y vasta ilustración, y sintiendo siempre en su pecho la llama del patriotismo, se lanzó con ardor á otros empeños, y de ellos salió igualmente con aplauso y con gloria. Fué bizarrísimo militar y derramó su sangre en los campos de batalla por la independencia de su patria; cultivó con éxito la pin-

tura, aunque en ella no descollase como en la poesía; desempeñó con honra los más elevados cargos de la nación; brilló en los Parlamentos y las Academias, y, como gallardo y concienzudo historiador, logró ceñir á sus sienes los lauros de los Melos y los Moncadas.

»Por lo que á mí toca, si no tuve la dicha de nacer en vuestro suelo, ni de heredar con el nombre que llevo el numen poético del que me dió el ser, heredé, sin embargo, su afición á las letras y su gran amor á esta tierra privilegiada. Y ¿cómo no sentirse cautivado por su peregrina historia, su maravillosa Mezquita y sus gloriosos recuerdos? No es ciertamente la Córdoba de hoy la opulenta metrópoli del siglo x; no bulle por sus calles y plazas aquella activa población, de más de medio millón de almas; no es como entonces, por el esplendor de las ciencias y de las artes, la Atenas de Occidente, ni posee bibliotecas de quinientos mil volúmenes (y eso que en aquella época no era conocida la imprenta), ni seiscientas mezquitas, ni novecientos baños públicos; ni son hoy, como fueron, las alhajas de sus orífices, encanto de los harenes ó preciado ornamento de templos y palacios; ni acuden solícitos mercaderes, de todas partes, á buscar sus alcatifas de púrpura, sus tejidos de seda, y aquellos vistosos cueros estampados, cuya fama subsiste aún en las naciones extranjeras. Pero si en el curso de los siglos os fué tan adversa y desapiadada la inconstante fortuna, no pudo quitaros esa fértil y pintoresca sierra que os corona de flores y os abriga en su falda, ni los feraces campos, ni el majestuoso río, ni la discreción y peregrino donaire de vuestras



ROMANCE.

En una yegua tordilla,
Que atrás deja el pensamiento,
Entra en Córdoba gallardo
Atarfe el noble guerrero.

El que las moriscas lunas
Llevó glorioso á Toledo,
Y torna con mil cautivos,
Y cargado de trofeos.

Las azoteas y calles
Hierven de curioso pueblo,
Que en él fijando los ojos,
Viva, viva, está diciendo.

Las moras en los terrados
Tremolan cándidos lienzos,
Y agua de azahar dan al aire,
Y sus elogios al viento.

Y entre tan festiva pompa,
Siendo envidia de los viejos,
De las mujeres encanto,
De los jóvenes ejemplo;

Á las rejas de Daraja,
Daraja la de ojos negros,
Que cuando miran abrasan,
Y abrasan con sólo verlos,

Humilde llega y rendido
El que, triunfante y soberbio,
Fué espanto de los cristianos,
Fué gloria de sarracenos.

Mas ¡ay! que las ve cerradas,
Bien distintas de otro tiempo,
En que damascos y alfombras
Las ornaron en su obsequio.

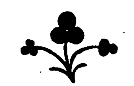
Y al mirar tales señales,
Turbado reconociendo
Que, mientras ganó batallas,
Perdió el amor de su dueño,

Con gran ternura llorando
Quien mostró tan duro pecho,
Vuelve el rostro á sus cautivos,
De esta manera diciendo:

Id con Dios, que ya sois libres,
Desde aquí podéis volveros,
Y llevad vuestros despojos,
Que á quien presentar no tengo.

Pues no es razón que conserve
De sus victorias recuerdo,
Quien al tiempo de ganarlas
Perdió de Daraja el pecho.

Año 1806.





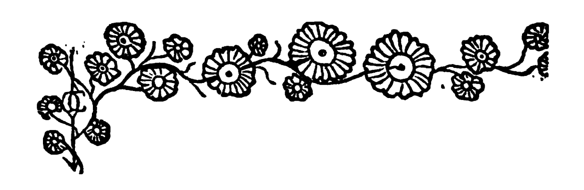
ROMANCE CORTO.

Luz de esta ribera,
Graciosa zagala,
Más linda que el día,
Más bella que el alba:
Tu rostro divino,
Tu risa, tu gala,
Mil pechos cautivan,
Mil cuellos enlazan.
Si asoma en Oriente,
Las sienes orladas
De cándidas rosas,
La fresca mañana,
De tu rostro copia
Las tintas de grana
Con que el cielo pinta,
Con que el prado esmalta.
Si el carro de Febo
Las cimas nevadas
Con su lumbre dora,
Con sus rayos baña,

De tu faz hermosa
Las luces no iguala.
Si Flora risueña
La veste gallarda
Desprende olorosa,
Descoge lozana,
Imita tu talle,
Remeda tu gracia.
Favonio amoroso
Que bate las alas,
Robando á las flores
Y dando á las auras
Balsámico aroma,
Tu risa retrata.
Mas ¡ah! tus ojuelos,
Tormento del alma,
¿Quién puede copiarlos,
Quién puede, zagala?

1806.



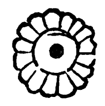


CANTILENA.

Febo se retiraba,
Casi expiraba el día,
Y la noche llegaba;
Su fresca lozanía
Marchitaba á la rosa,
Mustio quedaba el prado,
Y el ave sonorosa
Dormida y silenciosa
En el olmo acopado;
Cuando mi ninfa hermosa
Salió á la fresca vega.
Y de sus ojos bellos
Á la lumbre radiante,
Y al esplendor brillante
De sus lindos cabellos,
De nuevo se desplega
La rosa ya adormida
Cobrando olor y vida:
Torna el florido prado,
Que ya estaba enlutado,

Á matizar sus flores,
Y á esparcir mil olores:
Y las ya unidas aves
Dulces trinos süaves,
Cantando dulcemente;
Y vuelve de repente
Á comenzarse el día;
Que al ver á mi señora
Juzgaron que venía
Nuevamente la Aurora.

1806.





SONETO.

Mísero leño, destrozado y roto,
Que en la arenosa playa escarmentado
Yaces, del marinero abandonado,
Despojo vil del ábrego y del noto.

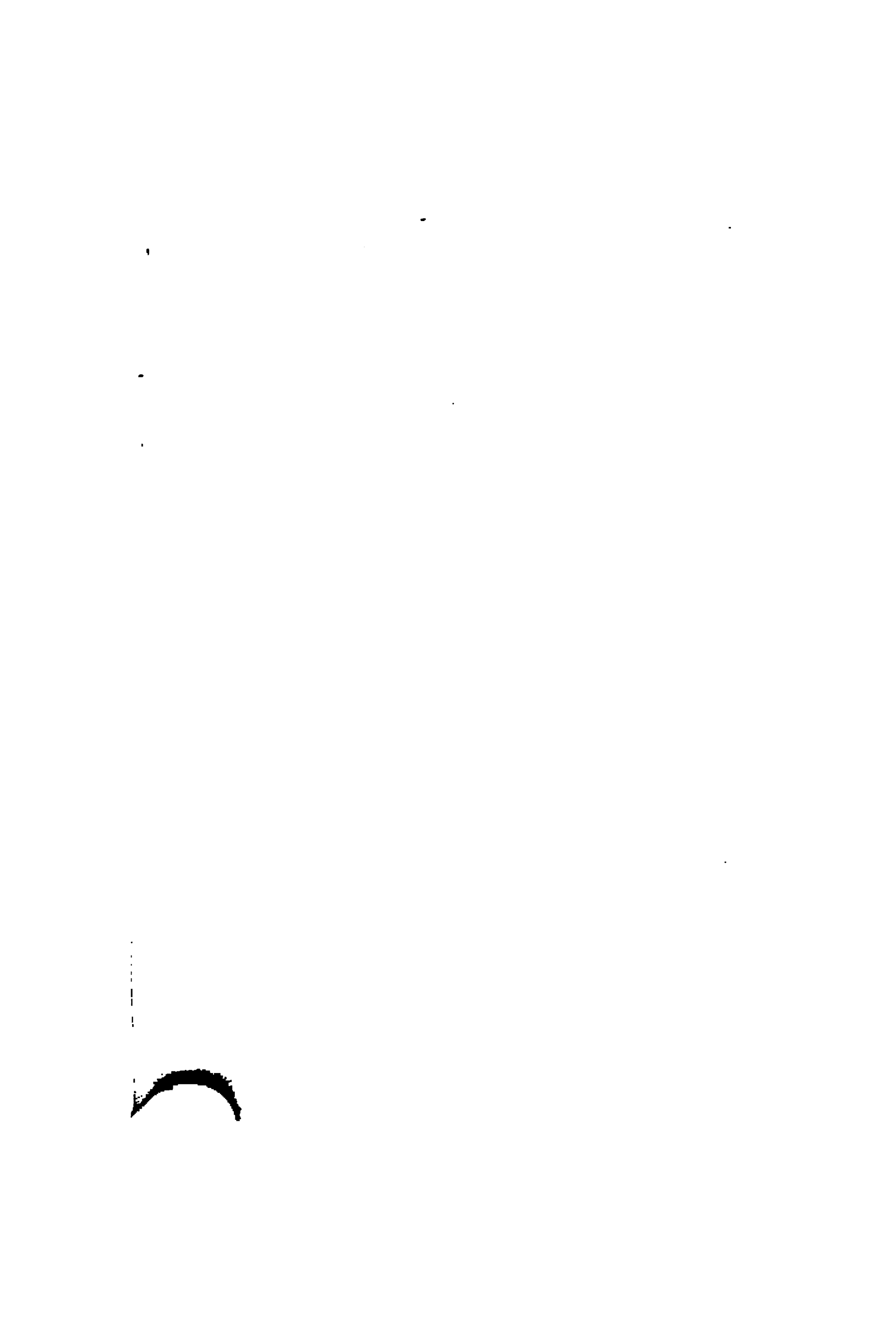
¡Cuánto mejor estabas en el soto,
De aves y ramas y verdor poblado,
Antes que envanecido y deslumbrado,
Fueras del mundo al término remoto!

Perdiste la pomposa lozanía,
La dulce paz de la floresta umbrosa,
Donde burlabas los sonoros vientos:

¿Qué tu orgulloso afán se prometía?
¿También burlarlos en la mar furiosa?
Hé aquí el fruto de altivos pensamientos.

1807.







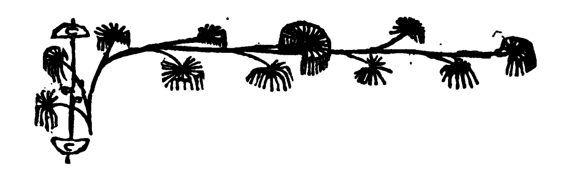
ROMANCE CORTO.

Hermosa zagala
De Venus envidia,
Que abrasas las almas,
Los pechos cautivas,
Y allá en Manzanares,
Graciosa y esquiva,
Encantas y alumbras
Sus frescas orillas:
Escucha mi acento,
Permite á mi lira
Que cante tus gracias,
Que el alma me hechizan.
Ya Febo esplendente
Anuncia tu día,
Y al orbe marchito
Su lumbre ilumina.
Ya Flora gallarda,
Del mundo alegría,
Risueña en tu obsequio
Los prados matiza;

Y el Zéfiro blando
Las flores agita,
Y aromas esparce
Y aromas respira.
¡Oh! Goza felice,
Bellísima ninfa,
Beldad y placeres,
Amor y alegrías.
Y mil y mil veces
Al mundo tu día
Renueven los cielos,
Con mil y mil dichas;
En tanto que insana
La suerte enemiga
Sañuda conmigo
Su furia ejercita.
Conmigo, infelice,
Que ausencia prolija
De ti, me separa,
Mi bien, mi delicia;
De ti por quien arde
Con llamas activas
Mi pecho, que adora
Tu imagen divina.

1807.





ROMANCE.

Hermosísima zagala,
Cuyos ojuelos divinos
Abrasan con dulce fuego
El alma y el pecho mío:

Tus gracias son el encanto
De un corazón que te rindo;
Por ti vivo solamente,
Para ti sola respiro.

Lejos de ti no reposo,
Que es ¡ay! mi mayor martirio
No escuchar tu blando acento,
No ver tu talle pulido.

La luz del claro planeta,
Cuyo refulgente brillo
Da matices á las flores,
Verdor al bosque sombrío,

Vida al delicioso prado,
Esplendor al cristalino
Arroyuelo, gozo al mundo,
Y á las aves regocijo,

Para mí es tiniebla obscura,
Si esos tus ojuelos lindos
No me iluminan graciosos
Con su mirar expresivo.

Las sombras en que la noche
Envuelve al orbe marchito,
Son para mí claro día,
Si ante tus plantas me miro.

Y si, ¡oh zagala! no fuere
Verdadero mi cariño,
Maldiga Pan mis ovejas,
Maldiga mis corderillos,

Maldiga los verdes prados,
Maldiga los altos riscos,
Maldiga los frescos sotos,
Do pasta el ganado mío.

1808.





SONETO.

—

Gallardo alzaba la pomposa frente,
Yedras y antiguas parras tremolando,
El álamo de Alcides, despreciando
La parda nube, y trueno y rayo ardiente;

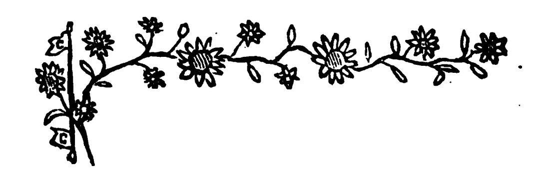
Cuando de la alta sierra de repente
Desprendido huracan bajó silbando,
Que el ancho tronco por el pié tronchando,
Lo arrebató en su rápida corriente.

Ejemplo sea del mortal, que vano
Se alza orgulloso hasta tocar la luna,
Y se juzga seguro en su altiveza:

Cuando esté más soberbio y más ufano,
Vendrá un contrario soplo de fortuna,
Y adios oro, poder, favor, grandeza.

1808.





AL ARMAMENTO

DE LAS

PROVINCIAS ESPAÑOLAS CONTRA LOS FRANCESES.

¿Á dó se encumbra con altivo vuelo
El ronco son de mi inocente lira,
El blando mirto de que está adornada
Tornándose en laurel.....? ¿A dónde osada
Lleva su acento.....? Elévase hasta el cielo,
Y al impulso del numen que la inspira,
Ya ni penas suspira,
Ni amorosos sonidos
Entona, ni ternezas, ni placeres,
Ni arrullos de Citeres;
Sino muertes y horrores y alaridos,
Dando tal fuerza á su encumbrado aliento,
Que cual bélica trompa atruena el viento.

Pero ¿qué agitación mi pecho siente?
¿Qué turbación embarga el alma mía.....?
Ya por el ancho espacio me sublimo,
Y en los campos etéreos el pie imprimo,
Jamás hollados por humana gente.

Llego á la esfera donde nace el día,
Allí mi fantasía
Cercano mira al cielo;
Y cual neblí, que hasta la parda nube
Veloz y altivo sube
Con presuroso arrebatado vuelo,
Así atrevida mi soberbia planta
Á los rojos celajes se adelanta.

Entre las rotas nubes estoy viendo
El suelo hispano y su gallarda gente
En fiera llama arder, y miro á Marte
Enarbolar feroz el estandarte,
Y escucho de su carro el sordo estruendo,
Y en la rueda gemir el eje ardiente.
La cuadriga ferviente
Se agita, y corre y suda. Ya las fieras
Escuadras alzan bélico alarido;
Al hórrido sonido
Despléganse pendones y banderas,
Y ensordecen del aire las regiones
El tambor y clarín con roncos sones.

¿Cómo trocarse de repente pudo
El inerte sufrir en que yacías,
Oh dulce patria, el hondo abatimiento,
En tan glorioso y bélico ardimiento?
¿Cómo triunfar pudiste del sañudo
Destino, que ofuscó tus claros días?
¡Ah! Las alevosías

De pérfidos tiranos
Despiertan y dan temple á las naciones.
Al fin los corazones
Se cansan de gemir, cobran las manos
Fuerza entre las cadenas, y el despecho
Da arrojo y furia al ofendido pecho.

Sí, Galia, sí, tu horrenda tiranía,
Tu aleve trato y pérfidas traiciones
Sacaron á la opresa y triste España
Del hondo sueño. Tiembla de su saña,
Tiembla. No importa que tu furia impía
Arda en innumerables escuadrones;
No importa que aprisiones
Con astucia inclemente
Sus príncipes; no importa que furiosa
En Mántua congojosa
Abras de sangre cálida un torrente,
Pues tu crueldad produce patriotismo,
Virtudes, libertad, alto heroismo.

Venganza dice el animoso viento
En las cavernas cóncavas zumbando;
Venganza dicen las bramantes olas
Al azotar las playas españolas;
Venganza dice el alto firmamento
Horrísonas tormentas agitando:
Venganza contra el bando
De los Galos traidores,
Que escondiendo el puñal entre la oliva,

Con furia y saña altiva
De amigos se tornaron opresores,
Volviendo alevemente sus abrazos
En férreos grillos y en traidores lazos.

Al ronco son de guerra y de venganza,
El Turia, el Betis, el Guadiana, el Duero,
Y el Segura, y el Ebro, levantando
Las frentes, y á sus hijos convocando
Para empuñar la vengadora lanza,
Llenan de mudo asombro el orbe entero.
Al estruendo guerrero,
Del Cid los sucesores
Cubren el cuerpo de luciente malla,
Y en horrenda batalla
Renuevan el valor de sus mayores;
Y grita el pueblo Astur, y por la sierra
Retumba el eco de venganza y guerra.

Cuerpos armados y armaduras brota
El espacioso campo de Castilla:
Las tumbas de los héroes se estremecen:
En Sagunto y Numancia resplandecen
Los españoles de la edad remota,
Y lumbre celestial en ellos brilla.
Los hijos de Sevilla
Sobre la invicta espada
Del gran Fernando, horror del agareno,
De constancia y honor henchido el seno,
Juran vengar la patria profanada;

Y recuerda su arrojo y alta gloria
De Alfonso y de las Navas la memoria.

Salve, fuerte Aragón..... ¡Oh fiel Sansueña!
Alza hasta el cielo la almenada frente;
Gloria imortal tendrás. Tus torreones
Burlarán los feroces escuadrones,
Como el hervor del mar la inmensa peña.
Y el Ebro ufano en su veloz corriente
Gozoso arrastrará la altiva gente
Que envanecida y fiera
Intente derrocar tu poderío;
Pues el denuedo y brío
De tus heróicos hijos, por doquiera
Muerte y espanto sembrará en las haces,
Y ahuyentará las águilas audaces.

Como al impulso del furioso viento
Desparece la espiga ya tostada,
Envuelta en remolino polvoroso,
Así la hueste del francés doloso
Se abate y desparece en un momento,
Del ardor español arrebatada.
Y huye desalentada,
Y es vana la carrera
Del bélico animal, y el reverbero
Del morrión guerrero
Y de la cota refulgente y fiera,
Que al hispano valor se han humillado
El potro y la coraza y el soldado.

¿Qué buscan estas bárbaras legiones?
¿Son acaso los hijos de la tierra
Que otra vez mueven guerra
Al cielo con sacrílego ardimiento?
Ya se acercan, ya llegan presurosas,
Y dejan de la sierra la agria frente
Inundando las vegas silenciosas
Cual rápido torrente.
Ya se ven sus enseñas sanguinosas,
Y sobre ellas el águila altanera
Tiende las alas con audacia fiera.

¡Ay, que son los feroces asesinos,
Que el Carpetano suelo
Sembraron inhumanos
De llanto y luto, de orfandad y duelo!
Vedlos, vedlos ufanos
De su negra traición alarde haciendo,
Tintas de sangre cálida las manos,
Venir estas campiñas destruyendo.
Y su adalid, que osado
Busca nuevas naciones
Que envolver en pesados eslabones,
De matanzas y horrores no saciado,
Del Bétis huella el llano delicioso,
Á su corriente audaz se precipita,
Y las huestes indómitas agita.
Y extendiendo los ojos codiciosos
«¿Do está, exclama, de Hesperia el poderío?
Presa hoy toda será del brazo mío.»

Pero ¿qué sordo estruendo se levanta
En la imperial Sevilla y su contorno.....?
Huye, infeliz, con voladora planta;
Escucha el raudo viento
De belígero son henchido en torno.
¡Ay, que tu aleve intento y furia loca,
Y tu altivez provoca
Al supremo Hacedor, al Dios, que dueño
De los orbes de luz, si vuelve airada
La excelsa frente, tórnanse á la nada!

Ya levanta la diestra omnipotente
Y aprieta el rayo ardiente,
Y agita las sonoras tempestades
El silboso huracán. De su venganza
Con la temible lanza
Arma contra tu orgullo de la España
Al ángel tutelar, que la blandea
Con inmortal poder, con justa saña
Y con celeste ardor; y recorriendo
Montes y valles, bosques y llanuras,
Va á sus hijos llamando á la pelea.
Y se tornan las rejas en espadas,
Brota lanzas el suelo, y resonando
Su voz por la espaciosa Andalucía,
Hierve en valientes haces denodadas,
Contra tí y tus guerreros conjuradas.

El noble monstruo, que abortó el tridente,
Relinchando ardoroso,

El grave peso siente
Del gallardo español, que esgrime osado
El acero lustroso,
De virtud, de valor, de enojo armado.
Ya llegan en tu busca, Dupont fiero,
Las fuerzas españolas
Al campo de Bailén, y en los pendones,
Que abatieron del bárbaro Agareno
Las blancas lunas y encrespadas colas,
Tremolan los castillos y leones.

Guerra en el monte, en la llanura hay guerra,
Y guerra por doquier: desde la frente
De la enriscada sierra
Hasta el mar de occidente,
Que azota el alto muro gaditano,
La lívida Belona
Con sangriento clarín guerra pregona.
¿Y aun osas resistir.....? En vano, en vano
Ordenas tus horrendos escuadrones,
Y animas la cuadriga resonante
De tu carro fatal. Si las regiones
Que el Mosa, el Rhin, el Vístula y Danubio
Riegan, de tu señor besan la planta
Y gimen con oprobio en servidumbre,
De Hesperia á los valientes campeones
Tu poder colosal no les espanta.
Y con radiante lumbre
La antorcha del valor arde en sus pechos,
Y dejarán deshechos

Los eslabones de la vil cadena,
Que el tirano que al mundo dicta leyes
Desde el esclavo Sena,
Y abate tronos y cautiva reyes,
Quiere imponer á España osadamente
Con negra astucia y con armada gente.

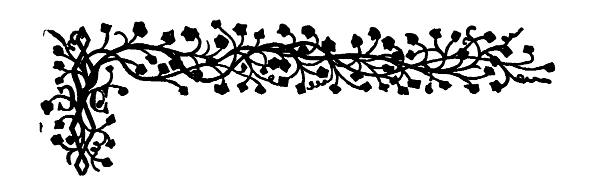
¡Ay, cuánto de congoja y mudo espanto
Reina ya entre tus bárbaros guerreros,
Oh Galia injusta, al ver el poderío,
El denuedo y el brío
De los varones ínclitos iberos!
Vuela fogoso el andaluz caballo,
Y el jinete revuelve la cuchilla
Tus tímidas escuadras arrollando.
El vaciado metal aborta el rayo,
Y muertes lanza, y tu soberbia humilla,
La atmósfera purísima atronando.
Los espumosos hórridos torrentes,
Que de las altas cumbres se derrumban,
Arrastran las corazas refulgentes
Y tronchados aceros
De tus soldados fieros.
Crece el horrible estrago,
Trites ayes retumban,
Y de francesa sangre un grande lago
Son de Bailén los campos, ya cubiertos
De rotas armas y guerreros muertos.

Tuyo es el triunfo, España, patria mía,

Y de tus hijos el laurel sagrado.
Venció tu valentía
Y tu justo furor; y ya no es dado
Al francés resistir, que sin aliento
Con débil llanto sus mejillas moja,
La espada inútil humillado arroja,
Y tórnase su orgullo en vil lamento.
Victoria suena el viento,
Y victoria repiten los collados,
Y victoria los bosques destrozados,
Y el raudo Betis grita
Victoria, y en el mar se precipita.

1808.





ROMANCE.

Con once heridas mortales,
Hecha pedazos la espada,
El caballo sin aliento,
Y perdida la batalla,

Manchado de sangre y polvo,
En noche obscura y nublada,
En Antígola vencido,
Y deshecha mi esperanza,

Casi en brazos de la muerte,
El laso potro aguijaba
Sobre cadáveres yertos
Y armaduras destrozadas.

Y por una oculta senda
Que el cielo me deparara,
Entre sustos y congojas,
Llegar logré á Villacañas.

La hermosísima Filena,
De mi desastre apiadada,
Me ofreció su hogar, su lecho
Y consuelo á mis desgracias.

Registróme las heridas,
Y con manos delicadas
Me limpió el polvo y la sangre,
Que en negro raudal manaban.

Curábame las heridas
Y mayores me las daba;
Curábame las del cuerpo,
Me las causaba en el alma.

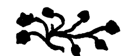
Yo, no pudiendo sufrir
El fuego en que me abrasaba,
Díjele: Hermosa Filena,
Basta de curarme, basta.

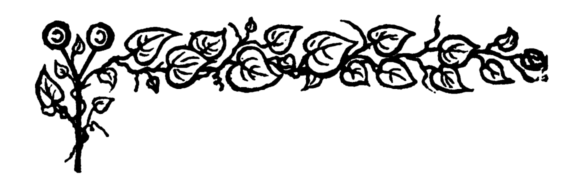
Más crüeles son tus ojos
Que las polonesas lanzas;
Ellas hirieron mi cuerpo,
Y ellos el alma me abrasan.

Tuve contra Marte aliento
En las sangrientas batallas,
Y contra el rapaz Cupido
El aliento ahora me falta.

Deja esa cura, Filena:
Déjala, que más me agravas;
Deja la cura del cuerpo;
Atiende á curarme el alma.

En el hospital de Baza, 1809.





ROMANCE.

—

Entre verdes olivares
Y deliciosos verjeles
Betis grave y caudaloso
Se desliza mansamente,

Después de besar la planta
De los muros cordobeses,
Decoro de Andalucía,
Y antiguo alcázar de reyes.

En su orilla venturosa,
Al tiempo que el sol luciente
Da lugar á las tinieblas,
Y en el mar de Atlante muere,

Celinda, ausente y llorosa,
Mira al cielo, se enternece,
Mira á las flores, suspira,
Mira al agua, y perlas vierte:

Y al contemplarse en el río,
Sollozando tristemente,
Abre sus divinos lábios,
Y de este modo hablar suele:

Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.
Mirad que ausente
No hallo alegría.
Decid á Silvio
Que torne aprisa;
Decid que siempre
Me veis la misma,
Firme, constante,
Tierna, sencilla.
Decid que torne
Por su Celinda
Pronto, si hallarla
Quisiere viva.
Id, aguas puras,
Id á Sevilla,
Buscad en ella
Mi amor y vida.

Esto, Celinda graciosa
Repetía muchas veces,
Dando luz á los peñascos
Y á las arboledas verdes.

—

Y en una ocasión el río,
Murmurando, como suele,
Con las menudas arenas,
Respondióla de esta suerte:

¿Cómo quieres que apresure,
Díme, hermosa, mi corriente,
Si me paran tus ojuelos,
Y tus gracias me detienen?

1809.





SONETO.

El oponer mi pecho no me asusta
Del preñado metal al ronco estruendo,
Que entre dudosa lumbre y humo horrendo
El golpe lanza de la parca injusta.

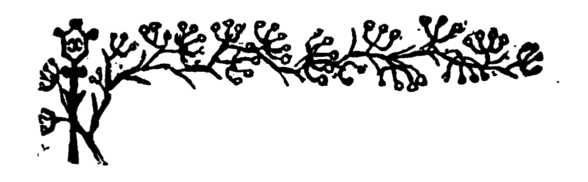
No me amedrenta, no, la faz adusta
Del duro cautiverio, ni estar viendo
Las encrespadas olas combatiendo
El corvo lado de mi frágil fusta.

No temo de la nube bramadora
El rudo trueno, y rayo relumbroso,
Que vibra la alta diestra vengadora:

Sólo me deja yerto y temeroso
El ver al dueño á quien mi pecho adora
Siempre enojado, siempre desdeñoso.

1810.





AL CONDE DE NOROÑA.

¡Oh Conde! pues tu lira
Unida al son de tu divino acento,
Calma del mar la ira
Y el soplo agitador del raudo viento,
Y pasma del tonante
La enrojecida diestra fulminante;

¿Por qué tu voz sagrada,
Que con divino ardor y alta grandeza
Entonó entusiasmada
«*La discordia levanta su cabeza*»
Cuando te oyó Castilla,
Y retumbó la octava maravilla;

Por qué el horrible estruendo
No canta de Mavorte, y su pujanza,
Y el silbido tremendo
De la robusta y tembladora lanza,
Y el son estrepitoso
De su carro sangriento y polvoroso;

Y cuál Belona fiera
Aguija la cuadriga resonante,
Y gime en la carrera,
Y suda y cruje el eje rechinante,
Hollando sus rodadas
Cuerpos sangrientos, armas destrozadas?

Suelta otra vez al viento
La viva lumbre que tu pecho encierra,
Y suba al firmamento,
Y asombre y pasme la sangrienta tierra,
Y tu acento resuene,
Y el orbe todo de tu ardor se llene.

Y entre sangre y horrores
La gloria ensalza del valiente ibero,
Y mil y mil loores,
Al ronco son del atambor guerrero,
Canta á la noble saña,
Que esclarece los términos de España.

Y este nombre sagrado
Llévalo por doquier, desde el oriente
En púrpura bañado,
Hasta do esconde el sol su clara frente,
Y de uno al otro polo
Resuene el nombre de la España solo.

Alto asunto á tu canto
Las glorias de Sansueña y de Gerona

Te ofrecen, con espanto
De los que baña el Sena y el Garona;
Que contra su arrogancia
Ven renacer los héroes de Numancia.

Canta de Talavera
Y de Bailén los triunfos y victorias,
Que allí la Galia fiera
Vió marchitados su laurel, sus glorias.
Y di el denuedo y brío
Del albionés, azote del impío.

¡Oh! si me fuera dado
El numen que en tu pecho se derrama,
Y el ardor desusado
Con que tu heróica cítara se inflama,
¡Cuál de la patria mía
Las hazañas y triunfos cantaría!

Mas ¡ay! que intento en vano
Cantar las iras del fogoso Marte,
Que con sangrienta mano
Va tremolando el hórrido estandarte;
Porque mi ebúrnea lira
Encantos del amor solo suspira.

Aunque á la guerra dura
Tengo mi edad florida dedicada,
Y lleno de bravura
Tal vez empuño la tajante espada,

Y con brazo membrudo
Vibro la lanza y el doblado escudo;

Y rovolviendo el freno
Del monstruo altivo, que abortó el tridente,
De sangre y polvo lleno,
Me ha visto el sol ardiente
Hollar la muerte fiera
Del aurífero Tajo en la ribera;

No es duro el pecho mío,
Ni se aplace con sangre, luto y llanto,
Ni con el son impío
De la trompa, que infunde horror y espanto;
Que sólo sus delicias
Son de Venus los gozos y caricias.

Dióme naturaleza
Sensible corazón, pecho amoroso,
Y con dulce terneza
De Citeres el fuego delicioso
Me prohibe que cante
El ardor de Belona fulminante.

La inocente voz mía
Sólo sabe cantar tiernos amores,
Y la pura alegría
De los risueños campos y las flores
Y fiestas pastoriles,
Y los gratos cuidados juveniles.

Pero tú, egregio Conde,
Á quien Apolo la sagrada frente
Entre laurel esconde,
Canta los hechos de la hispana gente;
Triunfará del olvido
De tu pecho y tu cítara el sonido.

18[illegible].





SONETO.

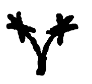
Ojos divinos, luz del alma mía,
Por la primera vez os vi enojados;
¡Y antes viera los Cielos desplomados,
Ó abierta ante mis pies la tierra fría!

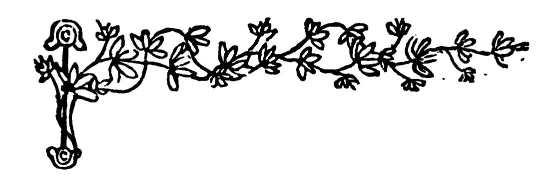
Tened ¡ay! compasión de la agonía
En que están mis sentidos sepultados,
Al veros centellantes é indignados
Mirarme, ardiendo con fiereza impía.

¡Ay! perdonad si os agravié, perderos
Temí tal vez, y con mi ruego y llanto
Más que obligaros conseguí ofenderos:

Tened, tened piedad de mi quebranto,
Que si tornais á fulminarme fieros
Me hundiréis en los reinos del espanto.

1812.





Á AMIRA.

Hondo mar espumoso,
Que de la luna la argentada planta
Á besar presuroso
Subes, con ronco hervor que al orbe espanta,
Combatiendo tus olas
Las extendidas costas españolas;

No agites más tu seno
Al influjo del carro de Lucina,
Cuando de plata lleno
Á tus instables límites se inclina,
Ni obedezcas sañudo
El fiero enojo del invierno crudo.

De hoy más sólo obedece
Á los ojos de Amira enardecidos,
Á ella sola le ofrece
De tu seno los dones escogidos,
Y segun quiera Amira
Muéstrate en calma, ó muéstrate con ira.

Si la ves enojada,
Al punto hinchado y proceloso y fiero
Forma espuma salada,
Brama ferviente, rómpete altanero,
Y estas peñas azota,
Y con ellas airada te alborota.

Y por darle venganza
Une tus ondas con el raudo viento,
Sobre el polo te lanza,
Apaga el sol, combate el firmamento,
Y el orbe se estremezca,
Y que vuelve á la nada le parezca.

Mas si sus ojos bellos
Están en calma dulce y placentera,
Mira y contempla en ellos
El alma ilustre, que su ardor modera,
Y domado y sujeto
Ten á estas playas de Hércules respeto.

Y claro y cristalino
Sirve de espejo de su rostro amable,
Y su encanto divino
Siente en tu seno turbio y alterable,
Y al punto te esclarece,
Y á la luz de sus ojos resplandece.

Y con manso rüido
Sube por esta orilla afortunada,

Hasta llegar rendido
Á la planta de Amira delicada,
Y presenta á sus ojos
Corales y esmeraldas por despojos.

Y esta ribera amena
Al rojo despuntar del claro día
Deja de conchas llena,
De caracoles y de espuma fría,
Y de menuda plata,
Que mil veces la luz en sí retrata.

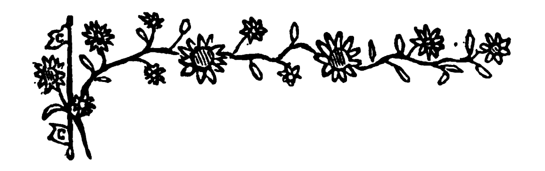
Sí, ronco mar undoso,
Sólo en tí tenga influjo y eficacia
El semblante amoroso
De Amira encantadora, cuya gracia
Y beldad peregrina
Estas dichosas costas ilumina.

Así gritó Nereo,
Los marinos caballos agitando,
El piélago Eritreo
En su carro de nácares sulcando,
Al verte, ¡oh bella Amira!
Por quien tanto amador arde y suspira.

Cádiz, 1812.







SONETO.

—.

Viene en pos del invierno perezoso
La hermosa primavera y bella Flora,
Que el prado esmalta y el verjel colora,
Bañando el aura en bálsamo oloroso.

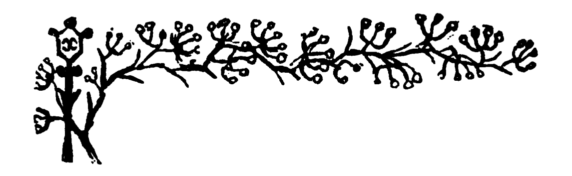
En pos de oscura noche, el luminoso
Resplandor viene de la blanca Aurora,
Que la alta cumbre de los montes dora,
Rasgando el negro manto tenebroso.

Después de la borrasca embravecida
Sosiega al mar la plácida bonanza,
Y al nauta torna la quietud perdida.

Todo infeliz algún consuelo alcanza:
Sólo yo ¡ay triste! acabaré mi vida,
Sin gozar tan dulcísima esperanza.

1812.





CANTILENA.

Por un alegre prado
De flores esmaltado,
Y de una clara fuente
Con la dulce corriente
De aljófares regado;
Mi dueño idolatrado
Iba cogiendo flores,
Más bella y más lozana
Que ninfa de Diana.
Los risueños amores
En torno la cercaban,
Y en su falda jugaban.
Y en tanto que ella hermosa
Ora un clavel cogía,
Ora una linda rosa,
Ora un tierno jacinto;
Más flores producía
Aquel fresco recinto
Orgulloso y ufano:

Pues al punto otras tantas,
Como tronchó la mano
De mi dueño tirano,
Brotaron á sus plantas.

1812.





SONETO.

—

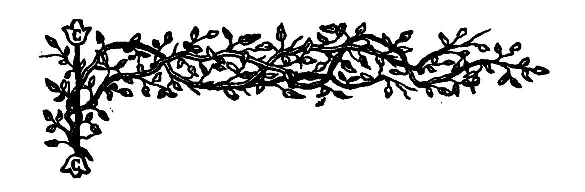
Lleno el pecho de orgullo y ufanía
Mis gloriosas hazañas contemplaba,
Cicatrices aun frescas ostentaba,
Y soberbios despojos oprimía.

Las lides do me hallara recorría,
Los que venció mi brazo numeraba,
Mi acero vencedor me recreaba,
Y con loca arrogancia así decía:

¿Quién podrá más que yo, que he combatido
Con tan fieras naciones?..... Duro acero
Es ya mi corazón, nunca rendido.

Oyólo Amor, el rostro placentero
De Lesbia me mostró, quedé vencido,
Y lloro esclavo, y á sus plantas muero.





SONETO.

¡Oh amiga noche! ¡Oh noche deliciosa!
Dulce madre del sueño regalado:
Tu manto de diamantes tachonado
Descoge por el aura vagarosa.

Esparce tu cabello silenciosa
De beleño balsámico empapado,
Y descienda Titán al mar sagrado,
Que su fulgente luz me es enojosa.

Su lumbre anhele con cansado empeño
El que la vida de los vientos fía,
Ó el que sigue de Marte el torvo ceño;

Que á mí no puede serme grato el día,
Pues sólo de las gracias de mi dueño
Gozo á favor de tu tiniebla fría.





Á LA VICTORIA DE ARAPILES.

Levanta, oh Tormes, la divina frente,
Coronada de juncias y verbenas,
Y convoca tus ninfas y pastores
Y de tu orilla la dichosa gente,
Que rotas son tus hórridas cadenas.
Y entonando dulcísimos loores
Canta á los vencedores,
Que en tu auxilio volaron
Con tal denuedo y ardoroso brío,
Que al verlos se turbaron
Las numerosas huestes del impío,
Y desaparecieron asustadas,
Como nubes del cierzo arrebatadas.

Mira, oh Tormes, triunfante en tu ribera
Al hijo de Belona, al anglo fiero,
Libertador glorioso de Castilla,
Al que Bengala victorioso viera,
Á quien el Ganges la cerviz humilla,
Al que es pavor de Galia en Tajo y Duero.

Mírale precedido
De la victoria por doquier. Su lanza
Hoy sirve de instrumento á la venganza
Del cielo tronador, y protegido
Del furibundo Marte
Libertará la España,
Llevará su estandarte
Á la vana Lutecia,
Y del francés humillará la saña,
Ofuscando las glorias de la Grecia.

El soberbio tirano de la tierra
Ve que el Bretón restaura los castillos
Presas de su furor; intenta osado
Al mismo firmamento mover guerra;
Junta sus haces, habla á sus caudillos,
Y en sus huestes sin número fiado,
«Corred, volad, les dice encarnizado
Oprimid nuevamente
El Agueda y el Duero y Guadïana.
Mi fuerza omnipotente
Vuelva á triunfar, y la nación hispana
Tiemble de mi rencor; los insulares
De estas tierras lanzad, surquen los mares
En sus naves huyendo
Mi fiero enojo y mi poder tremendo.»

Dijo; y cual suele á la ardorosa lumbre
Del flamígero carro luminoso
Deshacerse la nieve amontonada

Del gran Moncayo en la elevada cumbre;
Que con sonido raudo, en espumoso
Y rugidor torrente desatada
Corre precipitada,
Arrebatando los peñascos rudos
Y los troncos membrudos,
Y cubre con presura
El valle, el monte, el soto y la llanura;
De este modo las haces orgullosas
Heridas de su acento se agitaron,
Corrieron presurosas,
Y á obedecer á su señor volaron.

Ya inundan las Castillas,
Oh Tormes, y en tus márgenes amenas
Estampando las huellas sanguinosas,
Y esgrimiendo las bárbaras cuchillas,
Asolar amenazan las almenas
De la española Atenas,
Y al verlas dice ufano
El feroz adalid: «Por más que intente
De mi furor insano
Minerva defender esa muralla,
Su esfuerzo es impotente
Contra mi poderío,
Contra este acero y contra el brazo mío.»

Mas ¡ay, que su soberbia el cielo airado
Deshizo, como suele ardiente fuego
Deshacer seca arista! Y el valiente

Bretón de enojo armado
Salió á su encuentro luego;
Y el brazo del Señor omnipotente,
Que no tolera al vano y orgulloso,
De palma y de laurel ciñó la frente
A Wellington glorioso.
Cayó el galo á su vista, de la suerte
Que al rudo empuje del sañudo viento
Altivo cedro, cuya excelsa cima
Tocaba en el sublime firmamento,
Y se ve en un momento
Roto, sin hojas, mustio, destruído,
Y su orgullo deshecho y abatido.

El poder de la Galia destrozado,
Rotas sus huestes, rota su esperanza,
Y en roja sangre su adalid bañado,
Huye desalentado,
Huye de la venganza
Del anglo vencedor. La lanza fiera
Arroja el polonés, y huye anhelante,
El soberbio bridón aguija en vano,
En vano tiende el brazo y la cuchilla;
Que al vencedor se humilla,
Y ante el inglés triunfante,
En la sangrienta arena
Ó le alcanza la muerte ó la cadena.

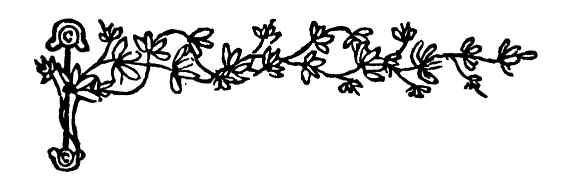
Los bravos adalides,
Que en tantas fieras lides,

Y en Jena y Austerlitz triunfantes fueron,
Con mudo espanto y con asombro huyeron.
Á Wellington miraron,
Y su denuedo y brazo no vencido;
Y mudas se turbaron,
Y su antiguo valor quedó en olvido.
Mil falanges gimieron prisioneras,
Rompiéronse del fuerte las banderas;
Y el ferviente cañón mudo y cautivo
Al vencedor altivo
Sigue, y rechina sobre el eje ardiente,
Con tardo paso, entre vencida gente.

1812.







ROMANCE CORTO.

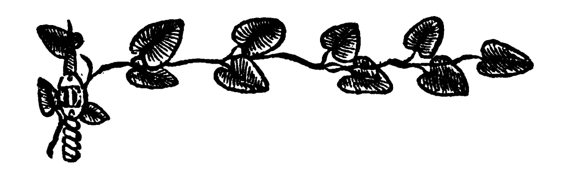
Dulces ilusiones
De amor y consuelo,
Que hicisteis las dichas
De mi incauto pecho:
¿Dónde habéis huído
Con curso ligero,
Como niebla leve
Que arrebata el cierzo?
¿Por qué bienes tantos,
Que juzgaba eternos,
Fueron más fugaces
Que engañoso sueño?
Mal haya quien cifra
Su dicha y su anhelo
En falsas promesas
De volubles pechos;
En blandas caricias,
Que aleves mintiendo,
Traidoras ocultan
Horrible veneno.

¿Dónde están, ingrata,
Dónde tus extremos?
¿Dónde tus ofertas?
¿Do tus juramentos?
¡Ay de mí infelice,
Que en amor ardiendo,
Bebí de tus labios
Engaños sin cuento!
¡Ay! tú me robaste
Mi bien, mi sosiego,
El alma y la vida
Con halago tierno:
Tú me los robaste,
Y ufana rïendo
Te gozas ahora
Con mi llanto acerbo.
¡Oh mujer terrible,
Más que el tigre fiero!
¿Por qué me inspiraste
Tan horrible incendio,
Si era nieve helada
Tu alevoso seno?
¿Por qué me ofrecías
Aquel mar inmenso
De dichas sin tasa,
De amores eternos?.....
¡Crüel!..... ¿Te complaces.....
Tu gozo está puesto
En hacer dichosos
Tan sólo un momento,

Porque sean mayores
Sus desdichas luego?.....
Juegas con las almas,
Desgarras los pechos,
Ofreces delicias,
Das sólo tormentos;
Inspiras amores,
Estás libre de ellos,
Y haces infelices.....
¡Bárbaro recreo!
Sigue, ingrata y dura,
Tanto mal haciendo,
Mientras yo mezquino,
Y abrasado y ciego,
Perdido te adoro,
Y en llanto deshecho,
Muriendo á tus plantas
Tus triunfos completo.

1814.





NAPOLEÓN DESTRONADO.

¿En dónde, en dónde ¡oh Sena esclarecido!
El que de duelo y orfandad cubría
Tus márgenes está? ¿Dó está el aleve
Que hizo tu excelso nombre aborrecido
En cuanto alumbra el sol y el mar enfría?
¿El que con planta impura
El dosel profanó de Clodoveo,
Y ardiendo en el deseo
De ver gemir ante sus pies la tierra,
El orbe conmovió con cruda guerra;
Dejó desiertos tus mezquinos lares,
Y de sangre inundó regocijado
El ancho mundo y los profundos mares?

Alzó la frente bárbara el impío,
Y de la antigua Galia en los escombros
Aseguró los pies, la torva vista
En derredor tendió, y «¿al brazo mío
Quién habrá tan osado que resista?
Ni aun el rayo de Dios me causa asombro»,
Dijo Napoleón. Al carro horrendo

De Mavorte feroz subió arrogante,
Agitó la cuadriga resonante,
Y á su terrible estruendo
Los robustos temblaron,
Los altos y los fuertes se humillaron,
Que de terror y asombro el orbe llena;
Como raudo torrente
Que rompe hinchado el cauce que lo enfrena.

El Nilo vió su encono fulminoso,
Y de cálida sangre enrojecida
La frígida corriente,
Arrastró al mar undoso
Rompidos carros, miembros palpitantes,
Cascos hendidos, bárbaros turbantes.
Los Alpes vieron su enriscada frente
Vilmente hollada y su poder deshecho,
Y las fértiles cumbres de Apenino
Se humillaron también, y con despecho
Vieron la muerte del poder latino.
El Danubio después las turbias ondas
Volvió medroso á su primera fuente,
Que al monstruo vió talar ambas riberas.
Y el Vístula pasmado,
Su curso entre carámbanos cubría,
Del belísono estrépito asustado.

¡Ay, que el genio del mal al Mediodía
Revuelve su furor!..... Ya sus banderas
Las cumbres del adusto Pirineo

Profanaron también, y el nuevo Atila
Pisa de Iberia la mansión tranquila.
¿Y qué, gran Dios, no miras al impío?
¿No escuchas al blasfemo
Decir: «Ni al rayo temo.
Quién podrá resistir el brazo mío,
Quién contra mí levantará la frente,
Si yo soy el señor omnipotente?»

Mas ¡ah! que ya su iniquidad, el colmo
Llenó de tu bondad, y ya tu ira
Prepara la venganza y el castigo.
Alzad á Dios las manos ¡oh naciones!
Á quien de sangre y de dolor y espanto
Cubrió el bárbaro atroz. Vuestro enemigo
También lo es de su nombre sacrosanto.
Y con fragor tremendo
Del huracán sobre las negras alas
El carro del Señor viene corriendo;
Y rásganse las nubes, y agitando
El mar hinchado sus bramantes ondas,
El enojo de Dios está anunciando.
Pálido el sol suspende el movimiento,
Y se estremece el alto firmamento,
Que Jehová empuña la trisulca llama,
Y por los rudos vientos se derrama
Su acento, semejante
Al trueno retumbante
Abortador de rayos,
Y al estruendo de carros y caballos,

Que corren á la lid, y dice: «Sea
Castigado el soberbio,
Y confundida su impiedad se vea.»

El mandato de Dios obedeciendo,
España apresta sus valientes haces
Contra la iniquidad. Y los britanos
Las regiones del mar luego cubriendo
Con el número inmenso de sus naves,
Y oprimiendo las crespas y altas olas,
Se unieron á las huestes españolas,
Que gallardas volaron al combate:
Y su denuedo abate
El gran poder del bárbaro, y huyeron,
Y con pavor cayeron,
Como á los pies del segador las mieses
En los tostados campos de Castilla,
Los que triunfos le dieron tantas veces,
Los satélites fieros que acaudilla.

También el lusitano airado y fiero
Los combatió y triunfó. Luego ligero
Corre á la lid el guerreador que habita
En la Zembla polar al sol vedada,
Corre al combate el indomable escita,
Que en el Rífeo monte,
Señor eterno de erizada nieve,
La amarga sangre de las fieras bebe,
Y vuelan á la lid los que vencieron
En Praga y en Rosbac: que la venganza

Del Dios de Abraham los llama á la pelea,
Y arma sus diestras de invencible lanza.

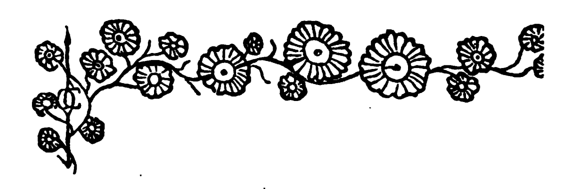
Oye el tirano el gran rumor, y vuelve,
Y el rayo vengador siente en su seno,
De mudo espanto lleno:
Y teme, y tiembla, y calla, y palidece,
Se hiela y se estremece,
Y mira por doquier á sus guerreros
Huir desalentados
Arrojando la malla y los aceros.
Y al ver hollada la corriente fría
Del espumoso Rheno, y á ti ¡oh Sena!
Libre de la cadena
Que con tus propios hijos te imponía,
Cayó precipitado
Del trono con horrores sustentado.

Canta conmigo ¡oh Galia venturosa!
Dulcísimas canciones,
Himnos de gratitud al Ser eterno,
Que al yugo te arrancó. Cantad, naciones,
La gloria del Señor. Su fuerte diestra,
Que de Senacherib hundió la frente,
Y que en la mar rugiente
Sepultó á Faraón con mudo espanto,
Ha confundido al bárbaro orgulloso
Que os llenó de dolor, de sangre y llanto,
De luto y de viudez..... ¡Ah, que no fuera
Capaz mirudo acento

De ensordecer el animoso viento,
Y el ronco hervor del piélago espantoso!
Al atrevido azor alas pidiera,
Y con ellas volara presuroso,
Sin temer de Titán la viva lumbre,
De Pirineo á la elevada cumbre;
Y allí al son de la cítara de Apolo
Entonara canciones de alegría,
Que sonaran en uno y otro polo,
Y donde nace y donde muere el día.

1812.





ROMANCE.

Á esconder su lumbre pura
En ocaso caminaba
Febo hermoso, entre celajes
Matizados de oro y grana;

Cuando orillas de la mar,
Ni quieta, ni alborotada,
Aunque sus blancas espumas
Á las peñas azotaban,

Á un tronco, que en la ribera
Una borrasca lanzara,
Tirsi, ausente y afligido,
Amarró su pobre barca.

Y en tanto que con los remos
Juegan las olas amargas,
Salpicando placenteras
Del corvo lado las tablas,

De este modo, al manso viento,
Que en las rocas y en las aguas

Retozaba bullicioso,
Refrescando aquellas playas,

Cantó el triste pescador,
Sin que nadie le escuchara,
Lanzando un tierno suspiro
De lo profundo del alma.

¡Ay de mí! que vivo ausente,
En esta costa lejana,
De aquellos divinos ojos,
Por quien mi pecho se abrasa;

Y que tal vez cuando vuelva,
Después de ausencia tan larga,
Encontraré desengaños,
Si el corazón no me engaña;

Pues aunque mi amado dueño
Me juró eterna constancia,
Cuando de sus dulces brazos
Me separó la desgracia,

Y aunque escuché sus gemidos
Y vi sus amantes ansias,
Cuando el cierzo mi barquilla
De su vista arrebataba,

Es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,

Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

Lleva mis lamentos tristes,
Y estas dudas que me asaltan,
Céfiro blando, á aquel suelo
Donde está su hermosa causa.

Y si orillas de los mares
Ves la que me abrasa el alma,
Aun puesto en mí el pensamiento,
De mi amor aun no olvidada,

Dile que mire á las rocas,
En quienes no hacen mudanza
Ni de la mar los embates,
Ni de los vientos la saña.

Que á ser firme aprenda de ellas,
Y que aprecio jamás haga
De las ondas variables,
Ejemplo de la insconstancia:

Pues ora risueñas juegan,
Y las arenas esmaltan
Con caracoles y conchas,
Y con espumas de plata;

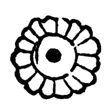
Y ora con estruendo horrible,
Ennegrecidas, hinchadas,

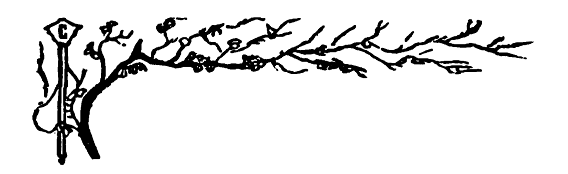
Castigan la misma arena
Que antes humildes besaban.

Díselo así, manso viento;
Díselo, si es que te encargas
De tristezas de un ausente.....
Mas ¡ay! no le digas nada,

Que es mujer, estoy yo lejos,
Amadores no le faltan,
Y cuando no ven los ojos,
Se hiela el pecho, y el amor se cansa.

1814.





ESPAÑA TRIUNFANTE.

COMPOSICIÓN PREMIADA POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE SEVILLA.

Goza feliz, esclarecida España,
En dulce paz los ínclitos laureles
Á tu constancia y tu valor debidos:
Del bélico furor la horrenda saña
Supieron derrocar tus hijos fieles,
Que de valor y de lealtad vestidos,
Volaron atrevidos
Á defender tu libertad augusta,
Y á tus plantas rindieron
Á los audaces que agresión injusta
Á tu excelsa grandeza hacer quisieron.

¡Ay, cuán en vano el opresor del mundo,
Desde la enhiesta y enriscada cumbre
De Pirene, sus ojos espantosos
Tendió á tu fértil suelo! Furibundo
De sus haces juntó la muchedumbre,
Y á sus caudillos fieros y ambiciosos,
En tu daño animosos,
Les dijo: «En sangre inúndense estos llanos:

Señor de España sea:
Y atada, y con cadenas á las manos,
Su gloria al carro de mi triunfo vea.»

Tronó la áspera cima, y retumbaron
Las cóncavas cavernas á su acento,
Cual suena el ronco mar. Las foragidas
Huestes al campo ibero se arrojaron,
Del modo con que suele el raudo viento
Arrojarse á las selvas extendidas,
Y á las mieses crecidas:
Mas de pronto su saña contuvieron,
Y, «sinceros amigos nos finjamos,
Y es más seguro el triunfo», se dijeron:
«El puñal entre olivas escondamos.»

¡Heroicos carpetanos! ¡Gloria eterna
Á vuestro egregio y esplendente brío!
Vuestro nombre al través de las edades,
Con luz inextinguible y sempiterna
Brillará, cual la estrella del estío
En medio de la niebla. Las maldades,
Las negras falsedades
De los pérfidos galos conociendo,
Libertad y venganza
Gritasteis denodados, y el horrendo
Monstruo tembló vuestra inmortal pujanza.

Inermes, y sin trompa ni estandarte,
Sin doble cota ni bruñido acero,

Disteis el pecho á la tremenda muerte.
Pasmó vuestro denuedo al fiero Marte;
El valiente gimió, rindióse el fuerte,
Y huyendo al fin el bárbaro guerrero,
El caballo ligero
Con las espuelas tímido afligía.
Ni edad ni sexo ¡oh gloria!
Ocioso estuvo en tan infausto día:
¡Día de horror y de eternal memoria!

Vuestro valor, vuestro herosímo empero
Cedió á la muchedumbre, que orgullosa,
La máscara del todo derribando,
Vengó su afrenta con estrago fiero.
Desarmada la diestra poderosa,
Que armada huyeran de pavor temblando,
Entre el pérfido bando
Os llevaron..... ¡Ay Dios!.... En sangre triste
Feroces se bañaron.....
¡Oh blanca luna, con horror lo viste!
¡Oh mayo, tus verjeles lo lloraron!

Salve, mártires santos, inmolados
Por la quietud del mundo... ¡Oh tú, Velarde!
¡Oh Daoiz!.... ¿Qué pecho virtüoso,
Al prorrumpir en nombres tan sagrados,
En patriotismo y gratitud no arde?
Cual de leve centella presuroso
El fuego desastroso,
Agitado del ábrego sonante,

Con destructora llama
Y estallidos y horror, en corto instante
Por la tostada Céres se derrama;

Del mismo modo vuestra sangre ardiente
Se extendió por los términos de Hesperia,
Germinando heroísmo y osadía.
Gritó venganza la asturiana gente,
Y resonó venganza Celtiberia:
Guerra y venganza el Turia repetía,
Y venganza decía
El viento ronco en la imperial Toledo;
Y guerra el padre Betis
Desde Segura con marcial denuedo,
Hasta llegar al término de Tetis.

¡Bailén!... ¡Bailén! Tus selvas aun blanquean
Con los despojos de la excelsa gloria,
Que Bética ganó con alto nombre.
En los siglos futuros, cuando sean
Otras generaciones, tu memoria
Será padrón que al crudo tiempo asombre:
Cuando tu suelo escombre
Con dura reja el labrador cansado,
Huesos enmohecidos
Y rotas armas volcará el arado,
Estallando con lúgubres sonidos.

Al punto el paso de los bueyes lentos
Detendrá el labrador, y allí juntando

Sus hijos, les dirá: «Ved, hijos míos,
Aquí tenéis patentes los cimientos
De nuestra independencia.» Y recordando
Tanta hazaña sin par, tan altos bríos,
Y los copiosos ríos
De sangre allí vertida, ilustres hechos
Contará de los béticos varones;
Y de los jovencillos en los pechos
Palpitarán los tiernos corazones.

¡Venerables escombros y rüinas
De eterna gloria! ¡Sin igual ejemplo
De heroísmo y constancia! ¡Oh tú, Gerona!
¡Oh Sansueña!.... Cantad, musas divinas,
Cantad del Pindo en el sagrado templo
Estos nombres de honor..... Allí Belona
Sus huestes amontona
En vano; que su furia se quebranta
Cual onda hinchada contra altiva peña.
¡Oh fama! ó enmudece, ó sólo canta
Los nombres de Gerona y de Sansueña.

Tamames, y Abisval, y Talavera,
Y Chiclana, y Valencia, y Arapiles,
Y donde fué Manresa desgraciada,
Y Lerín, y Sampayo, y Albuhera,
Campos de horror á los traidores viles,
Que osaron profanar la patria amada:
Correrá apresurada
La serie de los siglos; tronos, reyes,

Mares, planetas se verán mudados,
Cambiando el orbe sus eternas leyes;
Mas nunca tales nombres olvidados.

Glorioso Herrasti, heroico La-Carrera,
Álvarez inmortal..... ¡Ah! Desde el cielo
Do á par de los Pelayos y Guzmanes,
Coronados de palma duradera,
Gozáis ya libres del humano velo
El galardón debido á los afanes
Con que los capitanes
Suben de gloria á la sublime cumbre,
Permitid que mi labio humilde os nombre,
Aunque el brillar de vuestra viva lumbre
Pasme mis ojos, y mi pecho asombre.

Ínclita patria, España generosa,
Así tus hijos el robusto pecho
Al hierro agudo por librarte dieron.
Estos el gran poder de la orgullosa
Galia dejaron á tus pies deshecho,
Y su furor y su altivez rompieron,
Y fuertes la rindieron,
Como en el alto Líbano acerada
Segur rinde del cedro la alta cima,
Que de pomposos ramos adornada
Á las tronantes nubes se sublima.

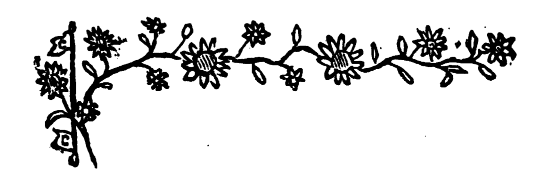
Ellos, ellos, oh patria, derrocaron
Al opresor de la anchurosa tierra,

Su soberbia cual humo disipando,
Y del fiero invasor la furia hollaron
Con sangre y hierro y con constante guerra;
Y hazaña con hazaña entrelazando,
Al augusto Fernando
Volvieron denodados á tu suelo;
Y con él juntamente en dulce día
Tu grato afán, tu plácido consuelo,
Y la paz, y el descanso, y la alegría.

Álcese en la elevada y agria frente
Del nimboso Pirene un monumento,
Que domine el Tirreno, y mar de Atlante,
Aun más que los egipcios eminente;
Y el bélico furor allí sangriento
Con cadenas de bronce resonante
Atado, el rechinante
Diente ejercite en férreos eslabones;
Y *á ti, España, la paz, á ti debemos*,
Allí escriban del mundo las naciones,
La dulce libertad en que nos vemos.

1814.





AL MISMO ASUNTO.

¿Quién podrá dignamente
Cantar tu heroico nombre, ¡oh patria mía!
Y tu gloria esplendente,
Aun más que el claro día,
En cuanto alumbra el sol, y el mar enfría?

Tú sola, egregia España,
Al opresor del mundo te opusiste,
Despreciando su saña;
Y sus lauros volviste
En vil oprobio, y su furor rompiste,

Como el áspera roca
Rompe del ronco mar onda rugiente,
Que con audacia loca,
Y rápida corriente
La embiste, y su furor es impotente,

Tembló la enhiesta cumbre
De Pirene, los valles retumbando,

Sampayo y Albuhera.....
¡Ay, que la voz humana
Que intenta pronunciaros os profana!

¡Oh campos de victoria,
Do los hesperios ínclitos pendones
Lograron alta gloria!
Eternas bendiciones
Os darán mil y mil generaciones.

Y «Aquí fué la venganza,
Al miraros dirán, aquí rindieron
Su bábara pujanza
Los que aleves quisieron
La patria encadenar, aquí cayeron.»

¡Oh Sansueña! ¡Oh Gerona,
De la española independencia escudo!
Vuestro valor pregona,
Hollando al tiempo crudo,
Tanta rüina con silencio mudo.

Vuestra gloria esplendente,
Venciendo de los siglos la espesura,
Brillará eternamente,
Cual brilla en noche obscura
Del sangriento Orión la lumbre pura.

Inmortales varones,
Que de constancia y de heroísmo armados

Siguiendo los pendones
De la patria, inmolados
Fuisteis en sus altares adorados:

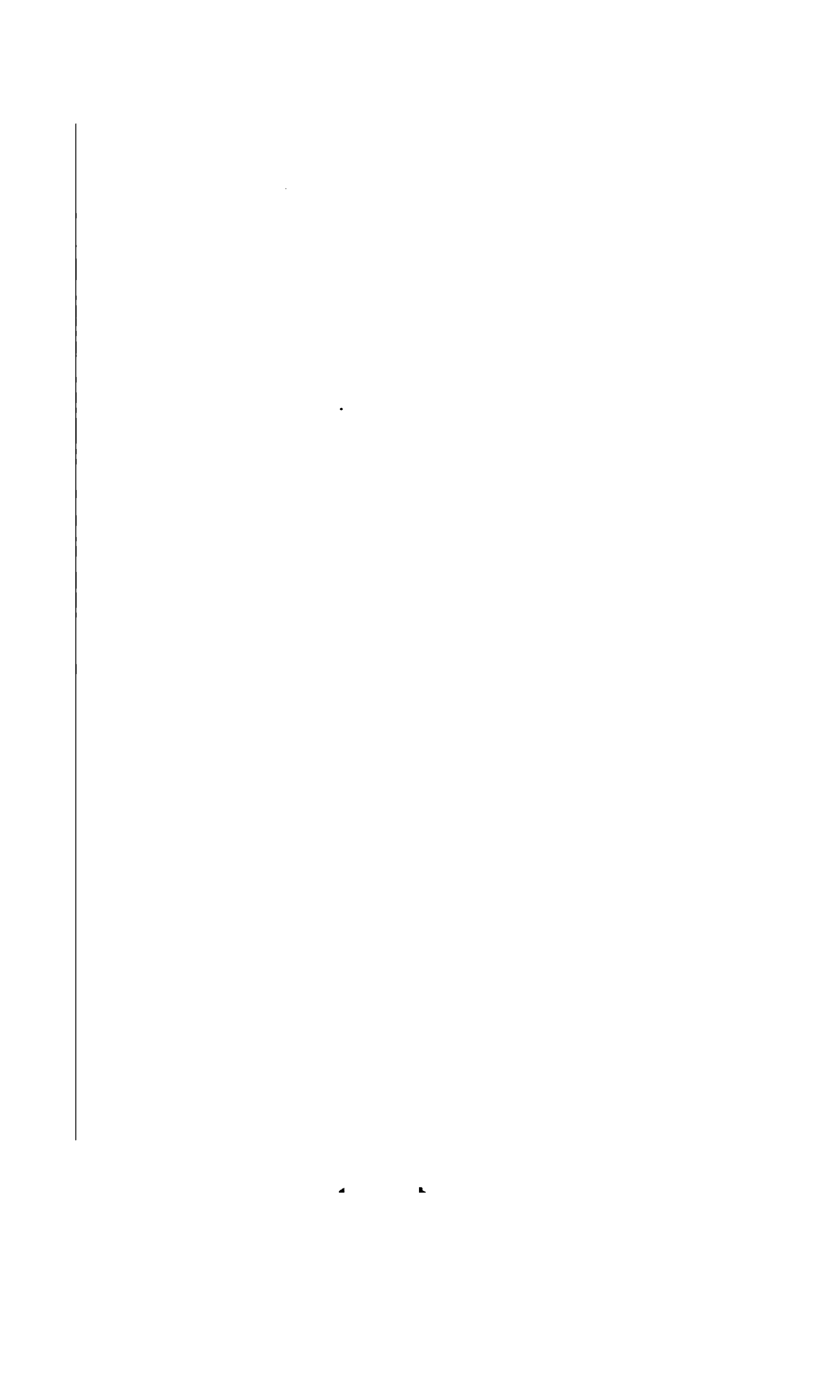
Salve y quietud ¡oh manes!
De vuestra ilustre sangre el fiel tributo,
Vuestro valor y afanes
Dieron ópimo fruto:
Dígalo el Sena, y su amargura y luto.

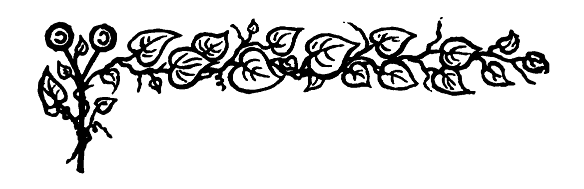
Su poder indomable
Hundióse á vuestro esfuerzo sin segundo,
Cual peña inmensurable
Húndese al mar profundo,
Herida por el rayo furibundo.

¡Oh patria! ¡Excelsa España!
Goza, goza feliz tantos laureles,
Que á pesar de la saña
De los hados crüeles,
Ganaron para ti tus hijos fieles.

Sí; ya tu regia planta
Sobre rompidas armas estribando,
Y la inicua garganta
De tu opresor hollando,
La admiración del mundo estás gozando.

1814.





SONETO.

Líbrase al soplo del airado viento,
Con vuelo raudo, con mortal latido,
Huyendo arrebatada hacia su nido
La tímida paloma sin aliento.

Huye, porque del alto firmamento,
De entre cárdenas nubes desprendido,
Sobre las pardas alas sostenido,
Baja en su busca el alcotán sangriento.

Pero cuando la sigue cariñoso
Tierno palomo con arrullo blando,
Amorosa le aguarda y palpitante.

Toma de ella lección ¡oh dueño hermoso!
Del que fuere enemigo huye volando;
Mas no de mí que soy tu fino amante.

1814.







ROMANCE.

—

Por en medio de una vega,
Que dos risueños collados
Defienden del ronco impulso
De los cierzos y los austros,

Corre entre juncias y helechos
El Genil gracioso y manso,
Para dar al padre Betis,
No tributo, sino abrazos.

En su margen venturosa,
Do sólo el céfiro blando
Ó descansa entre las flores,
Ó mece sauces y lauros,

Tiene el mayoral Antimio
Su choza, aprisco y rebaño,
Con pastores que aventajan
Á los que á Arcadia habitaron.

Hay también pastoras lindas,
Y zagalas de tal garbo,

Que el sol, absorto en sus gracias,
Suspende al verlas el paso.

Y cuando gallardas triscan
Por las selvas y los prados,
Ora en pos de los corderos,
Ora ligeras danzando,

Á sus plantas brota el suelo
Alelíes y amarantos,
Carmines, gualdas, jacintos,
Lirios, violetas y nardos.

Con ellas vive Dorila,
Mucha gracia y pocos años,
Tormento de corazones,
Y de las almas encanto.

Pues desde que allá en un bosque,
Ó de Amatunte ó de Pafos,
El hijo de la alma Venus,
Con otros niños jugando,

Perdió por pueril descuido
Sus flechas, aljaba y arco;
Encontrándose sin armas,
Corrido y avergonzado,

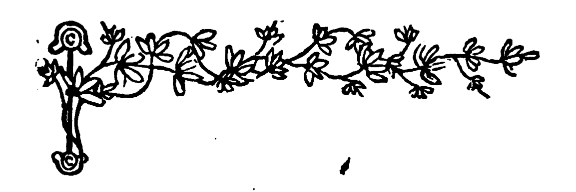
Vino á Genil, y en los ojos
De Dorila el Dios tirano

Ocultóse, y ellos solos
Le sirven de fuego y dardos.

Yo los contemplé ignorante,
Fijéme en ellos incauto,
Y soy su víctima triste.....
Pastores, tened cuidado.

1815.





A DON JOSÉ DE VARGAS Y PONCE (1).

EPÍSTOLA.

He recibido tu donosa carta,
Que es de elogios tal vez y vituperios,
Y en un todo extremosa, luenga sarta,

Pues ni soy acreedor á los dicterios
Tan acres que me escribes, dulce amigo,
Ni á encomios tan gigantes y tan serios.

(1) Es contestación á un bello romance que escribió este literato al autor, criticándole su afición á torear en el campo y á derribar vacas á caballo con la garrocha, diversión muy grata á los jóvenes andaluces de aquel tiempo. El romance empezaba así:

Bárbaro que así desluces
Los presentes de natura,
Y en demonio, siendo ángel,
Tu torpe sandez te muda;
Antes que tus nobles prendas
Empañe tanta locura,
La plebeya y vil garrocha
Niega á tus manos, y escucha: etc.

Más la amistad que te enlazó conmigo
A tus ojos agranda mis acciones,
Aun las que juzgas dignas de castigo.

Oye siquiera cuatro reflexiones,
Con que espero sin duda contentarte;
Pues jamás te negaste á las razones.

Muéstrasme que ha podido incomodarte,
Aunque sin causa, amigo, suficiente
(Como no he de tardar en demostrarte),

El saber que me he puesto ante la frente
Del útil toro con caballo y pica,
Hiriéndole con ánimo valiente.

Mas esto, aunque desbarro fuera, ¿implica
Con el seguir las huellas de Lucano,
Ó que abandono el Pindo testifica?

El adherirme á un uso, sea villano,
Que reina en este suelo, ¿has entendido
Que marchite, cual suele en el verano

El fuego de Titán enardecido
Las hierbas y las flores, mis virtudes,
Si es que algunas al cielo le he debido?

Razón será que al punto ¡oh Vargas! mudes
De dictámen, si es tal el que has formado,
Pues se pasa de injusto, no lo dudes.

Recuerda el griego ilustre y celebrado,
Amor de las helénicas beldades,
Que fué gloria de un siglo aventajado.

Hablo del famosísimo Alcibiades,
Discípulo de Sócrates divino
Y varón cual no han visto las edades;

A quien, si damos crédito al latino
Cornelio y á Plutarco el candoroso,
Mil vicios y virtudes dió el destino.

Y todo en grado heróico. Valeroso
Defensor de su patria, noble escudo
De libertad, pulido, generoso,

Dado á las artes, elocuente, agudo,
Le vió con pasmo la ilustrada Atenas.
Sobrio, feroz y luchador membrudo,

Sufridor de trabajos y de penas,
Le admiró Esparta. Ahogado en los placeres,
De galas y perfumes, que aun apenas

Pudieran tolerarse en las mujeres,
Cubierto, y muelle y sin rubor yaciendo,
Vil juguete de Baco y de Citeres,

A los mismos persianos excediendo,
En Persia se mostró: porque sabía,
Según iba los pueblos recorriendo,

Acomodarse á aquello que veía.
Culto ateniense fué; duro espartano;
Vicioso persa: todo lo reunía.

No por lo dicho juzgues que tan vano
Soy, que al hijo de Clynias me compare,
Que estar yo loco entonces fuera llano.

Ni presumas, amigo, que yo ampare
Con tal ejemplo vicios perniciosos:
Lo malo es malo donde quier se hallare.

Pero á veces á rostros muy hermosos
Un pequeño lunar no les afea;
Por la inversa, los hace más graciosos.

Y cuando nuestra vista se recrea
Por un jardín florido, que lozana
Flora con sus matices hermosea,

Entre la rosa de color de grana,
Y los claveles, murtas y azucenas,
Nos gusta la amapola, aunque villana;

Y tal vez en las selvas más amenas
Grosera y ruda zarza hace contraste
Grato con lauros, chopos y verbenas.

Pero en verdad, amigo, no acertaste
En juzgar delinquí: no he delinquido:
Sin duda de mi acción no te enteraste.

Si hubieras, Vargas, por mi mal sabido
Que en ancho circo destrocé inclemente
Lozano toro á la labor nacido;

Si hubiera yo, siguiendo la corriente
De una costumbre bárbara que aun dura,
Y que introdujo la africana gente,

Gozádome, enemigo de natura,
En verter sangre y en ajeno daño,
Con llanto de la triste agricultura,

Tu enojo y tu rigor no fuera extraño,
Y el orbe entero abominar debiera
Tan gran barbaridad, crimen tamaño.

Si á tu noticia por ventura hubiera
Llegado que yo estaba confundido
Entre la turba vil, baja y torera,

Cual suele tanto noble envilecido,
Que perdiendo el respeto á sus mayores
Desmiente su linaje esclarecido;

Si yo, que al son de trompas y atambores,
Cabe el Tajo mi patria defendiendo,
Desprecié de Belona los horrores,

Y el fulminante brazo sacudiendo,
Por lo menos mostré no ser cobarde,
Ajena y propia sangre allí vertiendo,

Ahora, degradado, hiciera alarde
De empuñar vil estoque contra un toro,
Fuera justo el enojo que en tí arde.

Sin duda entonces el virgíneo coro
Que habita el alta cumbre de Helicona,
Me negara indignado su tesoro.

Mas nada de esto ejecuté; perdona:
Escucha y notarás, amigo amado,
Que mi delito la razón lo abona.

El Betis cristalino y sosegado
Con su corriente plácida y serena
Riega el suelo andaluz afortunado.

En él derrama grato á mano llena
El cielo bienhechor sus ricos dones,
Y reina siempre primavera amena.

Selvas de rosas, bosques de limones
Se encuentran por doquier, grama y verdura,
Con mil maravillosas producciones.

Parece que concede la natura
Más virtud á esta tierra venturosa,
Que á cuantas ven del sol la lumbre pura.

La fuerza de estas aguas poderosa,
La que encierran llanuras y collados,
Y una especie de magia prodigiosa,

Comunican tal fuerza á los ganados,
Que en ellas nacen y que en ellos crecen,
Que apenas pueden ser nunca domados.

Los tiernos novillejos ya parecen
Toros cuyo furor el bosque aterra,
Y de fieras el torvo aspecto ofrecen.

En tal estado, de la madre tierra
No se avienen, sufriendo la coyunda,
A abrir los senos donde el pan se encierra.

Es primero preciso que confunda
La fuerza humana tanta lozanía,
Tornándole útil buey de fiera inmunda.

En vano un hombre solo tentaría
Domeñar su furor y alta braveza,
Víctima de su arrojo se vería.

Para lograrlo apela á la destreza,
Sagaz se vale del bridón ardiente,
De su rápido impulso y ligereza.

Para defensa empuña solamente
Ligera lanza, en pos del toro adusto
Se arroja, le acomete de repente,

Y sin que su fiereza le dé susto,
Lo acosa hasta que logra derribarlo,
Y triunfa en fin de su furor robusto.

Este medio tan sólo hay de domarlo
Para la necesaria agricultura,
A que le plugo al cielo dedicarlo.

En esta ocupación, que es harto dura,
Y oficio indispensable, aunque penoso,
Ayudé á los vaqueros por ventura.

No cual dices, insano y riguroso,
Destrocé el animal que es grato á Ceres,
Antes bien le hice á Ceres provechoso.

Con esta explicación, pues justo eres,
Verás que ha sido injusto tu juicio,
Y no condenarás tales quehaceres.

¡Ay! ¡Cuánto más terrible es el oficio
De fatigar las selvas y los prados,
Siguiendo de Lucina el ejercicio!

¿Qué daño ó crueldad, hombres malvados,
Os dan, decid, las aves inocentes,
Y los tímidos ciervos y venados?

¿Por qué los arroyuelos transparentes
Teñís de sangre, con furor vertida,
De sencillos y tímidos vivientes?

¿Por qué dejáis el aura ensordecida,
Imitando los rayos y los truenos,
Y la luz con el humo obscurecida?

No solamente ¡oh gran maldad! serenos
Vierten sangre los duros cazadores,
Sino de gozo y complacencia llenos.

Tal vez sencilla y tierna, con clamores
La tórtola publica su tormento,
Ó llora celos, ó celebra amores;

Tal vez en delicioso arrobamiento
La paloma á su amante ya se entrega,
Ó en pos tiende las alas por el viento,

Y el plomo silbador y raudo llega,
Que el hombre duro y montaraz fulmina,
Y su amor y su vida á un punto siega.

Y cuando por el llano y la colina
A la cuitada liebre persiguiendo
El bridón con la espuela desatina;

Y cuando con clamor y horrible estruendo
Los montes y las selvas ensordece
A la inocente cierva sorprendiendo,

El hombre, ¿fiera horrible no parece?
¡Cuál exalta la rabia de los perros
Y sangre y destrucción sólo apetece!

¡Cómo el refugio de los altos cerros
Busca la corza mísera y cobarde,
Y las cuevas y lóbregos encierros!

Mas ¡ay! no halla un asilo que la guarde
Del plomo ó de la flecha matadora,
Ó del furor que en los lebreles arde.

Yo he visto ¡oh Dios! como la cierva llora
Cuando siente su pecho traspasado,
Ó sin vigor la planta voladora.

Yo escuché su gemido, y he temblado.....
La gula de los hombres insaciable
Tan horrendo ejercicio ha fomentado.

¿Y nadie ¡oh vicio! lo miró execrable?
¿Ni aun tú mismo, que adusto me condenas?
¡Opiniones del mundo miserable!

Yo causo á un bravo toro daño apenas,
Para tornarlo productivo y bueno,
Y tú de horror y compasión te llenas;

Y elogiarás tal vez al que sereno
Llena de sangre el monte y la llanura,
Para saciar su vientre ó el ajeno.

Mas si tu enojo ¡oh Vargas! por ventura
Le motivó el juzgar que abandonaba
De las artes y musas la cultura,

Y que del todo al todo me entregaba
A estas rústicas duras diversiones,
Harto imbécil tu mente me juzgaba.

¡Pues qué! ¿Pueden jamás los corazones
Que siquiera una vez hayan sentido
De las musas las tiernas impresiones,

Abandonarlas en el hondo olvido
Y huir de sus halagos placenteros?
¿Quién tan bárbaro, dime, acaso ha sido?

Yo las amé rendido en los primeros
Años de mi existencia, las he amado,
Y amaré sus encantos lisonjeros.

Mi placer ellos siempre y mi cuidado
Han sido y lo serán. Ni los horrores
Del fiero Marte en que me vi empeñado,

Ni de la adversa suerte los rigores,
Ni mis fatigas y penosos males,
Ni del mundo falaz los sinsabores,

El culto de las musas celestiales
Me hicieron olvidar, pues mi consuelo
Fueron siempre sus gracias divinales.

Y ahora que vivo en mi paterno suelo
Donde moraron siempre, ¿imaginaste
Que no han de ser mi gozo y mi desvelo?

Pronto conocerás que te engañaste,
Cuando escuches mil himnos y canciones,
Cual jamás en mi cítara escuchaste.

Y cuando el tuyo y otros corazones,
Al ver de doña Blanca el fin lloroso,
Sientan de espanto y pena sensaciones (1);

Pues Melpómene heroica el horroroso
Suceso de esta reina desgraciada
Ha inspirado á mi acento lastimoso.

Ni tengo á la pintura abandonada,
Que el lienzo maticé con los colores,
Retratando á Lucrecia desmayada,

Luchando con la muerte y sus horrores,
Y aquella heroica sangre derramando,
Salud de esclavos, muerte de opresores.

Ya miro que te vas desenojando,
Y que como á las flores manso viento
La risa está tus labios halagando.....
¿No es verdad, Vargas? Di, ¿quedas contento?

Córdoba, Marzo 1817.

---

(1) Esta tragedia, titulada *Doña Blanca*, la tercera que escribió el autor, se ha perdido, desapareciendo el manuscrito en el robo que padeció su equipaje en el río de Sevilla el día de San Antonio del año 1823.





AL REY NUESTRO SEÑOR (1),

QUE SE DIGNÓ PRESENCIAR EL EJERCICIO GENERAL DE LOS ESCUADRONES DE LA GUARDIA DE SU REAL PERSONA, HONRÁNDOLOS EN SEGUIDA CON PONERSE Á SU CABEZA.

Dad, sagradas deidades de Helicona,
Vuestro sublime aliento al pecho mío,
Para cantar al ínclito FERNANDO;
Llegue mi voz á la encumbrada zona,
Del abrasado Sur al Norte frío,
Su nombre por la esfera derramando;
Y la lira pulsando,

---

(1) Esta composición, escrita á insinuación del Rey, y que tuvo la honra de ser leída á SS. MM., teniendo la bondad la misma Reina de alumbrar con una vela que con sus reales manos alcanzó de un candelabro, no mereció la aprobación del juez de imprenta, quien prohibió su publicación. Este incidente ocasionó una polémica muy original entre el autor y el juez, en que intervino el célebre literato D. Manuel María de Arjona, y que divirtió mucho al rey Fernando. Quien, finalmente, cortó generosamente la controversia, mandando terminantemente la impresión.

En las alas del viento,
El estruendo hervoroso
Del mar venza mi acento,
Y el ronco trueno y huracán silboso;
Y el nombre augusto de FERNANDO suene,
Y de un polo á otro polo el orbe llene.

Tu excelso nombre ¡oh Rey, oh Rey amado!
Predilecto de Dios, que al monstruo horrendo,
Que al abrazarte en bárbaras cadenas
Tornó el abrazo fraternal, airado
Lanzó su rayo vengador, hiriendo
Aquella torva frente; y ni aun apenas
Su nombre existe..... Escenas
De dolor y de gloria,
Y á un tiempo de alegría,
¡Cuál llenáis mi memoria
En este fausto y apacible día!.....
¿Do me arrebata el numen sacrosanto,
Que el tiempo que ya fué torna á mi canto?...

Estas plazas ¡oh Rey! de Mantua augusta,
Yo vi de sangre y mortandad cubiertas,
Cuando en hierros tus hijos te miraron.
Aquí la furia aleve y saña injusta
De tu opresor se vieron descubiertas,
Y sus haces belígeras temblaron.
Ardorosos gritaron
Tus valientes: *¡Venganza!*
Armas les da su brío,

Arrollan la pujanza
Del triunfador, y su alto poderío;
Y mancebos, y vírgenes, y ancianos
Sangre cálida ostentan en las manos.

Y entre tanto que Dios era tu escudo,
Custodiando tu vida idolatrada,
Y tu apenado pecho confortando,
Al arcángel su lanza dió, ceñudo
Miró, y tembló la angélica morada,
El trueno de su enojo retumbando;
Y el Aquilón bramando,
Al ministro glorioso
De la ira omnipotente
Condujo presuroso,
Más brillante que el sol en el Oriente,
Sobre sus alas al hesperio suelo,
Sin tí en triste orfandad y hundido en duelo.

Y en la yerta enriscada y agria cumbre
Del nivoso pinífero Fonfría
Dió el grito de la guerra. Retumbaron
Las hondas cuevas, y la viva lumbre
De su frente ofuscó la luz del día.
El acento tus hijos escucharon,
Y en tu auxilio volaron
Los de Turia, y de Ibero,
Y de Genil, y Betis,
Y de Miño, y de Duero,
Y los que baña la azulada Tetis,

Y los de Tajo, y los de la alta Sierra,
Y á la venganza van, gritando: *¡Guerra!*

Y cual suele el Océano espumoso,
Por cien contrarios vientos agitado,
Alzar ferviente con horrible estruendo
Montañas bramadoras, y furioso
Combatir el escollo agigantado,
Y hundirlo en el abismo; tal, ardiendo
En enojo tremendo,
Las huestes se lanzaron
Sobre tus opresores:
En sangre se inundaron
Valles y cumbres: hórridos clamores
Retumban por doquier; y armas y saña,
Y exterminio y horror cubren á España.

¡Ay, cuánto afán, y hazañas, y fatigas
Costaste á tu nación!..... Todo lo inunda
De la devastación el gran torrente;
Y como el segador abate espigas,
El filo de la muerte furibunda
Troncha esforzados..... ¡Ay, cuánto valiente
A su impulso inclemente
Cayó, cual en la sierra
De Moncayo los pinos,
Si el Noto le hace guerra,
Y ciento á ciento arrastra en remolinos!
Mas ¿qué importa morir? do mil perecen,
Otros mil á vengarlos aparecen.

En castillos las chozas de pastores,
Los cayados en lanzas se mudaron.
Nadie evita la lid, ni hundido el muro,
Se rinde ante los bronces tronadores;
Las huestes rotas á luchar tornaron;
Y no hay ceder. En el silencio obscuro
El Orión y Arturo
Ven combatir. La aurora
Ve combatir. La lumbre
Del sol desde que dora
De Pirineo la fragosa cumbre,
Hasta que hunde en el mar su carro ardiente,
Ve combatir á la española gente.

De los que en el combate perecían
Los manes, aun de sangre salpicados,
Desde las rotas nubes alentaban
A los que en él tenaces persistían,
Y contra el fiero Marte denodados,
Y contra el infortunio peleaban,
Y constantes clamaban:
¡No haya tregua! Y sañudos
Y firmes no cedieron,
Y los embates crudos
De la áspera fortuna resistieron;
Como suele en los montes de Castilla
Al huracán la octava maravilla.

Confusión, heroísmo, sangre, duelo,
Altísima constancia, valentía,

Infortunios, amor al rey Fernando,
A un tiempo llenan el hispano suelo....
.....¿Mas dónde, dónde vas, oh lira mía,
Desastres y fatigas recordando,
Si estamos ya gozando
El premio delicioso,
El suspirado fruto
De tanto hecho famoso,
De tanta privación, de tanto luto?
Y roto ya, oh mi Rey, tu cautiverio,
Eres el gozo de tu heroico imperio.

Sí; ¡oh placer! El canto de victoria
Resuena en vez del bélico alarido
En el orbe español. El dulce acento
De los himnos de paz y eterna gloria
Sucede al trueno y hórrido estampido:
Triunfado ha la virtud. Suave contento
El terrible lamento
Tornóse, y ya Fernando,
Con su familia augusta,
Felice gobernando
A los leales, que la rabia injusta
Del dragón destruyeron, goza ahora
La ternura de un pueblo que le adora.

Musas, Musas, él es. Miradle al frente
De los gallardos, fieros escuadrones,
El purísimo sol obscureciendo
Con su regio esplendor. La refulgente

Espada empuña. ¡Qué!... ¿Tembláis, naciones?..
Desechad el temor, que no el horrendo
Mavorte en ira ardiendo
La da á la diestra fuerte,
Ni están de nuevo abiertas,
Dando paso á la muerte,
Del doble Jano las terribles puertas.
Es pacífico alarde..... Mas no en vano
Tembláis aún del alarde castellano.

Egregio Rey, el escuadrón guerrero,
Que en pos de tí resplandeciente brilla,
Fué el brazo de la muerte en tu defensa.
¡Ah, cuántas veces desnudó el acero,
Como saben los campos de Castilla,
Y se arrojó á la lid!...... Horrible ofensa
La multitud inmensa
Sintió á su excelso brío.
Los fuertes se turbaron,
Llenos de espanto frío,
Y su audaz altiveza doblegaron,
Huyendo de esos nobles vencedores,
Cual cierva de los canes ladradores.

En contra del poder y la fortuna
El Tajo presenció su alta osadía,
En los campos do Antígola azulea.
Sin esperanza de vencer alguna,
¡Cuál se lanzaron el aciago día,
Sembrando horror y asombro, á la pelea!

Eterno el nombre sea
De los nobles gloriosos.....
La horrible muchedumbre
Despreciaron sañosos;
Y al trasmontar del sol la viva lumbre,
Sonó el clarín, volaron atrevidos,
Y deshechos quedaron, no vencidos.

¡Eterno lauro al escuadrón valiente!
Yo entre sus héroes combatí alentado,
Y altos ejemplos de virtud siguiendo
Con mi sangre aumenté la suya ardiente
Que aquel suelo regó..... ¡Cuánto esforzado,
En lid tan horrorosa combatiendo,
Arrebató el horrendo
Cuchillo de la muerte!.....
Firmes contrarrestando
La embravecida suerte,
Gritaban al caer: *¡Viva Fernando!*
Y los que no doblaron las cervices,
¡Cómo ostentan lustrosas cicatrices!

¡Oh sombras de los mártires primeros
De la imortal Madrid: sagrados manes
De los que en mil batallas desastrosas
Víctimas fuisteis de los hados fieros!
Venid: de vuestros ínclitos afanes
Ved el ansiado fruto. En albas rosas
Y palmas victoriosas
Ceñid la excelsa frente,

Y vagando en el viento,
Ved de la hispana gente
El placer, y gozad en su contento,
Acatando al gran Rey, por quien gloriosos
Rendisteis los alientos generosos.

Alza la frente, humilde Manzanares,
De juncias y verbenas coronada,
Y mira á tu señor augusto, armado,
Más gallardo que Marte. Mil cantares
Las ninfas de tu margen fortunada,
Broten ledas del labio delicado;
Y del joven amado
Entonen los loores,
Conmoviendo su canto
Los árboles y flores
De tus orillas con sabroso encanto;
Y tú, esforzando el divinal aliento,
Entona un viva que ensordezca el viento.

Corra tu voz por la anchurosa Hesperia,
Y *¡viva el Rey!* repita el castellano;
Y *¡viva!* el pueblo Astur. *¡Viva!* resuene
En el fuerte Aragón, en Celtiberia,
Y lo repita el leve valenciano,
Y en la encantada Turdetania suene;
La Península llene;
El piélago profundo
Pase, y *¡viva Fernando!*
Repita el Nuevo Mundo,

El mar del Sur, los *vivas* escuchando.
Y en cuanto alumbra el sol y el cielo abarca,
Viva tu nombre, altísimo monarca.

1817.





SONETO.

Tierno pesar, amargo abatimiento,
Pintado está en tu rostro ¡oh Nise hermosa!
Porque la cruda suerte rigurosa
De ti aleja tu amor: ¡duro tormento!

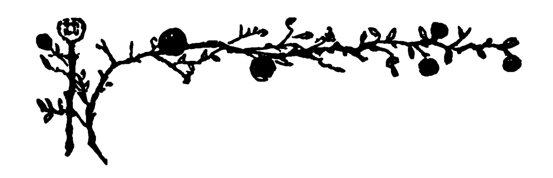
Suspiros das al compasivo viento,
Llanto á tu faz, envidia de la rosa,
Late tu seno, tu alma no reposa:
¡Feliz quien mereció tal sentimiento!

No más, ¡ah! que la pena ha de acabarte,
¿Y quién podrá vivir si te perdemos?
Que tu aflicción moderes ¡ay! te pido.....

¿Mas para qué me canso en consolarte,
Si eres mujer, y pronto esos extremos
Serán risa, desprecio, burla, olvido?

1817.





LA BORRASCA, Á LAUSO.

¡Ay, cuál el turbio mar hierve espumoso,
Y estas peñas altísimas quebranta,
Y se entumece hinchado, y se levanta
Compelido del ábrego silboso!
¡Cuál su furor espanta!

Bramando viene el huracán sañudo,
Y las cóncavas grutas espantosas
Retumban á lo lejos temerosas
Al hórrido fragor del trueno rudo,
Y gimen congojosas.

La negra nube enluta el alto cielo;
Y el súbito relámpago encendido,
Y el rayo por los aires desprendido
Llenan de asombro y de pavor el suelo,
Pasmado y confundido.

¿Y sacas, pobre Lauso, tu barquilla?.....
¿No ves del mar el sordo movimiento?

¿No oyes gemir el proceloso viento?
Vuelve, mísero, vuélvete á la orilla:
Muda, muda de intento.

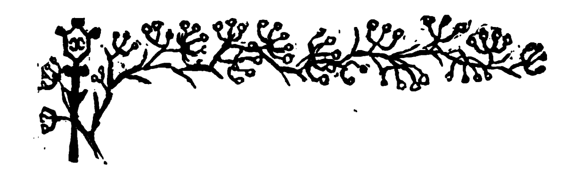
Vuelve, infelice, vuelve á la ribera.....
¿Qué intentas ¡ay! sin esperanza alguna?
Cuando á besar la planta de la luna
Sube con ronco hervor la espuma fiera,
¿Quieres tener fortuna?

Mira estas playas, mira estas arenas
Cubiertas de vestigios de altas naves,
De gruesos troncos, y de leños graves,
De quebrantados mástiles y entenas,
Y de robustas trabes.

Guarte, mi Lauso, guarte, que las olas
Destrozarán tu leño miserable.
Advierte que su furia inexorable
No respeta de regias banderolas
El orgullo indomable.

1817.





SONETO.

En este bosque por la vez primera,
Turbado dije á Virta: Yo te adoro;
Y ella bajó la frente, que orna el oro,
Y gozoso rubor su faz tiñera.

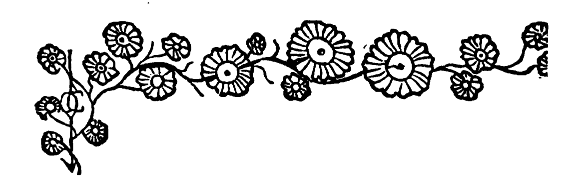
Sentada en ese tronco, placentera,
Siempre, me dijo, te amaré, Lidoro:
De aquella fuente al lado, en dulce lloro
De mí celosa acaso prorrumpiera.

De aquel fresno á la sombra deliciosa
En coloquios de amor la siesta ardiente
Pasé con ella ufano y satisfecho.

Mas ¡qué recuerdos!..... ¡Ay! ¡Virta engañosa!
Existen bosque y tronco y fresno y fuente;
Y no mi amor en tu mudable pecho.

1817.





EL TIEMPO.

¡Ay, cuán fugaz el tiempo presuroso,
Las silenciosas alas extendiendo,
Huye á nunca volver! El brazo duro
Sacude airado, el hierro poderoso
De su segur terrible revolviendo,
Y á su impulso tremendo
En polvo e resuelve el fuerte muro;
Tronos, imperios y poder perecen,
Astros desaparecen,
Mares se tornan fértiles llanuras,
Altos montes en piélago profundo,
Y se trastorna cuanto encierra el mundo.
¡Cuántas generaciones,
Cual niebla leve, en nada se tornaron!
Y en yermas soledades,
Y en pantanos y selvas tenebrosas
Magníficas ciudades,
Ilustradas un tiempo y poderosas.

Períclitas naciones
Del misterioso Nilo habitadoras,

¡Míseras!..... ¡Cuán fugaces
Vuestra grandeza y vuestra gloria fueron!
Como suelen los bravos aquilones
Las nubes arrastrar, así las horas
Os llevaron en pos, y en hondo olvido
Aun vuestros nombres sin piedad hundieron.
En vano en vos nacieron
Las fuentes del saber. Cual encendido
Relámpago veloz desaparece
Apenas en las nubes resplandece,
Tal vuestra ilustración: así el sañudo
Rigor del hado en sus eternas leyes
Lo decretó. ¿Qué fué de vuestros reyes
Sabios, y poderosos, y temidos,
Que todo el orbe dominar quisieron?
¡Ay! de la dura parca al hierro agudo
Su vano orgullo y su altivez rindieron:
De obscuridad sus nombres se cubrieron.

¿Do están, en donde la opulenta Tiro,
Y la ilustrada y la gloriosa Atenas,
Y la altiva Micenas,
Llanto de Troya?..... ¿Dónde está de Epiro
El colosal poder?..... Un día fueron,
Mas ya hasta sus rüinas perecieron.

¡Ay! que mi atormentada fantasía
Sobre las alas rápidas del viento
Vuela á aquellas regiones do algún día
Genio, y saber, y gloria colocaron

Su triunfador asiento,
Y al mundo refulgentes deslumbraron:
Donde la rica cuna
De dulce libertad rodó primero,
Mecida por el coro de virtudes,
Y halagada también por la fortuna.
¿Mas qué encuentra? ¡oh dolor! sombras y luto,
Y al Eurotas hundido entre arenales,
Que despechado al mar lleva el tributo:
Al mar, que solitario ronco brama,
Y entre desnudas rocas se derrama,
Y de amargas espumas hoy blanquea
Desiertas playas donde fué el Pireo;
Y ni ve los laureles de Platea,
Ni ve de Salamina el gran trofeo,
Ni escucha los acentos divinales
De entusiasmo y de ardor.... Silencio y muerte,
Y esclavitud no más halla asustada,
Que así le plugo á la terrible suerte.

Asilo un tiempo de los lares frigios,
Después terror del quirinal imperio,
Infelice Cartago:
Diéronte cuna horrores y prodigios,
Pusiste al ancho mar en cautiverio,
Y de entrambas Hesperias fuiste estrago;
Hora ni indicio vago
De ti puede encontrar el peregrino,
Y el ábrego ardoroso
Arrebata en confuso remolino

Sedienta arena en tu desnudo suelo.
¿Dónde hallaré tus poderosas naves?
¿Do tus huestes, pavor del Aventino?
¿Ni aun duran los hundidos arquitrabes
Y tronchadas columnas, que las llamas
Perdonaron tal vez, y referían
Mudas su fin aciago y desastroso?
Sepultólas el suelo que oprimían.

No ostentes, Roma ufana,
Tus famosas rüinas,
Triste esqueleto de gigantes glorias.
Si cuidosa examinas
Tanta reliquia vana
De gimnasios y termas, arcos, templos,
Verás son desengaños vividores,
Verás que son ejemplos,
Que el tiempo destructor ha perdonado
Para ser escarmiento á los mortales.
¿Mas dónde están ¡tristísimas memorias!
Los cónsules, tribunos, dictadores,
Y altos emperadores,
Que cercados de triunfos y victorias
Inciensos divinales alcanzaron,
Y á sus pies la fortuna encadenaron?
Sobre sus tumbas olvidadas crece
El solitario cardo, entre las piedras
Hendidas penden las bastardas yedras,
Que con triste silbido el viento mece,
Y en las horas nocturnas

El cárabo afligido,
Que acaso anida en las volcadas urnas,
Esparce por las sombras su alarido.

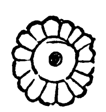
Así existen los restos suntuosos,
Que ¡oh Roma! guardas y aun altiva ostentas:
Así existen columnas y colosos.
¿Pero por consolarte acaso cuentas
Con que así durarán con gloria tuya?
¡Ay! verás pronto su total rüina,
Serán desmoronados
Y en vil polvo tornados;
Que de Saturno la cruel guadaña,
Que todo lo confunde y extermina,
Aun en vestigios sin piedad se ensaña.

Nada se tornarán..... ¿Dónde me lleva,
Á dónde mi dolor?..... ¿Por qué mi mente
En amargos recuerdos hoy se ceba,
Sin advertir el mal que está presente?
¿Qué importa que pasaran
Tantos imperios, tan excelsas glorias,
Que fueron y no son..... Nosotros mismos
Yaceremos en fin: en soledades
Se tornarán también estas ciudades
Que hora son nuestro encanto:
Se hundirán del no ser en los abismos,
Ni quedarán memorias
De que aquí descollaron. Los verjeles,
Hora nuestra delicia,

Se tornarán malezas y pantanos,
Ó ronco mar que, roto entre bajíos,
Hierva y brame, y asombre á los navíos.
Museos que Minerva ve propicia,
Alcázares que habitan los tiranos,
Templos y torres, puentes y murallas
Caerán, caerán entre las fieras manos
Del tiempo asolador. Cuanto ahora existe
Todo perecerá, cual perecieron
Altas naciones que en el mundo fueron:
¿Quién el empuje de la edad resiste?

Como el raudo torrente
Nace en la sierra y corre en la llanura,
Y por más que se oponga á su corriente
Ora un profundo valle,
Ora de antiguo bosque la espesura,
Ora una alta colina ó fuerte muro,
Abre espumoso á su carrera calle
Hasta llegar al mar; de aquesta suerte
Corre el orbe á los brazos de la muerte.

1818.





ROMANCE.

Oculto entre la espesura
De recios troncos sombríos,
Que, aunque de musgo se adornan,
De su vejez dan indicios;

Besando negras pizarras
Con manso y blando rüido,
Corre Bembézar humilde,
Sin presunciones de río.

En su margen escondida,
Mientras retozan lascivos
Sobre la hierba y las flores
Los cándidos corderillos,

De pechos en el cayado,
Con semblante pensativo,
Contempla aquellos lugares
El infelice Lorindo.

Un año de aquella orilla
Le tuvo ausente el destino,

Y hora vuelve donde encuentra
En vez de amores desvíos.

Al fin, rompiendo el silencio
En que yace sumergido,
Prorrumpe de esta manera
Con lágrimas y suspiros:

Riberas donde otro tiempo
Tan venturoso me he visto,
Bosques espesos y ocultos
De mis delicias testigos,

Dulces aguas, que suspensas
Visteis los amores míos,
Aquí mis encantos fueron,
Y hora es sólo mi martirio.

Ya desdeñosos me miran
Aquellos ojos divinos,
Que dan color á estas flores,
Que dan á estas peñas brillo.

Y al rigor de su desprecio
Vengo á morir ¡hado impío!
En estos mismos lugares
Donde gocé sus hechizos.

Aun en las blancas cortezas
De estos álamos altivos

El de Virta con mi nombre
Entrelazado diviso.

¿Por qué no los han borrado
Las lluvias de Enero frío,
Ya que en el pecho mudable
Borró ausencia mi cariño?.....

Mas ¡ay! que los respetaron,
Para que con mudo grito
A Virta llamen ingrata,
Y desdichado á Lorindo.

Reciba grato mi lloro
Vuestro seno cristalino,
Dulce raudal apacible,
De mi amor trasunto vivo.

Aquí tenéis nombradía,
Y entre juncias y carrizos,
Tributo os dan mil arroyos,
Gozáis el nombre de río;

Pero en dando cortos pasos,
Con el Betis confundido,
Bembézar, ya nadie os nombra,
Porque así el hado lo quiso.

Tal sucedió á mis amores:
Aquí inocente y tranquilo

Los gozaba, imaginando
No verlos jamás marchitos:

De este suelo la desgracia
Me apartó, y al punto mismo
Pasaron cual vos, se hundieron
En torpe y obscuro olvido.

1818.





LETRILLA.

¿Te vas y me dejas,
Traidor, fementido?
¿No hiere tu oído
Mi amargo gemir?

Escucha mis quejas,
Detente, inhumano.....
Mas ¡ay! que es en vano
Tu fuga impedir.

El alma, la vida
Me llevas contigo,
Crüel enemigo,
Perverso amador.

En penas sumida
Me dejas y ríes,
Y ufano te engríes
Al ver mi dolor.

Lorindo engañoso,
¿Es mármol tu pecho?
¿De bronce está hecho
Tu seno crüel?

¡Traidor! ¡alevoso!
Delicias brindabas,
Y horrendo ocultabas
Ponzoñas y hiel.

Aléjate, ingrato,
Desprecia mi acento,
Que vaga en el viento
Sin nada valer.

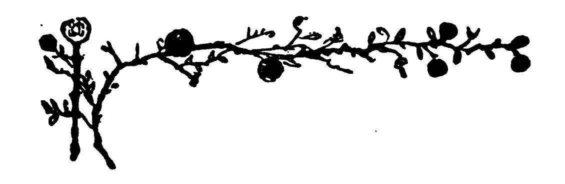
Tu pérfido trato
De gozo te llene,
Mi mal te enajene
Con fiero placer.

No importa, algún día
Será mi venganza,
Que á todos alcanza
La flecha de amor.

Rendido á una impía
Veraste muriendo:
Y entonces rïendo
Veré tu dolor.

1818.





Á OLIMPIA,

DEDICÁNDOLE VARIAS COMPOSICIONES.

Oye afable, hermosa Olimpia,
De mi lira los acentos,
Y á tu ternura recuerden
Que tu amor vive en mi pecho.

Estas son ¡ay! las canciones,
Los afortunados versos,
Que el Tajo y el Manzanares
En sus jardines oyeron;

Cuando junto á ti dichoso
En llama feliz ardiendo,
Sólo anhelando agradarte
Mi labio los daba al viento.

Si algo valen, dulce Olimpia,
Es porque resuena en ellos

Tu nombre, y porque lograron
Serte gratos aquel tiempo.

Benigna acógelos: oye
Cual te están siempre diciendo
Que tú sola eres mi encanto,
Que en mí tu amor será eterno.

Y si el destino sañudo
De ti me aparta violento,
Robándome tus caricias,
Dejándome llanto y duelo;

Ora los climas helados
Alumbren tus ojos bellos,
Ora á la zona abrasada
Dé vida tu blando aliento;

Recuérdente mis afanes,
Tu amor, mi delirio ciego,
Mi constancia, tu ternura,
Mi dicha y tus juramentos;

Y aquellos veloces días
De encanto y delicias llenos,
En que las floridas selvas
Arder nuestras almas vieron,

Y escucharon silenciosas
Cómo tu labio de fuego

Me ofreció constancia eterna,
Triunfadora de los tiempos.

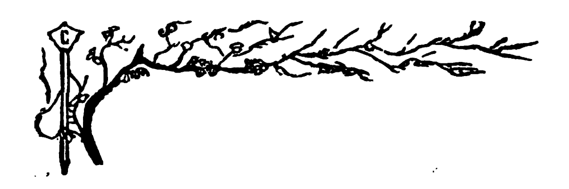
¡Ay! si tanto consiguieran,
¡Ilusiones de consuelo!
Que al despertar en tu mente,
De nuestro amor los recuerdos,

Se humedecieran tus ojos
Y palpitara tu seno,
Y lanzaras un suspiro,
De mi fe constante en premio.....

Entonces ¡ah! no trocara
Estos mis humildes versos
Por los laureles de Taso,
Ni por las glorias de Homero.

1819.





SONETO.

¡Ay, que de vuestro labio purpurino
Aterrado escuché, temblante y mudo,
Que iba á romperse para siempre el nudo
Con que mis dichas enlazó el destino!

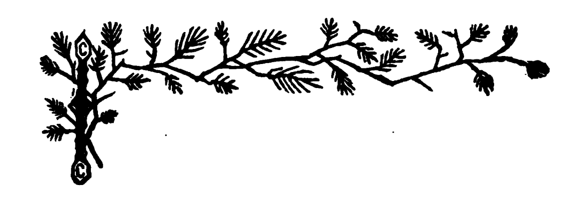
Antes hendiendo el aire cristalino
Descienda tronador el rayo agudo,
Sobre mi frente mísera, y sañudo
Me confunda en humoso remolino.

¿Y qué, Olimpia crüel, has olvidado
Mi amor, tus juramentos?..... ¡Fiera suerte!
¿Y tú los romperás con brazo airado?.....

¿Por qué antes de mirarte y de quererte
Al hondo sueño del sepulcro helado
No me arrastró la compasiva muerte?

1819.





Á OLIMPIA.

¡Ay, cuánto tiempo en inquietud sombría
Mi pecho palpitó, desde que el fuego
De tus divinos ojos y semblante
Hirió con su esplendor el alma mía!
Y yo, infeliz, y deslumbrado, y ciego,
No alcanzaba á saber lo que sentía:
Y de ti lejos, tímido y errante,
Sin notarlo, en tu amor mísero ardía.
Tal vez en las entrañas de la tierra
Así se oculta y ceba, y arde, y crece
La llama asoladora,
Que al fin hendiendo la fragosa sierra,
Ardiente y tronadora
En volcán horroroso resplandece.

Buscando la quietud, al pecho mío
Del escondido amor arrebatada,
Del Betis olivoso
Las márgenes amenas,
De sacros bosques y verjeles llenas,

Pisé confuso y sin hallar reposo.
Del apacible río
Las transparentes ondas sosegadas,
Sus frescas alamedas silenciosas,
Del vagaroso céfiro agitadas
Al rojo amanecer, las lindas flores
Risueñas, olorosas,
Que en ellas blandamente se mecían,
Su fragancia ostentando y sus colores,
Nada á mi mente, nada le decían:
A mis ojos natura muerta estaba,
Y en lágrimas mi rostro se inundaba.

Ora hacia las arenas
De gloria y triunfos y escarmiento llenas,
Que azota el mar undoso gaditano,
Mis plantas me arrastraban nuevamente,
Pensando hallar del alma
La paz perdida, y la tranquila calma
A vista del magnífico Oceano.
El giro de los mares de Occidente
En vano el pensamiento me ocupaba;
En vano procuraba
Exaltar mi agitada fantasía
El espacio sublime de las ondas;
Ya cuando hirviendo con salobre espuma,
Al cierzo bramador se entumecía,
Y alzando al cielo las arenas hondas,
Los ásperos escollos combatía;
Ya cuando adormecido

El cielo de zafir puro y sereno
Reverberaba plácido en su seno;
Más nunca mis pesares
Conseguiste aquietar, Dios de los mares.

Tal vez rendido á mi afanar tornaba
Del regio Manzanares á la orilla,
Y necio imaginaba
Que el fausto y pompa, en que orgullosa brilla
La gran ciudad, señora
De dos mundos, calmara con su encanto
Mi mortífera pena roedora.
Mas ¡ay! en los magníficos salones
De oro y púrpura bárbara adornados,
So las soberbias cimbrias y artesones
De refulgentes tintas esmaltados,
Y en plazas, y en liceos, y en jardines,
El frío tedio y el pesar infando
Mi corazón estaban devorando.

¿Y qué, dije, será que las estrellas
Vieron con ceño el infelice día,
Que empecé á respirar?..... ¿Será, oh destino,
Que siempre el hombre en mísera agonía
Arrastre su existir?..... Si esta es la suerte
Que guardan los arcanos
A la raza infelíz de los humanos,
Ven sin tardanza, ven, ¡oh dulce muerte!
Siega piadosa la garganta mía,
Descanse al menos en la tumba fría.

Cuando tornas, Olimpia, á esta ribera,
Bella como la luna refulgente,
Que en apacible y grata primavera,
Cándida ostenta la argentada frente,
Y lánguida y luciente
Desde su carro azul derrama brillo,
Al través de las nubes plateadas,
Del blando cefirillo
Con vagarosas plumas agitadas.
Te vi, y me estremecí; torné á mirarte,
Y el denso velo que mi amor cubriera,
Rasgóse de repente, y descubierto
Miré mi corazón, y en él patente
La oculta causa de mi angustia fiera.
Y reventando el escondido fuego,
Tronó como un volcán, tu amor buscando,
Y tu amor, y tu amor sólo anhelando.

Yo entonces mudo, y pavoroso, y yerto,
No sé lo que sentí..... Vuelvo, y turbado,
De horrible duda y timidez cercado,
Pero en alas de amor, á ti me allego,
Y mi calma, y mi paz, y mi sosiego,
Y mi dicha te pido,
Abrasado en tu amor y confundido.
Y ¡oh delicioso instante,
De ventura y placeres el primero!
Tu divino semblante
Vi de rubor purpúreo enrojecido,
Latir tu seno cándido y turgente,

Tu labio balbucir, tu altiva frente,
Émula acaso del mayor lucero,
Blandamente inclinarse, y un suspiro
De tu boca de rosa
Escuché, fuí feliz, y al punto huyeron
Oculto tedio y pena silenciosa,
Y tristeza y afán. Los que ya fueron
Objetos mudos á mi triste mente,
Me hablan al corazón. Fragantes flores,
Verdes arbustos, árboles sombríos,
Claros arroyos, cristalina fuente,
Süaves amorosos ruiseñores,
Noche pura, serena, sosegada,
Ronco hervoroso mar, sonoros ríos,
Aurora de azucenas coronada,
Eterno luminar padre del día,
Amenas soledades,
Opulentas magníficas ciudades,
Ya herís mi fantasía,
Y os contemplo y admiro,
Que por doquier amor y amores miro.

¡Oh, cuántas sensaciones deliciosas
Alberga el corazón correspondido
Del dulce bien que le eligió natura!
¡Cuán feliz es el alma ardiente y pura,
Que es de un sincero amor dichoso nido!
¡Cuán venturoso yo!..... Mas ¿qué tremenda
Imagen espantosa
Me asalta el pensamiento?..... ¡Olimpia mía,

La vida es tan fugaz, tan presurosa!
Jamás ansié la eternidad, y lento
Juzgaba el vuelo de los años mudo.
Mas ¡ah! desde que aliento
El aura del placer y la alegría
Siempre á tu dulce lado,
Desde que tú me hiciste afortunado,
¡Cuán rauda, cuán ligera
Encuentro de las horas la carrera!
Sí, miro con pavor que el tiempo crudo,
Que todo lo sepulta inexorable
En el no ser obscuro y espantable,
Airado nos acecha
Cual fiero cazador con dura flecha
A las tiernas amantes tortolillas,
Que en la florida rama
Se acarician sencillas,
Ardiendo en dulce y venturosa llama.

Las matizadas y risueñas flores
Que en nuestro rededor brotan ahora,
Desmayadas, marchitos sus colores,
Al fin caerán. La planta voladora
De la edad hollará nuestros amores,
Y el hielo, y la aridez, y al fin la muerte.....
¡Ay, llegará el momento de perderte!

1819.





ELEGIA.

Noche terrible y tenebrosa, ¿dónde
La pura luz que encanta el alma mía,
De mis ojos tristísimos se esconde?

¿Do están ¡ay! mi consuelo y mi alegría?
¿Do mi Olimpia crüel, que así me deja
En hondo afán, en mísera agonía?

Cuando el carro del sol huye y se aleja
A los desiertos mares espumosos,
Acude grata á mi amorosa queja,

Y ya en sus altos cercos vagarosos
Las pálidas estrellas resplandecen,
Resaltan los luceros relumbrosos,

Y mis ojos con llanto se obscurecen,
Porque no encuentran á su dueño amado,
Y en triste sombra ¡ay míseros! perecen.

¿En dónde estás, mi bién? Desatentado
Corro en tu busca con dudosa planta,
Y torno, y no te encuentro, desdichado.

¿Quien te roba á mi amor con fuerza tanta,
Que á arrancarme no vienes compasiva
El áspero dogal de la garganta?

¿Tal vez, tal vez la saña vengativa
De algún duro tirano te detiene,
Y que consueles mi afanar te priva?

¿Tal vez me has olvidado, y te entretiene
Alguno más dichoso?..... ¡Oh Dios!..... Perdona:
Siempre el tierno amador recelos tiene.

Noche, noche terrible, tu corona
De altas estrellas hunde en Oceano,
Y contigo el horror que me aprisiona.

Y brille en el Oriente el soberano
Resplandor de Titán, y su luz pura
Rompa de mis sospechas el arcano:

Y vuelva yo á gozar de la hermosura
De mi Olimpia adorada, y su terneza
Compense mi aflicción y mi amargura.

Vuela ¡oh noche fatal! y con presteza
Llévate mi tormento y mis temores,
Y de mis crudos hados la aspereza.

Y á ti, sueño apacible, de tus flores
Una guirnalda tejeré olorosa,
Si templas mis cuidados roedores.

Ven ¡ay! ven á mi ruego. Presurosa
Huirá la noche en viéndome en tus brazos,
Y calmarás mi angustia congojosa.

Tú sabes dulce apresurar los plazos
De penas y dolores: ven callado
Y envuélveme amoroso entre tus lazos.

Mas ¡ay! que huyes también apresurado,
Y te alejas de mí con raudo vuelo,
De mis ásperas penas asustado.

Y la noche reacia enluta el cielo,
Y retarda crüel su paso mudo,
Como si se gozara en mi desvelo.

Volad, horas terribles..... ¡Oh sañudo
Furor del hado!..... Noche perezosa,
Jamás cual hoy sentí tu rigor crudo.

Ya me asaltó tu sombra temerosa
En medio de las ondas de Oceano,
En tempestad horrísona y fragosa,

Y desprecié la furia del mar cano,
Y el ronco son del desatado Noto,
Y el negro aspecto del escollo insano.

Y vi tranquilo al tímido piloto
Pálido alzar al alto firmamento
Temblantes manos y ferviente voto.

También tendiste por el vago viento
Tus negras alas y tu sombra triste
Con silencioso y presto movimiento,

Y entre yertos cadáveres me viste
Herido, y combatir la muerte fiera,
Y pavor á mi pecho no impusiste.

Y pasé de tu plazo la carrera
Entre confusa plebe amotinada
Del aurífero Tajo en la ribera.

Y la pasé con planta fatigada,
Solo, descaminado, perseguido,
Huyendo del poder la fuerza airada:

Mas nunca ¡oh noche! tan tremenda has sido
Para mi corazón; nunca tan lenta
Para darme tormento has discurrido.

¡Ah! que ya al escuchar cuál se lamenta
Mi espíritu abatido, se enternece
Y recoge sus sombras y se ausenta.

Sí, ya el rosado Oriente se esclarece,
Y la primera luz del nuevo día
A mis cansados ojos resplandece.

Saca tu blanca faz, aurora fría,
Y muéstrame do está mi Olimpia hermosa,
Y consuela risueña el ansia mía.

Mas si la airada suerte rigurosa
De su luz para siempre me ha privado,
No ostentes, no, la tuya esplendorosa,
Déjame en noche eterna sepultado.

1819.





ROMANCE.

¿Ves, Olimpia encantadora,
Cuán amorosas las yedras
Enlazan los recios troncos,
Que Tajo apacible riega?

Pues del tiempo el curso airado
No rompe unión tan estrecha;
Antes con vínculos nuevos
Más la afirma y encadena.

En mis inocentes años,
Cuando mis contentos eran
Correr tras las mariposas
Por esta risueña vega,

Deshojar las rosas lindas,
Que esmaltaban sus florestas,
Y hacer casitas y torres
Con este barro y arena,

Ya vi estos troncos vestidos
De las mismas fieles yedras,

Aunque tal vez más lozanas,
No en unión menos estrecha.

¡Cuántos Mayos han pasado
Desde aquel tiempo! Contempla
Cuántos sucesos diversos,
Cuáles trastornos y guerras.

Fuentes que vi engalanadas,
De claros raudales llenas,
Míralas rotas y hundidas,
Y abandonadas y secas.

Los edificios soberbios
Que honraban estas riberas,
Yacen en tristes ruïnas,
Que de espanto el pecho llenan;

¡Y qué de altivos colosos
Que tocaban las estrellas,
Fugaces desparecieron
Como la delgada niebla!

¡El curso de pocos años
Cuál ha mudado esta tierra!
Joven soy, mas yo la he visto,
De lo que hoy es bien diversa.

¿Y sólo el amor subsiste
Que enlazó estas alamedas

Con los venturosos nudos,
Que tan firmes se conservan?.....

Lo que eterno parecía,
Deshízose con presteza,
Y sólo duran los troncos
Abrazados de las yedras.

Y si alguno se ha secado,
No le abandonaron ellas;
Y si hay alguna marchita,
Ellos firmes la sustentan:

Como diciendo á la muerte
No tememos tu crudeza,
Que mientras el uno exista,
Los lazos seguros quedan.

¡Ay! ejemplo de los nuestros,
Oh mi Olimpia, siempre sean:
Y así unidas nuestras almas
Vivan edades eternas.

Aranjuez, 1819.





SONETO.

Olimpia bella cual la franca Aurora,
Gentil más que la cándida azucena
Que de fragancia y granos de oro llena,
En el verjel descuella triunfadora:

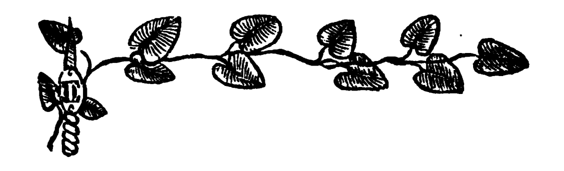
Ten compasión de quien rendido adora
Tu imagen celestial, y la cadena
Que en mi cuello infeliz áspera suena,
Torna en guirnaldas que me envidie Flora.

Sí, Olimpia, sí: tu plácida hermosura
No puede en sí abrigar alma de acero,
Muévate mi pasión sublime y pura.

Premie tu amor mi amor firme y sincero;
¡Ay! si te muestras á mi llanto dura,
Verás, crüel, como á tus plantas muero.

1819.





ROMANCE.

¿Qué importa, adorada Olimpia,
Que la suerte nos arranque
De las riberas del Tajo,
Y nos lleve á Manzanares?

¿Qué importa mudar de sitio,
En tanto que no se aparten
Nuestros tiernos corazones,
Nuestras firmes voluntades?

No las flores matizadas
Que en estas orillas nacen,
Dando contento á los ojos,
Dando fragancia á los aires;

No las frescas alamedas
Que se elevan arrogantes,
Pobladas sus verdes cimas
De canoras dulces aves;

No de Tajo delicioso
Los apacibles raudales,

No los pintados verjeles
Que adornan su rica margen,

Causan el dulce contento,
Forman el gozo envidiable,
Que se anida en nuestras almas
Sencillas, tiernas y amantes.

Doquiera, adorada Olimpia,
Que el destino nos arrastre,
Allí seremos dichosos,
Mientras amor nos enlace.

Goce yo la pura lumbre
De tus ojos divinales,
Goce ver tu hermoso seno
Siempre por mí palpitante;

Oiga tus ardientes labios
Decirme amores sŭaves,
Suspirar celosas quejas,
Constancia eterna jurarme;

Y más que el hado enemigo
Furioso nos arrebate
Á las arenas de Libia,
O á las nieves de los Andes.

1819.





Á OLIMPIA.

Dulce señora mía,
Más lozana y gentil, y más hermosa,
Que al despuntar el día,
Se muestra por Abril purpúrea rosa:
¡Cuán venturoso vivo
Desde que soy de tu beldad cautivo!

¡Felice cautiverio
Más que la libertad! De él no saliera
Si el soberano imperio
Del anchuroso mundo me valiera,
Que es triunfo gloríoso
Esclavo ser de dueño tan hermoso.

El soberbio tirano,
A quien se humilla el apartado Oriente,
Y perlas el mar cano
Tributa, y Tibar oro refulgente,
Su alta soberanía
Gozoso por mi suerte trocaría.

Porque ¿quién ¡oh señora!
Puede anhelar más gloria, que humillado
Mirar la encantadora
Beldad vuestra, rindiendo encadenado
El alma y albedrío
A vuestro delicioso señorío?

Y contemplar humilde
La majestad y gracia del semblante,
Y el fuego irresistible
De los modestos ojos, y el crispante
Y nítido cabello,
Que orna la frente y el gallardo cuello,

Y ese pecho divino,
Que vence en candidez al alba pura,
Y el talle peregrino,
Y el soberano todo y compostura,
Y la mano de nieve,
Y el brazo de alabastro, y el pie breve?

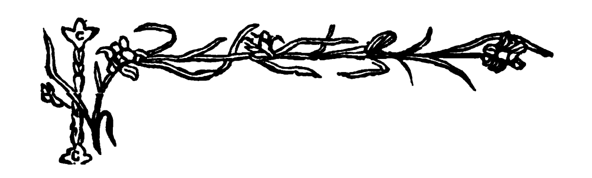
Y ¿qué dicha más alta
Que escuchar embebido vuestro acento,
Do esplendente resalta
El noble y generoso entendimiento,
Que os dió Naturaleza,
La discreción uniendo á la belleza?

Si mil cuellos contara,
Todos á vuestro yugo ¡oh mi señora!

Ufano presentara;
Pues desque á vuestra planta encantadora
Me rendí por cautivo,
Feliz, glorioso, y envidiado vivo.

1819.





CANTILENA.

Mil veces venturoso
Y mil, amada Olimpia,
Quien goza tus encantos,
Y para ti respira.
Suspirar á tu lado,
Mirar tu faz divina,
Ver palpitar tu seno
Que es de Dione envidia,
Sentir el dulce rayo
Con que tus ojos brillan,
Enardecer tu pecho,
Llenar tu fantasía,
Escuchar de tu boca
Palabras expresivas,
Merecer tus cuidados,
Disfrutar tus caricias,
Fuera ¡ay! el bien supremo,
Y el colmo de mi dicha.

1819.





SONETO.

Jamás marchite tu beldad lozana
El tiempo volador, Olimpia mía:
Tus ojos siempre al luminar del día
Ofusquen, y tu frente á la mañana.
Brille eterna en tu faz la nieve y grana,
Y placeres revuelen á porfía,
Trisquen las gracias, y el amor sonría
En torno á tu belleza soberana.
Y el claro sol en el risueño Oriente,
Mil y mil veces de esplendor vestido,
Tu fiesta anuncie grato y refulgente:
Mas venga ¡ay! á mirar correspondido
Por ti, mi tierno amor puro y ardiente,
De los tiempos triunfando y del olvido.

1819.







ADELFA.

ÈGLOGA.

(Imitación de Pedro de Espinosa.)

POETA.—LAURISO.—MIRTILO.

POETA.

Si el ronco acento de la lira mía
Consiguió venturoso interesarte,
Olimpia bella, como el claro día,
Tu amor cantando y el furor de Marte;
Estos humildes versos que Talía
Me dictó acaso logren agradarte:
Escucha al son de la campestre avena
De mis zagales la canción serena.

Una cansada y perezosa siesta,
Cuando el ardor del encendido Febo
Las fuentes disminuye, el campo tuesta,
Y no consiente á los ganados cebo,
Á buscar el ambiente en la floresta,

Lauriso, gallardísimo mancebo,
Orillas de un arroyo sosegado
Encaminó su retozón ganado.

Tal vez allí gozando la frescura
El gracioso Mirtilo se encontrara.
Ambos jóvenes eran, y en dulzura
Para el canto, ni Pan les igualara.
Al pie de un olmo, cuya verde altura
Les daba grata sombra, y de la clara
Corriente al resonar, así cantaron,
Y las Ninfas del bosque lo escucharon.

LAURISO.

No sólo allá en las cortes y ciudades
Ejerce el crudo amor sus tiranías,
Ni el insano rigor de sus crueldades
Ostenta en las florestas y alquerías;
En los pechos también de las deidades,
Y entre las ondas de las aguas frías,
Del duro amor el insaciable fuego
Enciende con su flecha el niño ciego.

Por verde prado y suelo delicioso,
Que Flora esmalta con matiz divino,
Para unirse á Neptuno proceloso
El ancho Betis tuerce su camino.
Y á registrar su estado poderoso

Sacó la faz del seno cristalino
Una tarde tal vez, y acaso viera
Á la zagala Adelfa en su ribera.

Sus ojos al momento el Numen ama,
Que le abrasaron con su dulce fuego,
Y ardiendo del amor en viva llama
Perdió la regia calma y el sosiego.
Su tierno pecho con la ausencia inflama,
Y á fuer de amante con humilde ruego
Sale á la orilla, y entre blandas flores
Así rendido explica sus amores.

MIRTILO.

Vuelve ¡oh mi sol! alegra esta ribera
Con pura luz de tus hermosos ojos.
Torna, zagala, tu crueldad no quiera
Con desdenes causarme más enojos.
Ven á gozar tranquila y placentera,
Á tus plantas rendida por despojos,
De mi riqueza la abundante fuente,
Que para ti la guardo solamente.

No nacen en mi orilla carrizales,
Ni frágiles helechos, ni espadaña;
Mosqueteros y mirtos y rosales
Son los que mi corriente copia y baña;
Sauces, olmos, laureles eternales

Pueblan en vez de la flexible caña
Mi alegre margen, que en mi regio asiento
Jamás groseros vástagos consiento.

Jacintos y claveles carmesíes,
Rojos carmines, blancas azucenas,
Morados lirios, jaldes alelíes,
Frondosas parras, frígidas verbenas,
Y maravillas, gualdas y turquíes
Esmaltan mis dos márgenes amenas,
Que desde el punto que tu ausencia vieron
Mustias quedaron, su esplendor perdieron.

Por lo mejor de Hesperia se derrama
Mi corriente feliz, en todo el mundo
Mi poder suena y mi esplendente fama,
Igual á la del piélago profundo.
En cuanto ve del sol la eterna llama
Respétase mi nombre sin segundo:
Y humildes el Ocaso y el Oriente
Me dan tributo de metal luciente.

Al mismo mar no cedo en poderío,
Que si enojado con mi corva orilla
Salgo, cual suelo por Diciembre frío,
El monte enhiesto á mi furor se humilla.
Á mi rugiente y espumoso brío
Tiembla asustada la imperial Sevilla,
Y el pino, que es honor de la montaña,
Vuelco en mi espuma como frágil caña.

En medio de mi frígida corriente
De fábrica divina es mi palacio:
Son las columnas plata refulgente,
Son las cornisas nácar y topacio.
Y la soberbia bóveda eminente
Que cierra en torno el atrevido espacio,
Follajes de carámbano, guirnaldas
Donde brillan turquesas y esmeraldas.

Mis arenas copiosas, de abalorio
Y de cándidas perlas y corales:
De los dioses asisto al consistorio,
Que no son más que yo, son mis iguales.
No es mi poder, cual juzgas, transitorio,
Que en las altas esferas celestiales,
Donde Júpiter mora sobre el viento,
También como inmortal tengo mi asiento.

¿Más qué es esto sin ti, linda pastora?
¿Qué es esto sin gozar de tus caricias?
Todo por ti lo abandonara ahora,
Que en tu amor solo cifro mis delicias.
Zagala, ven: atiende al que te adora,
¿Por qué mi amor, ingrata, desperdicias?.....
¡Ay, cuántas ninfas por lograrlo hicieran
Mi gusto, y por felices se tuvieran!

Aglaura, la graciosa Deyopea
El dulce amor que te consagro envidian,
Y unidas con la blanca Galatea

Para ablandarme de consuno lidian:
Mas como amarte mi destino sea,
Sus importunaciones me fastidian:
Harto lo advierten, llóranlo, y cansadas
Se esconden en mis selvas apartadas.

Ven, responde á mi amor.... ¿Amas las flores?
Mi margen, con tu luz esclarecida
Te las dará tan lindas en colores
Como tu gusto ó tu capricho pida,
El aura inundarán con sus olores,
Y si de ellas tu frente veo ceñida,
Despreciaré las que desparce Flora,
Las que en el seno brillan de la aurora.

¿Te divierte el cazar? Un bosque umbroso
Consagraré á tu nombre, donde halles
El ágil ciervo, el jabalí espumoso,
Mejor que de las sierras en los valles:
Do jamás entre el sátiro amoroso,
Y de altos olmos en torcidas calles
Las tórtolas amantes aprisiones,
Ó al descanso tranquila te abandones.

¿Quieres mando y poder? Tuyo es el mío.
¿Quieres nombre inmortal, eterna fama?
Los dulces cisnes que en mi curso frío
El fuego excelso de Helicón inflama,
De su canto sublime al poderío
Tu nombre harán eterno, y esta llama

En que ardo yo por ti..... ¿Mas no respondes,
Y á mi cariño y á mi afán te escondes?.....

Ten lástima, crüel, de un desdichado
Á quien arrebataste su sosiego,
Ven á ser la señora de mi estado,
Ven á gozar de mi cariño el fuego:
Si mi excelso poder no te ha obligado,
Muévate el escuchar mi humilde ruego:
Cáusete compasión mi tierno llanto,
Oye al menos las quejas de mi canto.

LAURISO.

Así cantaba el dios, su amarga pena
Comunicaba al apacible viento,
Los altos olmos de la orilla amena
Mostrábanse movidos del lamento:
El aura leve de fragancia llena
No causaba en las hojas movimiento,
Y los azules peces se paraban
Y los dulces amores escuchaban.

Una tarde tal vez, que de amaranto
Los celajes levísimos tiñera
Febo desde Occidente, el dulce llanto
Betis y el blando ruego repitiera:
Cuando el hermoso objeto de su canto

Dejóse ver en la feraz ribera,
Rozagante, llenándose la falda
De flores, para hacer una guirnalda.

En la ya mustia y marchitada orilla,
Al ver la linda faz de Adelfa hermosa,
Con nueva y pura luz el aura brilla,
Se engalana la selva silenciosa,
Brota el suelo á su planta manzanilla,
Y la azucena y la purpúrea rosa
Tornan á demostrar su nieve y grana,
Cual si vieran la luz de la mañana.

El manso aliento de Favonio blando
Tornó halagüeño á conmover las flores,
Y las graciosas alas agitando
Esparció los balsámicos olores.
El amoroso ruiseñor, juzgando
Que tornaban de nuevo los albores
Que dan principio al esplendente día,
Sus trinos deliciosos repetía.

Mírala Betis, torna al llanto luego,
Y la inocente Adelfa se sonroja,
Y el dios ardiendo en insaciable fuego,
Tanta esquivez y ceño le acongoja:
Y al ver que nada alcanza con el ruego,
Y que la ingrata con su amor se enoja,
Grabó la planta en la mojada arena,
Hollando el amaranto y la verbena.

«Por fuerza, dice, me querrás, pastora,
Que yo sabré domar tu ceño esquivo.»
Y tras ella con planta voladora
Corre veloz, en ademán altivo.
Adelfa, al verlo cerca, triste llora,
Y apresura su curso fugitivo
Tímida, sin aliento, presurosa,
Cual huye del lebrel cierva medrosa.

Y viendo que la alcanza el dios, alzando
Ambas manos al cielo: «Diana, dice,
Que los montes y selvas fatigando
Tu labio al torpe forzador maldice:
Recuerda que me ves entre tu bando,
Sé escudo impenetrable á esta infelice.»
La diosa oyó su ruego, socorrióla,
Y en la flor de su nombre convirtióla.

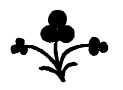
En esa flor hermosa que conserva
Triste la faz, la condición esquiva;
Bella á los ojos y apacible hierba,
Mas lleno el tallo de ponzoña activa;
Graciosa de color, de gusto acerba,
Del sol resiste la calor estiva;
No la pace el ganado, ni las aves
Desde ella entonan cánticos süaves.

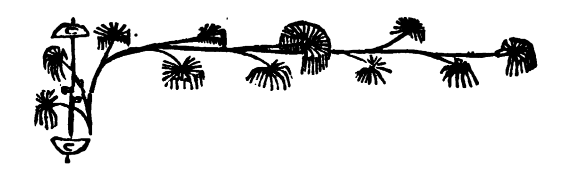
POETA.

Esta fué, bella Olimpia idolatrada,

La canción que entonaron los pastores,
Mientras la vega estuvo marchitada
Del sol con los radiantes resplandores;
Y viendo que la siesta era pasada,
Coronados de lauro, mirto y flores,
Con amorosa muestra se abrazaron,
Y aquel sombroso sitio abandonaron.

1819.





CANTILENA.

¿Ves, adorada Olimpia,
Cuán fugaz y ligero
Saturno inexorable
Apresura su vuelo?

Á su aspecto sañudo
Todo pasa cual sueño,
Que nada se resiste
Á su furor tremendo.

Ríndese el necio orgullo
De los hombres soberbios,
Ríndese el poderío,
Ríndese el alto imperio.

Altivos edificios,
Y pomposos trofeos,
Saber, fortuna, gloria,
Todo lo hunde violento.

Montañas en llanuras,
Ciudades en desiertos

Á su impulso se tornan,
Se cambian á su esfuerzo:

Mares en ricos prados,
Prados en mar inmenso:
Todo, todo á su curso
Está, Olimpia, sujeto.

Todo lo está á su furia,
Mas no lo está mi pecho,
Ni el amor ardoroso
En que por ti me quemo.

Deslízanse las horas,
Los días van huyendo,
Corren con paso mudo
Los deleznables tiempos.

Y yo firme te adoro,
Y en más voraz incendio,
Cada instante abrasarse
Mi corazón advierto.

Tal vez el tuyo ingrato
Convertiráse en hielo,
Te cansará mi lloro,
Verásme con desprecio.

Odiarás mi memoria,
Serás ¡ay! de otro dueño:

Y yo, triste y constante,
Me abrasaré en tu fuego.

A climas apartados
Me arrastrará violento
El destino terrible,
Ó acaso mi despecho:

Y ausente de tus ojos,
Y de tu encanto lejos,
Te amaré desdichado,
Por ti arderá mi pecho.

La vejez enojosa
Vendrá con paso lento,
Marchitando las flores
Que ahora son tu recreo:

Las ilusiones dulces,
Los goces placenteros,
De su rugosa frente
Huirán, y de su ceño.

Blancos, cual nieve pura,
Tornará mis cabellos,
Y por ti, Olimpia mía,
Se abrasará mi pecho.

La muerte inexorable
Con su brazo de hierro

Segará mi garganta,
Me hundirá en largo sueño:

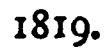
Y el alma separada
De mi infelice cuerpo,
Te adorará por siempre
Con un amor eterno.

Y en la callada noche,
Cuando reina el sosiego,
De la argentada luna
Al pálido reflejo,

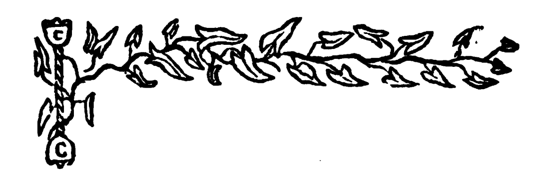
Vendrá, ya leve sombra,
En las alas del viento,
De Tajo venturoso
A los bosques amenos:

Y con hondo alarido,
Perturbando el silencio
De las tranquilas horas
De reposo y de miedo,

Olimpia, Olimpia amada,
Dirá, y oirálo el eco,
En torno el aura dulce
Olimpia repitiendo.


1819.





SONETO.

Por más que el Noto silbador pelea
Con el añoso roble, que eminente
Alza en la selva la pomposa frente,
Vana es la fuerza que en troncharlo emplea.

Por más que el mar horrísono blanquea
Contrastando la roca permanente,
Su inmoble resistir firme y valiente
Muestra cuán vano el combatirla sea.

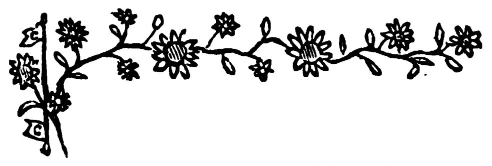
Así al suspiro de mi ardiente boca
Miro á mi Aspasia en roble convertida,
Y á mi llorar en inmutable roca.

Y antes acabará mi triste vida
La desesperación que en mí provoca,
Que logre verla á mi pasión rendida.

1819.







LAMENTO NOCTURNO.

Noche serena y pura,
Y vosotras ¡oh estrellas!
Que brilláis en el el cielo vagaroso,
Desde la inmensa altura
Trémulas luces bellas
Al suelo dando, y plácido reposo;
Si el llanto congojoso
De amantes desdichados
Escucháis compasivas,
Atended ¡ay! las vivas
Penas que me devoran, y cuidados:
Veréis ¡oh cruda suerte!
Que amo y amado soy, y ánsio la muerte.

Y tú, luna argentada,
Que blanca resplandeces,
Húmeda, y silenciosa, y sola, y fría
En tu rueda elevada,
Y la nieve esclareces
De las cercanas cumbres de Fonfría;
Tú, que á la diosa mía
Lánguida te asemejas,
Y tú, que amada fuiste,

Y que también vertiste
Llanto de amor en angustiadas quejas,
Oye, que el manso viento
Te llevará en sus alas mi lamento.

¡Ay, que en el pecho mío
La más vehemente llama
Arde, que ardió jamás en pecho humano:
La que en su poderío
Con más rigor inflama
La ardiente flecha del amor tirano!
Y el dueño soberano
Por quien me abraso y muero,
No esquivo y desdeñoso,
Sino blando, amoroso,
Cual yo, siente el ardor del niño fiero,
Y ambos nos abrasamos,
Y en un mar de desdichas naufragamos.

La horrenda tiranía
De los hombres crüeles
Frustra las miras del benigno cielo,
Y en mísera agonía
Pone dos almas fieles,
Que en amarse cifraban su desvelo,
Y en llanto y desconsuelo
Las hunde airada y fiera,
Y bárbara se aplace
Al mirar cual deshace
Los lazos que natura entretejiera,

Siempre contradiciendo
Sus sabias miras con rigor tremendo.

¿Y puede algún contento
Gozar el pecho mío?.....
Juzgadlo vos, del cielo lumbres claras,
Que escucháis mi lamento,
En vuestro cerco frío,
Compadecidas de mis penas raras.
Amor, si incienso y aras
Te elevan los humanos,
Y cual Dios los admites,
¿Por qué, dime, permites
Que manden en tu fuego los tiranos,
Robándote caricias,
Y tornando tormentos tus delicias?

Avecillas dichosas,
Que en vuestro pobre nido
Halláis á vuestro gusto compañía,
Y tiernas, y amorosas,
Sueño no interrumpido
Gozáis tranquilas hasta el nuevo día,
Sin que la fuerza impía
Á entregar os obligue,
Con bárbaros rigores,
Vuestros dulces amores,
Á quien os tiraniza y os persigue:
Vosotras, de mi pena
Juzgad, y del dolor que me enajena.

¡Oh yedras fortunadas!
En el bosque sombroso
Libres nacéis, y libres os es dado
Buscar enamoradas
El árbol generoso
Que ha de verse con vos engalanado:
Y el tronco bienhadado
Abrazáis cariñosas,
Sin que el poder sañudo
Os obligue á otro nudo,
Y así crecéis lozanas y pomposas,
Siendo en las soledades
Ejemplo del amor largas edades.

Mas ¡ah! que ya el Oriente
La soñolienta aurora
Esmalta con sus puros rayos de oro,
Y de púrpura ardiente
Los celajes colora,
Y aun inunda mi faz amargo lloro.
Ya huye el alto coro
De lustrosas estrellas,
Que oyeron mí agonía;
Pero aunque venga el día,
¿Pueden cesar mis ásperas querellas?
¡Ay! jamás mi quebranto
Puede aliviarse, ni cesar mi llanto.

1819.





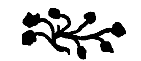
ROMANCE CORTO.

Apacible río,
Venturoso Tajo,
Que por la ancha vega
Te deslizas manso,
Detén tu corriente,
Retarda tu paso,
Y de estos jardines
Goza los halagos.
Mira que en Toledo
Te están aguardando,
Armados de furia
Desnudos peñascos,
Que romper desean
Tus cristales claros.
¿Á qué te apresuras
Por ir á encontrarlos?.....
Detente, detente;
¿No ves cuan lozanos
Los olmos pomposos,

Los tilos y lauros
Sus hojas te ofrecen,
Te tienden sus ramos,
De sombra te cubren,
Te brindan descanso?
Si tantas caricias
No bastan acaso
Á parar tus aguas,
Venturoso Tajo,
Saca el pecho fuera,
Y el cabello cano
De musgo y corales
Y flores ornado:
Verás la belleza
Del bien que idolatro;
Verás á mi Olimpia
Gallarda triscando
Por estos verjeles,
Florestas y prados.
Y al ver de sus ojos
Los ardientes rayos,
Que vencen la lumbre
Del rey de los astros,
Su boca risueña,
Su pecho nevado,
Su cándido cuello,
Su talle gallardo,
Detendrás gozoso
Tus raudales mansos,
Y el rico tributo

Que das á Oceano,
Por verla, admirarla,
Gozar sus encantos,
Rendirle tus dones,
Llamarte su esclavo.

1819.





ROMANCE.

¿Por qué pretendes, ingrata,
Que se esparzan por el viento
De mi labio las canciones,
Y de mi lira los ecos?

¿Cómo ha de cantar quien vive
Condenado á llanto eterno?
Canten los que son dichosos,
Lloren los que no en silencio.

¿Son por ventura los días,
Son los felices momentos,
En que embebida escuchabas
Mis amores y mis versos?.....

¿Son las horas fortunadas,
En que en dulce llama ardiendo,
Por mí lloraron tus ojos,
Por mí palpitó tu seno?

¿Son los instantes de gloria,
En que todo el universo,

Envidiando mis fortunas,
Las contemplaba con ceño?.....

¿Son por dicha?..... ¡Oh Dios!..... Perdona:
No sé si son, ó si fueron,
Tu corazón te lo diga,
Pregúntaselo á tu pecho.

Si no son..... ¡horrible idea!
Antes, retumbando el trueno,
Lance sobre mí cuitado
La llama voraz del cielo.

Si no son, mira y contempla
El mar de horrores inmenso
En que sumerges mi vida,
De mis amores en premio.

Mira do están tus promesas,
Do tus amantes extremos,
Do tus lágrimas falaces,
Que tan felice me hicieron.

Y gózate en mis desdichas,
Si se cifra tu contento
En atormentar las almas,
Y en envenenar los pechos.

Y al escuchar en mi lira
Las canciones, que otro tiempo

Canté, de ilusiones dulces,
De eterna ventura lleno,

Recuerda con risa amarga
Mi amor y delirio ciegos,
Y cuán feroz has jugado
Con mis firmes sentimientos.

1819.







LAMENTACIÓN.

¡Ay! que en mi labio demudado y frío
El delicioso canto
Se torna sollozar, el crudo llanto
Inunda el pecho mío,
Y con trémula mano
Del arpa de marfil recorro en vano
Las dulces cuerdas de oro,
Que mudas no responden,
Y sus ecos esconden,
Tal vez medrosas de mi acerbo lloro.
¿Por qué, amable armonía,
Tu bálsamo süave así me niegas?
¡Oh! ven á consolar el alma mía.

¡Cuán tierna y grata en las frondosas vegas
De Tajo delicioso
Me prodigabas tu sonoro encanto;
Cuando á la par de mi tirano hermoso
Los verjeles y selvas recorría,
Al despertar la rozagante aurora,
Al vivo ardor del luminar del día,

Al extender su tachonado manto
La noche sosegada,
Y al blanco brillo de apacible luna!

¡Ay, áspera fortuna,
Y cuán fugaces fueron
Las horas de placer!..... Ellas volaron
Con ala rapidísima, y huyeron,
Y mi dicha y mi bien me arrebataron.
¿Y ya no son los plácidos instantes
De una ventura que eternal creía?.....
¿Los momentos pasaron
En que inundado de dulzor mi seno,
Del labio ardiente de mi bien bebía
Amor, delicias y fatal veneno?

¿No son?... ¿No tornarán?... ¡Horrible idea!...
Antes la muerte su guadaña vibre
Sobre mi cuello, y el amparo sea
Que de tormento tan atroz me libre.
No son, no tornarán; harto lo afirman
Tu aspereza y desdén ¡oh bella ingrata!
Ya no palpita tu divino pecho
Al escuchar mi voz, ya en dulce llama
No arden tus bellos ojos al mirarme
Temblando de congoja y de despecho.
El tedio por tus venas se derrama,
Y se pinta en tu ceño desdeñoso,
Cuando escuchas mi acento lastimoso,
Y te desdeñas ¡ay! de consolarme,

Y huyes de mi gemido,
Cual de sierpe maléfica al silbido.

¡Qué afán!..... ¡Cielos! ¿Acaso
Mi constante pasión, mi fe sincera
Merecen premio tal?..... Inadvertido
La vi, la amé, y el alma, el alma entera
Le dí, y el corazón..... ¡Oh cuán dichoso
Al ser suyo me hallé!..... ¡Cuando anhelante
Su pecho palpitante
Felicidad sin fin brindando al mío,
Á sus blandas caricias
Un mar desconocido de delicias
Presentóse á mi ciego desvarío!.....
En él ¡ay! me arrojé, y en él dichoso
Vi arder sus ojos de esplendor vehemente,
El amoroso afán orlar su frente,
Y escuché de su labio purpurino:
¿Quién ama como yo? Jamás mi seno
Sintió cual siente de ventura lleno:
Tú eres el bien que me formó el destino.
Tales palabras mágicas brotaron
De la boca de Olimpia, y en mi pecho
Ciego delirio y perdición sembraron.

Ciego delirio y perdición. ¡Ay triste!.....
Su ardor y sus palabras, ¿qué se han hecho?
¿Qué se han hecho?..... ¿Lo dudo?..... Nunca: [existe,
Y ellas viven también. Su labio hermoso

Jamás vertió el aroma ponzoñoso
De vil simulación. Fiel me asegura
Que premia mi pasión sublime y pura,
Que me amará sin fin, y que algún día.....
¡Oh ilusión que embriaga el alma mía!

Mas ¡ay! ¿Si ella me adora,
Si mi felicidad sólo es su anhelo,
¿Qué turba ¡oh Dios! su faz encantadora?
¿Qué motiva su llanto y su desvelo?
Tal vez le mueven mis amargas penas,
Tal vez enjuga mi abundante lloro,
Me prodiga caricias,
Renueva mis delicias,
Fe constante me jura,
De su amor me asegura,
Soy dichoso un instante,
En guirnaldas se tornan mis cadenas,
Y á su amor me abandono palpitante;
Cuando de pronto miro
Morir el fuego que en sus ojos brilla,
Marchitarse la rosa en su mejilla,
Velar su frente el tedio, y un suspiro
En sus labios ¡ay! suena,
Y por más que advertida la refrena,
Alguna acerba lágrima aparece,
Que sepulta mi dicha, y me estremece.

¡Ah, qué crüel tormento!.....
Mas ¿adónde me arrastra mi delirio,

Que en bárbaro martirio
Deslizarse las lentas horas siento?.....
¡Ay!..... ¡Olimpia!..... Perdona mis querellas,
Y no te ofenda mi pasión con ellas.

1819.





Á OLIMPIA.

¡Ay! que mi pecho mísero te adora,
Y ardo como jamás por ti perdido,
Ingrata y hermosísima señora.

¿Y me abandonarás? ¿Y en hondo olvido
Sepultarás mi dicha y los amores
Que tanto tiempo tu delicia han sido?

Tente, tente, crüel, y no las flores
Que con mano afanosa cultivaste
Siegues hoy, despreciando sus colores.

No apagues ¡ay! la llama que cebaste
Tú misma; sí, tú misma con tu fuego,
Y que guardar eterna me juraste.

Muévate á compasión mi humilde ruego,
Mi bárbaro penar, y el crudo llanto
Con que tus manos y tus plantas riego.

Mira como la fuerza del quebranto
Mi juventud agosta, y, lentamente
Me arrastra hacia los reinos del espanto.

Mira sin lustre mi lozana frente,
Mi faz de angustia y palidez cubierta,
Y mi labio marchito y balbuciente.

Y en tan terrible turbación no acierta
Más que á gemir mi acongojado pecho,
Gemir que indignación en tí despierta.

¡Oh terrible mujer!..... ¿Y qué se han hecho
Tus promesas, tus lágrimas traidoras?
¿Qué fuerza nuestros lazos ha deshecho?

Pasaron ¡ay! fugaces, voladoras,
De encanto, de placer y de alegrías
Las fortunadas apacibles horas.

Huyeron ¡ay! los venturosos días
En que anhelante, enardecida, loca,
Constancia sin igual me prometías:

En que escuchando de tu ardiente boca
Tanto amor, tan sagrado juramento,
Te juzgaba más firme que la roca.

Y levantaba osado el pensamiento
Á un delicioso porvenir, fundando
Altas soberbias torres en el viento.

¿Mas para qué mi mente recordando
Aquellas ilusiones engañosas,
Está mis crudas penas agravando?

¿Por qué intento con quejas lastimosas
Lograr, beldad crüel, que no desvíes
De mí tu amor y gracias deliciosas?

¿Si desprecias mi acento y te sonríes
¡Oh bárbara crueldad! al llanto mío,
Y de tu triunfo con placer te engríes?

¡Tirano amor!..... ¡Ah ciego desvarío!.....
¿Do apagaré este ardor que me devora?.....
¿Dónde huiré, donde de tu ceño impío?

¿Iré tal vez con planta voladora
Á la Zembla polar al sol vedada,
Do noche eterna entre las nieves mora?

¡Ay! que el rigor de aquella mar helada
No templará mi fuego: en sus riberas
Arderá mi pasión infortunada.

¿En frágil nave surcaré las fieras
Aguas del ponto horrísono y rugiente,
Despreciando sus ondas altaneras?

En el desierto mar, del Occidente
En las remotas playas sólo amarte
Y quejarse sabrá mi pecho ardiente.

¿Cuál es del orbe extenso aquella parte
Do tu amor no me siga y tus rigores;
Do logre ¡ay Dios! del corazón lanzarte?

Huiré cual de los duros cazadores
Cierva infeliz, á quien taladra el seno
Enherbolada flecha entre dolores,

Que huye, y su daño aumenta, y el veneno
En las entrañas lleva, y de gemidos
En vano deja el bosque obscuro lleno.

Muerte, muerte y no más. Encrudecidos
Tal remedio los hados me presentan,
Y sus decretos se verán cumplidos.

Tus altivos rigores, que se aumentan
Á la par de mi fuego inextinguible,
Las penas que en mi pecho se alimentan,

Ya me arrastran con fuerza irresistible
Al seno obscuro de la tierra fría,
De eterno sueño á la mansión terrible.

Sáciese tu crueldad y saña impía:
Pronto verá mi tumba esta ribera,
Que engañada envidió la dicha mía.

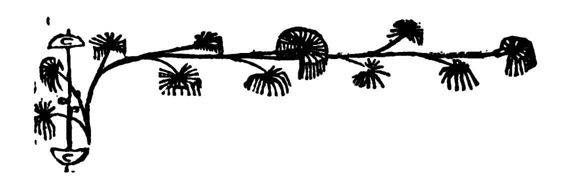
Y condolidos de mi suerte fiera,
Entonarán sobre ella los pastores
Cánticos mil con lira lastimera.

Y esparcirán piadosos blandas flores,
Y *aquí*, llorando exclamarán, *reposa*
Una inocente víctima de amores.

Y entonces tú, contenta y orgullosa,
Y con tu triunfo bárbaro engreída,
De mi sepulcro rústico la losa
Vendrás á hollar con planta envanecida.

1819.





SONETO.

Lauro y triunfos consiga el ambicioso,
Que de viudez y de orfandad seguido,
Dejando el orbe en llanto sumergido,
Sirve á Marte sañudo y horroroso.

Á costa de su sueño y su reposo
Gócese el vil tirano en el gemido
Del miserable, que á sus pies rendido
Le acata, y le maldice rencoroso.

Logre un mar de riqueza inagotable,
Pues que riqueza inútil sólo adora,
El avaro mezquino y detestable:

Y déjenme gozar de mi señora
Los dulces ojos, la sonrisa amable,
Y el brillo de su faz encantadora.

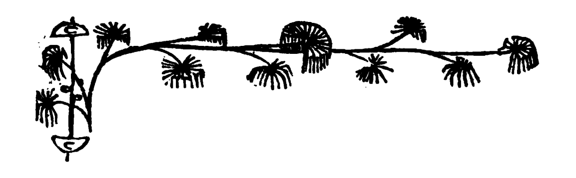
1819.



EL PASO HONROSO.

POEMA EN CUATRO CANTOS

Á LESBIA.



EL PASO HONROSO.

POEMA

CANTO PRIMERO.

I.

Canto el amor, la noble gentileza
Del valiente y gallardo caballero,
Que cautivo se vió de una belleza
Armada siempre de rigor severo:
Y que para rendir tanta esquiveza,
Dando muestra de amante y de guerrero,
En Órbigo triunfando, eterna fama
Logró y el premio de su honesta llama.

II.

Dios de Amatunte, numen poderoso,
Que en la diestra enojada del Tonante
Logras helar el rayo riguroso,
Que dió castigo á Encélado arrogante:

Pues inspiraste el hecho valeroso
Que hoy el destino quiere que yo cante,
Mi pecho inflama, dame aliento y brío,
Y al tiempo venza el rudo canto mío.

III.

Y tú, divina Lesbia, á quien adora
Mi ardiente pecho, que por ti suspira,
Concédeme tu gracia encantadora,
Y oye mi acento que á agradarte aspira.
Da tu auxilio á mi voz, hazla sonora,
Templa las cuerdas de mi ebúrnea lira,
Y el triunfo y las hazañas de un amante,
Hoy me permite que en tu obsequio cante.

IV.

El rey Don Juan segundo de Castilla,
En Medina del Campo, en su palacio,
Y en un salón en donde el arte brilla
Y adorna en torno su anchuroso espacio,
Bajo rico dosel, en regia silla
De púrpura y marfil, de oro y topacio,
Acompañado de su corte estaba,
Y una lucida fiesta celebraba.

V.

De una señaladísima victoria
Que contra los pendones africanos,
Cobrando nombre eterno y alta gloria,
Ganaron los valientes castellanos,

Celebrábase acaso la memoria
Por el rey, por el pueblo y cortesanos:
Y en el salón con gala y alegría,
Música y danza y gran concurso había.

VI.

Cuando el son de una ronca trompa oyeron,
Y en pos de cuatro heraldos en la sala
Diez armados guerreros entrar vieron,
Que Marte en majestad no les iguala.
Los instrumentos luego enmudecieron
Al ver lorigas en lugar de gala,
Y el rey atento y todos admirados
Fijan los ojos en los diez armados.

VII.

Uno de ellos, que el jefe parecía,
Y de los otros nueve iba delante,
Á todos excediendo en gallardía,
Aun más resplandeciente que el diamante,
Una argolla de hierro descubría,
Que enlazaba su cuello, y con talante
Gentil alzó del yelmo la visera,
Y al concurso mostró la faz guerrera.

VIII.

Dejóse ver don Suero de Quiñones,
Valiente, afable, ilustre caballero,
Conocido por ínclitas acciones,
Y por ser en las lides el primero;

De esclarecidos timbres y blasones,
Tan tierno amante como buen guerrero,
Y en su gallardo aspecto y compostura
Pareció más que humana su figura.

IX.

Cinco lustros apenas contaría
El juvenil guerrero ya famoso,
Y en su lozana faz resplandecía
Ansia de gloria, espíritu hazañoso.
Ostentando su noble bizarría
En medio del concurso numeroso,
Mirando al rey que lo escuchaba atento,
Así le habló con mesurado acento.

X.

«Monarca de León y de Castilla,
Egregio rey, esclarecido Marte,
Á cuyo nombre pálido se humilla
El que ostenta la luna en su estandarte,
Y dobla el orbe todo la rodilla,
Sin atreverse á más que á respetarte:
Dígnate de escuchar mi suerte triste,
Y de hacerme feliz, que en tí consiste.

XI.

»Cual es en todo el mundo voz y fama,
Tengo, señor, rendido el pecho mío
Á una soberbia, desdeñosa dama,
Que paga mis amores con desvío:

Mi corazón con su desdén se inflama,
Está á sus pies humilde mi albedrío;
Y mientras más ingrata y más esquiva,
Más y más me encadena y me cautiva.

XII.

»Por servirla, en la guerra de Granada,
Como sabéis, señor, lidié desnudo
El brazo diestro, que la noble espada
Manejar de este modo mejor pudo:
Allí en obsequio de mi ingrata amada
Hendí el turbante y destrocé el escudo
De Aljarfe Abhen-Habuz, y allí mi lanza
Humilló su denuedo y su pujanza.

XIII.

»Ni esta hazaña, gran rey, ni otras acciones
Que en honra suya y gloria del estado
Ejecuté, siguiendo tus pendones
Con duro pecho y brazo nó cansado,
Ni mi constante amor, ni mis razones
Trastornar pueden mi siniestro hado;
Pues mi bella enemiga tiene el pecho
De helada nieve y duro mrámol hecho.

XIV.

»Viendo mi esfuerzo y mi constancia vana,
Me declaré de su beldad cautivo,
Y ella, más insensible, más tirana,
Aumentó su rigor y ceño esquivo;

Y como mi absoluta soberana
Con esta argolla en ademán altivo
Ciñó mi cuello, y me mandó que fuese
Su esclavo, y como tal que la sirviese.

XV.

»Cuatro veces después la selva umbrosa
Se vió de flores y verdor cubierta,
Y otras tantas la escarcha rigurosa
Mustio el prado dejó, la fuente yerta;
Y siempre hallé á mi dama desdeñosa,
Firme mi amor y mi esperanza muerta;
Y al verme de este modo aprisionado,
Mi libertad por fin he concertado.

XVI.

»Hoy mi señora exige nuevamente
Por rescate del hierro que me enlaza,
Y por lograr mi amor, si es que inclemente,
El destino mi dicha no embaraza,
Que mis hazañas y mi fama aumente,
Á su vista rompiendo en ancha plaza,
Por espacio de treinta días enteros,
Lanzas con los más bravos caballeros.

XVII.

»Razón es, oh monarca esclarecido,
Que el cautivo concierte su rescate,
Y que el amante que tan firme ha sido,
De coronar sus pensamientos trate.

Para justar vuestro permiso pido,
Y que campo me deis para el combate,
Que yo con estos nueve hidalgos quiero
La liza mantener el mes entero.

XVIII.

»Ellos también igual licencia piden;
Todos son mis amigos y parientes;
Sólo para ayudarme aquí residen
Con duros brazos y ánimos valientes;
Con su honra siempre las empresas miden;
Darán asombro á las extrañas gentes,
Y gloria á vos, señor, que estos vasallos
Sólo vos digno sois de gobernallos.»

XIX.

Dijo, y todo el concurso fija atento
En él los ojos, y cual sorda suena
Al blando soplo de apacible viento
La verde pompa de la selva amena,
Se oye rumor confuso en un momento,
Que del estrado en derredor resuena,
Por la soberbia y rica cuadra cunde,
Y al artesón dorado se difunde.

XX.

El excelso monarca aficionado
Á tanto amor y tanta gallardía,
Quedó un rato suspenso y admirado
Dudando si el permiso le daría;

Y consultando el caso no esperado
Con los hombres de cuenta que allí había,
Con Don Alvar de Luna y Don Manrique,
Y con el almirante Don Fadrique,

XXI.

Dió afable su real consentimiento
Á aquellos esforzados campeones,
Y desde su dosel y regio asiento
Contestó de este modo á sus razones:
«Digno de un pecho noble es vuestro intento,
Valeroso Don Suero de Quiñones,
Yo os permito justar en mis estados
Con vuestros nueve deudos esforzados.

XXII.

»Príncipes convidad y caballeros,
Campo elegid y publicad carteles,
Y vengan españoles y extranjeros
Á aumentar vuestros triunfos y laureles.
Poned las condiciones y los fueros,
Nombrad á la estacada jueces fieles,
Y vuestro amor á un tiempo y el rescate
Lograd, pues son los premios del combate.»

XXIII.

Entonce el caballero agradecido
Acata al rey con humildosa muestra,
Y dice: «Oh gran monarca esclarecido,
Si tanto os interesa la honra nuestra,

Sólo una nueva gracia humilde os pido,
Y es que vos presidáis en la palestra;
Pues estando, señor, á vuestra vista
No habrá poder que al nuestro se resista.

XXIV.

»El campo elijo cerca de la puente
Que de Órbigo da paso al claro río,
Entre Astorga y León; allí valiente
Reto á todos y aplazo el desafío,
Por ser el paso de la extraña gente
Que viene á vuestro reino y señorío
Á visitar al gran patrón de España,
En cuyo nombre emprenderé mi hazaña.

XXV.

»Sólo pongo, señor, por condiciones,
Que todos los valientes caballeros
Que á libertarme vengan de prisiones,
Y á demostrar sus ánimos guerreros,
Tres lanzas romperán, sin más acciones,
Conmigo ó con mis bravos compañeros;
Teniendo que salir de la estacada
A la tercera lanza quebrantada.

XXVI.

»Si hay alguna que cause grave herida,
Ó en tierra caballero derribare,
Dejará la carrera por cumplida,
Sin que nadie otra cosa demandare.

El que pierda caballo en la corrida,
Ó alguna pieza del arnés quebrare,
Caballos hallará por mí aprestados,
Y completos arneses acerados.

XXVII.

»Si por la puente do la justa nuestra
Se mantiene, pasare alguna dama,
Y no lleva quien salga á la palestra
Á combatir por ella y por su fama;
El blanco guante de la mano diestra
Dejará en mi poder, si es que no inflama
Á algún guerrero que presente fuere,
Y por ella y el guante combatiere.

XXVIII.

»Para jueces del campo, aquí nombrados
Dejo á Pedro de Barba y Gómez Arias,
Ambos por altos hechos afamados,
Y conocidos por acciones varias:
En prudencia y saber son consumados
Y hechos á decidir armas contrarias:
Por lo tanto, á su fallo ha de ajustarse
El que quiera en la tela señalarse.

XXIX.

»Quince soles sin falta antes del día
Del gran patrón y apóstol de la España,
Y otros quince después mi compañía
Mantendrá con sus armas la campaña.

Y agora, alto señor, la intención mía
Y la convocatoria de esta hazaña
Publicaré por las naciones fieles,
Llevando estos heraldos mis carteles.»

XXX.

Aprobó el rey Don Juan las condiciones,
Y luego los clarines resonaron,
Y los diez famosísimos varones
Al monarca la mano le besaron.
Los instrumentos con alegres sones
El hazañoso intento celebraron,
Y con los reyes de armas que trajeron
Don Suero y sus valientes se volvieron.

XXXI.

Siguió el sarao, la danza y alegría,
Y aquel grave concurso alborozado
Ansiando llegue de la justa el día,
Por ver triunfar al noble enamorado.
Todos aplauden su alta bizarría,
Y no hubo dama alguna en el estrado,
Que á Doña Luz la esquiva no envidiase
La suerte de que Suero la obsequiase.

XXXII.

Unas alaban el amor constante
Del firme y valeroso caballero,
Otras mil le quisieran por amante,
Y todas hablan sólo de don Suero:

Cuál rendida celebra su semblante,
Cuál su valor y su ánimo guerrero,
Y no hay quien por feliz y venturosa
No tenga á doña Luz la desdeñosa.

XXXIII.

Por una gran llanura dilatada
Que la famosa Astorga señorea,
Y con verdosa grama entapizada,
Y con pomposas hayas se hermosea;
De Órbigo la corriente sosegada
Entre flores y sauces serpentea,
Cubierta de frondosos matorrales,
Espadañas y espesos carrizales.

XXXIV.

Antre Astorga y León una anchurosa
Y antigua puente oprime las arenas,
Divide la corriente sonorosa,
Y enlaza las dos márgenes amenas.
Y á su lado una selva deliciosa,
Do los rayos del sol entran apenas,
Alza pomposa la gallarda frente,
Que agita grave el apacible ambiente.

XXXV.

De las ninfas bellísimas del río
Es grato albergue, y plácido recreo
Do los pastores en el seco estío
Huyen los rayos del ardor Febeo;

Y aun penden de algun tronco alto y sombrío
Rotas armas en forma de trofeo
De pasados encuentros, y olvidados
Yacen viejos arneses destrozados.

XXXVI.

En esta selva y sitio delicioso
El esforzado Suero de Quiñones
Elige campo para el paso honroso
Con sus nueve esforzados campeones.
Y manda levantar un suntuoso
Palenque con tablados y balcones,
Para teatro de la acción valiente
Y para asiento á la curiosa gente.

XXXVII.

Cubierto el bosque está y el campo lleno
De afanadora gente: quién trabaja
En nivelar el desigual terreno,
Quién el circo anchuroso en torno ataja,
Quién de troncos despoja el soto ameno,
Quién los pilares con primor encaja,
Quién con vistosas telas y follajes.
Adorna los soberbios balconajes.

XXXVIII.

El son del hacha, el golpe del martillo,
El tráfago, el bullicio y el estruendo
Ahuyentan de la selva al pajarillo,
Aquella soledad poblada viendo:

Y los faunos y ninfas al oillo
Ver profanada su mansión temiendo,
Aquellos en las grutas se ocultaron,
Y éstas en los cristales se lanzaron.

XXXIX.

Mientras todo se apresta y se compone,
Publican por los reinos extranjeros
Los heraldos las fiestas que dispone
Quiñones con sus bravos caballeros.
No hay pueblo donde ya no se pregone
El cartel de la justa, y los guerreros
De todas las naciones se apresuran,
Y probarse en la lid todos procuran.

XL.

¡Cuánta gala, riqueza y ataujía,
Cuántos caballos, tarjas y armaduras,
Cuánta empresa, penacho y armería,
Cuántos arneses, telas, bordaduras,
Cuánto jaez de seda y pedrería,
Cuántos motes, esmaltes y pinturas
En todas las naciones dispusieron,
Así que los carteles recibieron!

XLI.

No para los olímpicos famosos
Donde Nerón mostró su vil destreza,
Ni para los circenses suntüosos
En que ostentaba Roma su grandeza,

Ni en los juegos de armas que hazañosos,
Por lucir su denuedo y gentileza,
Carlomagno y los suyos celebraron,
Tanta riqueza y gala se juntaron.

XLII.

Ya la dulce, risueña primavera
Daba lugar al caluroso estío,
Tostada se mostraba la pradera
Y más escaso de caudal el río:
La fiesta se acercaba, y placentera
La gente á presenciar el desafío
En número infinito concurría,
Ansiando ver el señalado día.

XLIII.

El soberbio palenque descollaba
De Órbigo dominando la ancha puente,
Y una gran plaza en torno rodeaba
Con gradas en el orden competente.
Cuatro grandes balcones levantaba
Al Norte, al Sur, á Oriente y á Occidente,
Con barandas, alfombras y florones,
Y de ormesí bordados pabellones.

XLIV.

Ya el campo estaba lleno de alegría,
De pajes, de caballos, de escuderos,
De damas bellas como el claro día,
De príncipes y armados caballeros.

El plazo de la justa se cumplía,
Y ya aprestan la malla y los aceros
Los nueve con el ínclito Quiñones,
Ensayando los lances y ocasiones.

XLV.

Á la primera luz del sol siguiente
Todo dispuesto y preparado estaba,
Y don Suero en su dama tiernamente
Con amoroso afán siempre pensaba:
Y lejos del bullicio impertinente
Su desdén y dureza lamentaba,
Vagando solo por el bosque umbrío
Sobre la orilla del sereno río.

XLVI.

Era la estiva y perezosa siesta,
Y del fulgente sol los resplandores
Marchitada dejaban y traspuesta
La lozana belleza de las flores;
Y sólo respetaban la floresta
Donde Suero pensaba en sus amores,
Donde de sus ensayos descansaba,
Y á la siguiente lucha se aprestaba.

XLVII.

De un álamo á la sombra deliciosa,
Sobre las flores y la fresca grama,
Oyendo la corriente sonorosa
Que entre flexibles juncias se derrama,

Anhelando empezar su justa honrosa
Para ablandar su endurecida dama,
Estaba el gran don Suero reclinado,
De varios pensamientos contrastado.

XLVIII.

El murmullo del agua fugitiva,
El dulce son de las pintadas aves,
La hora de siesta, la calor estiva,
Y la fragancia de las flores suaves,
Y el gran cansancio de la pena esquiva,
Y el duro peso de las armas graves
Dieron al caballero breve sueño,
Guardado por el céfiro halagüeño.

XLIX.

Y á la par que el reposo regalado
Por sus gallardos miembros se extendía,
Suspensos los sentidos, sin cuidado
Volaba su fogosa fantasía;
E imaginó escuchar un acordado
Son, que en torno con célica armonía
Del silencioso bosque resonaba,
Y algún grave portento presagiaba.

L.

Creyó ver lentamente suspenderse
De Órbigo la corriente sosegada,
Con nueva luz el aire enrojecerse,
Aclararse la selva enmarañada,

Los juncos y espadañas conmoverse,
Cobrar vida la orilla engalanada,
Y entre la juncia el agua cristalina
Levantarse con forma peregrina.

LI.

Poco á poco los plácidos raudales
Se alzaban en columnas trasparentes,
Sobre argentados, ricos pedestales,
Adornados de conchas diferentes.
Subiendo por el aire los cristales
Eran ya capiteles refulgentes,
Y sobre las columnas con presura
Se tornan en soberbia arquitectura.

LII.

Una cúpula excelsa y atrevida
Forman ciñendo el anchuroso espacio,
De hielos y mariscos guarnecida,
Y cerrando un riquísimo palacio:
Cornisas y arquitrabes de bruñida
Plata con los florones de topacio
Ostenta, y guarnecidos de corales
Los atrevidos arcos laterales.

LIII.

Las puertas de marfil son fabricadas
Con estrellas de acero y con follajes,
Sobre robustos pernos sustentadas,
Y adornadas de perlas y balajes,

De refulgentes bronces trabajadas
Las verjas y volados barandajes,
Y de limpia esmeralda el pavimento
Que sirve á la gran máquina de asiento.

LIV.

Admira tan grandiosa arquitectura
Don Suero, y tanto brillo y regio adorno,
Cuando temblando el soto y la llanura
Brilla con nueva luz aquel contorno:
De música celeste la dulzura
Se aümenta, y más distinta suena en torno,
Y de ninfas un coro se aparece
Y á sus plantas el suelo reflorece.

LV.

Cintas de perlas, aureos ceñidores
Los juveniles pechos enlazaban,
Frescas guirnaldas de frangantes flores
Las frentes placenteras coronaban:
Y de las bellas formas los primores
Túnicas sutilísimas guardaban,
Dejando el albo pie desenlazado
Para triscar por el verdoso prado.

LVI.

Cantan mil himnos, tocan instrumentos,
Y gallardas, bellísimas y esquivas,
Ligeras más que los delgados vientos
Danzan y juegan ledas y festivas.

Esparce sus dulcísimos acentos
El ala de las auras fugitivas,
Á cuyo son asida de las manos
Aparece una turba de Silvanos.

LVII.

Formaron con las ninfas grato coro,
Y bailes y dulcísima armonía,
Y alternan voces con cantar sonoro
De métrica cadencia y melodía:
Cuando un Tritón con las escamas de oro
En el atrio del templo aparecía,
Y dando aliento al caracol torcido
Los vientos atronó con su sonido.

LVIII.

Al bronco son los coros enmudecen,
Y las ebúrneas relumbrantes puertas
Sobre los recios goznes se estremecen,
Y con ronco estridor quedan abiertas:
Del templo las estancias resplandecen
De piedras preciosísimas cubiertas,
Y en medio un alto trono se levanta
Do el arte á la materia se adelanta.

LIX.

En dos fulgentes urnas reclinada
Del río la deidad majestuosa
Se muestra en él de juncias coronada,
Con apacible faz respetuosa:

En la siniestra mano recostada,
Gira en torno la vista poderosa,
Y al ver el coro á su señor presente
Las rodillas inclinan y la frente.

LX.

Un rato, del cabello luengo y cano
Y de la blanca barba sacudiendo
Menudas perlas con la diestra mano,
Estuvo los perfumes recibiendo:
Y diligente un rústico Silvano
Una alfombra riquísima tendiendo,
Bajó por ella el sacro Dios y dijo
Al coro que le adora inmoble y fijo.

LXI.

«De este bosque sagrado y escondido
Y de mi rica orilla habitadores,
El convocaros á mi corte ha sido
Para calmar los sustos y temores
Que en vuestros sacros pechos han nacido
Al mirar esos troncos vividores,
Con quien en vano el viento combatía,
Humillar su pomposa lozanía.

LXII.

»No juzguéis que sacrílegos mortales
Pretenden profanar vuestra morada,
Ni perturbar mis plácidos cristales,
Ni oprimir mi corriente sosegada:

Descansad, pues, oh seres inmortales,
Nunca mi gloria vi más afianzada,
Y esas gentes que veis, á darnos nombre
Vienen, y fama que á Saturno asombre.

LXIII.

»Mañana apenas el risueño Oriente
Con rosado matiz anuncie el día,
Admiraréis un joven eminente
Singular en amor y en valentía:
Treinta veces del sol el carro ardiente
Alumbrará su noble bizarría,
Y lo verá por fin triunfar dichoso
De un guerrero atrevido y orgulloso.

LXIV.

»La resonante trompa de la fama
Su nombre librará de torpe olvido,
Después que rinda á la severa dama
Á cuyos pies ha tiempo está rendido:
Ella su pecho y corazón inflama,
Y por ella esta hazaña ha discurrido.....
La rendirá, y en premio de su brío
Será su esposo y cesará el desvío.

LXV.

»De esta preciosa unión, lustre de España,
Saldrá una descendencia esclarecida,
Terror del Agareno en la campaña
Y de Marte y de Temis protegida:

En cuanto el sol alumbra y el mar baña
Respetada será, será temida;
Que á manejar la pluma y noble espada
La tienen ya los hados destinada.

LXVI.

»Y un tiempo llegará que en su ribera
Mire nacer el Bétis caudaloso
Un descendiente de esta unión primera,
Que á Marte seguirá con pecho honroso:
Y entre el estruendo de Belona fiera,
Le dará Apolo el plectro sonoroso,
Para que en alto metro y graves sones
Haga eterna la hazaña de Quiñones.»

LXVII.

Cesó el númen: y así que el nombre oyeron
Las ninfas entonaron expresivas
Himnos, que los silvanos repitieron
Con dulce acento y con sonoros vivas:
Nuevas fiestas y obsequios dispusieron
En danzas concertadas y festivas.....
Mas don Suero de gozo se estremece,
Despierta y la visión desaparece.

LXVIII.

Atónito la vista en torno gira
Silencioso, pasmado y aturdido,
Y la corriente sosegada mira
Cual siempre caminar con manso ruido.

Vuelve á mirar confuso y más se admira,
Y entre esperanza y dudas confundido
No sabe qué pensar de aquel ensueño,
Agüero favorable de su empeño.

LXIX.

Recorre nuevamente las razones
Que del labio del númen ha escuchado,
Prometiéndole triunfos y blasones,
Y que será su amor recompensado:
Y al recordar que ofrece á sus acciones
Eterna fama y nombre no olvidado,
Alentado y ufano y satisfecho
Inflama más y más su heroico pecho.

LXX.

Y notando que el sol su lumbre pura
En los mares de Ocaso sumergía
Enlutando los montes y llanura
Y dando paso á la tiniebla fría;
Se retiró del soto con presura
Á buscar su gallarda compañía,
Y á dar reposo al ánimo valiente
Para empezar la justa al sol siguiente.

CANTO SEGUNDO.

I.

De cándidos jazmines coronada
En Oriente brilló la ansiada Aurora;
Resuena en la floresta la alborada
Con dulce melodía encantadora:
La muchedumbre inmensa alborozada
Al ver llegar la deseada hora,
El perezoso sueño desechando,
El espacioso circo va ocupando.

II.

Sonoras trompas, dulces instrumentos,
Huecos timbales, roncos tamborinos
Plácidos hinchen los delgados vientos,
Retumbando en los montes convecinos.
El son bélico cunde por momentos,
Apréstanse caballos y padrinos;
Ya se abre la estacada y presurosos
Cabalgan los guerreros valerosos.

III.

Febo inmortal desde su carro ardiente,
De viva lumbre y majestad vestido,
Los puros resplandores de su frente
Derrama por el ámbito extendido:

Enciende los confines del Oriente,
Y á presenciar el hecho esclarecido
Con nuevo brillo sale y aparece,
Y grande más que nunca resplandece.

IV.

Bajo rico dosel, en regia silla,
El monarca don Juan, acompañado
De altos señores, majestuoso brilla,
Presidiendo el palenque levantado.
Al claro condestable de Castilla
Y á otros hombres de cuenta tiene al lado,
Y cercano del rey está dispuesto
Á los jueces del campo ilustre puesto.

V.

En el otro balcón, que lindas flores
Le dan adorno, en ricas almohadas
Con bordadura, fluecos y labores
De perlas y oro ardiente recamadas,
Las damas de los diez mantenedores
De sus dueñas están acompañadas,
Cubiertas de hermosura y pedrería,
Y respirando amores y alegría.

VI.

Y de la suerte que en verjel ó prado
Entre una y otra flor pintada y bella
El matíz de la rosa nacarado
Al rojo amanecer brilla y descuella,

Del aljófar del Alba rociado,
Y á todas vence la hermosura de ella;
Así en medio de tanta ilustre dama
Álzase la que á Suero el pecho inflama.

VII.

Más que la rozagante Aurora hermosa
La ingrata y bella doña Luz estaba;
En sus mejillas de jazmín y rosa
La fresca y linda juventud brillaba.
Eran perlas su boca deliciosa
Donde el amor gozoso se ocultaba,
Y el albo pecho y cuello torneado
De nieve candidísima formado.

VIII.

Arpones de Cupido eran sus ojos,
Y en la alta frente blanca como el día,
El cabello negrísimo en manojos
Con broches de diamantes suspendía:
Blanco vestido con follados rojos
De vellorí brocado y pedrería,
Y un rico ceñidor de oro labrado
Ostentaba en el talle delicado.

IX.

¿Tal gallardía, tanta gentileza
Qué humano corazón no encadenara?
¿Á quién tan alta y singular belleza
Con amoroso fuego no abrasara?

¿Qué pecho quebrantada su dureza
Al ver aquellos ojos no temblara?
¿Quién aquel talle y faz graciosa y bella
Pudiera ver, sin palpitar por ella?

X.

Sólo yo, Lesbia mía, sosegado
La viera, porque á tí rendido adoro,
Y fuera doña Luz puesta á tu lado
La plata comparada con el oro.
Perdona si encarezco en el traslado
De su beldad y gracias el tesoro,
Que á ella la pinto, pero tengo hecho
Tu retrato bellísimo en mi pecho.

XI.

Ocupa en torno la curiosa gente
Terrados, graderías, balconajes;
Todos muestran el ánimo impaciente
Por ver salir los bravos personajes;
Suena un ronco murmurio sordamente,
Brillan mil vistosísimos ropajes,
Todos esperan ya la seña, cuando
Mandan los jueces pregonar el bando.

XII.

Publícase, y al punto se enarbola
La insignia de don Suero de Quiñones,
Y por el viento plácido tremola
Su estandarte con timbres y blasones.

En sus tiendas el peto, yelmo y gola
Se ciñen los fortísimos varones,
Requieren los caballos y la espada.
Y se aprestan á entrar en la estacada.

XIII.

Divinas ninfas del Castalio coro,
Dadme favor, engrandeced mi canto,
Dad nuevo aliento á mi clarín sonoro,
Y ponga al tiempo volador espanto.
Miradme gratas, vuestra luz imploro,
Conceded á mi pecho el fuego santo,
Inspiradme los hechos esforzados
De los diez caballeros afamados.

XIV.

Suena el clarín, retumba el vago viento,
Enmudece el concurso numeroso,
Y cuatro reyes de armas al momento
Entraron en el circo polvoroso:
Blancos potros con rico paramento
Y vestido de púrpura costoso
Llevan, y en los riquísimos broqueles
De Quiñones los ínclitos cuarteles.

XV.

En pos de los heraldos, tañedores
De púrpura vestidos y brocado,
Con cintas y plumajes de colores,
Entraron en el circo alborozado,

Tocando dulces flautas y atambores
Con alto son alegre y concertado,
Y diez palafreneros les seguían
Que de mano diez potros conducían.

XVI.

Y luego en la estacada se aparece
De ricos-homes y altos personajes
Don Suero acompañado, y resplandece
Seguido de escuderos y de pajes:
Confusa gritería al cielo crece,
Cunde por los dorados barandajes,
Y el concurso al mirar su gallardía,
Viva, mil veces viva, repetía.

XVII.

De un potro cordobés azabachado,
Con un lucero en la espaciosa frente,
Rige el freno de plata salpicado,
Que templa y doma su rigor ferviente.
Lleva terciada sobre el diestro lado
La poderosa lanza, y el fulgente
Peto, que el noble pecho le rodea,
Ofusca el brillo de la luz febea.

XVIII.

Ligera adarga en el siniestro brazo,
Con adornos de esmalte guarnecida,
Maneja con gentil desembarazo,
Sin que las riendas gobernar le impida:

Pendiente en medio de un gracioso lazo,
Por cuerpo de su empresa está esculpida
Una argolla de hierro, y un letrero
Que dice así: *Librarme de ella quiero.*

XIX.

La vencedora fulminante espada,
Terror y espanto del altivo moro,
Al lado izquierdo ostenta colocada
En el rico tahalí bordado de oro.
Sobre el alto crestón de la celada,
Que es de piedras preciosas un tesoro,
De plumas blancas el penacho ondea,
Do Favonio se mece y se recrea.

XX.

En pos del claro Suero de Quiñones
Brillan sus nueve bravos caballeros,
Sobre negros alígeros bridones,
Ceñidos de fortísimos aceros:
En los altos fulgentes morriones
Llevan blancos penachos y plumeros,
Y en todo á la del jefe semejante
Lanza, empresa, y adarga rutilante.

XXI.

Son los nueve: Alvar Gómez el osado,
Lope Zúñiga, Diego Benavides,
Sancho de Rabanal afortunado,
Diego Bazán acostumbrado á lides,

Gómez de Villacorta gran soldado,
Pero de Nava en fuerzas nuevo Alcides,
Lope de Aller, y el joven Pero Ríos,
Feliz en sus empresas y amoríos.

XXII.

Por séquito llevaban veinte pajes
Con escudos de timbres y blasones,
Ornados de riquísimos ropajes,
Y oprimiendo hermosísimos bridones,
Que moviendo garzotas y plumajes
Arrastran rapacejos y borlones
De paramentos de ormesí bòrdados,
Con cifras y cuarteles recamados.

XXIII.

Y cerrando la grave comitiva
Entra en el circo un carro primoroso,
Que en ruedas vistosísimas estriva
Con exquisito adorno artificioso:
Un enano gobierna desde arriba
El tiro de caballos animoso,
Y es su carga de yelmos y de arneses,
Lanzas de guerra, tarjas y paveses.

XXIV.

Luego que con alardes y escarceos
Este acompañamiento hizo la entrada,
Después de dar en orden tres paseos
En torno recorriendo la estacada,

Entre aplausos y gratos victoreos
Despejó la comparsa engalanada;
Y los nueve también se retiraron,
Y al caudillo la plaza le dejaron.

XXV.

Amor tirano amor, ¡cuán misterioso
Es el impulso de tu aguda flecha!
En vano el corazón más cauteloso
Huye tu fuego y tu poder desecha:
El pecho más altivo y desdeñoso,
Si tu arco corvo y tu rigor le acecha,
Al fin rendido por su rey te aclama
Y alienta sólo tu tremenda llama.

XXVI.

Ya, oh Lesbia mía, del amor el fuego
Empieza á arder en doña Luz la altiva,
Y siente un interior desasosiego
Que su desdén altísimo derriba.
Y ya á tanta constancia y tanto ruego
Siente ceder su condición esquiva,
Y mirando á don Suero palidece
Y admira su cariño y lo agradece.

XXVII.

El que pretenda ser correspondido
Logrando quebrantar una altiveza,
Siga el objeto á quien esté rendido
Con anhelo constante y con firmeza,

Y en mirando su afán agradecido
Tenga por cierto que su dicha empieza;
Que de agradecimiento amor se viste
Y vence el pecho así que le resiste.

XXVIII.

Solo en la tela el ínclito don Suero
Hirió el ijar del potro belicoso,
Que obedeciendo al acicate fiero
Bufó, se enarmonó, partió furioso:
Detúvole de pronto el caballero
Á la mitad del circo polvoroso,
Y apoyado en su lanza inquieto espera
Quien probarse en la lid primero quiera.

XXIX.

Cuando por la otra puerta entró atrevido
Un caballero ricamente armado,
El arnés con labores esculpido
Y de piedras preciosas adornado:
El soberbio crestón de oro bruñido
Lleva con plumas jaldes coronado,
Y una lanza gruesísima blandía
Con denodado esfuerzo y gallardía.

XXX.

Era alemán, Arnaldo se llamaba,
De la selva bermeja caballero,
Y con jaldes adornos manejaba
Un tostado alazán fuerte y ligero.

En el siniestro brazo levantaba
Ancho escudo, y en él por timbre fiero
De siempreviva una florida rama,
Y este gallardo mote: *Así mi fama.*

XXXI.

Partido el sol, están los justadores
Frente á frente, y el pueblo numeroso
Admira las vislumbres y labores
Del uno y otro arnés esplendoroso,
Ansiando que los bélicos clamores
Den la señal del choque peligroso;
Y doña Luz la espera cuidadosa,
Y pálida tal vez la faz hermosa.

XXXII.

Suena el clarín, y en ristre la arandela
Y la tarjeta en alto levantada
Tiñen de sangre la estrellada espuela,
Y arrancan con presteza arrebatada:
Uno y otro bridón furioso vuela,
La tierra gime, tiembla la estacada,
Y con tan recio golpe se encontraron,
Que á un tiempo entrambas lanzas quebran-
[taron.

XXXIII.

Toman otras más gruesas y fornidas,
Revuelven animosos, y don Suero
Afloja diestro las tirantes bridas
En busca del germano caballero;

Este también las riendas extendidas
Sale á encontrallo en ademán ligero,
Y Quiñones con garbo y gran pujanza
En su gorjal rompió la dura lanza.

XXXIV.

Rotas ya tres, según las condiciones,
El extendido circo despejaron,
Y dando aplauso á entrambos campeones
Balconajes y gradas resonaron.
Y otros dos valentísimos varones
En la palestra con denuedo entraron;
Siendo uno de ellos Ravanal dichoso,
Que sale á mantener el paso honroso.

XXXV.

Era el conquistador Pero Zapata,
De Aragón caballero, que un tordillo
Oprime audaz, y muestra de escarlata
El paramento con riqueza y brillo.
Sobre el alto crestón de blanca plata
Lleva un penacho rojo y amarillo,
Y en la adarga un volcán pintado había,
Y *Ved mi pecho*, el rótulo decía.

XXXVI.

Tomando campo al uno y otro lado,
Hizo señal la trompa, valeroso
Ravanal con el cuerpo soslayado
Encontró el de Aragón firme y brioso:

Con su lanza el escudo le ha pasado,
Abollándole el peto poderoso;
Y sin romper las picas revolvieron,
Y con nuevo furor se acometieron.

XXXVII.

Zapata á Ravanal en la cimera
Dió un atrevido bote con su lanza,
Y el pomposo penacho le echó fuera
Con gran destreza y singular pujanza.
Ravanal que se vió de tal manera,
Ardiendo en vivo fuego de venganza
Al de Aragón cargó con saña altiva,
Y del arzón lo saca y lo derriba.

XXXVIII.

Luego al punto los jueces decidieron
Cumplida la carrera, aunque furiosos
Volver de nuevo al lance pretendieron
Ambos á dos guerreros orgullosos;
Pero que obedecer la ley tuvieron:
Y como el sol sus rayos luminosos
En el remoto ocaso recogía,
Cesó la justa hasta el siguiente día.

XXXIX.

Para más diversión y mayor fiesta
Músicas y banquetes se ordenaron,
Iluminando el circo y la floresta,
Y las horas en danza se pasaron:

Hasta que en no aprendida dulce orquesta
Las aves á la aurora saludaron,
Que otra vez empezó la justa honrada,
Y se ocupó de nuevo la estacada.

XL.

Salió por defensor del paso honroso
Diego Bazán, ansioso de batalla,
Y por conquistador entró animoso
Liñán, cubierto de luciente malla.
Un cervuno revuelto muy brioso
Con duro freno rige y avasalla,
Y lleva verde obscuro el equipaje,
Y verdes los adornos y el plumaje.

XLI.

Un áncora rompida en el escudo
Pintó por cuerpo de su triste empresa,
Por mote, *Mi esperanza;* y con forzudo
Brazo blandía un asta dura y gruesa.
En cuanto oyó el clarín partió sañudo,
También Bazán arranca á toda priesa,
Se encuentran, y ambos firmes en las sillas
Pasan hechas sus lanzas mil astillas.

XLII.

Toman otras al punto, y atrevidos,
Lleno de sangre el bárbaro acicate,
Se encuentran nuevamente enardecidos,
Ansiosos de acabar aquel combate.

Rompiéronse las tarjas, y ofendidos
De que á la par la suerte los maltrate,
Á un tiempo en ristre ponen la arandela
Y arriman al bridón la roja espuela.

XLIII.

Bazán, alta la punta de la lanza,
Abolló de Liñán el alto almete.
Liñán sin aturdirse, con pujanza
La punta por las placas le entremete.
Sepáranse de nuevo, y en venganza
Ardiendo, cada cual, fiero acomete,
Y al batir el ijar Liñán altivo
Rompió una ación y se le fué el estribo.

XLIV.

De este modo acabada la carrera,
Alvar Gómez ocupa la estacada,
Y por conquistador entra de afuera
El bravo don Guitierre de Quijada.
Su arnés resplandeciente reverbera
Como un lucero, lleva engalanada
Con plumas varias que lozana mueve
Una yegua más blanca que la nieve.

XLV.

Una fénix, volando renacida
De en medio de la hoguera, ha colocado
Sobre la tarja de oro guarnecida,
Y este mote discreto y apropiado:

La llama que me abrasa me da vida.
Y ostentando en la cuja al diestro lado
Alta fornida lanza, inquieto espera
El ronco son de la trompeta fiera.

XLVI.

Sonó por fin, y cada cual encaja
La pica en ristre, pone contra el pecho
El ancho escudo, y con la punta baja,
Á buscar al contrario va derecho.
Alza la yegua polvorosa braja,
Y un ardiente volcán su dueño hecho
Á Alvar Gómez encuentra en una greba,
Y el muslo le desarma y se la lleva.

XLVII.

Alvar Gómez al punto ardiendo en ira
Vuelve otra vez en contra de Quijada,
Que aunque el cuerpo soslaya y lo retira
Recibe sobre el yelmo la lanzada.
Aturdido del golpe atrás se tira,
Deja la brida casi abandonada,
Y la yegua espantada y recelosa
Se empina y bufa, y bota temerosa.

XLVIII.

En sí vuelve Quijada, y de la suerte
Que hollada sierpe por villana planta,
El cuello enhiesta amenazando muerte,
De pronto del letargo se lavanta;

La brida coge, aprieta el asta fuerte
Y sobre los estribos se adelanta:
Gómez le espera, firmes las rodillas,
Y ambas lanzas volaron en astillas.

XLIX.

No pudieron justar más largo rato,
Dejaron la estacada, y vino á ella
Lope de Aller, de Marte fiel retrato,
Luciendo su armadura limpia y bella.
Y con gran pompa, gala y aparato
Aun más resplandeciente que la estrella,
Á conquistar entró Freyre de Adrada,
Con una tersa cota bien templada.

L.

Fatiga los ijares de un castaño
Obediente á la brida y á la espuela,
Con paramento de purpúreo paño
Bordado de menuda lentejuela.
En la cimera por adorno extraño
Una encrespada crín ondosa vuela:
Su empresa es una fresca hermosa caña,
Y el mote: *Frágil, y á la vista engaña.*

LI.

Ya el sol con tibia luz desde Occidente
En los bruñidos petos reflejaba,
Cuando el son de la trompa de repente
Del fiero acometer la seña daba.

Uno y otro guerrero el potro ardiente
Aflige, y la tarjeta levantaba;
Se encuentran, y con fuerte pecho y brazos
Hacen saltar las lanzas en pedazos.

LII.

Y otras nuevas también rompidas fueron
Al último crepúsculo del día,
Y los dos justadores mantuvieron
Su excelsa fama y alta nombradía.
Las armas con la luz se concluyeron,
Pues ya la sombra de la noche fría,
Lenta saliendo de su fresca gruta,
Monte, prado, ribera y bosque enluta.

LIII.

Y entónces los ilustres justadores
Visten brocado, y quítanse la malla,
Y olvidando los bélicos furores
Y el horrendo rencor de la batalla,
En taburetes de tejidas flores
Y en ricas mesas de pulida talla,
Disfrutan del banquete, donde brilla
La flor de la nobleza de Castilla.

LIV.

Y al son del arpa y del laud en tanto,
Algún cantor con entusiasmo entona,
En grave metro y en sonoro canto,
Los hechos de que España se blasona:

Las hazañas que al mundo dan espanto,
Y que del norte á la abrasada zona,
Y del ocaso al apartado Oriente
La gloria ilustran de la hispana gente.

LV.

Sonó allí el nombre excelso de Pelayo,
Mantenedor de la cristiana lumbre:
Y el de Rui Díaz, el que en vil desmayo
Hundió de Agar la fiera muchedumbre:
Y el de aquel joven, fulminante rayo
Del francés orgulloso, que en la cumbre
De Pirene vengó el honor de España,
Eternizando el timbre de Saldaña.

LVI.

También, oh docto esclarecido Mena,
Honor del Bétis, de mi patria gloria,
Al son del arpa allí tu voz resuena
Cantando hazañas de la hispana historia:
Ya el gran saber del infeliz Villena,
Ya del conde de Niebla la memoria,
Ya, dejando de Marte los horrores,
Dulces placeres, plácidos amores.

CANTO TERCERO.

I.

La fresca aurora con fulgor divino
El Oriente esclarece, preparando
Al sol radiante el eternal camino,
Rosas en él y perlas derramando:
Y á su matiz y aspecto peregrino
El sueño huye de la luz temblando:
Suenan las trompas, y al combate llaman,
Y los pechos magnánimos inflaman.

II.

Á mantener audaz el noble paso
Villacorta salió, soldado fuerte;
Largo en hazañas, en hablar escaso,
Y de moros azote, horror y muerte.
Demostró su destreza en este caso,
Y tres lanzas rompió con buena suerte
Con el aragonés Francisco Faces,
Terror también de las moriscas haces.

III.

Benavides después, su gentileza
Mostró dentro del circo y estacada,
Quebrantando tres lanzas con destreza
En su competidor Jofre Cabada.

Y Zúñiga también su alta nobleza
Probó, y dejó su fama acreditada,
Justando con el bravo Juan de Soto,
Que salió sin brazal y el yelmo roto.

IV.

Y á sostener la liza entró gallardo,
Pero Nava el valiente y el forzudo;
Conduce su corcel á paso tardo,
Y es trasunto del sol su limpio escudo.
Cuando con paramento rojo y pardo,
En un caballo altísimo y membrudo,
Bayo, con cabos negros y brioso,
Salió á la lid Abreo el jactancioso.

V.

Era de Portugal, de ánimo fiero,
De Dura condición, feroz semblante,
Diestro en el manejar lanza y acero,
De proporción y miembros de gigante:
Turbulento, indomable y altanero,
Atrevido, insolente, amenazante,
Despreciador de ajena valentía,
Y lleno de soberbia altanería.

VI.

Fuertes armas ostenta el orgulloso,
Y en lugar de penacho en la cimera
El fiero cráneo y parda piel de un oso,
Á quién muerte tal vez él mismo diera.

De un refornido fresno alto y ñudoso
Su gruesa lanza fabricada era:
Y un águila en la tarja pintó al vivo,
Y este soberbio mote: *Aun más altivo*.

VII.

Los senos de la tierra retemblaron
De jinete y caballo al duro peso,
Y los espectadores recelaron
Disgusto grave de fatal suceso.
De su feroz aspecto se turbaron,
Viendo que á Nava lleva tanto exceso;
Mientras éste tranquilo gloria nueva
Espera muy gozoso de esta prueba.

VIII.

Sonó el clarín, y silbadora flecha
Del arco corvo y de robusta mano
No parte más veloz y más derecha
Que Nava contra el fiero lusitano.
Éste también con cólera deshecha
Rompe el ijar del pisador lozano:
Se estremece el concurso al ronco estruendo,
Y el polvo va la luz oscureciendo.

IX.

Nava firme y seguro en los arzones
Sobre el estribo diestro se suspende;
Alza el escudo, bate los talones,
Y entrambas bridas al caballo extiende:

Y librando su peso en las acciones
Sobre el peto enemigo el asta tiende,
Llegando con tal ímpetu á encontrallo
Que derribó al jinete y al caballo.

X.

Del modo que en el ágria y alta frente
De Moncayo se mueve y desencaja
Al golpe tronador del rayo ardiente
Peñasco inmensurable, se desgaja,
Y por la falda al valle de repente
Haciendo estrago con estruendo baja;
Así á impulso de Nava en presto vuelo
Jayán, lanza y caballo vino al suelo.

XI.

De Órbigo retemblaron las riberas
Al grave golpe y son de la armadura,
Retumbaron las grutas de las fieras,
Y resonó el estruendo en la llanura:
Todos con alto aplauso y lisonjeras
Palmadas celebraban la ventura
Del gran Nava, que ufano y satisfecho
Con gallarda altivez le late el pecho.

XII.

El portugués corrido y de ira ciego
Levantarse procura, y rebramando
Lanza por boca y ojos vivo fuego,
La abollada visera deslazando.

Sus parciales y amigos corren luego,
Y en descompuesto son el grito alzando,
Á Nava insultan con audacia fiera,
Pidiendo que no valga la carrera.

XIII.

Imprudentes á todos desafían,
Y ardiendo en ira anhelan la venganza.
Unos la ardiente espada requerían,
Otros aprestan la nervuda lanza.
De Nava los parientes acudían,
Crece la confusión, ya no hay templanza:
Cunde de la dircordia el vivo fuego,
Y no se escucha la razón ni el ruego.

XIV.

El monarca irritado al punto ordena
Que entre á calmar los ánimos don Suero:
La trompeta real á bando suena,
Y entra en la plaza el noble caballero.
Á su mando la turba se serena,
Y al ver su rostro y su ademán severo,
Y al escuchar del rey el nombre augusto
Bajan las armas, cálmase el disgusto.

XV.

Como cuando en Océano espumoso
El uno y otro desatado viento
Cubre el cielo de luto tenebroso,
Removiendo del mar el hondo asiento;

Si alza la faz Neptuno poderoso
Agitando el tridente, en el momento
Cálmase el huracán, las nubes huyen,
Y las hinchadas ondas se destruyen.

XVI.

El discreto don Suero de Quiñones,
Por dejar todo bando apaciguado,
Recuerda las juradas condiciones
Y torna el circo á su primer estado.
Y Abreo nuevamente los arzones
Ocupando vencido y despechado,
Acompañado de su gente osada,
Confuso se salió de la estacada.

XVII.

Entró en ella el gallardo Pero Ríos,
Que el blando bozo le apuntaba apenas.....
.....¿Por qué, tierno doncel, en desafíos
Tus delicados brazos hoy estrenas?
Si sólo entre placeres y amoríos,
Y en las batallas del amor serenas
Tienes tu blando pecho ejercitado,
¿Por qué, dí, te presentas hoy armado?

XVIII.

Tú, felìz en amor, con mil canciones
Al suave, triste son de la vihuela
Arrastras femeniles corazones,
Y por su ardor el tuyo se desvela

¿Por qué entras hoy en lid con los varones,
Y así ensangrientas la redonda espuela?....
Pero ¡ah! que eres gallardo, y noble, y mozo,
Y las armas te causan alborozo.

XIX.

Ufano la estacada recorriendo,
Mirando á los balcones y á las gradas,
Las altas plumas del crestón meciendo,
Con ricas armas de oro salpicadas,
Mil almas juveniles va rindiendo
Por su lozano garbo conquistadas;
Y su dama turbada y cuidadosa
Ya lo mira risueña, ya celosa.

XX.

Cuando por otro lado á paso lento,
En un morcillo hermoso y enlutado
Con negro y amarillo paramento,
Colores del crestón empenachado,
Entró mostrando duelo y sentimimiento,
Ceñido de un arnés empavonado,
El desgraciado Lope de Ferrara,
Á quien una gran pena acongojara.

XXI.

Rendido amaba á la infeliz Estrella,
Del reino esclarecido valenciano
Gallarda y discretísima doncella,
Que iba á premiarle con su hermosa mano.

Mas ¡ay! estando en sus jardines ella
Sola y cerca del mar ¡hado tirano!
Unos corsarios bárbaros surgieron,
Robáronla atrevidos, y partieron.

XXII.

Él desde entonce, en llanto sumergido,
De triste negro luto se vestía;
Que el cautiverio de su bien perdido
En dolor abismado le traía.
De negro lleva su broquel bruñido,
Y en medio dél de empresa le servía,
Por mote, *Mi ventura*, y esmaltada
Una rosa marchita y deshojada.

XXIII.

Corrió tres lanzas con el tierno Ríos,
Que aunque no ejercitado en esta prueba,
Su misma ilustre cuna le da bríos,
Y por escudo la fortuna lleva.
Si antes era famoso en amoríos,
Hoy por armas adquiere fama nueva,
Y llevando mil almas cautivadas
Deja el circo entre aplausos y palmadas.

XXIV.

El claro sol los rayos de su frente
Ostentaba en zenit enrojecido,
Cuando el pesado caluroso ambiente
Una trompa agitó con su sonido:

Y entró en el circo apresuradamente
El faraute Guarín, y dirigido
Á los jueces, teniendo al vulgo atento,
Les dijo de este modo en alto acento:

XXV.

«Sabed, ó jueces, que en el paso ha entrado,
Sin que venga con ella caballero,
Una hermosa señora, que á su lado
Un paje trae no más y un escudero.
La condición prescrita le he avisado,
Y dando azote al palafrén ligero
Destrás de mí se acerca á la estacada,
Á entregaros la prenda señalada.»

XXVI.

Y en el momento fué la tela abierta,
Y suspenso el concurso numeroso
Esperaba que entrara por la puerta
La dama, que ha llegado al paso honroso.
Y de un velo blanquísimo cubierta,
Y vestida de luto, en un brioso
Palafrén con riquísimos jaeces
Llega por fin delante de los jueces.

XXVII.

Llevaba en pos vestido de amarillo
Con franjas, afollados y lazadas,
Sobre un lozano potro, un pajecillo
Adornado con plumas encarnadas.

Y en un fogoso pisador morcillo
Con las crines en plata entrelazadas,
Un escudero, por decoro, anciano
De luenga barba y de cabello cano.

XXVIII.

Los süaves, sonoros instrumentos
Con armónico són la saludaron,
Dando solaz á los delgados vientos,
Que en torno mansamente resonaron;
Y los espectadores muy atentos
Á la dama los ojos asestaron:
Ella llegó á los jueces, alzó el velo,
Y descubrió por rostro un claro cielo.

XXIX.

La fresca juventud bella y lozana
En su lindo semblante relucía,
Y sus mejillas cual de nieve y grana
Con púdico rubor enrojecía.
Más bella que aparece á la mañana
La clara luz con que comienza el día
Muestra su frente, y sus hermosos ojos
Pueden al mismo amor causar enojos.

XXX.

En alta y dulce voz aunque turbada,
Bajando entrambos soles con mesura,
Saludando al monarca recatada,
Así dijo con noble compostura:

«Oh jueces de este campo y estacada,
Doña Leonor de Castro, sin ventura,
Sola y vïuda, es la que veis delante,
Y que os entrega su derecho guante.

XXXI.

»Sí, oh jueces, á vosotros hoy lo entrega,
Y sin tener quien luego lo rescate;
Que á vivir mi marido Alfonso Vega
Lo recobrara en singular combate:
Mas la desdicha que mi vida anega
Ha dispuesto el destino se dilate
Hasta tal punto, que una prenda mía
Os doy, que á vivir él no os la daría.»

XXXII.

Dijo, y les entregó su diestro guante;
Y recordando á su valiente esposo
Regó de dulces perlas el semblante,
Tornándole más bello y más hermoso.
Todo pecho sintióse palpitante
Al advertir su llanto doloroso,
Y ella dejó caer el blanco velo
Para ocultar su amargo desconsuelo.

XXXIII.

El ilustre don Juan de Benavente,
Deudo del claro Suero de Quiñones,
Que atento la miraba frente á frente
Escuchando su llanto y sus razones,

Súbito amor allá en su pecho siente,
Que nunca pierde amor las ocasiones,
Y ardiendo en fuego de amorosa llama
No separa los ojos de la dama.

XXXIV.

Y desde su balcón en alto acento
Gritó: «Ilustre señora, el brazo mío
Rescatará la prenda en el momento,
Que por vos quiero entrar en desafío.»
Y más veloz que el mismo pensamiento,
Que amor aumenta su gallardo brío,
De los jueces del campo en la presencia,
Para entrar en la lid pide licencia.

XXXV.

Se la dieron al punto, y la señora
Gracias por su gentil cortesanía;
Y él con dulces requiebros la enamora,
Pues ocultar su llama no podía.
Ella con leda faz encantadora
Lo agradece cortés, y se reía;
Y sube de las damas al terrado,
Y á armarse va el don Juan amartelado.

XXXVI.

Salió á la tela á mantener la lucha,
Y á recoger la prenda de la dama
Zúñiga altivo, que con honra mucha
Quiere aumentar su merecida fama:

Espera un rato, y á la fin se escucha
La ronca trompa que al combate llama,
Dando señal de que en aquel instante
Llega el guerrero que defiende el guante.

XXXVII.

Cuando en torno cercado de padrinos,
En un tordo hermosísimo rodado,
Con espaldar y petos diamantinos
Entró el gran Benavente enamorado.
Suenan flautas y huecos tamborinos,
Y cubierto de plumas y brocado,
Gentil recorre en torno la palestra,
Con noble aspecto y denodada muestra.

XXXVIII.

De terciopelo carmesí bordado
Con oro y con vistosa argentería
El capellar en el siniestro lado
Lleva con gracia y gala y gallardía:
El arnés refulgente dibujado
Con engastes de rica pedrería,
Y un penacho en el yelmo relumbrante,
Y allí enredado de la dama el guante.

XXXIX.

Los brazales y grebas buriladas
Brillan con mil destellos refulgentes,
Y un cinturón ostenta con lazadas
De piedras preciosísimas lucientes:

Y por entrambos lados derramadas
Borlas y cintas del borrén pendientes,
Y en el remate de su lanza brillo
Da al aire un recamado pendoncillo.

XL.

De tanta gala y tanta gallardía
Ufano, y del jinete que le oprime
El fogoso tordillo que regía,
Las herraduras en el campo imprime,
Y con altos relinchos encendía
El aura, mientra el suelo tiembla y gime
Al duro golpe del ferrado callo
De tan hermoso cordobés caballo.

XLI.

Todos aplauden su gallarda muestra,
Y apartados padrinos y escuderos,
Toma campo hacia un lado en la palestra
Despidiendo mil claros reverberos.
Doña Leonor turbada se demuestra
Viendo á punto de lid los caballeros:
Don Juan la mira, y le saluda ella,
Tiñendo de rubor su frente bella.

XLII.

Sonó el clarín y ufano Benavente,
Y Zúñiga gozoso y denodado
Arrancan de su puesto de repente,
Con el escudo en alto levantado:

Ambos á dos se encuentran frente á frente,
Y don Juan con el cuerpo soslayado
Á Zúñiga tocó con tal pujanza
Que hizo pedazos la fornida lanza.

XLIII.

Volvieron á la lid, y ambos rompieron
Las picas al encuentro resonante,
Y todos con palmadas aplaudieron
Su garbo y su denuedo relevante.
Entrambos de la liza se salieron,
Y don Juan fué á entregar el libre guante
Á la dama que afable, agradecida,
Por su valor le dió gracias rendida.

XLIV.

Y mirando su prenda rescatada,
Aunque el sol al ocaso descendía,
No detuvo ni un punto su jornada,
Como don Juan ansioso pretendía.
¡Triste del pobre amante que á su amada
No logra detener!.... ¡Ay del que fía
En amor pasajero, y del que adora
Dama que huye al momento que enamora!

XLV.

Pero confusa y sorda gritería,
Vivas, y aplausos, y altos instrumentos
Forman sonoro estruendo que cundía
Por los delgados apacibles vientos.

Porque otra vez con noble bizarría
Y ricos recamados paramentos
Entra en el circo el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve campeones.

LXVI.

Don Bueso de Solís afortunado
Sale á la lid en un caballo overo,
Que en el frondoso Bétis se ha criado,
Fuerte, revuelto, altísimo y ligero.
Celeste capellar lleva bordado,
Y celestes la banda y el plumero:
Y un corazón do un áspid hace presa,
Y el mote, *zelos*, lleva por empresa.

XLVII.

Cesa el murmullo, calla y enmudece
El concurso la ronca trompa oyendo,
Cuya señal horrísona obedece
Uno y otro varón la asta blandiendo.
El uno y otro potro se enfurece,
Y batiendo la arena en ronco estruendo
Fué el encuentro tan recio y tan sañudo,
Que don Bueso perdió lanza y escudo.

XLVIII.

Se apartan, y volviendo á la lid fiera
El caballo que á Suero conducía
Se empina, y tasca el freno de manera,
Que ni á brida ni á espuela obedecía.

Parar quiso don Bueso en la carrera,
Pero estaba muy cerca y no podía,
Y aunque desenristrar quiso la lanza,
Al gran Quiñones con la punta alcanza.

XLIX.

Destrozóle el siniestro guardabrazo
Y sus labores estampó en la arena,
Y levemente hiriéndole en un brazo,
Traspasado quedó de amarga pena.
Don Suero con gentil desembarazo,
Teñido en sangre y con la faz serena
Mira á su dama, vuelve, y á don Bueso
Consuela, no ofendido del suceso.

L.

Doña Luz cuidadosa, con semblante
Inquieto, aquel desastre atenta mira;
Y pierde la color, y un corto instante
El bello rostro de la lid retira.
Vuelve á mirar turbada y anhelante,
Alza tal vez los ojos y suspira;
Y aunque quiere ocultar su llanto y pena
De lágrimas la faz demuestra llena.

LI.

Triste silencio en el concurso mudo
Difúndese con súbito cuidado,
Porque nadie tranquilo mirar pudo
Aquel lance imprevisto y malhadado.

Sólo Suero desprecia el golpe crudo.
Y alzada la visera y alentado
Recorre en torno el circo, el susto aleja
Y la palestra entre los suyos deja.

CANTO CUARTO.

I.

Era la noche; y lánguida y luciente
Desde el alto zenit sus luces daba
Lucina, y en la plácida corriente
De Órbigo cristalino reflejaba.
El dulce y fresco y apacible ambiente
Las altas alamedas agitaba,
Y bañado en letárgico beleño
Al orbe daba silencioso sueño.

II.

No hay danzas, ni saraos, ni festines
Que solemnicen el pasado día,
Pues á todos los bravos paladines
La desgracia del jefe entristecía.
Ni las dulces vihuelas y violines
Prestan su triste y grave melodía
Á endechas, á sollozos y á canciones,
Hijas de enamorados corazones.

III.

Reina el hondo silencio en la llanura,
Interrumpido sólo por el río
Que camina al través de la espesura
Con grave són y manso señorío:

Grato reposo goza á su frescura
El inmenso concurso y gran gentío
Que concurriera á ver la noble fiesta,
Y que en torno ocupaba la floresta.

IV.

Los nobles y valientes caballeros
Que ya en la lid sus armas han probado,
Desceñidos los bélicos aceros
Se entregan al reposo regalado:
Y si hay alguno que rigores fieros
Llore de amor con pecho amartelado,
En su soberbia tienda recogido
Al fin consigue el sueño apetecido.

V.

Doña Luz, en la suya acompañada
De su amiga constante doña Elvira,
Inquieta, pesarosa, desvelada,
De la pasada acción habla y suspira;
Pues de Suero la herida desgraciada
El sueño de sus párpados retira,
Que la vertida sangre la enternece,
Y de ella nace amor, y ella lo acrece.

VI.

Quiñones agitado y pesaroso,
Dentro en su pabellón, triste y herido
Tampoco goza del común reposo,
De varios pensamientos combatido:

No le tiene su herida cuidadoso,
Ni sus fieros dolores abatido,
Sólo teme que acaso esté su fama
Empañada á los ojos de la dama.

VII.

Tal vez recuerda el lisonjero sueño
En que de Órbigo oyó la profecía,
Que el éxito feliz de su árduo empeño
Y el premio de su ardor le prometía:
Pero ¡ay! que vaticinio así halagüeño,
Ilusión de su mente lo creía:
Y juzga inútil su hazañoso intento
Y húndese en afanoso abatimiento.

VIII.

Afligido, turbado, pesaroso,
Por aquietar su acongojado pecho,
Hablar quiere á su dueño desdeñoso,
Y salta fuera del mullido lecho.
Mas reflexiona al punto temeroso
De su resolución no satisfecho,
Y como respetar sabe quien ama,
Antes quiere el permiso de su dama.

IX.

Á Vanguarda, su paje ó escudero,
Y que desde la infancia le servía,
Llamó el amartelado caballero,
Que en vivo amor su corazón ardía;

Y le dijo: «mi amigo, ve ligero
Al pabellón de la señora mía,
Y humillado á los pies de su grandeza
Cuéntale mi dolor y mi tristeza.

X.

»Dile que ausente de sus ojos bellos
No encuentro cura á mi sangrienta herida,
Que mi remedio está cifrado en ellos,
Pues son árbitros solos de mi vida:
Que me permita venturoso vellos,
Pues gozando su lumbre esclarecida,
Cesará mi dolor, y el brazo mío
Para otra lid recobrará su brío.»

XI.

Iba á marchar el eficaz Vanguarda,
Mas don Suero confuso le detiene,
Que de pronto su pecho se acobarda,
Y por osado este mensaje tiene.
Juzga que en él á doña Luz no guarda
El decoro y honor que le conviene,
Teme ofenderla, y mudo y sin aliento
Se agita entre uno y otro pensamiento.

XII.

Piensa acercarse, al rayo de la luna,
Al pabellón donde su dama vela,
Y el áspero rigor de su fortuna
Cantar al triste son de la vihuela;

Y en amantes endechas, de una en una,
Sus penas explicarle. Mas recela
Enojarla tal vez, y no se atreve,
Y aunque toma el laud, el pie no mueve.

XIII.

Á escribirla por fin se determina,
Dobla el terso papel, toma la pluma,
Medita un rato, y á formar no atina
De discretas palabras breve suma:
Mil nuevas expresiones imagina,
Y la afanosa pena que le abruma,
Después que escribe borra, y piensa y vuelve,
Á expresar de este modo se resuelve.

XIV.

«Ilustre y hermosísima señora,
Cuyo cautivo soy con gloria mía,
Y á quien mi corazón humilde adora
Rendido á vuestra noble gallardía:
De que os moleste á tan extraña hora
Perdonad os suplico la osadía;
Pues si vuestro consuelo no buscara,
Mi triste vida al punto se acabara:»

XV.

»De vuestro amor está mi pecho herido
Más que mi brazo del tajante acero:
En vano al dulce sueño auxilio pido,
Que huye de mí su encanto lisonjero.

Y al verme de este modo combatido
Por todos lados del destino fiero,
Quiero buscar en vos, señora bella,
Muerte, ó consuelo de mi infausta estrella.

XVI.

»¡Ay! si gozara el bien de estar postrado
Á vuestra hermosa planta, el brazo mío
De su herida fatal fuera curado,
Y recobrara su poder y brío.
Mas ya que tanto bien no me sea dado,
Ruégoos (¡tan poco de mi suerte fío!)
Que me mostréis, señora, si os agrada
La justa en vuestro obsequio comenzada.

XVII.

»Que aunque la ciega Diosa en la postrera
Lid á mis armas dió fatal desgracia,
Mi ardiente pecho, alta señora, espera,
Si de vuestros dos soles con la gracia
Me auxiliáis grata, en la ocasión primera
Mostrar con nuevo esfuerzo y eficacia
El modo con que debe complaceros,
Quien se atreve á justar por mereceros.»

XVIII.

No escribe más, firma el papel, lo sella,
Y al escudero se lo da, y encarga
Lo entrege al punto á su enemiga bella,
Único alivio de su suerte amarga.

Parte Vanguarda; y su enemiga estrella
Y la carrera de sus males larga
Recuerda el paladín, teme el mensaje,
Mas ya no puede detener al paje.

XIX.

En medio la floresta sobre un prado
Revestido de flores y verdura,
Un regio pabellón hay levantado,
Que á todos aventaja en hermosura.
De rico terciopelo está colgado,
Cubierto de exquisita bordadura,
Y es entre todos el que más descuella,
Digna mansión de doña Luz la bella.

XX.

Acompañada en él de doña Elvira
Recibe el pliego de su esclavo herido;
Por él pregunta ansiosa, y aun suspira,
De rubor el semblante enrojecido.
Mas al notar que su desdén expira,
Y que está su rigor casi perdido,
Furiosa y altanera se arrepiente,
Y en contestar á Suero no consiente.

XXI.

¡Oh femenil orgullo, cuánto creces
Si un discreto desdén no te combate!
Mientras te alagan más, más te enfureces,
Y aun el poder de amor tu fuerza abate:

Escollo altivo de la mar pareces
Firme de aguas y vientos al embate;
Pero no, no hay dureza comparada
Con la que ostenta una mujer rogada.

XXII.

Vanguarda fiel en pretender insiste
Llevar contestación para su dueño;
Doña Luz le desecha y le resiste
Con firmeza indomable y duro ceño.
Ya va á marchar el escudero triste
Sin esperanza de lograr su empeño;
Mas doña Elvira lo detiene y llama,
Y así le dice á la inflexible dama.

XXIII.

«Oh doña Luz, sin duda fabricado
De mármol insensible fué tu pecho,
Ó alguna fiera loba te ha criado
En tosca gruta y en sangriento lecho,
Cuando el llanto de un tierno enamorado
Tu severo rigor no ha satisfecho.
¡Ah, señora! modera tu altiveza,
No opongas al amor tanta dureza.

XXIV.

»¿Es posible ¡ay de tí! que un fino amante
Así deseches con cruel desvío?
¿Su constancia y valor no son bastante
Para templar tu desdeñoso brío?

¿No le has visto por tí quedar triunfante
En uno y otro honrado desafío?
¡Ay!..... ¿Por tu causa derramar no viste
La ilustre sangre de tu esclavo triste?

XXV.

»Muévate á compasión, si no la llama
Que allá en su corazón has encendido,
Las lágrimas al menos que derrama,
Y el verle ahora por tu causa herido.
Lástima ten de quien tan firme ama,
De quien con tanto honor ha combatido,
Curarlo sólo tu ternura puede,
Ten piedad de él, respuesta le concede.»

XXVI.

Cesó llenos de lágrimas los ojos,
Y doña Luz también las derramaba,
Y sus mejillas, cual carmines rojos,
Encendidas de amor manifestaba:
Y deponiendo el ceño y los enojos,
Que ya su hermoso pecho se abrasaba,
Tras un corto silencio, de repente
Lanza un suspiro de su labio ardiente.

XXVII.

Y trémula y turbada se encamina
Á un bufete magnífico dorado,
Cuya labor de talla peregrina
Cubre en parte tapete de brocado:

Sobre él, de tersa, hermosa venturina,
De concha y de oro y nácar enchapado,
Rico escritorio está, que esparce al viento
De ámbar pérsico gris el suave aliento.

XXVIII.

Y allí escribe á la luz de un candelero
Estas discretas sabias expresiones,
Contestando á su amante: «Caballero,
Las hazañas y altísimas acciones
Del que es tan buen galán como guerrero
Placen siempre á los nobles corazones.
Y un revés de fortuna no es bastante
Á empañar vuestra gloria relevante.

XXIX.

»Mucho merecen vuestro amor y aliento,
Noble Quiñones, continuad osado,
Pues que tanta constancia y ardimiento
Nadie puede mirarlos sin agrado.
Y para que ciñáis vuestro sangriento
Brazo, en la última justa desgraciado,
Os mando ese vendaje, ilustre Suero:
Vendad la herida que os causó el acero.»

XXX.

Selló el papel, y de su talle hermoso
La banda desprendió que lo ceñía,
Banda de terciopelo primoroso
Recamada de blanca argentería:

Y la da al escudero, que gozoso,
Postrado ante sus pies la recibía,
Y le encarga la dama que en un lazo
De su señor la ciña al fuerte brazo.

XXXI.

Partió veloz el eficaz Vanguarda,
Mientras Quiñones, tímido, azaroso
Y despechado su venida aguarda,
Temiendo un desengaño riguroso.
Impaciente imagina que ya tarda,
Cuando ve al escudero, que gozoso
Llega y le anuncia plácidas noticias,
Pidiendo alborozado las albricias.

XXXII.

Al mirar el billete idolatrado
Y la banda, en placer Súero se anega,
Rompe el sello, que besa enajenado,
Y á la lectura del papel se entrega.
Dos veces lo leyó, dos, y encantado
Al palpitante corazón le allega;
Torna á leerlo, y á besarlo torna,
Y casi tanta dicha le trastorna.

XXXIII.

Y regala un limpísimo diamante,
Que honrar pudiera la real sortija,
Al escudero, y pídele anhelante
De su mensaje relación prolija.

Y en la banda bordada rutilante
El envidioso pensamiento fija,
Y ufano, prenda tal no trocaría
Del orbe por la inmensa monarquía.

XXXIV.

En tanto ya la luz del rojo Oriente
Los celajes en púrpura esmaltaba,
Y de Titón la esposa refulgente
El lecho conyugal abandonaba:
Resonó la alborada de repente,
El viento en armonía se bañaba,
Las aves á la aurora saludaron
Y el sueño de la tierra desterraron.

XXXV.

Al concertado son tembló don Suero
De su herida fatal casi olvidado,
Y de la trompa el resonar guerrero
Se escuchaba por uno y otro lado;
Armóse con presura el caballero,
Ver ansiando á su dueño idolatrado,
Y tornar á la lid, y nuevamente
Demostrar su pasión pura y ardiente.

XXXVI.

Los balcones y gradas se llenaron,
Y marchan á la lid los paladines;
Zúñiga fué el primero á quien miraron
Entrar al ronco son de los clarines,

Y sus fieros encuentros retumbaron
De la extendida plaza en los confines.
Y luego á mantener salió animoso
Villacorta, y después Arias famoso.

XXXVII.

También justaron á la luz siguiente
Gómez, Aller, Bazán y Benavides.
Y los cuatro con ánimo valiente
Aumentaron su fama en estas lides.
Al otro sol siguió la justa ardiente,
Y el bravo Nava, semejante á Alcides,
Rompió tres lanzas, y abolló esforzado
Un arnés refulgente y acerado.

XXXVIII.

Y luego Pero Ríos atrevido
Tornó á lidiar, y aunque perdió una greba
Tras un largo combate muy reñido,
El triunfo alcanza y los laureles lleva.
Suero también, aun no restablecido,
Vino después á la esforzada prueba,
Y el yelmo destrozó, y arnés y escudo
De Torrens, catalán fiero y forzudo.

XXXIX.

Á la siguiente aurora el ronco estruendo
De trompas, añafiles y atambores
Llamó al honroso paso, enardeciendo
Los pechos de los nobles justadores,

Que las lanzas gruesísimas blandiendo,
Y acosando los potros corredores,
Sembraron por la plaza las riquezas
De sus arneses y templadas piezas.

XL.

Siguió á otro sol la justa, y en la tela
Entró Bazán, mas fué tan desgraciado
Que perdió en el encuentro la rodela,
Lidiando con Negrete el afamado.
Y luego Aller, cuyo caballo vuela,
Quedó con todo el muslo desarmado,
Sin poder resistir la gran pujanza
De Alfonso Deza y de su dura lanza.

XLI.

Y así con varios lances y altos hechos
Su noble esfuerzo y su valor mostraron
Los atrevidos castellanos pechos,
Y su nombre y su fama acrecentaron:
De astillas y de plumas, y desechos
Arneses la ancha plaza allí sembraron,
Y veintinueve luces se cumplieron,
Y hazañas mil ejecutadas fueron.

XLII.

Llegó el último día señalado
De la famosa justa y paso honroso,
Y el carro Apolinar, de luz cercado,
Apareció en oriente esplendoroso;

Inmensísimo pueblo se ha juntado
Á ver el fin del hecho glorioso,
Ocupando las gradas, y ya suena
La ronca trompa que la lid ordena.

XLIII.

Entró en la tela el ínclito Quiñones,
Caudillo de los nueve caballeros,
Y tablados y gradas y balcones
Le tributan aplausos lisonjeros:
Y él, del crestón moviendo los airones,
Y luciendo la malla y los aceros,
La argolla ostenta al cuello, y en un lazo
La banda de su dama atada al brazo.

XLIV.

De un alazán ligero y poderoso,
Que del Bétis pació la verde grama,
Oprime el lomo, y el bridón furioso
El aura pura con su aliento inflama;
Digno solo de dueño tan glorioso,
De tanto esfuerzo y de tan clara fama,
Con chapas adornado y rapacejos
Despide brillantísimos reflejos.

XLV.

Y ufano con el alto personaje
Que lleva, y que templar sabe su brío,
Apenas de oro y sedas el rendaje
Sujeta su altivez y poderío:

El costoso riquísimo equipaje
Ostenta con pomposo señorío,
Alza menuda braja, y á su empuje,
Lanza, escudo y arnés, relumbra y cruje,

XLVI.

El sol á la mitad de su carrera
Derramaba su fúlgido torrente,
Y aun al honrado paso no viniera
Ningún conquistador. Y ya impaciente
Don Suero en medio de la plaza espera
Y la tardanza del combate siente,
Pues anhela su pecho generoso
Dar á su noble empresa fin glorioso.

XLVII.

Apolo declinaba disgustado
De ver ocioso al ínclito guerrero,
Cuando sonó el clarín, que alborozado
El corazón dejo del caballero:
Y entró en el circo por el diestro lado,
Con doble arnés y con aspecto fiero,
Un guerreador fornido y corpulento,
Mostrando gran valor y osado aliento.

XLVIII.

Esberte Claramonte se llamaba,
Ilustre aragonés, duro y altivo,
Que sólo en sangre y muertes se gozaba,
De vista ardiente y pecho vengativo:

Los encantos de amor menospreciaba,
Que jamás de Acidalia el fuego vivo
Sintió en su corazón feroz y osado,
Á guerra y á venganza acostumbrado.

XLIX.

No lleva en el broquel mote ni empresa
De amor ó de amistad ó gallardía,
Que su pecho por nadie se interesa,
Y ni amante ni amado ser quería:
Y en el fulgente escudo sólo expresa
Por timbre de su noble jerarquía,
Campo de gules y una faja sable,
Y un dragón escamoso y formidable.

L.

Este monstruo de horror y atrevimiento,
En un caballo altísimo y membrudo
Entróse por la tela á paso lento,
La asta blandiendo en ademán forzudo:
Paró de pronto, y con audaz acento,
Vuelto á Quiñones, díjole sañudo:
«¿Y qué solo á la lid un caballero
Viene á probar mi fulminante acero?

LI.

»¿Tú solo ante mi vista aquí te pones,
Femenil guerreador?..... que salgan luego
Á ayudarte tus bravos campeones,
Y á perecer á impulso de mi fuego.

Salgan si tienen honra y son varones:
Salgan, sus..... hasta verlos no sosiego.....
Á los diez reto..... á todos desafío,
Que uno es muy poco para el brazo mío.

LII.

»Pero no, no saldréis, que ya os asusta
Mi voz terrible, semejante al trueno,
Y no queréis conmigo entrar en justa,
De espanto y de pavor henchido el seno:
No es lo mismo mirar mi saña adusta
Que hacer alarde del amor sereno,
Y vosotros que en él ardéis menguados,
Quedaréis de mi brazo escarmentados.»

LIII.

Dijo, y blandió la lanza poderosa,
Y crujió la durísima armadura;
La multitud, pasmada y silenciosa,
Tiembla de ver tan desigual bravura;
Y doña Luz, turbada y congojosa,
Pálida y llena de mortal tristura,
Á sí propia se culpa, y demudada
Mira á su amante en medio la estacada.

LIV.

Los nueve denodados caballeros,
Que con ultraje tal se ven retados,
Ardiendo en honra aprestan los aceros
En venganza justísima inflamados:

Mas se oponen los jueces, que severos
Les dicen, y los dejan aquietados,
Que al caudillo la lid le toca en suerte,
Quien de este modo respondió al Esberte:

LV.

«Á la verdad, altivo caballero,
No es propio de valientes infanzones
Decir denuestos, cuando el noble acero
Puede excusar palabras y razones:
No me pasma tu tono audaz y fiero,
Ni asusta á mis ilustres campeones.....
Mas vamos á lidiar, que muy contento
Quiero probar tu decantado aliento.»

LVI.

Y Claramonte entonces que lo mira
Con menosprecio, dice: «pues el hado
Á que llegue tu fin sólo conspira,
Prepárate á morir, desventurado,»
Y á tomar campo al punto se retira.
Suero también le toma al otro lado,
El rostro mira de su hermosa dama,
Y amor le anima y el honor le inflama.

LVII.

Atónito el concurso numeroso
De tímido pavor cubre el semblante,
Esperando ya el éxito dudoso
Del fiero choque horrendo y resonante.

Suena el ronco clarín estrepitoso,
Y al escuchar la seña, en el instante
Uno y otro guerrero aguija y vuela,
Alto el escudo, en ristre la arandela.

LVIII.

No dos contrarios silbadores vientos
Se encuentran en Océano extendido,
Alzando sus hondísimos cimientos
Con ronco hervor y horrísono zumbido,
Como los dos con ánimos violentos,
Obedeciendo al bélico sonido,
Chocaron levantando densa nube
De ardiente polvo, que hasta el cielo sube.

LIX.

Esberte con tal ímpetu á Quiñones
Tocó en el pecho con la dura lanza,
Que casi le sacó de los arzones,
Tal era de su fuerza la pujanza:
Le abolló los esmaltes y florones
Del ancho peto que de lleno alcanza,
Y resbalando luego al guarda brazo,
Le destrozó la banda y rompió el lazo.

LX.

Dió el pálido concurso un alarido
Creyendo que Quiñones muerto fuera,
Y Doña Luz con el color perdido
En lágrimas amargas prorrumpiera.

Suero que ve su lazo desprendido,
El bello lazo que su amor le diera,
Y en el suelo su aljófar derramado,
Jura venganza en ira trasportado.

LXI.

Queda orgulloso Claramonte y fiero,
Y su victoria como cierta mira:
Arde en venganza el ínclito Don Suero,
Mira á su dama y ánimo le inspira:
Y animado y valiente va ligero,
Lleno el pecho de noble y justa ira,
Á trabar nuevamente la contienda
Con Esberte, que viene á toda rienda.

LXII.

Don Suero en los estribos se levanta
Y por inútil la tarjeta arroja,
Y ansioso de batalla se adelanta
La lanza en ristre y con la rienda floja:
Y al de Aragón hirió con furia tanta,
Que la acerada punta en sangre roja
Pasó de parte á parte el pecho fiero
Del jactancioso bárbaro guerrero.

LXIII.

Del modo que alto roble en la montaña,
Después de resistir del raudo viento
La silbadora resonante saña,
Intentando escalar el firmamento,

Con estruendo y pavor de la campaña
De ardiente rayo herido, en un momento
Cae destrozado, de la misma suerte
Cayó ante Suero el furibundo Esberte.

LXIV.

Resonaron mil vivas y canciones
Con regocijo de uno y otro lado,
Elogiando al bravísimo Quiñones,
Que al orgulloso deja castigado.
Desocupa el caudillo los arzones
Viendo que, pues el sol ya se ha ocultado,
Ha dado cima á su esforzado intento,
Y así á los jueces dice en alto acento:

LXV.

«Ya, oh jueces, mi rescate veis cumplido;
Quitarme puedo el hierro que me enlaza,
Pues que mi libertad he conseguido
Lidiando á vuestra vista en esta plaza.»
Dijo, y con brazo fuerte del erguido
Cuello la argolla rompe y desenlaza,
Y levantada en alto la demuestra
Al concurso que ciñe la palestra.

LXVI.

Y con los nueve ilustres justadores,
Llamados desde entonces de la fama,
Cercado de padrinos y señores
Sube al balcón de quien su pecho inflama:

Y al sonar de añafiles y atambores
Sin argolla se rinde ante su dama,
Quien le dice con rostro ruboroso:
«Alzad, noble Quiñones; sois mi esposo.»

Cádiz, 1812.





ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

POESÍAS.

